
Secretos
del
corazón
Sofía
Ortega

Secretos del corazón

Sofía Ortega

Copyright © 2024 Sofía Ortega Medina

Título: Escrito en tu corazón
Todos los derechos reservados.
Copyright © 2024 Sofía Ortega Medina.
Diseño de portada: Sofía Ortega.
Tipografía de portada: María Ramos.
Corrección: Lorena (Llyc Correcciones)
1ª edición.
ISBN:

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular de los derechos de autor. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A ti, lector,
por darme la oportunidad...

1



Londres, marzo de 1827

Despidió al cochero y respiró hondo. La mansión de su familia y el característico olor del sendero de flores que había hasta la casa le transportaron a otra época, a unos meses que cambiarían el resto de su vida.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un carraspeo.

El mayordomo de los duques de Asworth, Stevenson, un anciano alto e impecablemente educado, le sonrió con cariño.

—Buenos días, lord Asten. —Hizo la reverencia de rigor.

—Buenos días —correspondió, cortés.

—Es toda una sorpresa su visita, ¿desea que le prepare una habitación? —Buscaba su equipaje con la mirada.

—No se moleste —le tendió los guantes y el sombrero—, solo me quedaré a comer. Y no hace falta que me anuncie, gracias.

—Están en la biblioteca.

Cuando James alcanzó la puerta de aquella estancia, la primera a mano izquierda, respiró hondo antes de abrir. Nicholas estaba sentado en uno de los sofás que flanqueaban la chimenea con un niño en el regazo leyéndole un libro; Brianna, frente al escritorio, ojeaba *El Personaje*, un folleto por el que su marido se había hecho mucho más famoso tres años y medio atrás.

—¿Os han hecho ya un retrato familiar? Es una buena estampa —rompió la tranquilidad del momento.

—¡Oh, Dios mío, Jimmy! —Su preciosa hermana, de ojos mágicos, corrió hacia él y le abrazó con fuerza.

—Hola, enana. —Sonrió por primera vez en mucho tiempo—. Estás tan bonita…

Porque era feliz, y la felicidad siempre iluminaba el rostro.

—¿Quién es, papá? —preguntó el niño en los brazos de Nicholas, que se dirigía a James.

—Es tu tío James. —Lo bajó al suelo. Era idéntico a su padre, pero con los ojos de su madre —. Eras un bebé la última vez que te vio. —Su mirada brillaba de emoción al verle, aunque su expresión era serena, como si sus ojos sonrieran, aunque no lo hiciera su boca.

—Pero bueno, ¡qué mayor! —Se acuclilló y le acarició la nariz. Su sobrino permaneció serio, tenía a quién parecerse—. Eres todo un hombrecito.

—Tengo cuatro años.

—¿Tantos? —quiso bromear, pero sintió que esos cuatro años parecían cuatro décadas por el tiempo que había estado tan lejos de ellos.

Jamie le echó los brazos a su madre y ella le acogió con una sonrisa preciosa.

—¿Te apetece tomar algo? —le sugirió Nicholas, palmeándole la espalda.

—No estaría mal. —Una copa le vendría bien—. Bueno, ¿cómo siguen las cosas por aquí? — Se sirvió vino de la mesita existente entre los sofás y se sentó en uno de ellos.

—¿Por qué no vas a buscar a tu hermana, cariño? —le apremió Brianna a su hijo.

Él asintió y salió dejando la puerta abierta.

—¿Vienes para quedarte? —le preguntó ella a James, tranquila y directa.

—Tengo intención de limpiar el apellido familiar y para ello necesito una esposa adecuada — les informó antes de dar un sorbo a la bebida—. Mis viajes han concluido.

—¿Y quién será mi cuñada?

—Todavía no lo sé. Llegué anoche. Tenía pensado pasarme por White's y Almack's para hacer acto de presencia. ¿Ya ha empezado la temporada?

—Sí —le contestó Nicholas, acercándose a su esposa para darle un beso en el interior de la muñeca. Los ojos de Brianna refulgieron como llamas verdes—. Las invitaciones empezarán a llegarte hoy mismo, ya sabe todo Londres que estás aquí, esta mañana en el Parlamento no se hablaba de otra cosa.

—No estoy yo muy convencido de que me inviten a nada. —Frunció el ceño—. La reputación de los Asten cayó en picado antes de irme cuando las autoridades anunciaron en el periódico lo que había ocurrido con… Alexander —escupió el nombre de su padre.

—Pero no la nuestra, Jimmy —le recordó su hermana, mirando a Nicholas—. Y tú eres nuestra familia. Podríamos dar un baile la semana que viene para celebrar que has vuelto, y así anunciar por todo lo alto que estamos tan unidos como antes.

—Por supuesto —asintió Nicholas—, avisaré a Stevenson y a Lyla. —Se marchó, dejándolos solos.

James apuró la copa. Ella se acercó.

—¿Qué tal está? —le susurró él, sintiendo opresión en el pecho por los repentinos nervios que le asaltaron al pensar en quien no hacía falta nombrar.

—Está prometida. Todavía no han decidido la fecha. Es un buen hombre y está enamorado de ella.

Ya lo sabía, pero se lo guardó para sí mismo. Adrien Boissieu se llamaba. Y por supuesto que estaba enamorado de ella, ¿qué hombre no lo estaría?

—Se conocieron en París y son amigos desde entonces —continuó su hermana.

—¡Mami! —Una niña de pelo castaño corrió hacia ellos.

James se quedó paralizado. Su hermana se agachó y abrió los brazos. La niña se arrojó a ellos, tropezándose y sin parar de reír.

—Hola, tesoro. —La besó sonoramente—. Dile hola al tío Jimmy. —Se incorporó.

—¡*Oa*!

—Dios mío… Es… Eres tú… —consiguió pronunciar.

—Eso me dice Alice. Se llama Emma y tiene casi dos añitos, ¿verdad, cielo?

—¡*Do*! —Alzó una mano abierta moviendo los cinco dedos.

James y Brianna se rieron con suavidad.

La sostuvo en alto y la contempló observando cada rasgo característico de su progenitora. Al igual que Jamie era la imagen de Nicholas con los ojos de su madre, Emma era exacta a Brianna, pero con el pelo corto, una diadema coronaba su pequeña cabeza.

Posó a la niña en el suelo y esta se agarró a las faldas de su madre con una amplia sonrisa. En ese instante, se fijó en que su otro sobrino estaba en el umbral de la puerta y no había hecho un solo ruido para advertir de su presencia. Brianna también se percató.

—Qué afortunado soy, ahora tengo dos mejores amigos, no uno. —Le hizo un gesto y Jamie, tímidamente, se acercó.

El resto de la mañana transcurrió más rápido de lo que había esperado. Sus sobrinos eran tan diferentes entre sí como el agua y el aceite, tanto en caracteres como en gustos; mientras que el hombrecito era callado, serio y tranquilo, la pequeña Emma era muy alegre y no paraba de corretear. Jamie, además, era muy protector con su hermana y siempre estaba pendiente de ella.

Por primera vez, se alegró de haber vuelto a Londres.

2



Después de comer un sabroso estofado y que Brianna llevara a los niños a que se durmieran la siesta, los tres adultos charlaron un rato en el salón.

Pero James no prestaba atención a lo que decían, su mente se encontraba en otro sitio. Hacía tres años y medio que Brianna había dejado de sufrir en manos de los anteriores duques de Asten, sobre todo de Alexander, su padre, un animal a quien le producía un enorme placer maltratar a su hija y practicar sodomía con sus amantes, algunas desaparecidas en extrañas circunstancias.

La noche anterior le había costado un gran esfuerzo atravesar la entrada de su casa y ni siquiera había conciliado el sueño. El recuerdo de su padre estaba perenne en cada rincón.

—Hay nuevos criados —les comentó.

—Decidimos despedir a la mayoría por todo lo ocurrido —le contestó su hermana— y Nicholas contrató a gente adecuada para cada puesto. Son buenos, te gustarán.

—Gracias. Haré cambios en la casa —quería tirarla entera—, me gustaría que me ayudaras. ¿Por qué no venís mañana los cuatro a comer y hablamos de ello?

La pareja asintió, sonriendo.

Más tarde, cuando los niños se despertaron, se despidió de ellos y se marchó a su casa.

El mayordomo, un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura y con algo más de peso acumulado en la tripa, le abrió en cuanto llegó.

—Milord —le saludó con una solemne reverencia.

—¿Cuál es su nombre? —se interesó, tendiéndole los guantes y el sombrero.

—Bernard, señor.

—Hágame un favor, Bernard —introdujo las manos en los bolsillos del negro pantalón—, reúna al servicio.

El mayordomo inclinó la cabeza y desapareció.

Los criados fueron surgiendo con expresiones serias, formando una larga hilera ante sus ojos,

allí en el vestíbulo.

—Buenas tardes a todos —comenzó James—. Solo quería avisarles, y pedirles ayuda, de los inminentes cambios que va a haber en esta casa. Para empezar, hoy, sin más dilación, quiero que quemen cualquier retrato de los anteriores duques, al igual que se deshagan de cualquier serpiente que vean, ya sean lámparas o emblemas.

—Pero, milord —le interrumpió Bernard—, todas las luces de esta casa contienen una serpiente, y está anocheciendo.

—Utilicen las velas hasta que haya lámparas nuevas. Irán llegando cuadros que compré en mis viajes. Otra cosa, ¿quién se encarga de la cocina?

—Yo, milord. —Una sirvienta alta, con el pelo gris oscuro y los ojos muy claros dio un paso al frente haciendo una reverencia.

—Mañana vendrá mi familia a comer. Seremos tres adultos y dos niños. ¿Cómo se llama?

—¿Alguna preferencia de comida, milord? Mi nombre es Dora —contestó y regresó a su sitio.

—Siéntase libre, Dora, aunque mis sobrinos tienen cuatro y casi dos años, para que lo tenga en cuenta. —Frunció el ceño—. Escribiré a mi hermana para saber qué comen y se lo haré saber hoy. —Observó a todos, bien erguido—. Una última cosa: no pasaré por alto una sola falta de educación y respeto a mi familia, en especial a mi hermana, Brianna Alistair, la duquesa de Asworth. El culpable será despedido y me aseguraré de que no encuentre empleo en todo el condado, ¿entendido?

Algunos se asustaron, pero ninguno alzó la mirada del suelo y él no se arrepintió de la amenaza. Brianna había estado a punto de morir dos veces, no viviría en la ignorancia otra vez en lo que a ella se refería.

Respiró hondo y concluyó con suavidad:

—Y cualquier problema que tengan, cuéntenmelo y haré lo posible para solucionarlo, sea del tipo que sea. Gracias a todos, pueden ponerse ya con los retratos y las serpientes. Bernard, acompáñeme al estudio.

Los dos cruzaron el vestíbulo y entraron en la estancia que había detrás de la gran escalera de mármol. Las náuseas se apoderaron de su estómago, todavía olía a Alexander.

—¿Le importaría avisar a alguien para que me traiga *brandy* de la bodega del sótano? —Miraba a través de la única ventana que existía, le daba la espalda al mayordomo.

—Claro, milord, pero hay un problema.

James se giró.

—¿Qué problema?

—Está cerrada con llave y nunca hemos encontrado tal llave. No sabíamos qué hacer y decidí dejarla como está.

Se quedó pensativo unos segundos.

—Vaya a los establos a por un hacha. Le espero allí.

La bodega estaba al final del pasillo donde se encontraban los dormitorios de la servidumbre, bajando una pequeña escalera.

Tras dos hachazos, la cerradura cedió. Con esfuerzo, consiguió empujar la puerta, debido a la humedad, se había caído y pesaba demasiado. Bajó dos peldaños y, con un candelabro que le proporcionó Bernard, iluminó el lugar. Polvo y un sinfín de telarañas reinaban en la habitación.

Era cuadrada, con el techo bajo y existía una ventana en la pared de la derecha, desde donde se filtraba un débil rayo de sol que iluminaba algunas botellas mal colocadas en el suelo de madera, que crujía a cada paso que daba. El alcohol, compuesto en su mayoría por botellas de vino, se disponía en estanterías.

Recordaba que en la pared de la izquierda existía una entrada secreta, invisible a quien no la conociera y que llevaba a un oscuro y húmedo corredor que terminaba en una cueva con salida a las colinas que había al final de la propiedad.

—Bernard —le dijo cuando salió—, ¿entiendes de vino? —El mayordomo asintió con la cabeza—. Bien, hay que limpiar y aclimatar esta habitación.

—Como ordenéis, milord.

—Por favor, mañana, cuando me despierte, no quiero ver una sola serpiente en esta casa, ¿de acuerdo?

Tendiéndole el candelabro, regresó al vestíbulo y subió al segundo piso. Atravesó el pasillo central, cruzándose con criados que iban deshaciéndose de los retratos y las serpientes que habían decorado durante siglos las galerías de la casa.

Se detuvo ante la habitación de Brianna. Posó una mano temblorosa en el picaporte.

—¡Bernard! —rugió al darse cuenta de que estaba también cerrada.

—Sí, milord. —El hombre subió corriendo.

—¿Tampoco hay llave?

—No, señor. —Agachó la cabeza.

—Hoy cenaré en la biblioteca. Puedes irte.

Se quedó mirando la puerta.

Tres años y medio no habían sido suficientes para olvidar.

3



Dio una fuerte patada y, con un chirrido, la puerta se movió. Al entrar, sintió que se ahogaba. Aquello no era el refugio de su hermana, sino el resultado de la amargura y el desprecio de Alexander… Las cortinas estaban hechas jirones y colgaban a trozos por la ventana; los cojines de la cama, destrozados, y las sábanas, amarillentas y con trozos calcinados; la alfombra, ennegrecida.

James se acercó al armario abierto, donde existía un pasadizo que conducía a la escalera de mármol del vestíbulo: lo habían tapiado.

Se remangó la camisa enseguida y comenzó a limpiar.

«Tal vez pueda dormir hoy», pensó horas después, observando el fuego del jardín, donde se estaba quemando cualquier cosa que recordase a sus padres.

Sin embargo, su segunda noche en la biblioteca resultó igual que la primera. Su mente no le permitía descansar, sentía la misma angustia de los últimos tres años y medio. Necesitaba mantenerse ocupado: adecentaría primero el desván, lo convertiría en sus aposentos, y buscaría esposa.

Se había bebido más de media botella de *brandy* cuando terminó de leer unos cuentos de su hermana que había rescatado de su habitación, escondidos debajo de la cama. Tambaleándose por el alcohol ingerido, caminó hasta una de las estantería. Observó los libros, la mayoría de política, páginas y más páginas que su padre le había obligado a leer cuando era un niño y que había prohibido a su otra hija. Tiró todos al suelo. Uno de ellos le golpeó el pie, perdió el equilibrio y se desplomó.

Cuando abrió los ojos, estaba amaneciendo en un nuevo día. Con un enorme dolor de cabeza, consiguió ponerse en pie. Alguien había dejado en la única mesa circular existente en el centro de la estancia una bandeja con un vaso y una jarra de agua, acompañados de un trozo de pan, queso y un brebaje que, dedujo, sería para su resaca.

Brianna, Nicholas, Jamie y Emma aparecieron a las once de la mañana en su elegante carruaje

tirado por cuatro purasangres negros. No traían consigo ni doncella ni niñera, así era su hermana: única y especial.

—Tienes un aspecto horrible —señaló Nicholas al quedarse los dos solos en la biblioteca; Brianna y los niños se fueron a los establos—. Igual que todos estos libros tirados en el suelo. —Se acercó a uno de los ventanales, el que daba a la fachada—. ¿Qué estás haciendo, Jimmy?

—Remodelar la casa. Quemaré todos estos libros. —Tensó la mandíbula—. Por eso están así. —Avergonzado, desvió la mirada al exterior.

—Sabes que no me refiero a eso.

James le miró.

—Necesito tirar todo abajo, comenzar de nuevo y…

—Se va a casar —le interrumpió su cuñado.

—Lo sé.

—¿No vas a hacer nada?

—Han pasado más de tres años, el tiempo ayuda a olvidar —mintió—. Háblame de él.

—Es francés, aunque domina a la perfección nuestro idioma, pues su madre es inglesa. Son una familia de descubridores, tengo entendido.

—¿Es feliz?

—Supongo. —Se encogió de hombros.

—Entonces, me alegro por ella. —Sirvió vino para los dos.

—Aunque es extraño que todavía no se hayan casado —añadió Nicholas con despreocupación —. Tengo entendido que están prometidos desde hace un año. —Le miró—. Te equivocas, Jimmy, tres años y medio no han sido suficientes.

Sophie tenía veintitrés años. A una dama de su edad ya se la tachaba de solterona, considerándose demasiado mayor para continuar sin esposo. ¿Tendría razón su cuñado?

James cambió el rumbo de la conversación, pensar en ella le dolía demasiado.

Se mantuvo ocupado el resto del día gracias a las ideas de su hermana para redecorar la casa al completo. Recorrieron cada pasillo, cada habitación… Y con los niños correteando a su alrededor.

—Para la fiesta que daremos por tu regreso —le comentó Brianna antes de marcharse, bien entrada la tarde—, tendrás un nuevo hogar. —Su sonrisa estaba cargada de ilusión.

Faltaban diez días para la fiesta.

—Estará listo para impresionar a mi futura esposa —convino él, asintiendo.

4



—Vamos, querida, tu prometido te espera —le avisó su madre, Gabrielle, la condesa de Dorset, cuando se estaba colocando el sombrero de cintas verdes, a juego con su vestido de muselina y sus zapatos.

Comprobó que no se había olvidado de su fina cinta azul, debajo del guante, en su muñeca izquierda, su amuleto, y descendió por la escalera que conducía al cálido *hall* de su casa. Allí la esperaba su prometido, Adrien. Él le sonrió con cariño ofreciéndole la mano para besar la suya.

A la familia de Adrien, los Boissieu, se la conocía por ser descubridores. Realizaban expediciones y excavaciones en cualquier parte del mundo. Todo lo que encontraban lo analizaban, restauraban y enviaban a diferentes galerías y museos por Europa. A lo largo de los años, la familia Boissieu había amasado una gran fortuna y, aunque no contaba con títulos nobiliarios, eran invitados a cualquier evento de la flor y nata francesa e inglesa.

Vivían en un modesto castillo a las afueras de Le Mans, en Francia, aunque poseían una mansión en París, donde Adrien y ella se habían conocido, y una casa más modesta en Londres, donde se hospedaba él solo ahora.

Moreno y de unos ojos azules que resultaban misteriosos por lo oscuros que eran, Adrien era tan atractivo que Sophie había visto a más de una mujer abanicarse al cruzarse con él. Le sonrió.

Se montaron en el carruaje y se dirigieron a Regent’s Park para dar un paseo a pie, la temperatura era muy agradable para tratarse del mes de marzo.

—Esta noche es la fiesta de tus amigos, los duques de Asworth —le recordó Adrien.

—Me sorprende —arqueó las cejas—, dan solo un baile al año por su aniversario, pero eso es en junio.

—¿Hace cuánto que no ves a Brianna?

—Pues casi dos semanas. —Frunció el ceño.

—Hace casi dos semanas que su hermano, el duque de Asten, está en la ciudad. No se habla de otra cosa desde entonces, lo que me sorprende a mí es que no lo sepas. Y parece ser que busca

esposa, es por eso por lo que los duques de Asworth dan esta fiesta, para integrarlo de nuevo en la sociedad.

El corazón de Sophie galopaba ya antes de que Adrien terminara de hablar.

—Está aquí… —consiguió pronunciar. Carraspeó—. Adrien, discúlpame, pero he recordado que debía hacer algo importante, necesito regresar a casa. Si no es molestia, posponemos este paseo para otro momento. —Decidida, desanduvo el camino hacia el carruaje, en la entrada del parque.

Sin decir una sola palabra, él, serio, la acompañó a su casa.

Sophie subió a toda prisa la escalera y atravesó el pasillo central del segundo piso. Una vez en su habitación, a solas, se metió en el vestidor, frente a la cama. En el centro de la pequeña estancia, descolocó la alfombra circular y se arrodilló. Levantó varias tablas del suelo y sacó un fajo de cartas viejas anudadas con una cinta azul.

Temblando, se acercó a la doble cristalera que había a la izquierda, era un balcón. Salió y se apoyó en la barandilla con la mano libre. Respiró hondo. A continuación, deshizo el nudo de la cinta y cogió uno de aquellos papeles arrugados, el único que no había escrito ella.

Hacía casi cuatro años que se mudó a París con sus tíos maternos. Ellos la habían acogido sin preguntas, al igual que sus padres habían aceptado su decisión de alejarse de Inglaterra sin cuestionarla.

Sin embargo, la distancia física no fue suficiente para olvidarse de James. Sencillamente, no podía, y algo dentro de ella le decía que su amor por él sí era correspondido. Así que le escribió una carta, que le envió a través de Brianna, pues desconocía su paradero.

Y a esa carta, sin respuesta, le siguió otra. Y otra. Durante su primer año en la Ciudad de la Luz, no paró de escribirle, pero no acerca de sus sentimientos, sino contándole su día a día, recordándole que ella continuaba ahí, dispuesta a ser su amiga, a pesar de que anhelase ser mucho más que eso.

Hasta que recibió por fin una nota de James, la que en ese instante Sophie sostenía en la mano: «Por favor, deja de escribirme y olvídate de mí».

Adrien, a quien conoció unos días más tarde, con su encanto y su simpatía, la ayudó a desterrar a James de su mente, aunque jamás se iría de su corazón, acababa de confirmarlo al conocer la noticia de que había vuelto a Londres, y buscaba esposa.

Respiró hondo de nuevo y guardó las cartas en el escondite del suelo del vestidor. Le debía una explicación a su prometido. James era el pasado, y Adrien, su presente y su futuro.

Su compromiso ya se había hecho público, pero él vivía en un piso de soltero. Avisó a su doncella y ambas partieron a la casa de Adrien, en Picadilly.

—Buenos días, *lady* Sophie —la saludó el ama de llaves, una mujer desgarbada y autoritaria que le abrió la puerta principal—. Acompáñeme, por favor. —Le indicó el estrecho pasillo.

Tanto la mujer como su doncella esperaron frente a la última puerta, el despacho de Adrien. Dejándola abierta, Sophie entró sin llamar.

Pergaminos descolocados decoraban la mayor parte de la alfombra verde que cubría la segunda mitad de la estancia y la gran mesa de roble negro al fondo. Él, de pie, entre la única ventana que daba a Regent Street y la chimenea que soltaba leves chispazos de madera quemada, alzó las cejas por encima de sus diminutas gafas. Sostenía un libro entre las manos que cerró de inmediato.

—Lamento haberte dejado plantado —se disculpó ella.

—¿Deseas quedarte a comer? —sugirió, acercándose con pasos lentos.

—Sí, aunque debo irme pronto para prepararme para el baile —accedió con ganas. En ese

momento, lo que menos necesitaba era estar sola y pensar.

Su prometido se colocó frente a ella, tapándola con su cuerpo de las miradas de las dos sirvientas. Sophie se fijó en que el océano de su mirada se había vuelto negro y en sus labios asomaba una pícara sonrisa. Posó las manos en su pecho y se alzó de puntillas para darle un casto beso en los labios.

No sintió nada. Nunca sentía nada. Pero creía que le debía aquellos pequeños gestos como agradecimiento por lo bueno que era con ella.

—Te amo, mi pelirroja —le susurró él, tomando sus manos para besárselas con adoración.

El ama de llaves carraspeó de manera intencionada y se separaron.

Adrien le ofreció el brazo y caminaron hacia el salón comedor, una estancia pequeña y un poco oscura por la falta de luz natural, solo había una ventana.

—Bueno, ¿me dirás ya por fin una fecha? —le preguntó él—. Sabes que en un mes parto a la India y estaré allí hasta finales de verano. Me gustaría que vinieras conmigo y eso solo puede ser posible si nos casamos antes.

—En un mes no me da tiempo a prepararlo todo. —Arrugó la frente, nerviosa. No podía posponerlo más. Hacía un año que le había pedido que se casaran y ella había aceptado—. ¿Qué te parece octubre?

Adrien suspiró y asintió, serio.

Sophie también suspiró, pero no de alivio, sus nervios crecieron al pensar inconscientemente en James.

5



Sophie se encontró con Adrien en el vestíbulo de la mansión de los duques de Asworth.

—¡Hola! —les saludó una muy sonriente Brianna.

Su amiga llevaba un magnífico vestido de pedrería y encaje en tono plateado, que había combinado con sus preciadas esmeraldas, a juego con sus mágicos ojos, que cambiaban de color según su estado de ánimo, y hoy estaban muy verdes, hoy era muy feliz.

—¿Y los niños? —se interesó Adrien mientras Sophie le entregaba su corto abrigo a Stevenson.

—Están arriba con… —Brianna carraspeó—. Cenando.

—Subiré a darles un beso —dijo ella—, les he echado muchísimo de menos estos últimos días. —Se dirigió a las escaleras.

—Espera… —la interrumpió su amiga.

Pero Sophie no la oyó, continuó su camino.

Escuchó risas al alcanzar la habitación de los niños. Sonrió. Fue a girar el picaporte para abrir, pero una imponente figura se le adelantó y los dos chocaron. Él la tomó enseguida por los brazos para que no se cayera. Sophie se permitió cerrar los ojos cuando una fragancia masculina muy familiar la envolvió, transportándola a otra época…

—¿Se encuentra bien? —se interesó el hombre con fría educación.

Aquella voz hizo que regresara a la realidad de golpe. Se soltó.

—Si me disculpa… —dijo ella antes de encerrarse en la habitación con Jamie y Emma.

Le temblaba tanto el cuerpo que le costó reaccionar. Dios mío… James…

—¡*Tiiii*! —exclamó la pequeña niña, corriendo a abrazarla.

Respiró hondo con fuerza, obligándose a cogerla en brazos y llenarla de besos por toda la cara y el cuello, como siempre hacía. Sus carcajadas la tranquilizaron poco a poco.

Su hermano, serio como la mayor parte del tiempo, se acercó a ellas y tiró de su vestido para que se agachara y le besara en la mejilla. Sophie, además, le acarició el pelo.

Más tarde, tras haberles contado un cuento y dejarlos al cuidado de Abigail, su niñera, les dio las buenas noches y se encaminó al salón principal, donde los invitados estaban tomando un refrigerio antes de la cena.

Su prometido le ofreció una copa de vino. Tuvo que controlarse mucho para que nadie notara el temblor que todavía sacudía su cuerpo por haberse encontrado con James.

Cuando empezó el baile, Brianna la interceptó cerca de la terraza.

—Por fin podemos hablar a solas —le dijo con el rostro compungido—. Lo siento mucho, Sophie —se disculpó—, no sabía cómo decírtelo.

Sophie supo a qué se refería y recordó un tiempo atrás, aunque pareciera en otra vida…, cuando estuvieron en una situación igual pero a la inversa. Negó con la cabeza, comprensiva.

—No te preocupes, Bri, todo está bien. —Forzó una sonrisa que no sentía.

—¿Seguro?

Sophie suspiró y se sinceró:

—No, pero todo estará bien, solo necesito acostumbrarme a verle de nuevo, tarde o temprano iba a volver a Londres. Es duque, tiene responsabilidades.

Brianna asintió entristecida.

No hablaron más del tema, sino que ambas escucharon los últimos cotilleos que Caitlin, condesa de Tinley y tía de Nicholas, relataba sobre Bath. Sophie no tardó en traspasar la puerta de la terraza para respirar un poco. Normalmente, hablaba con todos y no perdía la sonrisa, pero esa noche estaba muy inquieta. No había vuelto a ver a James, claro que tampoco había levantado la mirada de sus manos.

Le recorrió un escalofrío por la fresca brisa nocturna de la primavera; se le había olvidado coger el chal. Se abrazó a sí misma para entrar en calor. Entonces, alguien le colocó una enorme chaqueta encima. Se dio la vuelta y su corazón dejó de latir.

James…

Vestido de negro y blanco, con un cuerpo más atlético a como lo recordaba y el pelo castaño más largo a como dictaban las normas, su dura mirada le produjo dolor en su interior.

Pero era una dama. Con una perfecta sonrisa cortés, se quitó la chaqueta y, sin pronunciar palabra, se la devolvió y regresó al salón. La orquesta había empezado a tocar.

—¿Me permites este vals? —la invitó Nicholas, ofreciéndole la mano.

Sophie asintió.

—Felicidades, es una gran fiesta —le obsequió mientras bailaban.

—No para todo el mundo. —Ella se ruborizó—. Lo lamento, no quería importunarte.

—No te preocupes, es solo que… —No pudo terminar, James invadía su mente. Lo buscó por todo el espacio con la mirada.

—Se ha ido.

El rubor de Sophie creció.

—¿Tan transparente soy? —susurró.

—No, pero soy bueno en esconder las emociones, ya lo sabes, reconozco una máscara enseguida.

—Con Brianna ya no escondes nada. —Sonrió de verdad.

A Nicholas le brillaron los ojos como respuesta.

Terminaron el vals, la acompañó adonde estaba Adrien, se inclinó en una reverencia de despedida y fue en busca de su esposa. Sophie no se perdió el beso que Nicholas le dio a Brianna en el dorso de la mano ni la mirada de adoración y pasión que compartieron.

Sintió un pinchazo en el pecho al darse cuenta de que ella jamás sería tan feliz como sus

amigos.

6



Un mes después, la noche antes de que Adrien se marchase a la India, Sophie acudió con sus padres a la fiesta que se llevó a cabo en la mansión de Allan Wyclift, el marqués de Hollsmere, de la edad de Nicholas y James, con un atractivo deslumbrante y unos ojos grises tan claros que cortaban la respiración de lo irreales que parecían; fue uno de los que ayudaron en la captura de Alexander, el padre de Brianna.

—Buenas noches —saludó Allan, el anfitrión, con una sonrisa encantadora.

A su lado estaban Nicholas y Brianna. Las dos amigas se dieron un sentido abrazo. Mientras que la pelirroja había escogido un vestido de seda dorado, la otra había optado por uno de color morado. Ambas estaban preciosas.

—¿Y Adrien? —se interesó Brianna.

Sophie negó con la cabeza.

—Tiene que revisar los detalles del viaje, se marcha muy temprano mañana. Ha insistido en que viniera sin él.

—Vino esta tarde a casa a despedirse de los niños. —Sonrió—. ¿Vamos dentro? —Señaló el gran salón de la casa, donde estaba reunida casi toda la aristocracia de Londres, faltaban más por llegar.

Entraron y aceptaron una copa de vino que les ofreció uno de los tantos sirvientes que portaban las bebidas en bandejas de plata.

—Buenas noches —dijo alguien a su espalda.

Sophie estaba a punto de dar un sorbo al vino cuando su mano se congeló en el aire al reconocer la voz. Su corazón se precipitó hacia el horizonte, como siempre que había coincidido con él en el último mes.

—Hola, Jimmy —le saludaron los duques de Asworth al unísono.

—Buenas noches, *lady* Sophie. —El duque de Asten realizó una cortés reverencia.

—Disculpadme —se excusó ella con rapidez—, tengo que hablar con mi madre. —Hizo una

reverencia y se alejó de allí, también como siempre que había coincidido con él en el último mes…

Estuvo casi toda la fiesta esquivándole, y eso incluía a Brianna. James parecía no querer separarse de su hermana ni quitarle los ojos de encima a Sophie.

Un rato más tarde, frustrada consigo misma por no ser capaz de ignorarle, en lugar de buscarle con la mirada sin cesar, se sentó junto a su madre en unas sillas que había en una de las esquinas del salón, ya empezado el baile.

—Vaya —susurró Gabrielle, su madre—, estaba tardando en acercarse a ti…

Fue a preguntarle a quién se refería, pero no le dio tiempo: el duque de Asten surgió frente a ellas.

—*Lady* Dorset —él inclinó la cabeza hacia la condesa—, me encantaría bailar con su hija si me lo permiten las dos.

—Por supuesto, querido —concedió su madre, dándole un apretón a Sophie en la mano.

Ella la asesinó con la mirada, pero permitió que James la escoltase hacia la pista. La orquesta, entonces, tocó el primer vals de la noche.

En el momento en que la sujetó entre sus brazos, un intenso cosquilleo recorrió toda la espalda de la joven. Los pocos minutos que duró el baile, solo escuchó el fiero latido de su corazón. Sus ojos permanecieron clavados en la corbata de James hasta que acabó el vals. Se soltó bruscamente, temblorosa, y se marchó a su casa sin despedirse de nadie, deseando huir.

Ya en su habitación y en camisón, Sophie se cubrió con una fina manta, salió al balcón del vestidor y contempló la luna. Su cuerpo todavía vibraba por haber estado entre los brazos del único hombre al que su corazón jamás dejaría de pertenecerle.

Un ruido de pisadas en el jardín alertó sus sentidos. Se metió con rapidez en la habitación. Corrió hacia una ventana y vio a un hombre entero de negro sobre un caballo, también oscuro, detenerse entre unos árboles. No conseguía verle la cara.

Él permaneció allí, quieto, mirando hacia ella, unos minutos que a Sophie se le hicieron eternos. Cuando aquel hombre se mezcló entre las sombras de la noche, desapareciendo, a ella le recorrió un intenso escalofrío y se tocó la cinta azul de la muñeca como si así pudiera relajarse.

No lo logró. Ni siquiera durmió. Ese misterioso desconocido la mantuvo nerviosa hasta que, al alba, se vistió con un traje de montar y se dirigió en su yegua hasta la casa de Adrien. No debía ir sola, pero ya sabía todo el mundo que estaban prometidos. Además, necesitaba despedirse de él, quizás para dejar de sentirse tan culpable por temblar por culpa de otro que no era su prometido…

Había un carruaje de alquiler en la puerta, esperando a Adrien. En cuanto salió a la calle y la vio, le sonrió con calidez. Se dieron un largo abrazo.

—Échame de menos, mi Sophie.

No le contestó. Esperó a que partiera y se quedó allí parada un momento más. Muy nerviosa. No le amaba… Pero le necesitaba con ella, no sabría cómo podría enfrentarse a ver a James tantos meses sin Adrien a su lado. Era una mala persona, se sentía culpable… En cuanto se casasen, sería la mejor esposa para él.

Se subió a la yegua y partió hacia Hyde Park, galopar la ayudaría a tranquilizarse.

Pero se encontró con James, montado en un enorme caballo negro. Frenó a la yegua tan de golpe por el susto que se llevó al verlo, que esta se encabritó, tiró a Sophie al suelo y huyó asustada.

Al instante, él la ayudó a levantarse. James tenía un corte en la barbilla, algo extraño porque era demasiado alargado como para haber sido al afeitarse.

—¿Está bien? —le preguntó.

No debía dolerle el trato tan distante que le dedicaba, pero dolía. Mucho.

—Muy bien, gracias, milord —contestó ella con sequedad. Giró sobre sus talones para regresar a pie a su casa, pero una mano de acero se cerró en torno a su brazo.

—¿La acerco a su casa? Después, iré a buscar su yegua y se la entregaré a su mozo de cuadras.

—No, gracias.

De nada sirvió. En cuanto emprendió el camino, James la sujetó de la cintura y la subió a su imponente caballo, colocándose él a su espalda.

Fueron al paso. Sophie iba demasiado recta, incómoda, muy agitada por la cercanía.

—¿Qué hace? —exclamó al ver que se desviaban por un sendero.

—Comienza a haber gente, no querrá que la vean conmigo así, y justamente el día en que su prometido se marcha de Londres. Daremos un pequeño rodeo.

No tardaron, por suerte. Sophie se bajó de un salto, pero tuvo tan mala suerte que se le enganchó la falda en la silla y provocó una escena bastante vergonzosa. Escuchó un gruñido, por lo que se colocó como pudo las ropas y entró en su casa a paso airado con las mejillas ardiendo.

—¿Qué ha ocurrido, querida? —la interrogó su madre desde lo alto de la escalera.

—Nada. —Se reunió con ella y la besó en la mejilla.

—Buenos días, cariño. Tienes el pelo alborotado y lleno de paja —le quitó una y se la enseñó —, tu falda tampoco parece tener buen aspecto y tu cara…

—Madre —la interrumpió con evidente enojo. Respiró hondo y dijo—: Buenos días.

Fue a cambiarse de ropa y adecentarse. Después, desayunó con sus padres en una salita acogedora e íntima que reservaban para ellos en la segunda planta.

—Vaya… —Su padre, Vincent, cerró el periódico y dio un sorbo a su taza de café—. Parece que anoche alguien le dio una paliza al viejo conde de Lescher al salir de una posada. —Frunció el ceño—. La tenía bien merecida, me alegro. Ese desgraciado ha enviudado tres veces en extrañas circunstancias.

—Su esposa es muy joven y poco agraciada, pobrecilla, ojalá no acabe como las otras —comentó Gabrielle.

—¿Quién ha sido? —quiso saber Sophie.

—En el periódico dicen que llevaba un pañuelo tapándole la cara y un sombrero, todo de negro, nada más.

Como el misterioso desconocido que ella vio anoche en su jardín…

Y esa noticia se repitió a lo largo de las siguientes dos semanas.

La aristocracia estaba asustada por la aparición de un misterioso individuo que atacaba a hombres de alta alcurnia a la salida de clubes de caballeros o posadas, de madrugada y sin previo aviso. El mismo individuo que cada noche acudía al jardín de Sophie y se quedaba un rato mirando hacia su habitación.

No debía alegrarse por aquella violencia, pero su padre le decía que atacaba a gente poderosa y mala como el conde de Lescher.

Sophie empezó a sentir tanta curiosidad por averiguar la identidad de aquel misterioso desconocido que una noche, en camisón, se dirigió a su salita privada, en la última planta de su casa, con la intención de pintarlo.

Prendió las velas de todos los candelabros nada más entrar en la habitación. La estancia, aunque pequeña, tenía una enorme cristalera que ocupaba la pared que daba al jardín, donde se encontraba el caballete, el taburete y una mesa alta en la que descansaban su paleta de colores y

un vaso con sus pinceles. Llenó el vaso de agua en el baño y, sentada frente a un lienzo en blanco, dejó volar su imaginación.

—Averiguaré qué está pasando… —se dijo a sí misma cuando hubo terminado el retrato, con pañuelo y sombrero incluidos.

La mirada…

Se le aceleró el corazón al percatarse de que la mirada que había plasmado con el pincel era la de James.

7



De pie, en el centro del espacio, James admiraba la impresionante colección de cuadros que había adquirido en sus últimos viajes; los mejores pintores de Europa estaban ante sus ojos en la galería que había instalado en el piso superior, después de tirar abajo las habitaciones que habían sido de sus padres. Por fin su casa estaba completamente redecorada y deseó con todas sus fuerzas poder llamarla hogar en un futuro cercano.

—El carruaje ya está listo, milord —le avisó el mayordomo.

James asintió, colocándose la capa y los guantes.

El cochero le llevó al número 8 de Regent Street, al despacho del abogado de Alexander. Por eso había vuelto a Londres, porque le mandó una carta pidiéndole que se reuniera con él por una cuestión importante del testamento. Lo había retrasado cuanto había podido. Se esperaba cualquier cosa, y algo le decía que no era nada bueno; viniendo de su padre, incluso muerto, no se fiaba.

Un ama de llaves le abrió la puerta y le condujo hacia el despacho de Adam Lander. Detrás de una mesa demasiado alta y ostentosa para su gusto, se escondía un personaje muy peculiar, cuyo aspecto le recordó al de un ratón seboso, dormido sobre lo que parecía un sándwich de queso, babeando, además. Una imagen repugnante.

—Señor Lander —le llamó James con voz autoritaria.

Automáticamente, el ratón seboso dio un brinco, se limpió la boca con la manga de la sucia camisa que llevaba encima y se colocó las lentes que posaban torcidas encima de su puntiaguda nariz. Y abrió con mesura sus ojos saltones al reconocer a James.

—Lord Asten. —Realizó una torpe inclinación de cabeza antes de saltar de la silla. Se acercó a una desordenada estantería y tomó una carpeta de esta. Regresó a su puesto y lo miró con una sonrisa… extraña—. ¿Cuál es su edad, milord?

—¿Eso data de importancia? —James frunció el ceño, impacientándose—. Estoy aquí por algo relacionado con el testamento de mi padre, cosa que debería haber quedado zanjado cuando

murió, no casi cuatro años después, ¿y me pregunta cuál es mi edad? —Enarcó una ceja—. Si me pidió que viniera es porque ya la sabe, ¿o me equivoco?

—Necesito comprobar que es la que yo creo.

—Tengo veintinueve años.

—¿Cuándo cumple los treinta?

—A finales de octubre —se inclinó ligeramente—, pero eso también lo sabe, ¿cierto?

—Tiene hasta el día antes de su cumpleaños para casarse, si no lo hace, la fortuna y todas sus propiedades pasarán a manos del hermano de su padre.

«Pero ¿qué demonios…?».

—¿Cómo ha dicho, señor Lander?

—Su padre, unos días antes de morir, modificó el testamento, añadiendo una cláusula. —Y procedió a leer—: «Si mi heredero, mi hijo James, sigue sin esposa cuando cumpla los treinta años en octubre de 1827, el ducado de Asten, el título, el dinero y todas las propiedades pasarán a pertenecerle a mi hermano, Maximilian».

James se quedó petrificado.

—Eso no es todo, milord —añadió el abogado—, su padre elaboró una lista de cinco candidatas; debe elegir una entre esas cinco.

No podía creerse lo que estaba pasando. Le arrebató los papeles y salió del edificio sin despedirse, mudo y con el corazón latiendo desbocado.

Su cochero lo esperaba fumándose un cigarrillo, que tiró al suelo nada más verle. Le llevó a la mansión Asworth. En el trayecto, leyó la condenada lista de las cinco candidatas.

Cinco, no, una única candidata.

El mismo nombre repetido cinco veces.

¡Cinco!

La única mujer con la que solo podía soñar.

Maldito fuera su padre.

8



Nicholas estaba en la biblioteca ojeando el periódico mientras se tomaba una copa de vino dulce.

—¿Y mi hermana? —quiso saber James.

—Peinando a Dorothy.

—¿A quién? —Arrugó la frente.

—La muñeca favorita de hoy de Emma. —Sonrió.

—¿Y… crees que tardará en aparecer?

—¿Qué ocurre? —Se preocupó Nicholas, poniéndose en pie.

—Tengo un problema, y no quiero que ella se entere. —Le tendió los papeles, señalándole con el dedo dónde debía leer: la cláusula de las candidatas.

Tras unos interminables segundos, su amigo le devolvió los papeles sin variar un ápice su expresión de seriedad.

—No puedo casarme con Sophie —le susurró James de forma ahogada, sentía el corazón en la garganta deseando escapar de su cuerpo—. Está prometida y… —sufrió un pinchazo en el pecho— me distancié de ella sin darle explicaciones, no va a perdonarme.

—Claro que te va a perdonar, pero, sí, está prometida. Y Adrien es un buen hombre.

Y él no rompía compromisos, mucho menos el de Sophie.

—Tienes otra opción —apuntó Nicholas—: renunciar a tu título y herencia y elegir una de mis propiedades para vivir; la que quieras será tuya.

—¿Y ser un mantenido? —Bufó—. Te lo agradezco, pero no.

—Pues cómprate una mansión, has estado amasando tu propia fortuna desde que empezaste a trabajar como diplomático. También sé que no sería… —pensó la palabra adecuada— agradable aceptar un matrimonio con Sophie después de lo ocurrido en el pasado, pero ¿cederle todo a tu tío es la mejor opción? —Arqueó las cejas—. Maximilian se mueve en los bajos fondos, se rumorea que acepta encargos de cualquier tipo con tal de llenarse los bolsillos, sin importar mancharse las manos de sangre.

—Lo sé. —Respiró con fuerza.

—Toma. —Le sirvió una copa de *brandy* de la pequeña mesa que había frente a la chimenea —. Calma esos nervios con algo más fuerte que el vino.

James vació la copa de un trago. De nada le sirvió.

—No hay otra opción —reconoció. Debía casarse con Sophie antes de octubre—. Sin embargo, a no ser que comprometa su reputación, jamás accederá a casarse conmigo.

—La verdad siempre sale a la luz, Jimmy. —Chasqueó la lengua—. No la engañes. No le mientas. Dile la verdad.

—Si le digo la verdad… —Solo de pensarlo, le dolía el pecho por el tajante rechazo que recibiría. Se frotó la cara con las manos—. Tendré que seducirla, Nick. —No le miró, sentía vergüenza por lo que iba a hacer—. Su prometido se ha ido de viaje hasta septiembre, estamos en mayo, tengo cuatro meses. Volveré a acercarme a ella, volveré…

Se detuvo. Era un error. Un completo error. ¿Seducirla? Si estaba tan enamorado de ella que los últimos años habían sido los peores de su vida… Seducirla para obligarla a casarse con él. Jamás podría perdonarse algo así, pero…

—No quiero que mi hermana lo sepa.

—Es su mejor amiga.

—Y yo soy su hermano. Brianna quedaría en una situación muy mala.

—La misma en la que me estás poniendo a mí por ocultárselo —gruñó.

—Nick… —le suplicó, tragando saliva—. Dame solo unos días y yo mismo hablaré con mi hermana.

Su amigo suspiró.

—Te doy dos días, no más.

James asintió aliviado y se marchó a su casa.

En cuanto entró, frunció el ceño al ver desde el vestíbulo una figura de oscuro en el piso superior, en la galería, de espaldas a él. Apretó la mandíbula. Ese lugar era sagrado, nadie debía pisarlo, mucho menos un desconocido.

—Bienvenido, milord —le saludó el mayordomo, encargándose de su capa y sus guantes.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —le preguntó, refiriéndose al «no» invitado.

—Media hora. Dijo que esperaría lo que hiciera falta. Insistí en que se quedara en el salón —comenzó a sudar por los nervios—, pero resulta bastante intimidante, milord, su… —tragó saliva — su reputación le precede. Por favor, perdóneme, no volverá a ocurrir. —Agachó la cabeza.

James, entonces, adivinó de quién se trataba. Hizo un ademán a Bernard para que no se preocupara, y subió la gran escalera de mármol. A medida que se aproximaba, su tío Maximilian se fue girando hacia él. Un desagradable escalofrío erizó su piel por entero, igual que cuando era pequeño.

Su cabello era gris, no había rastro del negro azabache que poseía en su juventud; los ojos negros eran gélidos; el bigote, demasiado grueso, y su aspecto, robusto.

—¿No me vas a saludar como es debido, muchacho? —Maximilian extendió los brazos, pero James se quedó quieto, a dos metros de distancia, por lo que los bajó, sonriendo con satisfacción, sabedor del efecto que provocaba en él—. ¿Me invitas a una copa? Si mal no recuerdo, había una bodega en el sótano, pero a lo mejor la has cambiado de lugar, o la has… quemado. —Abarcó el espacio—. Has cambiado todo.

—¿Te ha dado tiempo a husmear por todas partes? ¿O llevas vigilándome desde que regresé a Londres? —Enarcó una ceja.

—Siempre tan astuto… —Se rio—. Entonces, no hay copa. Una lástima, mi hermano tenía

muy buen gusto con la bebida.

Era más que evidente a qué había venido, pero en la galería no se sentía nada cómodo con él, señaló la escalera y comenzó a bajarla.

No pasaron del vestíbulo.

—¿Qué quieres? —le exigió James con voz baja pero firme.

—Tu padre me mandó una carta con la dirección del abogado, Adam Lander, para que este me explicara los cambios en el testamento, una sorpresa que me incluyera. Y fue idea mía que Lander te pidiera que volvieras a Londres para ponerte al tanto de la cláusula que tu padre añadió.

—¿Cuándo te envió la carta? —Se cruzó de brazos.

—Una semana antes de morir.

Su padre les había estado vigilando… Había estado al tanto del distanciamiento entre Sophie y él, y había decidido vengarse de su propio hijo por defender a Brianna. No le cupo ninguna duda.

—Tienes cuatro meses para casarte y la afortunada es la hija de los condes de Dorset, una tierna pelirroja llamada Sophie. —Se relamió los labios.

James quiso matarlo en ese instante por haber pronunciado su nombre de aquella manera tan repugnante.

—Mantente alejado de ella. —Rechinó los dientes.

—Cuidado con amenazarme, no le tengo miedo a nada —le advirtió con voz áspera y una gran seguridad en sí mismo—. ¿Sabes? Me va a encantar ver cómo le quitas la prometida a Boissieu. Te deseo suerte, sobrino, la vas a necesitar.

James maldijo de nuevo a Alexander en cuanto su tío se marchó. Lo maldijo una y mil veces.

9



Por la noche, después de pasar toda la tarde en el orfanato St. Joseph, dando clases de pintura a los maravillosos niños que vivían allí, Sophie regresaba a la ciudad en su calesa cuando un ruido asustó a los caballos, se encabritaron y Edward, el cochero, perdió el control. Ella intentó sujetarse a lo que fuera, pero chocaron con un árbol y los dos salieron despedidos. Edward quedó inconsciente y Sophie se levantó de la tierra haciendo una mueca tras otra por el golpe que se había llevado.

—¡Edward! —Intentó despertarle, en vano—. Iré a pedir ayuda.

El orfanato estaba lejos y ni siquiera divisaba la ciudad, a su alrededor había árboles frondosos y la única luz existente era la luna llena en un cielo despejado, algo podía ver.

Se retiró algunos mechones de la cara, se le había deshecho el moño; se quitó los guantes, rotos. Con una ligera cojera por culpa de un tobillo magullado, comenzó a caminar, aunque sin saber hacia dónde ir.

A los pocos segundos, un carraspeo a su espalda la paralizó. Los cascos de un caballo se aproximaron a ella hasta quedar a su lado, solo tuvo que girar la cara para mirar a…

El misterioso individuo que se colaba en su jardín cada noche.

Con los ojos abiertos en exceso y el corazón queriendo salírsele del pecho, vio cómo él desmontaba de un salto y se detenía a escasos centímetros de distancia. Sophie le llegaba a la barbilla, poseía un torso ancho y una mirada tan profunda que le provocó un intenso revoloteo en la parte baja de la espalda.

—¿Qué hace aquí sola, *lady* Sophie? —Su voz era ronca, seguramente, por el pañuelo que cubría su rostro.

—Yo… —Parpadeó, regresando a la realidad—. Hemos tenido un accidente con la calesa, mi cochero está inconsciente, ¿podría ayudarme?

—¿Qué le hace pensar que puede confiar en mí? ¿Y si soy un salteador de caminos?

—Intuición. —Entornó los ojos—. Sé que viene a mi jardín cada noche desde hace días. Si

hubiese querido hacerme algo malo, ya lo habría hecho.

¿De dónde había salido aquel atrevimiento?

—Quizás estaba esperando el momento oportuno —le contestó él—, usted sola y lejos de su casa. —Se inclinó.

Sophie, entonces, empalideció. ¿Sería capaz de…?

—Tranquila —añadió, retrocediendo un par de pasos—. La llevaré a su casa y volveré a por su cochero. —Le ofreció la mano—. En realidad, estamos muy cerca, solo hay que salir al sendero —señaló un punto a su derecha con la otra mano— y verá la ciudad de Londres a sus pies.

—No, gracias. —Se arrepintió.

Esto era por completo indecoroso. ¡En qué estaba pensando al continuar allí con él! Retomó el camino, hacia la derecha, pero en cuanto plantó el pie magullado, se le dobló la pierna por el pinchazo que sintió y acabó de rodillas en el suelo soltando un quejido.

Él la tomó de la cintura y la ayudó a sentarse.

—Se ha dado un buen golpe —afirmó, sujetándole el borde del vestido para colar las manos por dentro. Ella dio un brinco, alejándose de él. Escuchó una risa grave a través del pañuelo—. Solo voy a comprobar cómo tiene el tobillo. Conmigo, esta noche su reputación está a salvo.

—¿Solo esta noche? —Se irguió—. Soy una dama, y lo cierto es que no sé si usted es un caballero, pero…

—No todos los hombres son de fiar, sean caballeros o no.

—No es apropiado todo esto. —Se puso nerviosa, intentando incorporarse—. Gracias, pero he de irme.

Sin embargo, volvió a quejarse por culpa del pie. Él gruñó incoherencias y la agarró del brazo para que se sentara de nuevo. Fue directo al tobillo, aunque lo palpó con mucha delicadeza.

—Está un poco inflamado, necesitará unos días de reposo.

Por su voz, no podía descubrir nada de aquel hombre, pero por la forma en la que le hablaba, sí. Y sabía quién era ella. Era un aristócrata, ¡seguro! Pero ¿quién?

—No puede caminar en este estado, la llevaré a casa. —Se puso en pie y, sin previo aviso, la cogió en brazos y la montó en su caballo. De un salto, se sentó detrás de ella—. Si se sienta a horcajadas y se apoya en mí, iremos los dos más cómodos, sobre todo usted.

Él le rodeó la cintura con la mano derecha y guio al semental con la mano izquierda. Sophie sonrió, acababa de descubrir algo más: era zurdo. Y muy pocas personas lo eran.

Cuando la dejó en la puerta trasera de su casa, Sophie frunció el ceño al sentirse desprovista de la protección de su cuerpo.

—Gracias —pronunció ella al desmontar.

—Ha sido un placer. —La tomó de la mano, notando Sophie un roce apenas perceptible en la muñeca. Se tocó el ala ancha del sombrero a modo de despedida y se marchó al galope.

De manera inconsciente, se llevó la mano a la muñeca, entonces…

—¡Me ha robado mi cinta azul!

10



Transcurridos cuatro días, Sophie se levantó de la cama harta de hacer reposo, el pie por fin no le dolía. Se vistió con su traje de montar azul oscuro y paseó en su yegua hacia Hyde Park, acompañada por Edward en otro caballo.

Los rayos del sol le acariciaban el rostro, ya olía a verano, apenas quedaban un par de semanas para la nueva estación. Sonrió, adoraba el buen tiempo, algo que escaseaba en Inglaterra.

Entre las copas de dos árboles, medio escondidos, los duques de Asworth descansaban sobre una manta, cogidos de la mano. Nicholas y Brianna desafiaban las normas cada vez que les apetecía, cómo les envidiaba… Eran libres, no les importaba lo que opinaran de ellos, y la alta sociedad les respetaba, aunque los más mayores juzgaban sus muestras de amor en público.

—¡Hola! —les saludó muy contenta de verlos.

—¡Sophie! —exclamó Brianna, incorporándose.

—Felicidades —les obsequió con sinceridad. Esa noche daban una fiesta por su quinto aniversario.

—Gracias —respondió Nicholas, sonriendo con cariño.

—¿Cómo está tu pie? —se interesó su amiga.

—Perfecto.

Se bajó y charló un rato con la pareja, hasta que un jinete, a lo lejos, galopando sobre un precioso y enorme semental negro, captó su atención, erizando su piel al observar tal bella imagen.

Fue reduciendo la velocidad y virando hacia ellos. Al reconocerlo, Sophie tragó saliva con fuerza, su corazón, además, se precipitó hacia las alturas.

—Buenos días, enana, Nick, *lady* Sophie —dijo James, agitado por la carrera.

Sophie entreabrió los labios soltando un suspiro entrecortado, de repente, hacía demasiado calor… La camisa blanca que él llevaba estaba abierta en el pecho, dejando entrever una porción

de piel y mostrando una musculatura que incrementó el pulso de ella todavía más.

Al darse cuenta del escrutinio al que le estaba sometiendo, murmuró una rápida despedida y se montó en la yegua, deseando huir de allí. Edward la siguió de inmediato.

Pero antes de llegar a la puerta del parque, un caballo enorme les cortó el paso.

—¿Quiere algo, lord Asten? —inquirió Sophie, apretando las riendas, le temblaban las manos.

—Me preguntaba si le apetecía dar un paseo conmigo. —Le sonrió.

«Oh, no… Esa sonrisa, no, por favor…».

Ella carraspeó y negó con la cabeza, incapaz de hablar en ese momento.

—¿Y si empezamos de nuevo? —le pidió él en voz baja—. Fuimos… buenos amigos. —Ya no sonreía—. Para Brianna y Nicholas sería más fácil que no hubiera esta tensión que existe entre nosotros cada vez que coincidimos.

Sophie respiró hondo. Tenía razón en cuanto a sus amigos, pero James y ella… Seguía doliendo aquella escueta nota que le mandó para que no le escribiera más.

—No es buena idea —susurró, agachando la cabeza.

Entonces, él colocó el caballo junto a su yegua y posó una mano en las suyas. Sophie le miró. En los ojos de James había… ¿tormento?

—Sé que no lo hice bien —le confesó él, apartando la mano despacio—. Sé que te hice daño —continuaba hablando en voz baja—. Jamás me perdonaré haberme alejado de ti como lo hice, sin ninguna explicación, pero he vuelto y tengo toda la intención de recuperar lo bueno que había antes en mi vida, y eso te incluye a ti. —Tragó de manera casi imperceptible—. Te perdí, pero quiero recuperarte, Sophie. No pretendo que me sonrías o me trates como antes, sé que voy a necesitar tiempo para ganarme tu confianza, pero déjame disculparme. —Permaneció unos segundos callado y añadió en un tono ahogado—: Déjame intentarlo, por favor.

Sophie necesitó parpadear, desviando la mirada para que James no se percatara de que estaba a punto de echarse a llorar.

¿Quería recuperarle ella? La respuesta era peligrosa…

Bueno, siendo sincera consigo misma, él nunca le había hablado de sentimientos ni le había prometido nada. Se habían cogido alguna vez de las manos, habían compartido miradas… brillantes —esto sabía con certeza que no se lo había imaginado—, habían dado largos paseos a caballo y habían tomado tés y jugado a las cartas con charlas interminables y risas que aún calentaban su corazón cuando las recordaba más veces de las que le gustaría…

En Londres, esa actitud era impensable entre un caballero y una dama, solteros y sin carabina, pero en Bath se habían saltado alguna que otra norma, aunque manteniendo las distancias en público. Una pulsera de zafiros le regaló esa navidad que pasaron allí, pulsera que guardaba junto a las cartas, pulsera que quiso enterrar cuando James se distanció de ella y todo se rompió, su alma también.

Respiró hondo. Debía dejar el pasado atrás, estaba prometida a un buen hombre y, en efecto, coincidiría en muchas ocasiones con James. Y quizás a él le había costado dar el paso de empezar de nuevo, de acercarse a ella… Quizás ese tormento en su mirada era real.

—Supongo que sería lo mejor para todos —accedió ella—, así Brianna y Nicholas no se sentirían incómodos cuando coincidamos.

—Y tú tampoco. Podrás volver a ver a mis sobrinos tan a menudo como hacías. —Sonrió de nuevo—. ¿Amigos, *lady* Sophie?

—Amigos, lord Asten. —Le dedicó una pequeña sonrisa, notando las mejillas ruborizadas, eso no podría evitarlo nunca.

—Entonces, ¿un paseo a caballo para sellar nuestra amistad?

Sophie asintió.

Con Edward detrás de ellos, dieron un paseo por el parque, hablando sobre banalidades, pero compartiendo más sonrisas y sintiendo ella que, por fin, podía volver a respirar.

11



Vestido de frac, James se dirigió en calesa a la mansión de su familia para asistir a la fiesta de su aniversario. Durante el camino, disfrutó de la brisa fresca que le revolvió los cabellos. Por primera vez desde que regresó a Londres, se encontraba en paz, y eso se debía a la reconciliación con Sophie.

La cláusula del testamento había sido la excusa para acercarse a ella, pero los nervios que lo poseyeron cuando le pidió disculpas y el fiero latir de su corazón cuando disfrutó sobremanera de verla sonreír mientras paseaban a lomos de sus caballos…, eso había sido sincero.

Fue directo a la habitación de los niños. Como de costumbre, Jamie y Emma correteaban por la amplia estancia sin querer dormirse. Alice y Abigail intentaban atraparlos entre carcajadas.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó él con fingida voz autoritaria.

Sus sobrinos se detuvieron de golpe.

—¿No podéis esperar a que yo llegue para jugar? —añadió James—. ¿Tenéis que hacerlo sin mí? —Les sonrió con travesura y fue tras ellos, uno a uno, hasta que los envolvió entre sus brazos y los arrojó a sus camas, que estaban unidas, robándoles risas contagiosas.

Los arropó y se sentó junto a la pequeña. Le acarició la mejilla y le dio un beso en la frente. El hombrecito le tendió el libro de *Robinson Crusoe*. Lo abrió donde había una pequeña señal y leyó en alto hasta que se quedaron dormidos.

Sigiloso, se levantó, sopló las velas del único candelabro que había en la mesita y se encaminó hacia la puerta, pero nada más alzar la mirada, le flaquearon las piernas al ver a Sophie apoyada en el marco de la puerta abierta, sonriéndole de forma deslumbrante.

Él le guiñó un ojo, provocando que ella se ruborizara, algo que adoraba y que en el pasado había logrado hacerlo tan rápido como en ese momento, y tantas veces…

Ya en el pasillo, quietos el uno enfrente del otro, pudo admirar lo maravillosa que estaba de color coral, resaltando su piel de alabastro y sus ojos almendrados; las mangas del vestido eran muy cortas y, aunque llevaba guantes por encima de los codos, se fijó en el diminuto bulto de su

muñeca izquierda. Sonrió para sus adentros, metió una mano en el bolsillo del pantalón y acarició su tesoro más preciado entre los dedos.

El pelo le caía en cascada en forma de coleta ladeada permitiéndole una visión nada casta de su cuello. Se imaginó posar los labios en esa porción de su piel y… Carraspeó.

—Buenas noches, *lady* Sophie —le susurró para no despertar a los niños.

—Buenas noches, milord —le correspondió con un intenso brillo en sus rasgados ojos.

De repente, al escuchar «milord» de sus labios, un potente fuego lo devoró en su interior. Su «lord». Suyo. De ninguna otra mujer.

—Tienes buena mano con los niños —le obsequió ella.

—No tanto como tú, yo no sabría qué hacer con tantos como los que cuidas cada tarde en el orfanato.

—Me resulta muy fácil porque son maravillosos, igual que Jamie y Emma.

James le ofreció el brazo y se dirigieron al salón principal, donde la concurrida y alta sociedad londinense se divertía y charlaba en grupos. Una música suave de fondo formada por un violín y un piano amenizaba el ambiente. No pasó por alto las rápidas miradas curiosas que les echaron algunas damas al atravesar la doble puerta abierta con Sophie de su brazo.

La escoltó donde estaban su madre y otras damas.

—¿Podemos unirnos a la conversación? —les solicitó James, tomando dos copas de vino de la bandeja de un sirviente; le tendió una a Sophie.

—Ustedes dos son siempre bienvenidos. Buenas noches, lord Asten y *lady* Sophie —les saludó la marquesa con una inclinación de cabeza.

—*Milady*. —Le correspondieron el gesto.

—Comentábamos el revuelo que está causando el enmascarado —les contó la marquesa.

—¿Quién? —preguntó él, arqueando las cejas.

—El hombre de negro que se está tomando la justicia por su cuenta con aristócratas… de mala reputación. —Sonrió.

—Todo el mundo debe enfrentarse a las consecuencias de sus actos —dijo Sophie, sorprendiéndole.

—Ese hombre es un cobarde —señaló James. Todas le miraron, expectantes—. Se esconde bajo un pañuelo que le cubre la cara y actúa en callejones oscuros y apartados, saltándose a las autoridades.

—Las autoridades no siempre hacen bien su trabajo —opinó ella con su delicado ceño fruncido.

Sabía a lo que se refería: a lo ocurrido con Alexander. Las autoridades no hicieron nada al respecto. Su padre estuvo meses en busca y captura, y casi mata a Brianna, de no ser por Nicholas, Allan, Michael, Stuart y él.

—¿Defiende a ese justiciero, *lady* Sophie? —se interesó la marquesa.

—Defiendo que alguien valiente enfrente a hombres poderosos que actúan mal si las autoridades ni siquiera investigan sus actos.

—Para investigar algo, hay que denunciar antes —recordó James.

—Las anteriores esposas del conde de Lescher murieron en extrañas circunstancias, lord Asten, ¿deben denunciar desde sus tumbas? —Arqueó las cejas—. Y las mujeres que son sometidas a… —se contuvo, indignada— actos malvados, llamémoslos así, muertas de miedo como están y obedeciendo por coacción, o porque son pobres y están solas y no pueden negarse a nada porque no tienen a nadie que las proteja, ¿hay que obligarlas a que denuncien para que las dejen vivir tranquilas? ¿Quiénes las creerían? La palabra de una mujer, sea pobre o rica, frente a

la de un hombre, nunca vale de nada.

—Sophie… —la avisó su madre.

—Ese enmascarado hace lo que tiene que hacer —continuó ella, indignada—, lo que nadie se atreve a hacer, lo que todas esas mujeres necesitan: escucha sus ruegos silenciosos y obliga a los culpables a pagar por el daño que les han infligido.

Ante aquel discurso, a James se le aceleró el corazón. «Maravilloso —pensó, frustrado y molesto—, no solo tengo que luchar contra un prometido, ahora también contra un justiciero».

Se bebió su copa y se disculpó con el grupo, los estúpidos celos que sentía le impedían estar cerca de Sophie.

Se acercó a una joven cualquiera y la invitó a bailar un minué. El rubor de sus mejillas no era el de su pelirroja, como tampoco su sonrisa, ni su rostro, ni la forma en la que encajaba entre sus brazos.

Después de bailar con más damas, se aproximó a su amigo Allan, el marqués de Hollsmere, y se tomó la copa de brandy con él.

—Parece que vuelves a tu ser, mi querido amigo —le dijo Allan, ofreciéndole una copa de brandy—, comenzaba a preocuparme.

—Te queda mejor la etiqueta de libertino a ti que a mí. —Se rio al ver a su amigo sonreír con orgullo—. Solo me interesa una en particular.

—La única que no puedes tener. —Miró a Sophie, que bailaba en ese instante con un caballero que podría ser su padre, pero que babeaba por ella sin ningún disimulo.

—La única que será mía.

Allan frunció el ceño.

—Está prometida.

—No por mucho tiempo.

—¿A qué te refieres?

—A que se casará conmigo antes de octubre.

—James, lamento recordarte que estamos hablando de *lady* Sophie, la dama más perfecta de la alta sociedad, su reputación es intachable, jamás hará nada que provoque un escándalo en su familia, y romper su compromiso con Boissieu para casarse contigo en lugar de con él sería un escándalo tremendo.

Como James no contestó, Allan añadió:

—Nunca te había visto tan decidido con una mujer, supongo que hay un motivo de peso detrás de tu afán por convertirla en tu esposa.

—Estoy enamorado de ella —le confesó sin pudor ni miedo a reconocerlo en voz alta.

Allan arqueó las cejas.

—Entonces —le dio una palmada en la espalda—, ve a por ella, Jimmy.

—Esa es mi intención.

Solo esperaba no llevarse a sí mismo por el camino, porque si ahora que iba a por Sophie de verdad salía mal, se rompería por completo.

12



Un movimiento en el jardín la asustó: el enmascarado acababa de aparecer en el mismo lugar de siempre, entre aquellos dos árboles que había enfrente de su habitación. Hacía unos minutos que Sophie había llegado de la fiesta, estaba agotada, pero ver al misterioso justiciero en su jardín le borró el cansancio de golpe.

Se quitó los escarpines para no hacer ruido y bajó a las cocinas, por donde salió de la casa. Él la miró al percibir su presencia y se tocó el sombrero a modo de saludo. No llevaba capa y la camisa negra se tensaba en sus movimientos, notando ella el cuerpo tan impresionante que tenía.

—¿Por qué viene cada noche? —se atrevió a preguntarle, nerviosa.

—Me da suerte. —Su voz ronca aleteó el estómago de Sophie.

—¿Le doy suerte antes de impartir justicia por su cuenta?

—Creía que era una gran defensora de mi persona.

«¡Oh, Dios mío!».

—¡Estaba en el baile esta noche!

—Culpable.

—Lo sabía. —Sonrió con satisfacción—. Pertenece a la alta sociedad.

—Quizás era un sirviente, no un caballero.

—Puede ser —dudó—. ¿Cuál es su nombre? Para dirigirme a usted.

—Puede llamarme como quiera. —Sus ojos brillaron divertidos.

—Esa respuesta no me vale. —Frunció el ceño.

—Usted pinta, es una artista, *lady* Sophie, imagíneme en uno de sus lienzos, ¿qué nombre me pondría?

—No hago retratos. —Se ruborizó, desviando la mirada.

Mentira. Sí hacía retratos, tenía muchos de James, y uno del enmascarado.

—¿Cómo sabe que pinto? —Entornó los ojos.

—Porque usted siempre huele a arcoíris —le susurró, más ronco de lo habitual—. A todos los

colores.

Sophie se quedó sin aliento.

—Y porque sé que enseña pintura a los niños del orfanato —añadió él, retrocediendo un paso.

—Parece que sabe mucho sobre mí. —Parpadeó—. No se desvíe de la conversación. ¿Cuál es su nombre? —insistió ella.

—Le encanta hacer preguntas. —Se rio.

—Y a usted le encanta no responder. —Se irguió, molesta.

—Si quiere saber algo de mí, tendrá que pagar por ello. —La tomó de la mano izquierda. El contacto, a pesar de los guantes de ambos, quemó su piel, alterando su respiración—. Con un guante será suficiente, ¿acepta, *lady* Sophie?

—Una prenda —repitió ella.

—No se preocupe, no la comprometeré por quitarle un guante, estamos solos en plena noche. —Una carcajada siseó a través del pañuelo.

Finalmente, asintió. A pesar de ser un desconocido, confiaba en él, la había salvado de acabar a merced de posibles salteadores.

El enmascarado retiró el guante de su brazo, tan despacio que erizó la piel de Sophie y le entrecortó la respiración. Se quedó hipnotizada en el intenso centelleo que desprendían sus ojos. Notó también cómo él deslizaba sus dedos por su muñeca, ¿cuándo se había quitado su propio guante?

—Dulces sueños, *lady* Sophie —le susurró de nuevo, inclinándose para besarle el dorso de la mano de manera prolongada antes de desaparecer en la oscuridad.

Fue a través del pañuelo, pero ella sintió que aquellos labios abrasaron su piel. Se llevó la mano a la boca con los ojos cerrándose, como si no pudiera evitar atesorar ese beso que acababa de dejarla temblando. Entonces, se dio cuenta de que le había robado otra vez la cinta azul de la muñeca…

Suspiró.

Esa noche, su mano deslizó el pincel por un nuevo lienzo.

Esa noche, se encontró pintando unos ojos misteriosos.

Cuando contempló su nueva obra, se percató de que aquella mirada, clara por los reflejos de la luna, poseía un tinte de profunda tristeza. ¿El justiciero estaba sufriendo? Quizás por ello hacía lo que hacía. Sintió un escalofrío.

Regresó a su cuarto y salió al balcón del vestidor con un libro, incapaz de dormirse, no dejaba de pensar en esa tristeza que había pintado sin darse cuenta en el retrato.

El sonido de los pájaros la despertó horas después. Estaba amaneciendo cuando abrió los ojos. Aturdida por el sueño, se incorporó hasta sentarse. Su mano rozó algo en el suelo. Giró sus ojos para ver de qué se trataba y descubrió una rosa azul. La estudió atentamente. Las rosas azules no existían, alguien la había pintado, y quitado todas las espinas. Sonrió encantada por aquel regalo, sin duda de su enmascarado. Adoraba las flores, no solo la pintura, y esa rosa era una flor única que guardaría incluso cuando se secase.

Horas más tarde, seguía tan contenta que no quiso esperar a por la tarde para ir al orfanato. Se arregló con un vestido de muselina en color crema y se marchó con Edward en una nueva calesa, según el cochero, más resistente que la del accidente, o eso esperaban los dos.

Los niños la recibieron, como siempre, con una alegría que le conmovió el alma.

Tras darles su clase diaria de pintura y comer con ellos, se desperdigaron en grupos por el jardín para jugar un rato, aprovechando que no llovía, a pesar de estar el cielo cubierto de nubes.

Todos menos una, la solitaria Clara, de catorce años, que se sentó bajo la copa de un árbol con

un libro en las manos.

—¿Qué estás leyendo? —quiso saber Sophie, sonriéndole con dulzura.

—Un libro sobre flores. —Se encogió de hombros.

Eso la alegró sobremanera, le encantaban los libros sobre la naturaleza, el significado de las plantas, de las flores, sus texturas, sus olores y, sobre todo, sus colores.

—¿Puedo verlo? —le preguntó, sentándose a su lado.

La niña, de mágicos ojos grises, se lo tendió. A Sophie le recorrió un inmenso regocijo al descubrir que no se trataba de un libro en sí, sino de un manuscrito del mismísimo Benjamin Lorry, forrado en una tapa de cuero oscuro.

—Él me dijo que usted querría verlo.

Sophie se alarmó. Nunca iba nadie, salvo sus amigos y el dueño del edificio, y lo hacía una vez al mes para comprobar que los niños estuvieran bien atendidos, al igual que las doncellas que se encargaban de cuidarlos.

—¿Ha venido alguien más aquí además de Brianna, Nicholas y sus hijos?

Clara asintió.

—¿Le importa si lo leo yo antes de que se lo lleve, *lady* Sophie?

—El libro es tuyo, no mío.

—Él me lo dio para usted. Aseguró que era porque se había llevado una prenda suya sin contestar a una pregunta. —Arrugó la frente, extrañada—. No entendí a qué se refería, pero me pidió que se lo dijera.

El enmascarado había estado allí esa misma mañana…

13



Como cada año, los condes de Dorset se marcharon a su residencia de Brighton cuando acabó la temporada, donde se quedarían hasta finales de agosto. Sophie se reuniría con ellos en ese mes, le gustaba disfrutar de Londres cuando había poca gente; además, le resultaba imposible pasar tanto tiempo lejos de los niños del orfanato.

Nicholas, Brianna y sus hijos también se fueron a pasar el verano fuera de la capital, a Bath. En cuanto a James, llevaba tres semanas sin verlo, desde la fiesta de aniversario de los duques de Asworth. Y el enmascarado había desaparecido; el periódico aseguraba, de forma cómica, que el justiciero se había tomado unas vacaciones. ¿Le habría pasado algo?, no dejaba ella de preguntarse.

Una noche a finales de junio, decidió salir al balcón y empezar a leer el manuscrito de Benjamin Lorry. Era su autor favorito, casi nadie lo sabía. Sophie había mantenido correspondencia con él; durante años, le había escrito cartas admirando sus obras y el gran trabajo de documentación que había detrás de cada libro suyo. El señor Lorry le había respondido siempre dándole las gracias y confiándole algún secreto de su siguiente publicación.

La última carta que recibió fue de su esposa, desde Viena, meses atrás, en la que le informaba de que su marido Benjamin había fallecido por unas fiebres y que agradecía enormemente la admiración que le había profesado Sophie en vida.

Acarició la tapa del manuscrito con una enorme sonrisa y los restos de tinta que difuminaban la primera hoja donde había firmado el autor con su nombre. ¡No se podía creer que tuviera un ejemplar escrito a mano por Benjamin Lorry!

—¿Me has echado de menos?

Esa fingida ronquera hizo que se le cortara la respiración.

Con los ojos abiertos en exceso, vio cómo el enmascarado trepaba por el muro con asombrosa agilidad hasta alcanzar el balcón donde ella estaba sentada. La vela que había a su lado se hondeó cuando él traspasó la barandilla y se plantó frente a ella.

Incómoda por el inevitable calor que aquella intensa mirada le provocaba, se incorporó.

—Nunca te había visto más hermosa que esta noche —le dijo sin formalidades y con un brillo divertido en sus ojos.

Sophie se percató, entonces, de que llevaba puesto el camisón; aunque era tan largo que se lo pisaba con los pies, la seda era demasiado fina y se sintió desnuda ante su presencia. Se colocó el pelo suelto en el pecho y, con torpeza, cogió la manta que descansaba a sus pies y se cubrió con ella.

—No debería estar aquí —fue lo primero que se le ocurrió decir.

—¿Por qué? —Se apoyó despreocupadamente en la barandilla.

—Alguien podría vernos.

—Todos los criados están durmiendo y tus padres, como casi todo Londres, descansan felizmente en sus residencias de verano.

—¿Cómo…?

—Hoy seré yo el de las preguntas —la interrumpió—. ¿Te gusta? —Con un dedo, señaló el manuscrito.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—A Clara le encanta leer cualquier cosa —comentó, desviando la conversación.

—Me encantaría poder darles una buena educación a todos, en especial a ella, no solo le encanta leer, también aprender y tiene una educación perfecta.

—Podrías acogerla bajo tu protección.

—No quiero decantarme por uno, no me sentiría bien hacia los demás. Y, por favor, ¿le importaría no tutearme?

El enmascarado se inclinó hacia ella, ruborizándola por la falta de espacio de repente entre los dos.

—Mmm… —Cerró los ojos un segundo. La miró decidido—. Huele a pintura. Ha estado pintando antes de salir al balcón. —Giró la cabeza un poco mientras le retiraba algunos cabellos hacia atrás—. He aquí la prueba del delito.

—¿Me he manchado? —Fue a tocarse el cuello, pero él se le adelantó al acariciarla en la clavícula.

Un roce suave con los dedos, esa noche no llevaba guantes, que le alteró el latir de su corazón.

—Espero que también la rosa azul le haya gustado —volvió a comentar, apoyándose de nuevo en la barandilla, como si no hubiese pasado nada.

—¿Por qué la pintó de azul?

—Para impresionarla, con usted hay que ser imaginativos, la pintura forma parte de su esencia, *lady* Sophie. Y es obvio que es su color favorito, un color que la representa totalmente: una persona reservada que no se muestra tal como es ante los demás, sino que por su educación ha creado una barrera entre cómo ve el mundo y cómo es en realidad. —Le tomó la mano izquierda y acarició la cinta.

—¡Suélteme! —exclamó ella de pronto—. Esta vez no me robará la cinta.

Dio unos pasos hacia atrás pisándose el camisón, lo que provocó que cayera al suelo sobre su trasero. Él se rio, intentando controlarse, mientras se agachaba para ayudarla a levantarse.

—Por ayudarla, me quedo con su cinta. —Se la retiró de la muñeca sin que Sophie se lo impidiera y se la guardó en el bolsillo del oscuro pantalón.

—Es un ladrón. —Frunció el ceño, con las mejillas arreboladas.

—No se puede ser un ladrón de lo que es mío.

—Es que estas cintas son mías, no suyas.

—Usted es mía, *lady* Sophie, es mi amuleto, ¿recuerda?

«Oh, Dios mío…». Le tembló el cuerpo ante sus palabras. Se tapó con la manta con fuerza, estrujándola entre los dedos.

—¿Por qué lo hace? —le preguntó, a ver si centrándose en otra cosa era capaz de relajarse, este hombre la inquietaba sobremanera y de un modo que no podía controlar—. ¿Por qué se esconde? ¿No le parece que es una actitud… cobarde?

La miró unos segundos con fijeza.

—No debería juzgar a nadie por su apariencia, usted lo sabe mejor que nadie, después de todo, ¿quién es *lady* Sophie Dorset? —Ladeó el rostro—. Apuesto todas sus cintas azules a que ni siquiera la conoce su prometido.

Ella se sintió… culpable. Muy culpable. Adrien estaba en la India y Sophie… ¿«jugando» con un desconocido, a solas y en el balcón de su habitación?

—Ya ve —prosiguió el enmascarado—, yo me escondo detrás de un pañuelo, y usted, detrás de guantes de encaje. ¿Alguien le ha visto las manos desnudas? —Las señaló.

—Parece que usted sí. —Frunció el ceño, incómoda, ocultando las manos debajo de la manta.

Y James, casi cuatro años atrás.

—Las he visto —convino él—, y también las he sentido entre las mías, y le puedo asegurar que nunca he tocado nada más especial en mi vida que sus manos, porque esconden la verdadera pintura con la que debería estar hecho el mundo. Ojalá, algún día, me enseñe su lienzo más secreto. —Pasó un brazo por encima de su hombro y empujó la puerta acristalada para que se abriera—. Soñaré con ese día. Buenas noches, *lady* Sophie.

Con el corazón desbocado, observó al enmascarado desvanecerse en la oscuridad del jardín.

Se miró las manos, llenas de manchas de pintura que nunca lograba limpiar. Tenía los dedos largos y las uñas perfectamente cortadas para que no le estorbasen al sujetar el pincel. ¿Eran bonitas? Sí, preciosas y esbeltas, muy femeninas, como le decía su madre, pero también eran su grito de libertad, y para una mujer en aquella época, la libertad era impensable.

Solo sobre un lienzo podía ser ella misma, sin pensar en lo correcto, en la educación y en el decoro. Pintaba lo que quería, como le apetecía, desafiaba las normas. Si alguien viera sus lienzos más secretos, se escandalizaría, pero, para ella, la belleza era sinónimo de inmortalidad, ¿y qué mejor que un cuadro para inmortalizarla? Y la belleza abarcaba tantas cosas…

Sin embargo, al pensar en que un desconocido, y no su prometido, supiera eso de ella la hizo sentir todavía más culpable. Adrien no se merecía que Sophie se comportase así, tan… libertina, aunque él no lo supiese. Los encuentros con el enmascarado se terminaban esa noche.

14



A la mañana siguiente, después de encargar ropa y accesorios para los niños del orfanato, Sophie, con una caja de juguetes y sombreros de cintas, se dirigió a St. Joseph en la calesa, guiada por Edward, aunque se marchó al dejarla allí, más tarde iría a recogerla.

Le sorprendió no ver a nadie en el jardín. El ama de llaves, una mujer con el pelo blanco y expresión cariñosa, le indicó que fuera a la sala de música, en el piso superior.

A medida que se acercaba, escuchaba risas y mucho jolgorio. La puerta de la estancia estaba abierta. Cuando llegó al umbral, se le escurrió la caja al suelo. El ruido que hizo provocó que muchos pares de ojos la observaran. Al reconocerla los niños, corrieron hacia ella, algunos la abrazaron y otros destaparon la caja y sacaron su contenido.

Pero Sophie estaba paralizada: James la miraba con una deslumbrante sonrisa. Iba vestido de manera muy informal, con una camisa blanca abierta en el cuello, un pantalón verde oscuro que se ajustaba a sus musculosas piernas y su estrecha cadera y unas botas manchadas de barro en los talones. Sus cabellos castaños estaban revueltos, un ondulado mechón le caía sobre la frente, ofreciendo el aspecto de un niño travieso. Clara, a su lado, era la única que no había acudido a saludar a Sophie.

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó James, acercándose a ella.

Cuando la alcanzó, le apretó suavemente una de sus manos enguantadas. Sophie, seria, sin poder controlar el rápido latir de su corazón al verle, se soltó y caminó hacia los ventanales que daban a la fachada del edificio. Debía respeto a Adrien, y tocar o estar a solas con otro no era, ni de lejos, un comportamiento adecuado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, dándole la espalda.

James carraspeó y le respondió:

—Quería comprobar el buen trabajo que haces en el orfanato. Acepta mis más sinceras felicitaciones. ¿Te ha molestado que haya venido? —Se situó a su derecha, preocupado.

—No me lo esperaba. —Clavó la mirada en un punto en el horizonte—. No viene nadie aquí,

salvo tu familia, sobre todo Brianna.

—No te lo esperabas, pero es evidente que no ha sido una buena sorpresa. —Se le fue apagando la voz—. Discúlpame, no volverá a ocurrir. Buenos días, *lady* Sophie —se despidió, girando sobre sus talones.

A través del cristal, vio cómo se despedía de Clara con un beso en su pequeña mano y salía de la habitación. Los mágicos ojos de la niña le lanzaron un chispazo nada agradable a Sophie.

—¿Adónde va, *milady*? —le preguntó una jovencita rubia de rostro angelical—, ¿por qué se va? —Y añadió con tristeza—: Está bien ver caras nuevas de vez en cuando.

Sophie suspiró. En realidad, James no había hecho nada malo, como tampoco tenía la culpa de que ella se sintiera tan mal con relación a Adrien. No obstante, compartían un pasado que, a pesar de haberse reconciliado, todavía dolía, y mucho.

Cuando más niños empezaron a quejarse, les prometió traer al duque de vuelta.

Al salir de la sala, se lo encontró apoyado junto a la puerta, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y una pierna flexionada en la pared.

—¿No te habías ido?

—Te estaba esperando. —No sonreía. Se incorporó y se acercó a ella—. Dime qué sucede.

Sophie le agarró del brazo y le guio hacia la habitación que había enfrente. Una vez dentro, cerró con pestillo…

—Nuestras vidas se separaron hace casi cuatro años —comenzó ella, entrelazando las manos en el regazo—. Rompiste nuestra amistad de una forma muy brusca y sin darme ninguna explicación. Me sentía tan mal, me cuestionaba sin cesar qué había hecho para que me sacaras de tu vida en un pestañeo, que preferí marcharme lejos para poder aceptar la distancia que nos habías impuesto a los dos. Y, aun así, empecé a escribirte cartas para intentar recuperarte. Un error, me di cuenta al recibir la nota en que me pedías que dejase de hacerlo.

Respiró hondo para intentar sosegarse. Estaba nerviosa, nunca creyó que le diría todo aquello.

—No nos hemos visto los últimos años, James —tenía la mirada perdida en un punto infinito —, y cuando por fin regresas a Londres, me tratas como si fuera una desconocida, pero un día me sonríes y me pides que comencemos de nuevo, y yo… —Suspiró, clavando los ojos en los suyos—. Yo no puedo olvidar el daño que me hiciste. Tampoco me siento cómoda siendo tu amiga. Estoy prometida, no puedo actuar contigo como hace años, y esto es Londres, no es Bath. No podemos siquiera estar a solas en esta habitación.

Un largo silencio inundó la estancia.

—Espero que me entiendas —añadió Sophie en un susurro ahogado, desesperada, de pronto, por que él dijera algo, lo que fuese.

Entonces, sin mirarla, James por fin habló:

—Lamento todo el daño que te hice. No te importunaré más.

Y se fue.

Se fue…

Sophie cerró los ojos, dejando caer los brazos.

No supo cómo tomarse aquella reacción, pero le dolió terriblemente, le dolió tanto como la nota que él le mandó años atrás.

Sin embargo, no podía quedarse allí y llorar como antaño, los niños del orfanato la estaban esperando, así que respiró hondo y dibujó una falsa sonrisa en los labios, que le duró el resto del día.

15



Dos semanas después, a principios de julio, James se vestía con deliberada lentitud, el hombro derecho le dolía más que el día anterior. Cuando hubo terminado, se dirigió a los establos, en un lateral de la casa. A continuación de la pista de arena cubierta, salió y se detuvo frente a su amigo Michael, el conde de Killsmon, que fruncía el ceño, cruzado de brazos.

—Llevo un buen rato esperándote —siseó, molesto—, sabes que no soporto la impuntualidad. Hace tres semanas me pediste que te entrenara, y te dije que si un día me hacías perder el tiempo, adiós.

Vestía informal, igual que él: pantalones oscuros, botas y camisa blanca abierta en el cuello.

—No ha sido adrede —se excusó James—. Empecemos de una vez. —Se despojó de la camisa y las botas.

Michael le señaló con disgusto el moratón tan feo que tenía en el hombro.

—Tú no soportas la impuntualidad y yo no soporto los interrogatorios —le avisó Jimmy—. Y te pedí que me entrenaras en las artes orientas que dominas porque necesito más. —Se puso en posición de ataque.

Su amigo ni se inmutó.

—¿Pero tú te has visto el hombro? —Hizo una mueca—. No quiero ser el culpable de que se te salga por completo. Alguien debería colocártelo y luego tenerlo en reposo unos días.

Gruñendo, James probó una patada en el aire y Michael la frenó con tal fuerza, y sin que se le moviera un solo pelo de la cabeza, que perdió el equilibrio y cayó sobre el hombro herido. Rugió de dolor, cubriéndoselo con la mano.

—James —le dijo Michael—, Allan, Stuart y yo estamos preocupados. Volviste a Londres muy serio y callado, de repente, sonríes otra vez, como antes, y desde hace dos semanas estás de un humor de mil demonios. ¿Es por *lady* Sophie?

—No digas estupideces. —Notó que le ardían las mejillas.

—Me contó Allan lo que le dijiste en la fiesta de Nick y Brianna. —Chasqueó la lengua—.

¿Estás tan irascible porque *lady* Sophie continúa prometida con otro que no eres tú?

—Maldita sea, ¡deja de nombrarla! —exclamó, levantándose.

—¡Pues habla, hombre! —Se acercó a un pequeño riachuelo que había a pocos metros de distancia.

—Está bien —lo alcanzó rápidamente—, pero antes necesito que me ayudes. —Estiró el brazo derecho hacia él.

—Toma —Michael suspiró, dándole una pequeña y gruesa rama que cogió del suelo—, muerde esto, así no me dejarán sordo tus gritos de dolor —quiso bromear, pero ninguno se rio.

Fue un segundo nada más lo que tardó en colocarle el hombro, pero dolió un infierno. No obstante, empezó a notar mejoría.

—El frío del agua te aliviará más —le indicó, señalando el riachuelo.

James se desnudó y se metió en las heladas aguas. Estuvo con el hombro bajo la superficie hasta que le castañearon los dientes. Se secó al sol tirado en la hierba.

—¿Soy tan evidente? —le preguntó a su amigo, poniéndose los calzones y los pantalones.

—¿Serviría de algo que te conozco desde hace mucho tiempo? —Se sentaron con las piernas flexionadas—. No entiendo por qué te empeñas en que ella sea tu esposa, por muy enamorado que estés, está prometida.

Jimmy suspiró y decidió confesarle todo lo concerniente al testamento de su padre, a su acercamiento a Sophie y a lo que ocurrió en St. Joseph la última vez que la vio.

Michael permaneció callado hasta que terminó de hablar.

—Opino lo mismo que Nick: dile la verdad. No es una dama cualquiera y ya fuisteis amigos una vez. Bueno —arqueó las cejas—, dos que coquetean no son muy amigos que digamos, pero tuvisteis una relación cercana. Dile la verdad —repitió con solemnidad.

—¿Después de lo que me dijo en el orfanato? —Resopló—. Ni hablar.

—La dejaste plantada con un mísero «lo siento» después de que te abriera su corazón. Y no has vuelto a acercarte a ella. Vas por el buen camino para convertirla en tu esposa, por supuesto. —Asintió con ironía.

James suspiró derrotado.

—¿Qué hago, Mike?

—Maximilian es peligroso. —Entornó la mirada—. Si no quieres que tu título y todas tus propiedades caigan en sus manos —se incorporó, sacudiéndose el trasero para limpiarse de tierra y paja—, lo primero que has de hacer es enterrar tu orgullo herido por lo que *lady* Sophie te dijo en el orfanato. Llevas dos semanas rumiando como un animal —frunció el ceño—, basta ya. Está sola en Londres, su familia se fue a su residencia de verano, estás perdiendo un tiempo muy valioso para conquistarla. Y, en dos meses, Boissieu regresará de su viaje, así que lo segundo y último que debes hacer es seducirla para que rompa su compromiso y, finalmente, se case contigo. Allan, Stuart y yo vigilaremos mientras tanto a tu tío para que se mantenga alejado de ti y de ella, no sea que se le ocurra desvelarle tus verdaderas intenciones.

—Lo del testamento fue la excusa que necesité para acercarme a ella —le confesó en voz baja —, no puedo mentirle, pero tampoco me atrevo a contarle la verdad. —Le miró con fijeza—. No quiero seducirla, Mike, quiero…

—… que se enamore de ti.

James asintió.

—Pues entonces lucha por ella como te nazca hacerlo —concluyó su amigo—, olvídate del testamento. Pero lamento comunicarte, viejo amigo —le dio una palmada en la espalda—, que la verdad siempre sale a la luz. Cuando estés seguro de sus sentimientos hacia ti, cuando ya estéis

casados, cuéntale lo del testamento.

—¿Y si recurre a la nulidad cuando descubra la mentira? —Un escalofrío le retumbó todo su cuerpo.

—No podrá recurrir a la nulidad si se demuestra que no es virgen. —Enarcó una ceja—. Y dado lo mucho que la amas y que sé que no le eres indiferente, solo hace falta fijarse un instante en cómo se ruboriza en cuanto entras en su campo de visión —suspiró—, apuesto mi título y todas mis propiedades a que no llega casta a la noche de bodas.

—Los niños del orfanato me dijeron que se iría a mediados de agosto a Brighton.

—Y tú te irás con ella, también tienes una residencia allí. —Agitó un dedo en su dirección—. Se acabó seguir compadeciéndote. Lucha por ella y empieza a hacerlo ya.

16



Ese mismo día, a media mañana, Sophie estaba pintando en su santuario privado cuando su doncella personal, Claudia, la interrumpió entrando como un vendaval.

—Lord Asten está aquí, ha venido a visitarla.

—¡¿Qué?! —exclamó, de pronto, muy nerviosa. James era la última persona que esperaba ver dada la última «conversación» que habían compartido.

—Lávese las manos, deprisa, iré a prepararle un vestido elegante. Es un duque, mi señora, no debe hacerle esperar. Y no se olvide de quitarse el mandil —añadió al ver que corría hacia el baño.

Le temblaban las piernas cuando bajó la escalera hacia el vestíbulo, arreglada con un bonito vestido azul celeste con un cinturón de encaje cosido debajo del pecho, uno de sus favoritos. Se había recogido los cabellos en una trenza ladeada, a Claudia no le dio tiempo a más.

A medida que se acercaba a la pequeña estancia donde él la esperaba, una salita para tomar el té, coqueta y acogedora, en tonos tierra, su corazón le latía de un modo tan frenético que tuvo que respirar hondo varias veces antes de entrar.

—Buenos días, lord Asten —le saludó desde el umbral, seria.

James cerró un libro de Benjamin Lorry que tenía en las manos y lo dejó en la estantería sin fijarse en si lo había colocado en su sitio.

«¿Lograré sanar mi corazón algún día?», se preguntó, muy inquieta. «Solo late por él…».

Era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Sus ojos verdes la tenían cautivada. En otro tiempo, parecía otra vida, habían brillado siempre que se habían cruzado con los suyos. Igual que en ese momento…

Se acercó a ella, también serio.

—Buenos días, *lady* Sophie. —Su voz era vibrante, profunda, embrujadora…

—¿Desea tomar un té o una copa de vino…?

—Perdóname —la cortó—. Perdóname por haber reaccionado tan mal la última vez que

hablamos. ¿Te importa si evitamos las formalidades entre nosotros? Lo encuentro absurdo, no somos dos desconocidos. —Le indicó los dos sillones de orejas que daban la espalda al jardín de la casa—. ¿Nos sentamos?

No sabía qué podía esperar de aquella visita, pero se acomodó en uno de los sillones y esperó a que continuara hablando.

—En realidad, he venido a darte las explicaciones que mereces. —Se acomodó en el otro sillón.

Ella suspiró de manera contenida.

—Te escucho —le dijo con suavidad.

—Sé que mi cambio de actitud al final de nuestra estancia en Bath fue lo que provocó que te marcharas a París. —Su voz era baja y había agachado ligeramente la cabeza—. La primera carta que me enviaste —sonrió con tristeza— hizo que por fin pudiera respirar. Pensé que me habías perdonado sin haberme disculpado. —Inhaló una profunda bocanada de aire, como si se armara de valor—. Yo también me fui, Sophie, no podía seguir en Inglaterra cuando acabó todo lo de mi padre.

Su mirada transmitió ese tormento que había atisbado en otras ocasiones, un tormento que le encogió el pecho de la manera más cruda.

—Le pedí a la reina —prosiguió— que me enviara a París.

Aquello la despojó de aliento.

—Entonces —la miró con fijeza y los ojos brillantes—, en los ratos que tenía libres te seguía. Todo lo que me contabas en las cartas lo sabía porque te había visto. Conozco la escuela de señoritas donde enseñabas pintura. En mi memoria están grabadas las horas eternas que te pasabas en el Louvre. Incluso sé cuál es la librería a la que acudías una vez al mes. No estoy preparado para contarte el motivo por el que estropeé nuestra amistad —tragó saliva con fuerza —, pero quiero que sepas que no hay mujer más especial para mí que tú, Sophie. Siempre ha sido así.

Se le formó un grueso nudo en la garganta ante aquello. ¿Había estado con ella en París?

—Y no te imaginas —le confesó él con voz ronca— cómo me consumían los celos al verte con Boissieu, sonreírle, pasear a su lado, permitir que te cogiera de la mano, que te diera algún beso en la mejilla cuando creíais que nadie os veía… —Se pasó las manos por el pelo, revolviéndoselo.

«¿Me… me ama? Oh, Dios mío…».

—¿Por qué? —le susurró ella—. James, yo te… —Se calló en el último instante. Se levantó y, rodeándose a sí misma, observó el jardín con el corazón desbocado—. ¿Por qué no quisiste que siguiera escribiéndote? ¿Por qué me echaste de tu vida? ¿Por qué fuiste el culpable de ambos sufriéramos? ¿Por qué me has lanzado a los brazos de un hombre que nunca podrá hacerme feliz? Porque no eres tú. Porque no lo quiero. ¿Por qué me has privado todos estos años de… felicidad, a tu lado? —Se le fue apagando la voz.

—Porque no te merecía. —Lo sintió a su espalda, su aroma la envolvió sin ni siquiera tocarla.

—Jimmy… —Se giró despacio—. Tú también eras muy especial para mí. Siempre lo has sido. —Dejó caer los brazos—. Y ya no me importa que lo sepas ni me da miedo decirlo en voz alta, ni siquiera me siento culpable por Adrien, lo que me convierte en una persona horrible, pero… —Suspiró entrecortada—. Pero he luchado contra mis sentimientos durante demasiado tiempo, ya no quiero seguir haciéndolo. —Y añadió con los ojos cerrados, dejando caer las lágrimas que había estado reteniendo—: Estoy prometida a un hombre al que jamás amaré como te amo a ti. Ni a él ni a ningún otro. Jamás.

Entonces, James la sujetó de la nuca y la besó en la boca sin ninguna delicadeza, sin pedir permiso, con la puerta de la sala abierta, pudiendo entrar cualquiera…, pero con tal pasión que, en lugar de asustarse, a Sophie se le escapó un sollozo y le arrojó los brazos al cuello y le devolvió el beso con la misma intensidad. No era una principiante, pero con Adrien jamás había sentido lo que estaba sintiendo en ese instante.

Un instante que quiso hacerlo eterno, lo deseó con todas sus fuerzas. Y ojalá este beso hubiera sido su primer beso…

Ignoró la vocecita en su interior que le gritaba que se alejara de James porque, si alguien les pillaba, se hundiría su reputación y su familia caería en un escándalo.

Pero era imposible frenar aquel beso tan arrollador. Antes de su primera temporada, ya soñaba con que él la besara, ahora que su sueño se hacía realidad, no podía renunciar a vivirlo con completa entrega.

Las manos de James volaron a la parte baja de su espalda y la pegaron a su cuerpo de un tirón. Ella le apretó a su vez y sus bocas enlazadas dejaron paso al encuentro de sus lenguas, que bailaron el vals más íntimo, lento, suplicando que la música no se apagase… El gemido que soltaron fue largo, puro alivio y necesidad de más.

A Sophie, de repente, le sobraban los guantes, tenía que tocarle… Sin embargo, unas voces acercándose les obligó a detenerse de golpe, demasiado pronto, apenas el beso duró un suspiro.

Ambos respiraban muy agitados. Él se pasó las manos por el pelo, y ella, temblando como nunca, posó las suyas en el vientre, era tal la revolución de su interior que no supo cómo calmarse.

Se acomodaron en los sofás con rapidez, así les encontró Claudia, a quien evitaron mirar. La doncella apoyó una bandeja con té y pastas en la mesita que había entre James y Sophie, y se sentó en una silla junto a la puerta para darles cierta intimidad, pero sin que olvidasen que no podían estar a solas en una habitación.

Más tarde, en su santuario, Sophie pintó un nuevo retrato de James, haciendo hincapié en su mirada, esa que la había abrasado por entero antes y después del beso.

«Créetelo —se dijo, con el corazón reventado de ilusión—, porque ha sido real».

17



—Tu hombro no está recuperado —le dijo Michael al empezar un nuevo entrenamiento—, hoy haremos meditación.

No estaba centrado, los entrenamientos le estaban costando más de lo habitual, quizás la meditación le ayudase.

Michael había recibido desde que era un niño la instrucción en artes orientales. Su hermano mayor, fallecido en la batalla de Waterloo, le había enseñado parte de lo que sabía. Tras haber ido a la universidad, vivió cuatro años en China, donde un anciano le acogió en su humilde hogar y terminó de formarle en la técnica del combate, la defensa, la concentración y la meditación.

Sin embargo, después de casi un mes de entrenamiento con Michael, James no lograba armonizar la mente con el cuerpo. Según su amigo, y tenía razón, había demasiado tormento en su interior y sanarlo llevaba mucho tiempo.

En la orilla del riachuelo, se sentaron el uno enfrente del otro con las piernas flexionadas debajo del trasero.

—Empecemos con la respiración —le indicó Michael, cerrando los ojos. De forma pausada y en voz baja, le fue guiando mientras él respiraba hondo lentamente una y otra vez—. Siente cómo el aire inunda tus pulmones. Siente cómo tu mente se va silenciando. Y recuerda no hablar. —Más respiraciones profundas—. Escucha a tu alrededor, ¿dónde estás?

Jimmy lo que escuchaba eran los saltos de los peces del riachuelo en la superficie. Y los suaves silbidos de los pájaros a su alrededor. Y cómo las hojas y las ramas de los árboles se hondeaban por la brisa veraniega. Entonces, escuchó también, cada vez más alto, cómo el latir de su corazón se acompasaba a la tranquilidad que reinaba en aquel lugar.

—Recorre el sitio donde estés —continuó Michael, cerca de sus oídos, a su espalda. Giraba despacio a su alrededor, sus pisadas eran casi imperceptibles.

En la mente de James, sus pies se deslizaban por la fresca hierba y las cálidas amapolas, extendió los brazos en cruz y alzó su cara al cielo, sonriendo. Pero su sonrisa y la paz que sentía

empezó a desvanecerse al ver unas nubes acercándose con rapidez desde el horizonte. Frunció el ceño. Apretó los puños en el regazo en cuanto esas nubes se convirtieron en un manto gris muy oscuro. Un fuerte viento se desató, deshaciendo las amapolas, llevándose por delante a los pájaros y asustando a los peces, que dejaron de jugar en la superficie del riachuelo.

Su respiración se agitó y colocó sus piernas en posición de ataque. El viento se hizo mucho más fuerte, rodeó a James y este comenzó a luchar, pero de nada servía.

De pronto, las nubes crujieron entre ellas, las sintió como carcajadas a su costa, como si alguien se estuviera riendo de él, sabiendo que no podía ganar esa batalla.

Entonces, varios rostros giraron en las ráfagas de viento, como sombras difuminadas: Brianna, Sophie, Alexander, Maximilian… Los dos hombres sonreían con malicia, pero ellas estaban magulladas, lloraban y gritaban su nombre pidiéndole auxilio.

El viento paró de golpe y Brianna y Sophie cayeron al suelo inconscientes. James corrió hacia ellas y comprobó si respiraban.

No… ¡Estaban muertas!

—¡Jimmy! —escuchó un grito que provocó que abriera los ojos.

Michael, alarmado, le estaba masajeando el pecho. James se dio cuenta de que le costaba respirar.

Poco a poco, al percatarse de que nada de lo que había visto en su mente había sido real, la tranquilidad volvió a su ser.

—¿Quieres hablar de lo que acaba de pasar? —le preguntó su amigo con delicadeza—. Nombraste a tu padre y a tu hermana. —Le miraba con demasiada preocupación.

—Estoy bien. —Se levantó, cogió su camisa y sus botas y se marchó de allí.

Arrojó de mala manera sus ropas al sofá de su despacho y, descalzo, se sirvió una copa de *brandy*. Era demasiado temprano para beber, pero tenía los nervios a flor de piel.

—Milord. —Bernard irrumpió en la estancia sin llamar.

—¿No te he repetido infinitas veces esta semana que llames antes de entrar? —Rechinó los dientes.

—He llamado, milord. —Retrocedió un paso—. Dos veces. Tiene visita.

—¿Quién? —Apuró la bebida y se sirvió otra copa.

—Debería…

—¿James? —La voz de Sophie le robó una maldición por estar de esa guisa vestido.

—… vestirse, milord —concluyó Bernard antes de salir del despacho con la cabeza agachada.

Claudia, la doncella de la pelirroja, permaneció en el pasillo junto a la puerta abierta.

James se puso la camisa y las botas con rapidez, aunque Sophie entró en la estancia antes de que terminara. Un dulce rubor tiñó sus mejillas al desviar la mirada al suelo, avergonzada.

—Perdona, tenía que haberte avisado de que vendría.

—Perdóname a mí. Estaba entrenando. —Se obligó a sonreír. Después de la meditación todavía su interior estaba revolucionado.

Cuando se fijó bien en ella, se quedó prendado de su belleza inmaculada. El color azul oscuro de su vestido resaltaba su piel de alabastro y el rojizo de sus cabellos, que caían sueltos y lacios por su espalda hasta la cintura; llevaba un pasador a juego en la nuca, lo comprobó al girarse hacia la ventana.

—Mis padres desean que asistas a la fiesta campestre que darán en su residencia de Brighton.

—Me encantaría. Adelante —la invitó a entrar—. ¿Te apetece una limonada? —Ella asintió. Tocó la campanilla y Bernard acudió enseguida—. Por favor, que traigan limonada para *lady* Sophie y vino para mí, una botella de Nápoles de la bodega. Gracias, Bernard.

—¿Tienes una bodega? —le preguntó Sophie con una sonrisa. Él asintió—. ¿Puedo verla? Yo también prefiero vino.

—Claro, vamos. Ya me ocupo yo, Bernard, gracias.

El mayordomo asintió, hizo una reverencia y se marchó.

—Claudia —le dijo Sophie a la doncella—, puedes descansar un rato. No tardaremos —la despachó con delicadeza.

Claudia, desconfiada, se quedó en el vestíbulo observando cómo ellos rodeaban la escalera para descender a la planta inferior, donde estaban las habitaciones del servicio y, al fondo del pasillo, la bodega.

—Ten cuidado —le previno James cuando alcanzaron una pequeña y oscura escalinata de madera—, los peldaños son estrechos e irregulares. Espera.

Prendió las velas del candelabro que había sobre una mesa y abrió la pesada puerta de la bodega. Permitió que entrara antes que él.

—¡Es preciosa! —exclamó admirando las estanterías de hierro.

—Sin duda —murmuró James, admirando él lo preciosa que estaba Sophie bajo los reflejos del sol, que se filtraban a través de la ventana.

A pesar de que su corazón latía con frenesí, como siempre cuando estaba cerca de ella, sentía una paz abrumadora, los problemas, los miedos y las preocupaciones desaparecían cuando estaba con Sophie.

Se acercó a ella con pasos silenciosos, respirando su aroma a arcoíris con un toque a flores silvestres. Olía a naturaleza, a días soleados, a las primeras flores que salían en primavera… Olía a vida.

—La mayoría de las botellas son france… —comenzó ella, girando hacia él, pero no sabía que estaba tan cerca y se quedó muda ante la escasa distancia que los separaba.

El deseo de besar su boca entreabierta se convirtió en una necesidad primaria por sobrevivir. Y supo enseguida que a Sophie le sucedía lo mismo: sus pechos golpeaban el escote del vestido con rapidez y agitación.

Pero ella retrocedió, negando con la cabeza, tragando saliva con esfuerzo.

—No… No puedo.

—No puedes —avanzó—, pero me deseas tanto como yo a ti.

—James… —Retrocedió más—. No me hagas esto, por favor… Detente, te lo ruego.

No se detuvo. La arrinconó contra la pared.

—Cierra los ojos un momento —le pidió él en un ronco susurro—. Recuerda la noche que te regalé la pulsera de zafiros en la fiesta de Nochebuena de los condes de Tinley, en Bath. —Respiraba de manera muy acelerada, se le iba a salir el corazón del pecho. A los dos—. Sophie… Después, cuando volvimos a casa de Nicholas, te acompañé a la puerta de tu habitación…

—… y me miraste con los ojos brillando en demasía… —No alzó los párpados. Se tocó el cuello, como si se ahogara—. Jamás podré olvidar esa mirada…

—Nunca te he mirado de otro modo. —Acunó su rostro entre las manos—. Quiero volver a ese tiempo, cuando nos pertenecíamos, aunque a mí me costó reconocer mis sentimientos porque eran demasiado fuertes y, por momentos, me asustaban. Pero eras mía, Sophie, y yo era tuyo.

—James… —Se le cayeron las lágrimas al abrir finalmente los ojos—. Bésame como si ahora mismo fuera esa noche, cuando no existía nadie más salvo tú y yo. Bésame como si fuese nuestro primer beso… —Más lágrimas.

Y la besó con ternura, como si fuera su primer beso.

Sintiendo que era su primer beso…

18



Las manos de Sophie le arrugaron la camisa. Las de James resbalaron por su espalda hasta que la envolvió entre sus brazos y el beso se volvió profundo, tanto que él se asustó de las inmensas ganas que le dominaron, de repente, por perderse en su cuerpo, amoldado perfectamente al suyo. Ella era perfecta.

Había estado una semana sin verla porque, al estar prometida con otro, pensó que necesitaría unos días para asimilar lo que había sucedido entre ellos. Le había costado tanto esperar a saber algo de ella por iniciativa propia que Michael le había entrenado durante toda la jornada, día tras día, sin descanso.

Pero, en ese momento, estaba entre sus brazos, estaban besándose de nuevo… Por fin. Había merecido la pena la espera. Sin duda.

Sin embargo, Sophie terminó el beso, aunque con suavidad.

—James. —Respiraba de manera entrecortada y sus labios estaban hinchados y enrojecidos.

—Dime, mi bella Sophie. —Le retiró el pelo hacia atrás, rozándole la clavícula adrede.

—No debí haberte pedido que me besaras. —Desvió la mirada, apartándose de él—. No debí besarte en mi casa, ni aquí ahora. Estoy prometida y…

—… y no le amas. —Frunció el ceño.

—Pero estoy prometida —insistió, imitando su gesto—. Adrien no se merece esto. —Comenzó a ponerse nerviosa—. Y tú tampoco te mereces que me comporte como una… cualquiera. —Cerró los ojos con fuerza.

—No —la cortó, furioso—. No eres una cualquiera. Eres una verdadera dama —ladeó la cabeza, tomándola de las manos— atrapada en un compromiso que no quieres, pero que te empeñas en aceptar. —Suspiró, soltándola—. No volveré a besarte, aunque eso me mate, lo último que quiero es que vuelvas a sufrir por mi culpa.

Si no la hubiera buscado, si su maldito padre no hubiera añadido esa cláusula en el testamento, no se habrían besado y ella no se sentiría tan mal en ese instante. Hizo bien en no ir a

verla en toda la semana.

—Soy una persona horrible, James… —Se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez—. No he dejado de sentirme así desde que te fuiste de mi casa después de besarnos. Pero… —Se humedeció los labios con nerviosismo—. Mis padres podían haberte enviado la invitación a su fiesta campestre, pero he venido porque no soportaba pasar un día más sin verte. ¿En qué me convierte eso? —Se llevó una mano al pecho y suspiró con fuerza—. Lo siento. Siento tanto haberte puesto en esta situación…

A James se le partió el alma al verla así. No era culpa de Sophie, ni siquiera de Alexander, cada uno era libre de tomar decisiones y cada acto tenía sus consecuencias.

No podía hacerle sufrir, ya la había herido años atrás. No más. En ese momento, se dio cuenta de lo miserable que era al haberla puesto en esa situación. No tenía que haberla besado, ni siquiera tenía que haberse acercado a ella para no perder su título y sus propiedades. ¡Era ella quien no se merecía nada malo de nadie!

«Que se lo quede todo mi tío. No lo quiero si con ello rompo al ser más puro que existe. Dios mío, pero ¿qué he hecho?».

—Es todo culpa mía. —James retrocedió hacia la puerta, pasándose las manos por el pelo—. No has hecho nada malo, he sido yo. Yo… —Respiró hondo, intentando calmarse, en vano—. No volverá a ocurrir, se lo prometo. La acompañaré a la puerta, *lady* Sophie. —Le señaló el camino con la mano y, al pasar ella a su lado, él escuchó un sollozo apenas audible que le desgarró por dentro.

Cuando llegaron al *hall*, donde esperaba Claudia, Sophie hizo una rápida reverencia y ambas se marcharon.

De inmediato, un lento aplauso le erizó la piel…

«Él ahora no, maldición».

Giró sobre sus talones y encontró a Maximilian sonriéndole con satisfacción. ¿Qué demonios hacía allí otra vez? ¿Cuánto tiempo llevaba en la casa? ¿Los habría visto en la bodega?

—Espero que no te importe, me he tomado una copa mientras esperaba a que terminaras de retozar con esa deliciosa pelirroja. —Se rio con malicia—. Pero parece que tus artes amatorias dejan mucho que desear, estaba deseando irse, ¿necesitas unas lecciones para seducir a una mujer?

James, seguro de sí mismo en esa ocasión, ignoró sus palabras y le contestó:

—No eres bien recibido en mi casa —recalcó aposta el posesivo—. Y avisa a los hombres que tienes apostados en los alrededores de mi mansión, y a los que me siguen en cuanto salgo, para que aprendan a ser más discretos. —Abrió él mismo la puerta—. Largo de aquí. Ya va la segunda vez que te echo, espero que no haya más, o atente a las consecuencias. —Apretó la mandíbula.

—¡A mí nadie me amenaza! —Enrojeció de rabia.

—Será mejor que obedezca a su excelencia y se largue de aquí —sentenció Michael, surgiendo ante ellos, con una serenidad tan fría que su tío empalideció y se marchó casi corriendo de allí.

—¿Desde cuándo das tanto miedo? —le preguntó James, sonriendo divertido.

Michael se encogió de hombros.

Se dirigieron a la biblioteca. Jimmy se sirvió una copa de *brandy* que se bebió de un trago.

—¿Tan mal ha sido la visita de *lady* Sophie? —inquirió su amigo, sorprendido.

—¿Cómo sabes que ha estado aquí? —Le miró con el ceño fruncido.

—Estuve hablando un rato con el jefe de las caballerizas cuando terminaste la meditación

para pedirle consejo sobre una yegua que quiero comprar. Escuché cascos de caballos y la vi llegar con su doncella. Maximilian no tardó en aparecer, os estuvo espiando desde el jardín, hasta que desaparecisteis en la planta baja y entró en la casa.

—¿Y qué fue lo que hizo? —Cerró las manos en dos puños.

—Nada, no te preocupes. Yo entré por las cocinas para que no me viera y vigilé que no hiciera nada sospechoso. Estuvo todo el tiempo aquí, bebiendo. Tu mayordomo recibió unos cuantos insultos por su parte, por cierto.

—¿Por qué Bernard no me avisó? —Se enfadó—. Sabía dónde estaba.

—Le dije que lo haría yo, pero supuse que no deseabas que te molestaran. —Sonrió con travesura.

—¿Nos has…? —De pronto, el rostro le ardió en llamas.

—Un segundo, nada más. —Hizo una mueca—. No soy de los que se quedan a mirar ni a escuchar asuntos ajenos. —Entrecerró los ojos—. ¿Por qué se ha ido llorando?

James suspiró con fuerza y le contó todo lo que había pasado entre Sophie y él desde que se besaron la primera vez.

—Por eso me has pedido entrenar tanto esta última semana… —adivinó Michael, sentado en uno de los sillones que había debajo de la ventana.

James asintió, mirando un punto infinito en la alfombra.

—¿La besaste el otro día y hace un rato solo por la cláusula del testamento de tu padre? —inquirió su amigo.

Jimmy le dedicó una mirada tan penetrante que su amigo sonrió.

—Vas a ir a la fiesta campestre de los condes de Dorset. Me llegó la invitación ayer, es dentro de dos semanas. Hablarás con ella en cuanto tengáis la más mínima oportunidad de estar un momento a solas, pero, hasta entonces, no la verás, necesita su espacio ahora mismo, y tú, más meditación.

»Y cuando digo hablar con ella en Brighton, es hablar de verdad, es decirle abiertamente que quieres casarte con ella y que harás lo que haga falta para que te elija a ti y no a Boissieu porque la amas y ella te ama a ti. —Se inclinó sobre las rodillas—. Y no te digo todo esto por el testamento. Olvídate del testamento. Sí, te acercaste a ella por esa maldita cláusula, pero si no es por eso, jamás hubieras sabido que corresponde a tus sentimientos. —Se recostó de nuevo—. ¿Vas a quedarte de brazos cruzados, dejando que se case con otro sabiendo que eres tú el dueño de su corazón? Ese no sería el Jimmy que conozco. —Negó con la cabeza, chasqueando la lengua.

—Las personas cambian —murmuró más para sí mismo.

—Las personas no cambian, tú lo que has hecho los últimos cuatro años ha sido meterte en una espiral de miedos que giran en torno a tu padre.

James se quedó paralizado.

—No me mires así —continuó Michael, serio—, te has convertido en un libro abierto, es tan fácil leerte… —Suspiró tranquilo—. Pues necesitas sanar, perdonarte a ti mismo, James. No sé cuál fue el motivo por el que te marchaste de Inglaterra hace cuatro años, y no me lo cuentes si no quieres, pero hay que avanzar y el primer beso con Sophie fue el primer paso, ahora no puedes retroceder ni detenerte. Lo hecho, hecho está. —Se levantó, buscó un libro en concreto en las estanterías y, cuando lo encontró, *La Odisea*, se lo tendió—. Toma. Mañana comentaremos cada cantar de este poema épico tan fascinante.

—¡¿Qué?!

—Tienes más de medio día para leértelo, tiempo más que suficiente. Y, ahora, si no te

importa, voy a admirar esa galería tan impresionante que tienes arriba. ¿Cuándo te convertiste en un ferviente admirador de la pintura? —Se levantó y se acercó a la puerta—. Déjame adivinar: hace cuatro años.

No hizo falta que James respondiera, su sonrisa habló por él.

19



Durante las dos semanas que precedieron a la fiesta campestre de los condes de Dorset, James caía rendido en la cama a altas horas de la madrugada, Michael lo despertaba antes del amanecer y se alimentaba a base de hortalizas que parecían pajas servidas en el plato recién recolectadas del campo.

Su amigo, que se estaba quedando allí con él esos días, se había tomado muy en serio que él debía sanar, y lo había hecho con tanta concentración y seriedad que Jimmy todavía no le había vuelto a ver sonreír.

La Odisea resultó ser bastante útil para la meditación. Se pasaban largas horas hablando de los cantares del poema, de todos los obstáculos que Ulises, el protagonista, debía afrontar para poder regresar a la isla de Ítaca, su hogar. El camino era largo y tempestuoso, cargado de incertidumbres y miedos. Michael le había pedido que en las meditaciones se introdujera en el cuerpo de Ulises e imaginara cada cantar como si le ocurriera a él mismo.

En un principio, le resultó complicado eliminar los rostros de Alexander y Maximilian en su mente mientras hacían daño a Brianna y a Sophie, pero, con tenacidad y constancia, comenzó a compararse con el protagonista del libro. El verdadero temor que le surgía cada día era preguntarse si tardaría tanto tiempo en volver a su ser, Ulises se demoró diez años en regresar a su hogar.

Al final de la segunda semana, el combate físico entre ambos amigos quedó en empate por primera vez.

—He estado pensando —le comentó Michael.

Estaban a orillas del riachuelo, tirados en la fresca hierba con los brazos y las piernas extendidos. Sus respiraciones eran agitadas después de tantas patadas en el aire, puñetazos y demás. Al principio, tenía el cuerpo dolorido, pero después de esos quince días de constante entrenamiento y repetidos golpes, había conseguido, gracias a la meditación, apartar el dolor de su cuerpo, por lo menos gran parte de él.

—¿En qué?

—Deberíamos llegar todos juntos.

—¿Quiénes somos todos?

—Allan, Stuart, tú y yo, por supuesto.

—¿Ellos también van? —Se levantó y se refrescó la cara.

—Ninguno iba a ir, les aburren las fiestas campestres, pero en cuanto les conté el motivo por el que tú sí vas a ir, aceptaron la invitación.

—Estupendo… —bufó malhumorado—. ¿Les has contado también todo lo que te dije?

—Cuantos más ojos vigilen a tu tío, mejor.

James asintió, tenía razón.

—Además —añadió Michael, sonriendo con satisfacción—, ninguno queremos perdernos verte rendido ante una mujer.

—Burlaos de mí, pero ya os veré a vosotros, que de hielo no sois ninguno.

—Yo no soy como tú y Nick —repuso, solemne—, yo sé controlar mis emociones, está todo aquí. —Señaló su sien con un dedo.

—Tú eres de carne y hueso como todo el mundo. —Le dio un empujón para empezar un nuevo combate.

Horas después, al alba de un nuevo día, los cuatro amigos partieron rumbo a Brighton en sus caballos con los carruajes detrás con sus pertenencias.

Tras un largo recorrido por la campiña inglesa, intercambiando alguna que otra broma entre ellos, llegaron a la mansión que los condes de Dorset poseían cerca de la playa.

Stuart, Allan y Michael saltaron de sus monturas, pero James no pudo ignorar el olor inconfundible del mar. Giró a su caballo y galopó para acercarse a la orilla.

Respiró hondo al pisar la arena. Los intensos tonos rosados y anaranjados del horizonte en el crepúsculo se unían a las aguas en un manto de paz que le hizo sonreír.

Escuchó una delicada risita a su izquierda. Era Sophie, con los ojos cerrados, los brazos extendidos en cruz y la melena pelirroja ondeando suelta sobre su espalda y hombros, giraba sobre sus pies descalzos en una vuelta tras otra. Lo que envalentonó el corazón de James fue la expresión de su rostro: felicidad. Su sonrisa, tranquila y serena, le abrasó por entero como fuego incandescente. Parecía una sirena al sol del crepúsculo. Tan hermosa, pensó, paralizado, incapaz de romper la magia que desprendía.

Recordó lo que Michael le había dicho: hablar con ella en un momento a solas.

No pudo. Se sintió un intruso. No quiso robarle la libertad que estaba sintiendo, menos cuando ella se quitó los guantes y sus dedos acariciaron el aire, soltando más risas.

Pero, entonces, sin que abriera aún los ojos, su sonrisa de tornó triste, dejó caer los brazos y exhaló un largo suspiro entrecortado, tapándose la boca.

A James se le estrujó el pecho con brusquedad, como si se quedara sin respiración de golpe. No soportó verla así y se acercó. La abrazó desde atrás. A Sophie se le escapó un sollozo, se giró y escondió el rostro en su cuello, temblando.

—Lo siento —le susurró él sobre su pelo—. Lo siento tanto…

Ella se apartó, se calzó con rapidez, se subió a su yegua y se alejó al galope.

James recogió sus guantes de la arena y se los llevó a los labios, rozándolos en un beso que le supo a despedida.

20



—Por fin, querida —le dijo su madre al verla aparecer en el vestíbulo—. Ven aquí y dame un abrazo —le sonreía con clara adoración. En el momento en que reposó la cabeza en el hombro de su madre, respiró hondo con desazón—. ¿Estás bien? —se preocupó, tomándola de las manos.

—Te he echado de menos, *maman* —suspiró.

—Y yo a ti, cariño. —Le dio un beso en la mejilla—. Bueno, ya casi han llegado todos los invitados, falta uno. Y aquí está.

Unos pasos largos resonaron con eco en el amplio vestíbulo.

—Buenas tardes, *lady* Dorset —la saludó James, detrás de Sophie, que se giró por educación, pero no pudo mirarle.

—Buenas tardes, lord Asten. Querrá darse un baño, ¿me equivoco?

—Perdone mi aspecto, he venido a caballo desde Londres. Gracias por la invitación, siempre es un placer. Y, por favor, llámeme James.

—Entonces, tú a mí, Gabrielle, ¿trato hecho? —Sonrió encantada.

A ella se le desbocó el corazón. El pelo revuelto era el único desorden en él, y le hacía más atractivo de por sí.

—Por lo que veo, ya os habéis visto —comentó Gabrielle.

Ninguno respondió.

—Bueno —zanjó su madre—, necesitáis un baño y cambiaros de ropa. Ambos habéis hecho todo el viaje a caballo y oléis a montura. —Se rio, tomando del brazo a su hija—. Sophie te acompañará a tus aposentos.

—Pero… *Maman*, no sé cuáles son.

—La habitación verde, querida. —Le guiñó un ojo discretamente—. Tu equipaje ya está allí, James. Y, ahora, si me disculpáis… —Y los dejó solos.

Sophie abrió los ojos sobremanera, pero se obligó a mantener el control.

—Por favor, milord, sígame —le indicó.

Se dirigieron al fondo del vestíbulo donde se encontraba la gran escalera de caracol cuya barandilla estaba cubierta por terciopelo dorado. Subieron dos plantas seguidas, en la primera se hospedaban los invitados menos allegados a la familia Dorset; en la tercera y última, los más especiales.

Ella iba cada vez más rápido, sintiéndose más y más nerviosa. No podía creerse que su madre hubiera colocado a James en la habitación verde… Si alguien se enterase, sería su ruina, de todos…

Sophie abrió la última puerta de la izquierda, esperó a que él entrara y, a continuación, atravesaron la preciosa salita de color crema previa a las dos habitaciones existentes. Los candelabros colgados en las paredes empapeladas estaban encendidos y la luz era maravillosa, pero a ella se le antojó demasiado… íntima.

—Sus aposentos, milord —le señaló una enorme puerta de roble oscuro a la izquierda—, la llave está dentro, es la misma que la del saloncito que acabamos de pasar.

—¿Qué hay ahí? —Tocó la puerta que había enfrente de sus aposentos, igual que la suya, y el corazón de Sophie se le salió del pecho—, ¿es otra habitación?

—Sí.

—¿Quién se hospeda en ella?

—Perdóneme, pero tengo que saludar a mi padre. Si me disculpa… —Estaba deseando huir, pero su madre apareció justo cuando iba a salir.

—¿Está todo bien, James? —Gabrielle se dirigió al duque con una significativa mirada.

—¿Esta habitación —volvió él a señalar la otra puerta— es…?

—Es de mi hija.

Reinó el silencio absoluto.

—¿Hay más habitaciones libres? —quiso saber James, cuya voz se había tornado un poco ronca.

—Sí, en esta planta —contestó su madre, seria—, y también son compartidas. Si prefieres cambiarte, mando ahora mismo que trasladen tus cosas.

—¿Supone… —se humedeció los labios— algún problema para usted y su marido que me quede aquí?

Gabrielle unió las manos en el regazo y le contestó:

—He sido yo la que ha asignado las habitaciones, James, y bajo la aprobación de mi esposo, ¿crees que os he puesto juntos para crear problemas? —Arqueó las cejas—. Pero si para ti sí supone un problema compartir *suite* con mi hija, entonces…

—No —la cortó enseguida.

—Pues no se hable más —añadió, escondiendo una sonrisa—, avisaré para que os preparen un baño. Claudia, acompáñame, por favor. —Y se fue, llevándose a la doncella consigo.

¿Qué pretendía su madre? ¿Acaso…?

Sophie y James se miraron.

—Sophie, yo… —comenzó él, serio—. Lo último que deseo es que te sientas incómoda en tu propia casa por mi culpa.

—Nadie debe enterarse. —Tragó saliva—. Si se descubriera que compartimos *suite*…

—Tendríamos que casarnos.

De nuevo, el silencio.

—Mírame, por favor —le pidió James. Ella tragó de nuevo, incapaz de mirarle—. Sophie, nos hemos abrazado hace un momento —le recordó con suavidad—. Y vamos a compartir *suite* durante una semana. Por favor —insistió, acercándose despacio—, mírame.

Sophie respiró hondo y le miró.

—Lo que ha pasado entre nosotros… —comenzó ella, con las mejillas ardiendo.

—No lo digas —la interrumpió—. No puedes negar que ha sido real ni mancharlo diciendo que ha sido un error.

—Es que ha sido un error, James —le contestó, seria—. Un error por mi parte, no es culpa tuya, sino mía, estoy prometida.

Él apretó la mandíbula.

—¿Sabes? No veo a tu prometido por aquí. Y según tengo entendido, no habéis fijado fecha de boda todavía.

—¿Qué quieres decir con eso? —Entrecerró la mirada—. Y tenemos toda la intención de casarnos en octubre.

—No vas a casarte con Boissieu. Lo nuestro es real. —Avanzó hacia ella—. ¿Y si se me escapa que compartimos *suite*?

Ella retrocedió.

—¿Serías capaz de arruinar mi reputación? —Se alarmó.

—Soy capaz de hacer cualquier cosa con tal de que seas mía.

Sophie se quedó sin aliento, tanto por sus palabras como por la vehemencia con que las pronunció.

—La última vez que nos vimos me dijiste que no volvería a ocurrir… —Se le erizó la piel.

—He cambiado de opinión —avanzó más—, porque ¿sabes lo que es un error, Sophie? —La acorraló contra la pared, sin tocarla—. Que sigas prometida a otro hombre que no sea yo. —Se inclinó hacia su boca, deteniéndose a escasos milímetros—. ¿Sabes lo que pasaría si te besase ahora mismo? —Ladeó la cabeza, observando sus labios, entre orgulloso y… hambriento—. Que me devolverías el beso.

—No… —Le tembló ligeramente la voz, pero no se movió de donde estaba, envuelta en su aroma a jabón y a… pecado—. Esto no puede continuar —insistió.

—Esto tiene que continuar. Ha pasado y, si ha pasado, es porque tenía que pasar. Y seguirá pasando. No vas a casarte con Boissieu.

Sophie se quedó paralizada. Pero ¿qué demonios le pasaba para actuar así?

—Otro error —continuó él, apoyando las manos a ambos lados de su cabeza— fue haberme alejado de ti en el pasado. Pero he aprendido la lección. Me amas y yo te amo a ti, Sophie.

Ella se llevó una mano al pecho, estrujándose el vestido en el escote. Había soñado durante tanto tiempo escuchar esas palabras de su boca…

—No voy a arruinar tu reputación —le aclaró James—, pero tu madre nos ha puesto en la misma *suite*, pienso aprovecharlo. —Caminó hacia atrás sin dejar de mirarla—. Y al final de esta semana serás tú quien me diga que no vas a casarte con Boissieu.

En cuanto él se encerró en su habitación, Sophie corrió a la suya, se apoyó en la puerta y se deslizó hacia el suelo. Temblando.

Y, ahora, ¿qué se suponía que debía hacer?, ¿dar rienda suelta a su corazón o a la razón?

21



Un par de horas más tarde, Sophie se encontró con su padre, Vincent, el conde de Dorset, en el amplio vestíbulo de la casa. Él la esperaba con los brazos abiertos y una cálida sonrisa. Se arrojó a ellos, sonriendo.

—¿Qué tal ha estado mi pequeña en Londres? ¿Has pintado hasta altas horas de la noche y dormido poco para pasar el mayor tiempo posible con tus niños del orfanato?

Sophie se rio, asintiendo.

—Tómate esta semana de descanso —le pidió su padre, caminaron hacia el salón principal.

Ella echó un rápido vistazo a su alrededor. La estancia estaba llena de gente tomándose una copa de vino dulce.

—Parece que este año hay más invitados.

—Ha sido idea de tu madre y yo no puedo negarle nada —respondió cuando alcanzaron a Gabrielle, en el centro del salón.

—¿Me nombrabas, querido?

—Este verano has aumentado el número de invitados.

—Ha sido por ti. —Miró a su hija.

—¿Por mí? —Ella frunció el ceño.

—Nos escribió Adrien antes de que partiéramos a Brighton —el corazón de Sophie se detuvo —, nos pidió que diéramos una gran fiesta campestre para celebrar vuestro compromiso. ¿Por qué no nos has dicho que pensáis casaros en octubre?

—Porque todavía queda mucho. —Se tocó la muñeca izquierda de manera inconsciente.

—Dos meses no es nada, hay que empezar a prepararlo todo ya, pero ¿y el día?

—No entiendo qué sentido tiene hacer la fiesta de este año en honor a nuestro compromiso si él no está aquí. —Ignoró su última pregunta.

Su madre se quedó mirándola de forma minuciosa durante unos segundos que a Sophie se le hicieron eternos, y la inquietaron.

—*Maman*, ¿qué…?

—Todo a su debido tiempo. —La besó en la mejilla y, colgada del brazo de su marido, se acercó a hablar con algunos de los invitados.

Con un suspiro de resignación por tanto secretismo, aceptó una copa de vino que le ofreció un sirviente.

—Queridos amigos —la voz de su padre acalló los murmullos del salón—, gracias por venir a mi humilde residencia de verano. Espero que pasemos una semana llena de diversión y cosas buenas. Nos deleitaremos con el mar, la música y los juegos, incluso habrá competiciones. En este momento, les están llevando a sus dormitorios el plan del día de mañana. Y, ahora —sonrió ampliamente—, cenen como nunca y bailen hasta que sus pies no puedan sostenerles. —Alzó la mano de su esposa y la besó en el dorso sin apartar la mirada enamorada de la de ella.

Sophie también sonrió, soñando con tener un matrimonio como el de sus padres, se querían tanto… Vincent y Gabrielle se habían casado enamorados, eran muy afortunados. Pocas parejas lo lograban, Nicholas y Brianna, por ejemplo. Arrugó la frente al pensar en que faltaban ellos.

Salió del salón para dirigirse a la biblioteca y escribirle una carta a su mejor amiga. Sin embargo, no pasó del vestíbulo: sus amigos acababan de entrar en la casa.

Brianna y Sophie corrieron la una a los brazos de la otra, sin importarles el decoro.

—¡Bri!

—¡Sophie!

—Iba a escribirte ahora mismo.

—Me cuesta mucho separarme de los niños, por eso hemos llegado tan tarde —sonrió con un brillo especial en sus ojos verdes—, y más ahora que estoy tan sensible.

—¿Estás… estás…?

—¿Embarazada? ¡Sí! —Se volvieron a abrazar.

—¡Felicidades, enana! —le dijo James, surgiendo a su lado, besándole la mejilla sonoramente —. Felicidades también a ti, amigo —le dedicó a Nicholas, que sonreía muy orgulloso.

Brianna y Sophie se dirigieron al salón.

—¿Qué tal está Adrien? —le preguntó su amiga.

—Pues… —suspiró— si te soy sincera, no lo sé.

—¿No os habéis escrito? —Frunció el ceño.

Ella negó con la cabeza.

—¿Va todo bien? —se preocupó Brianna—. Últimamente hablamos poco, perdóname. —Suspiró apenada.

—Es normal. —Le sonrió con cariño—. Eres una mamá muy entregada y tus hijos son pequeños. Yo tampoco he estado muy presente. Tenemos esta semana para ponernos al día, descansar y disfrutar.

—Vale —aceptó Brianna, no muy convencida, pero sabiendo que no le sonsacaría nada.

James y Nicholas se acercaron a ellas y les ofrecieron algo de beber. Sophie aceptó una copa de vino de la mano de James, evitando mirarle. Lo que no pudo evitar fue que le ardiera la mano al rozarse sus dedos, enguantados.

Quiso ignorar su presencia, también la lucha de su interior entre el querer y el deber, pero el primer baile se lo pidió él, lo que la mantuvo acelerada el resto de la fiesta.

Necesitaba pintar, pero ¿qué? No había podido pintar nada las dos últimas semanas, su inspiración se había desvanecido tras la conversación que había mantenido con James en la bodega de su casa. Desde entonces, había estado más callada de lo habitual, sin parar de pensar en que estaba traicionando a Adrien, que estaba jugando con dos hombres… sin merecérselo

ninguno de los dos.

Solo estar en el orfanato rodeada de sus niños había mantenido su mente ocupada y su corazón tranquilo, hasta que volvía a quedarse sola, en especial por las noches, noches en las que no había visto al enmascarado. Lo agradeció, estar cerca de él le hubiera puesto más nerviosa, aunque todavía no sabía definir esos nervios que sentía por el justiciero.

Había estado a punto de no asistir a la fiesta campestre de sus padres, pero ¿qué excusa les hubiera dado? Su madre hubiera sido capaz de volver a Londres para llevársela secuestrada a Brighton con sus propias manos.

No podía más…

—Me voy a dormir —le anunció a Brianna—, nos vemos mañana.

Su amiga asintió, dándole un cariñoso apretón en las manos.

No tenía ni pizca de sueño, pero sí se sentaría frente a un lienzo en blanco, quizás dando ese paso conseguiría pintar algo, una línea, lo que fuera, ¡pero algo!

—Dulces sueños, Sophie —le susurró James cuando le rodeó para salir del salón.

A ella le recorrió un intenso escalofrío que le hizo echar a correr en cuanto estuvo sola en el pasillo de la última planta.

Necesitaba pintar. Ya.

22



Dentro de su habitación, una estancia muy amplia, con el techo abovedado y decorada en tonos azules y crema, una preciosidad, se quitó con rapidez los escarpines y los largos guantes que llevaba. Agradeció que no estuviera Claudia esperándola, necesitaba estar sola en ese instante, necesitaba pintar cuanto antes.

Le extrañó el fresco olor a pintura que la envolvió al acercarse a la cristalera de acceso al balcón, no había pintado nada allí desde el verano anterior. Abrió las puertas, permitiendo que la suave brisa de la playa, a lo lejos, la refrescara un poco.

Encendió un candelabro existente en una mesa pequeña y circular que había junto al caballete, a la derecha del balcón, y se sentó en el taburete, observando la paleta de colores y los pinceles. Sonrió con tristeza. Estaba deseando tener un estuche de acuarelas y herramientas enorme y maravilloso, pero soñaba desde hacía años con que alguien muy especial se lo regalara algún día, el dueño de su corazón.

Cuando se estaba soltando las horquillas, dejando que su pelo cayera suelto por su espalda, vio cómo una imponente figura de oscuro, con la cara cubierta por un pañuelo y un sombrero de ala ancha en la cabeza, entraba en la habitación por el balcón: ¡el enmascarado!

—¿Qué haces aquí? —Se alarmó tanto por si alguien los descubría, por si a James se le ocurría tocar su puerta y la viese con el enmascarado en sus aposentos, a solas, que se olvidó de tratarle con formalidad.

—¿No es evidente?

—Eres un invitado —adivinó enseguida, sintiendo un regocijo en el vientre.

Él asintió, extendiendo un brazo, y le ofreció una rosa azul, de largo tallo y sin espinas. Sophie inhaló el aroma de la flor.

—Has estado en mi habitación, por eso huele a pintura. —Sonrió, no pudo evitarlo.

Los ojos del enmascarado brillaron con travesura.

—Disfruta de la fiesta campestre —él se inclinó para tomar varios mechones de sus cabellos

entre los dedos—, pero no olvides que eres mi amuleto, te estaré vigilando.

A Sophie se le cortó el aliento.

—Por favor —le rogó con voz débil—, no lo vuelvas a hacer. Yo…

—Estás prometida, lo sé. —Frunció el ceño.

—No es por… —Rápidamente se tapó la boca por lo que había estado a punto de soltar.

«Dios mío… No es por Adrien, es por James. Nunca ha habido ninguna lucha. Siempre ha sido él. Ay, Adrien, lo siento tanto…».

—No voy a negarte que me gustas y mucho —le confesó el enmascarado, su voz ronca se había vuelto más profunda—, y sé que a la gran mayoría de los hombres que te miran una sola vez los tienes totalmente cautivados, aunque no sea esa tu intención, pero respetaré tu decisión por hoy, mañana ya veremos. —Le brillaron los ojos de nuevo—. Sin embargo, te he regalado una rosa, debes darme una prenda. —Clavó los ojos en su muñeca izquierda.

—¿Por qué siempre quieres mis cintas? —Escondió las manos en la espalda.

—Porque son tu secreto más preciado —se inclinó hacia su rostro— y yo quiero ser el dueño de todos tus secretos. —Y desapareció.

Era extraño cómo se sentía hacia el justiciero. Su mirada la perturbaba, escondía tantas emociones… Quería descifrarlas todas, descubrir lo que ocultaban cada una de ellas. Había una historia detrás. Lo sabía. Se sentó frente al caballete. Ya se iría a dormir, no importaban las pocas horas que dedicara a descansar, su alma le exigía desatar sus emociones, y llevaba demasiado tiempo sin hacerlo. Su bloqueo por fin había desaparecido.

23



En la terraza donde se servía el desayuno, James encontró a Nicholas sentado mirando al mar, dando pequeños sorbos a su taza de café, con su característica rectitud.

—¿Y mi hermana? —le preguntó al ocupar la silla de al lado.

—Todavía duerme. —Posó la taza en la mesa—. Anoche te fuiste pronto. Abandonaste el baile después que Sophie.

No tenía sentido seguir allí sin ella, pero no se lo dijo a su amigo.

James se acercó a una mesa alargada y se sirvió unas tostadas de mantequilla y jamón y una taza de chocolate. Después de dos semanas comiendo hortalizas crudas, le supo todo a gloria.

—Te vi entrar en una *suite* justo después de hacerlo Sophie. ¿A qué estás jugando en su propia casa, James?

—¿Me espiaste? —Frunció el ceño, enfadado—. Y ahórrate el sermón. Yo nunca te juzgué por mi hermana y le hiciste tanto daño que te juro que quise devolvértelo, pero respeté todas tus decisiones, aunque te equivocaras mil veces. —Le apuntó con el dedo—. Que lo hiciste.

—Será mejor que demos un paseo. —Lo agarró del brazo y lo levantó del asiento.

Caminaron en un tenso silencio por el jardín, hacia unos árboles que les ocultaban de los demás.

—Esto es diferente, Jimmy.

—¿Qué tiene de distinto? Mi hermana te perdonó, igual que Sophie me ha perdonado a mí. —Se recostó en el tronco que había a su espalda.

—Te equivocas. Brianna sabía desde un primer momento lo que podía esperar de mí: un matrimonio concertado sin amor, porque no podía prometerle algo que no sabía que sentía. —Entornó la mirada—. Sophie no tiene ni idea de tus propósitos.

—Esa maldita cláusula ha sido la excusa que necesitaba para acercarme a ella, pero… —Suspiró con fuerza, revolviéndose el pelo—. Pero voy a casarme con ella porque la amo, Nick.

—Le estás ocultando la verdad, James, y tu tío te vigila muy de cerca. Tarde o temprano todo

va a explotar.

—Si le digo que me acerqué a ella para no perder mi título y mis propiedades… —Negó con la cabeza, suspirando con fuerza otra vez—. No. Creerá que la he besado por interés, dejará de creer en mí, directamente.

—¡¿Os habéis besado?! —Abrió los ojos sobremanera.

Nicholas había estado centrado en su familia y no había vuelto a hablar con él sobre Sophie. Tampoco James había hecho el intento, más que nada porque su hermana no estaba al tanto, todavía no se lo había contado y lo cierto era que lo estaba evitando cuanto pudiera.

—Varias veces. Y su madre nos ha puesto en la misma *suite*, por cierto.

—¡¿Qué?! —exclamó anonadado—. Si alguien se enterase…

—… me vería obligado a casarme con su hija.

—No sonrías —gruñó.

No se dio cuenta de que estaba sonriendo… Respiró hondo.

—No estoy fingiendo con ella, Nick —declaró James, solemne—. Y tengo toda la intención de que sea mía antes de que acabe esta fiesta campestre. Cuando no la veo, la echo de menos, y cuando está a mi lado, me resulta casi imposible resistirme a tocarla, abrazarla o besarla. —Apretó la mandíbula—. Al final de esta semana me elegirá a mí, no a Boissieu. Que su madre nos haya puesto en la misma *suite*…

—… es un peligro. —Chasqueó la lengua—. ¿Qué pretende Gabrielle? ¡Es un escándalo! Es como si lanzara a su hija a la boca del lobo, maldición. La alta sociedad se echará encima de Sophie. Tú capearás el temporal, pero ella es pura, Jimmy. Le cerrarán todos los círculos, la repudiarán. ¿Te das cuenta del alcance de tu engaño? —Le empujó, enojado—. ¿Eso quieres para ella?

—¡Claro que no!

—Todos los veranos los condes de Dorset dan una fiesta campestre que dura un fin de semana e invitan a pocas personas, los más íntimos. Este año dura una semana y ha venido prácticamente la aristocracia al completo. —Arqueó las cejas.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—No he escuchado nada, pero es obvio que están celebrando el compromiso de Sophie y Adrien.

Un puño invisible le atravesó el pecho con dureza, dejándolo un segundo sin aire en los pulmones.

—¿Por qué no me lo ha dicho? —escupió, muerto de celos.

—Creo que ella no lo sabe.

—¿Y por qué lo crees tú?

—Porque cuando Adrien se fue, Sophie le contó a Brianna que habían fijado octubre como el mes en que se casarían. Faltan solo dos meses.

—¿Y Boissieu? ¿Desde cuándo se celebra una fiesta de compromiso cuando falta uno de los implicados? —Bufó, cruzándose de brazos.

—¿Tú qué crees?

—No, no puede ser. —Negó con la cabeza—. Comparto *suite* con Sophie, Nicholas, si Boissieu viniera…

—Pues ahí tienes lo que pretende su madre.

Según tenía entendido James, el explorador, además de estar locamente enamorado de su prometida, era todo un caballero, gentil, agradable, bien educado y con los bolsillos repletos. Los condes de Dorset ya habían dicho alguna vez sin esconderse que su hija era su única heredera y

la siguiente condesa de Dorset, que solo deseaban felicidad en su matrimonio, sin importarle que el hombre con que se desposase tuviese título nobiliario. Entonces, ¿por qué Gabrielle no quería a Adrien Boissieu para su hija?

24



James subió a sus aposentos para descansar un rato, no había conciliado el sueño en toda la noche sabiendo que solo le separaba una puerta con la mujer que le tenía cautivado por completo.

Cuando atravesó el saloncito de la *suite*, el inconfundible aroma a flores silvestres y, sobre todo, a arcoíris, le arrancaron una exclamación ahogada al recordar que Sophie había estado pintando hasta el alba. Lo sabía porque la había oído trastear y tararear. Y el olor a flores silvestres significaba que ella estaba allí en ese momento, despierta ya.

Rápidamente se encerró en su habitación. Se quitó las botas, descorrió el terciopelo verde del dosel y cerró los ojos. Dormir le calmaría los repentinos nervios que le dominaban por irrumpir en sus aposentos y besarla hasta que ambos perdieran el sentido de la realidad, el tiempo y el espacio.

Unas horas más tarde, se desperezó y se incorporó del lecho. Menos mal que ese día las actividades eran después de la siesta, si no, se las hubiera perdido. Movió el cordón que había junto a la puerta y pidió que le subieran agua caliente para darse un baño.

Después, metido en el agua, recordó la conversación con Nicholas y se inquietó. Su amigo estaba en lo cierto, no ser sincero del todo podría ser un problema, solo esperaba que su tío no hiciera otra cosa que vigilarle, nada más.

Malhumorado por no sentirse bien con respecto a Sophie, salió de la bañera con ímpetu y, al pisar el suelo con el pie mojado, se escurrió y acabó de bruces contra el suelo en un golpe seco. Su hombro se resintió y rugió de dolor por el pinchazo que sintió.

Con un paño anudado en las caderas y otro revolviéndose el pelo húmedo para secarlo, salió del servicio y, en cuanto pisó la alfombra verde de la habitación, se quedó paralizado: Sophie lo miraba de arriba abajo con los labios entreabiertos, las mejillas encendidas, los ojos brillantes y ligeramente hinchados y una expresión de tímido asombro. Sus rojizos cabellos se desparramaban por su pecho en una cascada revuelta hasta la cintura.

—He… —Tragó saliva—. He escuchado un golpe. Me asusté por si te había pasado algo.

Llevaba un camisón de seda dorado entallado en la cintura y caído sobre un hombro, que dejaba a la luz los dedos de sus pies descalzos. La fina tela del escote se holgaba enseñando más de lo que debería. La mente de James le llevó a la época de los romanos: estaba ante una hermosa esclava que le habían enviado para satisfacer todos sus deseos.

Y él era el gladiador más fiero del imperio.

No pensó en nada más. Corrió hacia ella, le retiró el pelo hacia atrás, alzándole la barbilla y cubrió con su boca aquellos labios rosados que le suplicaban a gritos un beso.

El primer roce le llenó de alivio, pero la sensación duró unos segundos escasos, enseguida deseó más, mucho más. Y Sophie también: le arrojó los brazos al cuello. Él la envolvió entre los suyos y el beso se volvió voraz. Era tan delicada bajo su tacto, y tan apasionada besándole…

De repente, ella se puso rígida. Con cierto temor, James se apartó de su boca y abrió los ojos. Un destello marrón, por encima del hombro de Sophie, lo atravesó en forma de dardos venenosos.

—¿Qué demonios haces ahí plantada, Brianna?

—¿Qué demonios estáis haciendo vosotros, James? —Su hermana daba incesantes golpecitos en el suelo y tenía los brazos cruzados y los labios fruncidos—. ¿Compartís *suite*? —preguntó, pasmada.

Él colocó a la pelirroja a su espalda en gesto de protección.

—Bri, yo… —comenzó Sophie, asustada.

—¿Os dais cuenta de lo que podría haber pasado si llega a ser otra persona la que os ve? ¡Ni siquiera me habéis oído llamar a la puerta!

—Sal de aquí, no tienes ningún derecho a exigirnos explicaciones —le ordenó James.

—¡Está prometida! —estalló Brianna, sin dar crédito—. ¿Qué pasa con Adrien? ¡Él en la India y ella aquí besando a otro! ¿Qué diantres pasa con vosotros? ¿Desde cuándo eres así, Sophie?

Sophie salió corriendo hacia sus aposentos, donde se encerró. James maldijo en su interior, tomó a su hermana del brazo y la arrastró al saloncito de la *suite*.

—Más te vale mantener la boca cerrada, y eso incluye tratar de nuevo a Sophie como acabas de hacer. A mí dime lo que te apetezca, pero no a ella, ¿me has oído bien, Brianna?

La respuesta de Brianna fue marcharse con paso airado, dando un portazo.

Justo entró un sirviente para entregarle una nota de Michael. La desdobló y leyó las dos frases que le había escrito su amigo: su tío Maximilian y cuatro de sus hombres estaban en Brighton.

Se vistió y se reunió con él en el jardín. Estaba con Stuart, Nicholas y Allan, apartados del resto de invitados, pero no llamaban la atención porque todos se movían en pequeños grupos.

—¿Cómo lo sabes? —le exigió a Michael.

—Los he visto esta mañana cuando salí a cabalgar al alba.

—Cuenta con nosotros para lo que sea, Jimmy —le aseguró Allan con gravedad.

La semana se estaba complicando y no había hecho más que empezar.

25



—Dame una buena excusa por no haber aparecido en todo el día, querida mía —la regañó su madre al entrar en su habitación sin llamar; poseía una copia de las llaves de toda la casa.

—No me encontraba bien, *maman*. —Se incorporó de la cama, aún en camisón.

—¿Qué te ocurre, cielo? —Se sentó a su lado y la tomó de las manos—. Nos tienes preocupados. Anoche te fuiste del baile sin despedirte, no sales de tu cuarto y no participas en los juegos de hoy.

—No me pasa nada. —Tenía un nudo en la garganta que no le permitía respirar con normalidad.

Las cosas que Brianna le había reprochado le dolían tanto… No podía enfrentarse a su mejor amiga tras lo ocurrido y tampoco a James. Se sentía tan avergonzada que no podía ni mirar a su madre.

—Te diré lo que haremos —la miró a los ojos y le sonrió—, te voy a preparar un baño muy relajante y te daré un masaje en la cabeza para aliviar tus preocupaciones —le pellizcó la nariz —, después te vestiré y cepillaré tus hermosos cabellos. Eres mi niña, mi única niña. —La abrazó con ternura—. Solo quiero que seas feliz, mi vida. —En sus ojos hubo dudas—. ¿He hecho mal en poner a James en tu *suite*?

—*Maman*… —Se apartó.

—Está bien —se levantó—, pero más temprano que tarde tú y yo tenemos que hablar de James.

—No hay nada de qué hablar de James. —Se alarmó, notando cómo le ardían las mejillas.

—No insistiré más, pero quiero que tengas claro que puedes confiar siempre en tu padre y en mí. Para cualquier cosa.

Sophie asintió, dedicándole una pequeña sonrisa de agradecimiento.

Un rato después, cuando Gabrielle se marchó una vez que su hija terminó de arreglarse para la cena, esta se encaminó hacia la *suite* de Nicholas y Brianna. Era su mejor amiga, necesitaban

hablar de lo que había pasado…

Brianna le abrió la puerta con los ojos hinchados por haber llorado. A Sophie se le enturbiaron los suyos.

Se abrazaron con fuerza, temblando.

—Perdóname, Sophie, no debería haber dicho eso… —Respiraba de manera entrecortada.

Se sentaron en los sofás del saloncito —todas las *suites* eran iguales—, esta, de color violeta.

—Perdóname tú a mí, Bri, tenías toda la razón. —Agachó la cabeza—. ¿Qué estoy haciendo…? —Suspiró, abatida—. Adrien es maravilloso, pero… —Otro suspiro.

—Pero no es James.

—Nunca lo ha sido… —La miró, sincerándose—. Creía que podría olvidarle cuando conocí a Adrien, pero al ver a James en Londres después de cuatro años… —Otro suspiro—. Lo he intentado. He intentado ignorar mis sentimientos, convencerme de que seré feliz con Adrien, pero… es imposible, Bri. —Se le cayeron más lágrimas—. No puedo casarme con Adrien. No puedo por más que lo intente, él se merece a una mujer que le ame, que le haga feliz, que no le engañe, que no le traicione…

—No es la primera vez que James y tú os besáis, ¿verdad?

Sophie negó con la cabeza.

—Eres mi hermana —le dijo Brianna, arrodillándose a sus pies y apoyando los brazos en sus piernas—. Quiero que seas feliz. Y sé que Adrien jamás te hubiera hecho feliz, porque nunca ha sido el dueño de tu corazón. Si es mi hermano…

—Me ama… —Más lágrimas, pero ahora se atrevió a sonreír—. James me dijo que me ama…

—Ay, Sophie… —También lloró, de alegría—. Lo siento mucho por Adrien, es un buen hombre, pero una de las cosas que he aprendido gracias a Nicholas es que al corazón no se le puede controlar, es el órgano más grande y fuerte que tenemos, el que nos mantiene vivos, y el tuyo siempre ha sido de mi hermano, igual que tú has sido siempre la dueña del suyo.

—No puedo terminar mi compromiso con Adrien por carta, esperaré a que regrese a Inglaterra.

—Es lo mejor. Solo es un mes. Pero tened mucho cuidado mi hermano y tú hasta entonces, sobre todo aquí, por favor.

Con el ánimo renovado y la decisión más importante de su vida tomada, Sophie descendió las escaleras tarareando. Un sirviente le ofreció una copa de vino al entrar en el gran salón. Sonriendo, se dispuso a charlar con los invitados.

Entonces, el sonido del movimiento de numerosos abanicos se alzó por encima de la suave melodía de ambiente que tocaba la orquesta. Estaba claro quién acababa de llegar: James, Stuart, el duque de Allsmory, y Allan, el marqués de Hollsmere. Sophie se bebió de un trago lo que le quedaba de vino y le tendió la copa a un sirviente con la mano temblorosa.

Su padre se acercó a James, pero Stuart y Allan, a Sophie.

—*Lady* Sophie —la saludó el duque con su angelical rostro imperturbable.

—Está bellísima, si me permite —le dedicó el marqués, con sus ojos grises brillando seductores—, usted y *lady* Asworth son siempre las más hermosas en cada evento.

Sophie lo que le dedicó fue su mejor sonrisa. Había hablado poco con ellos, pero eran grandes amigos de Nicholas y Brianna, y los que habían ayudado a la captura de Alexander, tenían su admiración y respeto de por vida.

—¿Sabe? —le dijo Allan, inclinándose un poco hacia ella—. Podría tumbar a cualquier hombre con su sonrisa, *lady* Sophie. —Observó un punto sobre su hombro y repitió—: A cualquier hombre.

Sophie se giró y descubrió a James mirándola de una forma tan penetrante que le recorrió un delicioso escalofrío por todo el cuerpo. Avanzó hacia ellos, vestido de gala como el resto de los caballeros, pero ninguno tan atractivo como él.

—Buenas noches, *lady* Sophie. —Le besó la mano enguantada con un brillo embrujador en sus ojos verdes.

Ella hizo una torpe reverencia y se alejó, temblando nuevamente por estar en su presencia. Tenía que aprender a controlarse, pero recordó la imagen de James cubierto solo por un pequeño paño… y el calor la abrasó por dentro.

Asegurándose de que nadie la viera, se encerró en la biblioteca, la estancia que había enfrente del salón. Se sentó detrás del sofá alargado y soltó el aire que había retenido sin darse cuenta.

Pero el sonido de la puerta al abrirse y cerrarse a continuación le aceleró el corazón. Se mantuvo inmóvil para no ser descubierta, pero alguien le tapó la boca, levantándola del suelo.

—Soy yo, tranquila —le susurró Jimmy, soltándola despacio.

Se relajó.

—Tenemos que hablar, Sophie.

Ella contuvo el aliento, no le sonó nada bien cómo pronunció aquellas palabras.

26



—Lo que ha pasado hoy… —comenzó James, serio.

—Ya he hablado con Brianna.

—¿Todo solucionado entre vosotras?

—Sí. —Sonrió.

—Me alegro. —Le devolvió el gesto.

Se quedaron mirándose unos segundos con los ojos brillantes.

—¿Era eso de lo que querías hablar? —le preguntó ella en un susurro.

—Sí. —Se le borró la sonrisa—. No.

Sophie arrugó la frente, preocupada.

—¿Qué ocurre, Jimmy?

Él inhaló una gran bocanada de aire, la retuvo y la soltó con fuerza.

—Tengo que casarme, Sophie.

Ella tragó saliva. No sabía qué esperar, por lo que se mantuvo callada.

—Mi… —Estaba nervioso de repente, y rígido—. Alexander añadió una cláusula nueva al testamento antes de morir. Debo casarme antes de cumplir los treinta.

—No es ni será el primer progenitor que hace algo así.

—Ya. —Se pasó las manos por el pelo—. Cumplo los treinta en octubre.

—Lo sé. ¿Por eso buscabas esposa desde que volviste a Londres?

—No, lo de la cláusula me enteré unas semanas después. Sophie, no quiero casarme con otra que no seas tú. No quiero compartir mi vida con otra mujer que no seas tú.

La respiración de Sophie se entrecortó.

—No quiero agobiarte —añadió él, agachando la cabeza, tímido de pronto—, tampoco quiero que pienses que si ayer te dije que te amaba era por esto, pero sí es cierto que gracias a esa cláusula me di cuenta de que no podía seguir ignorando mis sentimientos hacia ti y…

—No voy a casarme con Adrien —le soltó con rapidez—. No quiero casarme con él, pero no

puedo romper mi compromiso por carta.

A James también se le entrecortó la respiración.

—¿Entonces? —pronunció él en un ronco susurro.

—Entonces… —Se le escapó una risita.

—Eres mía al fin.

A Sophie se le llenaron los ojos de lágrimas. Una maravillosa felicidad recorrió todo su ser. Tanto tiempo soñando con ese momento… Y durante años creyó que sería imposible que se hiciera realidad.

—James… —Se tapó la boca, incapaz de reprimir un sollozo.

—Sophie… —La envolvió entre sus brazos—. Mi Sophie…

—Te amo tanto…

—Y yo a ti, amor mío. —Acunó sus mejillas entre las manos y la besó en los labios con una dulzura inigualable.

Amor mío…

—Oh, James… ¿Esto es real? —Se aferró a sus brazos.

—Lo es. —Le centelleaban tanto los ojos que Sophie creía que era otro sueño en el que se imaginaba todo aquello—. Pero hasta que no rompas tu compromiso con Boissieu, tendremos que mantener nuestro amor en secreto.

Adrien no se merecía esa traición, pero Sophie no se merecía vivir junto a un hombre al que jamás podría amar. Tampoco podía resistirse más al verdadero dueño de su corazón. Era agotador tenerle tan cerca y no tocarle, ni besarle, ni sonreírle como deseaba: sin esconder sus más profundos sentimientos hacia él.

De pronto, se vio tumbada en el suelo debajo de su cuerpo. Le tapó la boca. Varios pasos entraron en la estancia.

«¡Oh, no!», pensó, horrorizada, con el corazón en un puño.

Sin embargo, unas risitas familiares le hicieron percatarse de que se trataba de Nicholas y Brianna. Tuvo que reprimir una carcajada de alivio.

James sonreía.

—Quítame las manos de encima, milord —le reprendió Brianna a su marido—, me ha pedido Gabrielle que venga a por un libro. Lo que no entiendo es por qué.

—Podemos buscarlo más tarde…

—¡No! —Se echó a reír.

—¿Y qué libro te ha pedido? —Suspiró—. Pienso cobrarme este rechazo luego y con creces, *milady*.

Ella volvió a reírse.

—Me ha dicho algo de Benjamin Lorry, pero que, si no lo encuentro, no pasa nada.

Sophie se alarmó: su madre sabía que James y ella estaban allí.

Entonces, una sombra se cernió sobre ellos. James alzó su mirada y frunció el ceño.

—¿Lo has encontrado, cariño? —La voz de Nicholas sonaba demasiado cerca…

—Aquí solo hay libros de filosofía.

—¿Por qué no vas al tocador? Tienes una mancha en el vestido.

Los pasos de Brianna se perdieron a lo lejos.

James se incorporó y la ayudó a levantarse.

—Será mejor que salgas, Sophie —le indicó Nicholas, cruzado de brazos—. James y yo esperaremos un poco, hay gente por todas partes.

Avergonzada, salió de la biblioteca y se dirigió al gran salón, donde se estaban ofreciendo

canapés fríos y calientes previos a la cena.

Primero, Brianna, y ahora, Nicholas, o se cuidaban las espaldas o el escándalo estaría asegurado, y eso Sophie no podía permitirlo, les salpicaría a sus padres, no se lo perdonaría nunca.

27



—¿A usted qué le parece, *lady* Sophie? —le preguntó con calidez la marquesa de Whiterspoon cuando entró al salón.

—¿Disculpe, *milady*? —Le sonrió.

—Comentábamos el rumor de los periódicos: hace semanas que nadie ha visto al enmascarado.

Ella, sí.

Aquello le recordó que era uno de los invitados… Paseó sus ojos por la estancia. Había varios caballeros altos y fornidos, claro que tampoco podría reconocerlo, muchos tenían los ojos claros, como Allan, Stuart, Michael… ¿Y si era uno de ellos?

—¿Cómo os imagináis que será? —Su madre se unió a la conversación.

—Debe de estar atormentado por algo de su pasado —comentó la marquesa.

—¿Por qué lo dice? —se interesó Sophie.

—Me da la sensación de que una mujer cercana a él sufrió bajo la mano de un hombre cruel, por eso ataca a los caballeros a los que se sabe que no les tiembla la mano con sus esposas, hijas o criadas. —Chasqueó la lengua—. Por desgracia, está a la orden del día.

—¿Quién será el enmascarado? —inquirió Gabrielle, sonriendo—. ¿Se imaginan que esté aquí, en la fiesta campestre?

—Nunca se sabe a quién se tiene al lado —comentó la marquesa sonriendo con picardía—, *lady* Asworth, por ejemplo, está casada con un escritor de novelas de amor.

—Y se aman con locura —aseguró su madre, sonriendo a la pareja, a unos metros de distancia.

En ese momento, Brianna se acercó a Sophie.

—¿Damos un paseo por el jardín? —Se colgó de su brazo—. Tengo un poco de calor, me vendrá bien salir un ratito.

Sophie asintió.

Caminaron en silencio durante un rato. A medida que se acercaban a la playa, el olor del mar le robó una enorme sonrisa.

Dieron media vuelta al ver que se habían alejado demasiado, pero unas pisadas las inquietaron. Se detuvieron con el corazón en un puño, hasta que dos conejitos salieron de unos árboles.

—Uf… —Soltaron una risita nerviosa.

Entonces, alguien les tocó la espalda.

—¡AH! —chillaron las dos al unísono.

Escucharon carcajadas y descubrieron que Nicholas y James les habían gastado una broma.

Con el ceño fruncido, Brianna les sacó la lengua; Sophie tenía una mano en el pecho, intentando recuperar la respiración por el susto.

—¡Espera, cariño! —le dijo el duque de Asworth a su esposa. Llegó hasta ella y la apartó con sutileza mientras le besaba la cara disculpándose.

Sophie ocultó una sonrisa al ver a su amiga rindiéndose a él, arrojándole los brazos al cuello. Suspiró y dirigió sus pasos a la casa, pero James se interpuso con una mirada muy traviesa antes de tomarla en brazos y emprender la marcha entre los árboles, fuera del sendero y de posibles miradas curiosas.

—¿Qué haces? —Ella se tapó la boca para silenciar una risita nerviosa, su estómago estaba lleno de mariposas—. No nos pueden ver regresar juntos.

—¡Dadnos una hora! —Era la voz de Nicholas.

—¡Sí! —le respondió James.

Finalmente, entre troncos con ramas infinitas que creaban sombras sobre ellos, la depositó en el suelo y, sin permitir que se arreglara el vestido, la besó empujándola contra un árbol. Emitió un gruñido al escuchar a Sophie gemir, colgarse de su cuello y abrir la boca para que sus lenguas se reencontraran al fin.

Pronto, el beso se tornó desesperado. Las manos de James, temblorosas, comenzaron a acariciar su pelo, su cuello, sus hombros… Las de ella se enredaron en sus cabellos y tiró, arqueándose hacia él, inquieta, muy inquieta. Necesitaba más, aunque le daba miedo ese más porque desconocía lo que era. Brianna le había asegurado que era lo más increíble que jamás pudiera sentir, pero Sophie ya sentía que los besos y las caricias de Jimmy eran lo más increíble que jamás había sentido en su vida…

Entonces, él continuó bajando y le apretó los pechos, paralizándose ella.

—Per… Perdóname… —se disculpó James, apartándose—. No te mereces que te trate así, contra un árbol, por Dios… —Se frotó la cara, respirando con fuerza.

Sophie no podía ni respirar de la revolución que era su cuerpo en ese momento.

—No… No pasa nada.

—Sí pasa. —La miró frustrado—. Te deseo tanto que no he sabido controlarme.

Ella se mordió el labio, su corazón latía con fiereza. Acortó la distancia, le tomó de la nuca, poniéndose de puntillas, y le besó con urgencia. Él jadeó y la apretó contra su cuerpo.

No volvió a tocarla más allá de la cintura y la espalda, pero la besó con tanta pasión que Sophie creyó flotar entre nubes el resto de la noche.

28



A la mañana siguiente, habían dispuesto en el jardín una competición de tiro con arco, era por parejas. Cuando desayunaron, su padre traía un pequeño saco de terciopelo rojo.

—Bueno —empezó Vincent—, las invitaciones las hemos hecho de tal forma que haya el mismo número de hombres que de mujeres. Aquí —mostró el saco a los presentes—, están los nombres de todos los caballeros, las damas escogerán uno sin mirar y esa será su pareja, ¿de acuerdo?

—¿Y los que no saben jugar? —preguntó una mujer.

—No se preocupen porque tendrán toda la mañana para practicar, la competición será por la tarde. Y hay más —sonrió de forma traviesa—: el servicio está dejando en el salón principal cajas que contienen ropa de la Edad Media. Todos deben disfrazarse.

Los invitados estallaron en aplausos.

—Ah, se me olvidaba —añadió su padre—, habrá premio para la pareja ganadora.

—Sí —convino su madre—, el caballero y la dama que ganen se convertirán en rey y reina medievales esta noche.

—Muy bien, ¿quién empieza? —Vincent alargó el brazo con el saco de terciopelo abierto.

Una por una, las damas se acercaron expectantes. La última fue Sophie, y solo quedaba un caballero por ser elegido: Michael Shuder, conde de Killsmon. Él se acercó a ella y, sonriendo, hizo una reverencia.

Con gran alegría, se dirigieron al salón para elegir los disfraces. Sophie y Brianna se llevaron dos vestidos de lino con una pequeña cola y dos capas cortas con una amplia capucha; el de su amiga, morado, y el de ella, azul oscuro. Subieron al último piso y se vistieron en la habitación de Sophie con la ayuda de Claudia.

El escote dejaba al desnudo los hombros y el cuello. Las mangas eran estrechas hasta el codo y después vaporosas en forma de campana. Se ataron el vestido a la espalda apretando las cintas y se colocaron en la cadera un cinturón plateado, compuesto por monedas antiguas y perlas como

separación de estas.

Con manos torpes debido a la emoción, se soltaron los cabellos de los moños permitiendo que cayeran libremente por la espalda. Su doncella peinó a Brianna retirándole los mechones sueltos de la frente con horquillas a juego con el cinturón. A Sophie, en cambio, la peinó con una fina trenza a modo de corona entrelazando una larga cinta azul entre los mechones.

Con la capa puesta, bajaron al jardín en busca de sus parejas, preparadas con arcos y flechas.

Nicholas, cuya pareja era la marquesa de Whiterspoon, se quedó embelesado en cuanto vio a su esposa. A su lado, estaba Vincent, la pareja de Brianna, además de Allan con *lady* Alice, Stuart con *lady* Bess —la gemela de lady Alice— y Michael.

—Es un honor ser su caballero de brillante armadura, hermosa dama, me inclino ante su belleza —la obsequió con una atractiva sonrisa—, ¿no querrá abandonar a su prometido y casarse conmigo?

—Tal vez debería demostrarme antes sus habilidades con… ¿el arco? —atrevida, pronunció esas palabras con picardía.

Todos se echaron a reír, incluida ella.

—Será un honor para mí enseñarle lo bien que apunto con la flecha.

—Eres un descarado, lord Killsmon —le reprendió la marquesa entre carcajadas.

En ese momento, una fragancia a jabón, detrás de ella, le aceleró el corazón, pero se obligó a no darse la vuelta, los celos la invadían. James era la pareja de *lady* Sarah, que no dejaba de devorarle con la mirada sin el menor decoro.

—Bueno, muchachos, ¿comenzamos? —sugirió *lady* Whiterspoon.

—Nosotras no sabemos jugar —dijeron al unísono *lady* Alice y *lady* Bess. Eran preciosas y muy simpáticas, morenas y de ojos verdes. Se las diferenciaba por el peinado: mientras que *lady* Alice lo llevaba siempre tirante y recogido en lo alto, *lady* Bess no era tan rígida y permitía que algunos mechones se deslizaran por el rostro y la nuca.

—James es bueno, aunque a veces le falle la puntería —comentó Michael, con un brillo divertido en sus ojos.

—Tal vez —masculló James, molesto— debería enseñarnos, su excelencia.

Michael hizo una inclinación con la cabeza y les mostró cómo sujetar el arco y guiar las manos para alcanzar el objetivo con las flechas. Se alejaron del resto de invitados y escogieron un claro rodeado por gruesos y altos árboles. Utilizaron los troncos para hacer de diana, donde el conde, con la ayuda de una navaja que llevaba escondida en la bota, realizó una amplia marca como si fuera el centro de una diana.

Los hombres aprendieron rápido, Brianna también. *Lady* Sarah, en cambio, requería continuamente las atenciones de James, aleteando las pestañas a la mínima ocasión. A pesar de los celos de Sophie por verle siempre dispuesto a complacerla, no le extrañaba que necesitase ayuda, no soltaba la pequeña y elegante sombrilla que llevaba consigo.

Después de un rato sin conseguir alejar la flecha del arco más de dos pasos y con un humor cada vez más oscuro, Michael se situó detrás de ella.

—Cambie la posición, *lady* Sophie.

Ella obedeció y él colocó sus manos encima de las suyas.

—Tóquese la boca con la mano izquierda girando un poco la cara hacia el objetivo —le susurró al oído con voz acompasada y profunda—. Respire… Baje el codo… No aparte los ojos del objetivo y…

Sophie soltó la flecha y dio en el mismo centro de la marca. Loca de alegría, tiró el pesado arco a la hierba y abrazó al conde, dando saltitos.

Sus ojos chocaron con los de James, que lanzaban chispas furiosas, y se percató de lo que acababa de hacer… Rápidamente, se apartó de Michael.

—Perdone, yo… —Sintió cómo sus mejillas ardían de vergüenza.

—No se preocupe —murmuró él con una tierna sonrisa—, ¿descansamos un rato?

Ella asintió y dieron un paseo alejándose un poco, pero a la vista de cualquiera para no levantar habladurías.

—¿Cómo sabía que estaba cogiendo mal el arco? —Se arrodilló y arrancó varias flores silvestres.

—Es zurda. —Se descolocó la chorrera que llevaba como si le apretase—. No entiendo cómo podían vestir estas cosas… Preferiría llevar su vestido —gruñó.

Sophie se echó a reír, se levantó y le arrancó el adorno de encaje.

—¿Mejor?

—Gracias. —Le dedicó una deslumbrante sonrisa.

—Nadie sabe que soy zurda, procuro esconderlo.

—Cuando está nerviosa, se toca la muñeca izquierda.

—Pero… —Se quedó asombrada.

—Cuando terminé mis estudios, viví cuatro años en un pueblecito chino. Allí conocí a un anciano que me acogió en su humilde casa y me enseñó técnicas de combate. La observación es el arma principal para poder derrotar a tu oponente. —Se le había borrado la alegría.

—¿Por qué se fue tan lejos, lord Killsmon? —le preguntó en voz baja.

—Mi hermano mayor me enseñó las artes orientales, hasta que murió. Necesité irme allí, supongo que para sentirme más cerca de él. —Se le fue apagando la voz.

Sophie recordó la historia que su padre le había contado sobre el heredero del conde de Killsmon: murió en la batalla de Waterloo, su madre lo hizo al año siguiente, y su padre, tiempo después. Los rumores apuntaban a que la condesa falleció por no soportar el haber perdido a un hijo.

—Lo lamento mucho. —Le apretó suavemente el brazo.

—Gracias. Hace ya tiempo de eso. —Tragó saliva, sus ojos se enturbiaron.

Hacía mucho tiempo, pero le seguía doliendo, era tan evidente.

—Parece que, después de todo, Michael Shuder se emociona.

Ambos rieron.

—Guárdeme el secreto. Soy un crápula. —Se rieron—. ¿Y usted, *lady* Sophie? ¿Alguien sabe qué pinta?

Entreabrió la boca. Él le guiñó un ojo.

—Huele a pintura —le aclaró el conde.

Ella suspiró.

—Nadie ha visto nunca mis cuadros. —Agachó la cabeza—. La gente creería que son bobadas irreales: una manzana azul, un árbol rosa, un mar amarillo…

—Lo que en realidad pinta —le alzó la barbilla con los dedos— es el mundo a través de sus sentimientos. Su secreto está a salvo conmigo, *lady* Sophie.

—Puede llamarme Sophie, de hecho, lo prefiero. —Le sonrió—. Si a usted le parece bien.

—Solo si tú me llamas Michael y evitamos los formalismos. —Le devolvió el gesto.

Ella, ampliando su sonrisa, sospechó que acababan de convertirse en amigos.

29



Se sirvió un almuerzo frío en el jardín. Brianna, la marquesa de Whiterspoon, Gabrielle y Sophie se llevaron unos pocos sándwiches en un plato y, con un vaso de limonada cada una, comieron sobre una manta de cuadros rojos y verdes que el duque de Asworth y el conde de Killsmon les habían preparado.

James, Stuart y Allan desaparecieron en el interior de la casa con sus respectivas parejas. Una punzada de celos atravesó el pecho de Sophie cuando, un rato más tarde, salían entre carcajadas, *lady* Sarah colgada del brazo de James, sin soltar la dichosa sombrilla.

—¿Qué te pasa? —le preguntó en voz baja Michael, a su lado.

—Nada —contestó seria.

Los ojos de él siguieron la dirección de los suyos.

—Ya veo.

—¿Qué ves? —Sophie se asustó.

—Tengo una idea. Coge la comida. —Se incorporaron—. Si nos disculpan… —se dirigió a los demás y, tomándola del brazo, se alejaron a paso lento.

—¿Adónde vamos?

—Todavía queda un rato para que empiece el torneo y se me ha ocurrido entrenar en otro lugar. ¿Confías en mí? —Le ofreció una mano y se encaminaron hacia los establos.

Montaron en sus respectivos caballos, llevando Sophie la comida, y Michael, el arco y las flechas, acompañados por su doncella. Entrenaron en la playa y resultó ser el rato más entretenido de todo el día.

Cuando comenzó la competición, se habían dispuesto tres filas de dianas a diferente distancia, correspondientes a las tres pruebas de las que constaba el torneo. En la primera prueba les correspondía el turno a las mujeres; en la segunda, a los hombres, y en la tercera, a ambos. Además, en las dianas habían dibujado cuatro círculos amplios de menor a mayor tamaño: rojo —el centro de la diana—, amarillo, azul y blanco. Si una flecha daba en el último color, el

blanco, la dama y el caballero serían eliminados.

Reinaban vítores, exclamaciones de ánimo y aplausos. La aristocracia estaba relajada y disfrutaba, sonreía. La mayoría de las parejas cayeron en la primera ronda, solo algunas damas jóvenes como *lady* Alice, *lady* Sarah, *lady* Bess, Brianna y ella, entre otras, lo consiguieron, al igual que su madre, quien abrazó muy entusiasmada a su marido, y *lady* Whiterspoon, quien se puso a dar saltitos en un arrebato de alegría, contagiando a todos de risa.

En la segunda prueba, con las dianas más alejadas, ganaron el grupo de James y sus cuatro amigos, y, como era de esperar, robando suspiros de embeleso entre las jóvenes. Aquellos cinco caballeros, además de poseer un físico deslumbrante, demostraron que no había nada que se les resistiera. Las parejas de Gabrielle y Brianna no tuvieron la misma suerte y fueron descalificados.

La tercera y última ronda era muy complicada. Contaba con una sola diana para las cinco parejas finalistas, la que más se acercara al centro ganaba, solo tenían dos intentos, y los dos debían ser buenos.

La distancia era el doble que en la primera prueba, Sophie se puso nerviosa. Quería ganar, por supuesto, el torneo se había convertido en una pelea contra James: la había ignorado deliberadamente y no había dejado de coquetear con *lady* Sarah.

Le tocó el turno a la marquesa de Whiterspoon y a Nicholas. Los eliminaron, también a *lady* Bess y Stuart, pero no por ella, sino por el duque; a Sophie le pareció que había fallado aposta, por la significativa mirada que compartió con Michael. *Lady* Alice no lanzó con la fuerza requerida y Allan, su pareja, decidió retirarse sin tirar su flecha en respeto a ella, algo que provocó un intenso sonrojo en la joven y un gruñido por parte del padre de esta, pues él y Allan, de todos era sabido, eran enemigos, aunque se desconocía el motivo.

Solo quedaban dos parejas: James y lady Sarah, y Sophie y Michael.

Se le encogió el estómago de rabia al ver cómo ella acertaba en el color rojo de la diana, recibiendo numerosos aplausos.

—Tranquila —le susurró Michael a Sophie—, lo harás muy bien. Recuerda lo que te he enseñado.

Ella respiró hondo y se colocó en posición. Con el ojo izquierdo apuntó, estiró la cuerda del arco todo lo posible, se rozó la mano con los labios y soltó la flecha con decisión.

—¡Muy bien, hija! —la obsequió su madre, entusiasmada—. ¡En el rojo también!

Los presentes aplaudieron y Brianna la abrazó con fuerza dándole la enhorabuena: su flecha se había clavado junto a la de lady Sarah.

James la ignoró de nuevo, se preparó y lanzó su flecha con una destreza inigualable. A continuación, sonrió con orgullo.

—Ha sido muy bueno —murmuró Michael.

—Mejor que el de lady Sarah. —Sonrió con satisfacción.

—¿Me das algo que me deseé suerte?, ¿tal vez lo que escondes en tu muñeca izquierda? —Le guiñó un ojo.

Sophie no se lo pensó dos veces, se desató la cinta azul de la muñeca y se la tendió. Él la anudó en el final de la flecha que iba a lanzar. Fijó el objetivo, giró la cabeza observándola a ella, le guiñó un ojo y soltó la flecha.

¡El tiro fue impresionante!

La gente se quedó tan sorprendida que reinó un silencio absoluto, hasta que ella, por fin, reaccionó:

—¡Has lanzado sin mirar, Michael!

Él se encogió de hombros con despreocupación.

Un lacayo acercó la diana a los presentes y contemplaron con evidente admiración que su flecha había atravesado la de James. Quitó la cinta y se la devolvió a Sophie.

—¡El rey y la reina de esta noche serán el conde de Killsmon y mi hija, lady Sophie!

Hubo muchos aplausos y vítores.

—Felicidades —les dijo James, serio.

—Hemos ganado porque Sophie ha tirado mejor que lady Sarah —explicó el conde—, pero tu lanzamiento y el mío han sido exactos, y eso que has tirado con la derecha, así que felicidades a ti también. —Se estrecharon la mano, reticentes al principio, pero estallaron en carcajadas.

Caminaron de regreso a la puerta principal de la casa, sin embargo, antes de entrar, James agarró a Sophie de la mano y tiró de ella para quedar escondidos en un lateral del jardín, donde no había nadie.

—Espérame en la *suite*.

—No pienso hacerlo —bufó indignada—. No soy ni tu esposa ni tu criada, a mí no me das órdenes.

—Eres mía, y harás lo que te digo.

Se retaron con la mirada.

—Arriba, ya, o te subo yo mismo en brazos delante de todos.

—No serás capaz. —Entornó la mirada.

—Pruébalo y lo verás.

Ella le lanzó veneno a través de los ojos, pero subió a la *suite*.

El portazo pronosticó la inminente tormenta. ¿Saldrían vivos?

30



Sophie se quitó la capa a manotazos y la tiró al suelo en un arrebato de furia. James hizo lo mismo con el jubón.

—Llevo todo el día viendo lo bien que habéis congeniado Michael y tú —comenzó él—: el paseo a caballo, la forma en la que os tocabais las manos con la excusa de aprender el tiro con arco, las sonrisas y la complicidad que habéis compartido… ¡Un coqueteo continuo! —estalló.

—Esto es el colmo… ¿Coquetear, yo? ¿Y qué demonios hacías tú con *lady* Sarah? —Le apuntó con el dedo.

—¡Yo no soy el que está prometido, maldita sea!

Sophie se quedó paralizada.

«Sí, estoy prometida, a un hombre al que no amo, y me he hecho falsas ilusiones con el hombre al que verdaderamente amo con toda mi alma. Ilusiones por lo que hemos compartido las últimas semanas, por lo que nos dijimos anoche…».

Aunque acababa de reprocharle aquellas palabras, que eran una verdad, le resultaron hirientes porque no estaba haciendo las cosas bien. Hundió los hombros, formándosele un nudo en la garganta y en el pecho.

—No quiero seguir hablando contigo —se rodeó a sí misma—, mucho menos seguir discutiendo. —Se acercó a la puerta de su habitación, pero James la rodeó desde atrás y apoyó la frente en su cabeza.

—Por favor, perdóname, no me refería a lo que estás pensando —le susurró en la sien—. Han hablado mis celos.

—No sabes lo que estoy pensando —también susurró.

Él suspiró, abatido.

—Sí, he estado coqueteando con *lady* Sarah —le confesó—, porque no aguantaba los celos. Michael y tú… —Suspiró otra vez—. Quería las sonrisas que le dedicabas, y esa complicidad… Esa complicidad que teníais ha sido una tortura. —Descendió hacia su cuello para suspirar de

nuevo sobre su piel y la apretó por la cintura con fuerza—. Yo solo puedo mirarte cuando nadie me ve, Sophie. —Su voz estaba castigada por un dolor crudo, el mismo que ella estaba sintiendo en ese instante—. Yo puedo rozarte la mano solo si me aseguro de que nadie se dé cuenta. Yo… —Le clavó los dedos en la cintura, conteniéndose—. Yo solo puedo amarte en secreto.

A ella ya se le caían las lágrimas, y estaba a punto de romper a llorar de manera desconsolada, pero no quiso que James se diera cuenta. Tragó con fuerza, armándose de valor.

—Esto nunca debió comenzar, James. —Se apartó despacio—. Tienes que casarte antes de tu cumpleaños y Adrien no llega hasta dentro de un mes. Va a ser un escándalo de todos modos. Llevo meses prometida a él, pero en cuanto rompa mi compromiso, solo tendremos unas pocas semanas de noviazgo para casarnos. No puedo hacerle esto a mi familia, ni siquiera a Adrien. —Cerró los ojos, sujetando el picaporte—. Tuvimos nuestra oportunidad en el pasado y no supimos aprovecharla. No, esto nunca debió comenzar. —Y añadió, con todo el dolor de su corazón—: *Lady* Sarah ha mostrado todo el día gran interés en ti, y hacéis muy buena pareja, será una buena duquesa, estoy segura.

—Sophie, no…

Y se encerró en sus aposentos sin dejarle hablar más. Sus mejillas se convirtieron en dos ríos de inmenso caudal.

A la mañana siguiente, despertó en la cama, vestida con el disfraz, aunque descalza, sin recordar cuándo había dejado de llorar.

Una rosa azul descansaba en su almohada… ¿Había sido el enmascarado el que la había llevado al lecho? Sintió que el peso de su corazón se desvanecía un poco gracias a la rosa perfectamente pintada, de tallo largo y sin espinas.

Se incorporó y tocó la campanilla para que le subieran agua caliente para darse un baño, necesitaba relajar la tensión del cuerpo.

Bajó arreglada con un vestido de lino en color verde. Se unió a los demás invitados en el desayuno. Brianna le pidió que se sentaran juntas, pero era en una mesa donde estaba James, que no le quitaba los ojos de encima. No quería preocupar a su amiga ni estaba preparada para hablar de lo ocurrido con él, por lo que se excusó diciéndole que lo haría con su madre, con quien debía comentar algunas cosas de la fiesta campestre.

Se centraría en todos, menos en James. Compartían *suite*, pero se aseguraría de no coincidir con él, aunque para ello tampoco pudiera quitarle los ojos de encima.

Solo era el segundo día de la fiesta campestre y ya estaba deseando que terminara.

31



Desde aquella discusión, la semana había transcurrido larga y tediosa. Lo que al principio le había parecido a James la mejor de su vida, se había convertido en la peor. Estaba obsesionado con Sophie. Necesitaba mirarla continuamente, aunque fuera de manera furtiva para evitar sospechas, tampoco podía evitar sentir deseos de cogerla en brazos, llevársela lejos de allí y borrar la tristeza que empañaba sus ojos cuando creía que nadie la veía. Pero él siempre la veía. Siempre estaba pendiente de ella.

Se había mantenido apartado, no había hecho el intento de solucionar la situación. En eso ayudaba la actitud de Sophie: actuaba como si no hubiera confianza entre ellos, ni siquiera le miraba y, en cuanto James estaba cerca, ella se giraba y entablaba conversación con cualquiera que no fuera él.

Y los celos le estaban consumiendo. Cada noche, Sophie bailaba con todos los caballeros y estos estaban más que embelesados en ella. No les culpaba, no solo era una auténtica belleza, también una perfecta anfitriona, una joven dulce, amable, inteligente y atenta a todos. Su magnetismo y serenidad eran envidiables.

El peor momento para Jimmy era cuando se metía en la cama cada noche. Saber que solo había dos puertas entre ellos le impedía conciliar el sueño.

Así que estaba agotado, su humor era pésimo y tenía que fingir que se interesaba en las conversaciones en las que formaba parte, cuando, en realidad, no escuchaba ni una palabra de lo que decían.

El viernes, a dos días de acabar la fiesta campestre, un criado le entregó una correspondencia al cruzar el vestíbulo de la casa.

Detuvo sus pasos y la aceptó. Estaba doblada y no tenía sello. Leyó el contenido y maldijo para sus adentros.

Fue a los establos, ensilló a su purasangre y galopó hacia la playa. El cielo estaba despejado y el sol picaba en la piel a esa hora, era mediodía, pero iba a tal velocidad que el viento evitaba que

sintiera calor. Agachó la cabeza sobre el cuello del caballo y le incitó a que fuera más rápido.

Al alcanzar la orilla, detuvo al animal y saltó a la arena. Se acercó al individuo que le estaba esperando: su tío.

Les rodearon cuatro hombres vestidos de negro, repugnantes con solo mirarlos.

—¿Te lo estás pasando bien, querido sobrino?

—Oh, sí, gracias por tu interés, querido tío —le contestó con sequedad—. ¿Y bien?

—No creas que no sé lo que pretendes, aunque he de reconocer que me has sorprendido al mantenerte alejado de ella desde ese estúpido torneo de tiro con arco. —Ladeo la cabeza—. Te quedan pocos días para que la fiesta se acabe, ¿seguirás resistiéndote a la tentación? Con Boissieu fuera del país y que esa apetecible pelirroja bebe los vientos por ti… —Chasqueó la lengua, divertido al ver a James apretar las manos en dos puños hasta volverse sus nudillos blanquecinos—. Por tu bien, espero que sepas mantener los pantalones bien sujetos y no se te caigan a los tobillos. Los hombres tienen sus limitaciones y más si la muchacha es tan tierna como ella. —Se relamió los labios—. Yo ya la hubiera desvirgado, y con fuerza —sus ojos centellearon de maldad y perversión—, cuanta más sangre, mejor.

Sin pararse a pensar en las consecuencias, James le dio un puñetazo en la cara provocando que se cayera sobre su trasero en una pose ridícula. De inmediato, dos hombres le sujetaron por los brazos. El enemigo escupió sangre y se tocó el labio. Se lo había partido.

—Eso no se hace, sobrino. —Se levantó con esfuerzo y se acercó hasta que el hedor que desprendía su boca le provocó náuseas—. Escúchame bien: si te casas con ella antes de tu cumpleaños, haré de tu vida un infierno. Sé que no sabe el motivo por el que la persigues, y me aseguraré de que se entere para que te odie el resto de su vida. Ah, por cierto —añadió—, te agradezco que me invitaras a tu residencia de verano de Brighton, estos días están siendo unas vacaciones memorables.

—Bueno, yo soy el dueño y el duque de Asten, y tú el que reclama sobras, disfrútalas mientras puedas.

La respuesta que recibió fue un puñetazo en la mandíbula y otro en el estómago que le hicieron doblarse en dos.

Se marcharon entre carcajadas, dejándole tirado en la arena, y sin su caballo.

El estómago le bramaba como si le hubieran clavado cuchillos de acero ardiente. Gateando, se acercó a la orilla y se refrescó la cara. El pómulo le rabiaba. Se sentó e inhaló aire, pero le sobrevino un ataque incontrolable de tos.

—¿James? —La voz de Sophie le dio un vuelco al corazón.

Se puso en pie con una mano en la tripa.

—¡Oh, Dios mío, James! —Corrió hacia él—. ¿Qué te ha pasado? —Bajó de su yegua y le acarició el lado de la cara donde había recibido el golpe.

Durante ese instante, el dolor desapareció.

—Vi tu caballo trotando solo y con la silla puesta y me asusté. ¿Quién te ha hecho esto? —Apoyó una mano enguantada en su brazo.

—Eran salteadores de caminos. Querían dinero. —Fue a incorporarse, pero sufrió un fuerte latigazo en el estómago y soltó una maldición.

—Vamos a casa, hay que avisar al doctor.

—Sophie, por favor, no digas nada a nadie, los invitados se asustarían.

—¿Y cómo piensas ocultar el moratón de la cara? —Arrugó sus perfectas cejas y un chispazo de sus ojos almendrados le flaqueó las piernas.

—No sé, ya lo pensaré.

Se marcharon en la yegua de Sophie.

Gabrielle le interrogó en cuanto vio a su hija entrar con James sujetándole de la cintura para evitar esfuerzos con el abdomen.

—Estoy bien, solo necesito darme un baño y descansar un poco.

—Por supuesto —asintió la condesa con gravedad—, le daré unos remedios a Sophie, ¿de acuerdo? Mañana estarás nuevo. Vamos, hija, acompáñame.

Él pidió pluma y papiro y les escribió la misma nota a sus cuatro amigos para contarles lo sucedido. Le pidió a un sirviente que las entregara y esperó a que le subieran agua caliente para poder limpiarse antes de recostarse en la cama un rato.

Sophie entró en su dormitorio con un cuenco entre las manos y unas vendas.

—No tengo nada roto.

—Las telas son para que absorbas estas hierbas en el abdomen, para que no se inflame.

—¿Vas a cuidarme? —le susurró, tan nervioso como parecía estar ella, pues se sonrojó.

—Siéntate, por favor.

Se sentó en el borde del lecho con las piernas abiertas. Ella removió la sustancia y le aplicó un poco en la mejilla con una suavidad que le erizó la piel. Estaba tan cerca que inhaló el mágico olor a flores silvestres que desprendía. Cerró los ojos y su mente lo llevó al campo, cargado de numerosas flores de todos los colores, y de un riachuelo que contenía pequeños peces que saltaban una y otra vez. El sol le acariciaba el rostro igual que las manos de Sophie. La sensación era maravillosa.

—Tendrás que… —Ella carraspeó, quitándose los guantes—. La camisa.

Con lentitud y esfuerzo, se sacó la camisa por la cabeza y la tiró al suelo. Sophie apenas lo miró a la cara, pero bastó un instante para que él viera el crudo deseo en sus ojos.

La tomó de la muñeca antes de que le aplicara las hierbas en el estómago.

—Mírame —le ordenó con voz ronca.

Ella obedeció, pero hacia su torso, no a sus ojos. Tiró de Sophie para situarla entre sus piernas. Su boca se había entreabierto y la escuchó ahogar una exclamación. Con un rápido movimiento, le quitó el cuenco de las manos, lo posó encima del cubrecama y, sin apartar la mirada de su rostro, colorado por completo, lenta pero decididamente apoyó aquella delicada mano en su fiero corazón.

—Por favor, perdóname, Sophie. Me he comportado como un patán, y no te lo mereces. Fue estúpido mi ataque de celos, e hiriente, sin motivo, y mis palabras, peor aún. Perdóname, por favor.

Sophie soltó un suspiro entrecortado antes de, finalmente, clavar los ojos en los suyos, vidriosos, repletos de amor, deseo y emoción. Conectaron. Asintió. El alivio que sintió James fue inmenso, poderoso.

Transcurrida una gloriosa eternidad, aunque no tan larga como le hubiese gustado, ella retiró la mano, se colocó el guante y le aplicó la sustancia en el abdomen. Cuando terminó, lo vendó para asegurarse de que su piel absorbiese las hierbas.

—Mañana te lo quitas y estarás como nuevo —le aseguró con timidez—, eso ha dicho mi madre.

—¿Ya has comido? —Rezó una plegaria para que no le rechazase—. Podemos solicitar que nos suban una bandeja con cualquier cosa, lo que tú quieras, y comer juntos, aquí. No hemos hablado estos días y… —Tragó saliva, rezando otra plegaria por lo que estaba a punto de decirle —. Te he echado de menos.

Ella le dedicó una tímida sonrisa.

—Avisaré a las cocineras.

No era esa respuesta exacta la que hubiera preferido escuchar, pero iban a estar a solas varias horas, escondidos del mundo. Era suficiente, por el momento.

32



Claudia le vendó el pecho con varias vueltas de tiras de lino para ocultar sus generosos senos. El frac y los pantalones eran negros; el pañuelo y el chaleco, azules, y la camisa, blanca. Sophie era alta, lo que favorecía que nadie la reconociese esa noche en el baile de máscaras. El pelo se lo sujetó con horquillas, se colocó la máscara, también azul, con ribetes dorados, y la peluca corta y de color azabache.

Se echó a reír al verse en el espejo: parecía más un niño mayor que un hombre.

—Tome —la doncella le tendió los guantes blancos—, ya está lista —sonrió con satisfacción y Sophie le devolvió el gesto—. Acuérdese de que esta noche no hay normas, disfrute, mi señora. —Le sonrió con cariño—. Y no se olvide de que hoy es un hombre: nada de retorcerse las manos en el regazo ni hacer reverencias de mujer. Y, yo que usted, no pronunciaba palabra.

Un sinfín de telas vaporosas de todos los colores danzaba por el gran salón. La orquesta tocaba una música muy alegre y las luces repartidas por las esquinas eran pequeñas antorchas tenues creando un lugar de ensueño, mágico. Un regocijo le recorrió el cuerpo: esa noche no había normas… Con los brazos a los costados, suspiró y se acercó a por una copa.

—Te aconsejaría que escogieras *brandy*, es algo que jamás tomaría una mujer, el vino dulce te delataría —le dijo Michael en voz baja, sonriendo.

Se mordió el labio inferior para evitar echarse a reír. Iba de marinero y le sentaba muy bien, hacía juego con el zafiro de sus ojos. Aceptó el consejo y se sirvió un vaso bajo de aquel líquido amarillento. Lo acercó a la boca y el olor le arrancó una mueca, sin embargo, sintiéndose un hombre, se mojó la punta de la lengua.

—¿Crees que alguien más me reconocerá? —le susurró ella.

—Depende —se encogió de hombros—, un bultito en tu muñeca izquierda delata la cinta que escondes, tus piernas son demasiado femeninas, de hecho, parece que te han castrado, se te olvidó colocarte algo duro y grande ahí —le señaló el espacio entre sus muslos y ella se sonrojó —, y una última cosa se la dejo a otro —se inclinó— que se muere por acercarse a ti. Menos mal

que todo vale esta noche, sería un escándalo que dos hombres se devorasen con la mirada en público, ¿no te parece? —Le guiñó—. Por cierto, ¿dónde os habéis metido esta tarde Jimmy y tú?

—En las nubes —le confesó, con el corazón acelerado al recordar la tarde tan bonita que habían pasado juntos, hablando, compartiendo sueños, recuerdos… No se habían besado, tampoco tocado ni las manos, pero Sophie, al fin, logró desterrar la ansiedad y la congoja que había sentido los últimos días al estar tan alejados. Se había encontrado en sus ojos otra vez…

—Las pecas hacen que te desee más… —Una voz profunda a su espalda hizo que diera un brinco.

Al darse la vuelta, James, vestido de oscuro de los pies a la cabeza, la miraba con tanta intensidad que un agradable escalofrío le recorrió la espalda, haciendo hincapié en la nuca. Su pelo castaño estaba perfectamente peinado hacia atrás. Las manos le temblaron y a punto estuvo el vaso de estrellarse contra el suelo de no ser por él, que se lo quitó, bebió por donde ella había posado los labios y después se humedeció la boca. Sophie ahogó un gemido.

El resto de la velada fue muy agitada. A la mínima oportunidad, James le rozaba la mano, la mejilla o el cuello. Cuando se separaban, no dejaban de buscarse con la mirada. Él le sonreía con promesas, porque eso eran, promesas… Ojalá pudiera besarlo, ojalá pudieran tener un rato a solas, pero no como el que habían pasado por la tarde, había momentos para todo y Sophie no quería charlar con James… Era frustrante tenerle tan cerca y, a la vez, tan lejos.

Para aliviar un poco su desazón, se dirigió al tocador. Mojó la punta de un paño y se la pasó alrededor del cuello. No podía controlar su pulso acelerado. Suspiró con desesperación. Tenía que olvidarlo, no podía continuar en ese estado lamentable de bobalicona.

Al salir, descubrió a Brianna esperándola.

—¿Qué pasa? —preguntó Sophie.

—Me duelen los pies, ¿me acompañas a cambiarme, por favor?

Sin embargo, al alcanzar el último piso, se dirigieron a su *suite*, no a la de su amiga.

—Estaré esperando. —Brianna la empujó al pequeño saloncito—. No tenéis mucho tiempo, aprovechadlo. —Le guiñó un ojo y cerró la puerta.

—Pero ¿qué…?

Un inconfundible aroma a jabón la paralizó.

Unos brazos fuertes la abrazaron por detrás.

Unos cálidos labios le rozaron el cuello.

Su mente se quedó en blanco, pero su boca, en cambio…, se lanzó a la de James con desesperación, y él la acogió con un ardor desenfrenado.

Jadearon entre beso y beso, tirándole Sophie del pelo, apretándola él del trasero contra sus caderas, demostrándole el duro y enorme deseo que su cuerpo suplicaba por ella.

No se asustó, quiso descubrir más… Brianna no había entrado en muchos detalles alguna vez que habían hablado del tema, pero sí había insistido en que ojalá tuviese su misma suerte: que su futuro marido fuese un amante tan maravilloso y apasionado como Nicholas.

Pues si James la besaba de ese modo tan descontrolado, no podía llegar a imaginar el amante que era… Estaba completamente derretida entre sus brazos. Su boca estaba hecha de fuego y parecía querer convertirla en llamas. Le sobraba la ropa. Estaba desesperada por tocar sus hombros desnudos, su torso, su abdomen, su espalda… Y que él acariciase y besase su cuerpo durante horas…

—Sophie… —James detuvo el beso de golpe, respirando ambos de manera entrecortada—. No podemos seguir así… Haces que pierda el control y… no puedo permitir que eso pase…

Pero ella necesitaba sus labios sobre los suyos, su lengua enredada a la suya, sus manos tocándola… Le besó con la boca abierta, sujetándole de la nuca. Él respondió con un gruñido, la empujó contra la pared y le arrebató el pañuelo del cuello para devorar su piel, chuparla y mordisquearla hasta arrancarle un grito de puro placer. Y otro cuando subió una de sus piernas a sus caderas y sintió un latigazo en su rincón más secreto que la dejó aturdida.

Un golpe en la puerta los detuvo con brusquedad. Sus ojos brillaban tanto…

Otro golpe, más insistente, les obligó a respirar hondo y salir al pasillo.

Brianna le colocó la ropa y la peluca y los tres se encaminaron de vuelta al salón. Antes de alcanzar la escalera, la puerta de una *suite* se cerró con tal estruendo que Sophie se alarmó. ¿Alguien los habría visto?

Al llegar al gran salón y ver lo felices que estaban todos, bailando y riendo, se relajó. Aceptó una copa de *brandy* que le ofreció James.

—Despacio, no sea que tenga que llevarte en brazos a la cama, milord —bromeó él en su oído.

—Quizás eso es lo que pretendo —le contestó, atrevida, acercando la copa a los labios—, pero solo si te quedas conmigo.

Los ojos de James resplandecieron como si se hubieran juntado en un mismo punto un millón de estrellas.

Horas después, Sophie fue la primera de ellos dos en marcharse a la *suite*, pero él no tardó en seguirla.

En cuanto cerraron la puerta, se miraron como si su mundo estuviese a punto de explotar.

—Creo que he bebido más *brandy* de la cuenta —mintió Sophie, mordiéndose el labio—. ¿No ibas a llevarme a la cama?

No supo de dónde sacó tanta valentía, notaba las mejillas abrasadas, pero no se arrepintió.

—¿Estás segura? —Avanzó lentamente hacia ella—. Porque, si te llevo a la cama, no va a ser para taparte con las sábanas, darte un beso en la frente, desearte buenas noches y marcharme.

Sophie suspiró entrecortada.

—Jamás he estado tan segura de algo como de todo lo que siento por ti —le confesó en un susurro—. Y lo quiero todo contigo.

—Sophie… —Acunó su rostro entre las manos—. Cásate conmigo.

Ella contuvo el aliento.

—No por lo que te conté del testamento —añadió James, temblando—. Cásate conmigo porque quiero pasar el resto de mi vida adorándote. Cásate conmigo porque tuvimos nuestro momento y no supimos aprovecharlo, pero ahora el destino nos ha unido de nuevo. —Apretó la mandíbula—. No puedo perderte otra vez.

Sophie, temblando también, con las mejillas empapadas de lágrimas, le abrazó por la cintura, escondiendo el rostro en su cuello.

—Sí, quiero.

33



De pronto, Sophie se encontró en un torrente de besos por todo el rostro. James la sostenía por las mejillas. Ella posó las suyas en las de él.

—Nadie se puede comparar contigo, Sophie.

—Soy una mujer normal y corriente —murmuró con timidez.

—Mañana por la mañana —le susurró, tomándola en brazos— no pensarás lo mismo, eso te lo juro. —Y la metió en su habitación, dejándola de pie en la alfombra, junto a la cama.

La luz existente la componían dos candelabros de tres velas, cada uno creando un aura de penumbra en gran parte del cuarto.

La besó con ternura, despacio.

—Quiero que sea la noche más especial de tu vida, pero porque tú quieras que lo sea, no por mi deseo o por mi amor hacia ti. Sophie, si seguimos adelante… —dudaba—. Soy consciente de todo lo que estás arriesgando y…

—Lo sé, James. —Se emocionó—. No es lo correcto, pero estoy agotada de ser la dama perfecta que hace todo perfecto siempre. Quiero ser… libre, y siempre soy libre contigo. Sí, James, quiero seguir adelante —sonrió, entre lágrimas—, porque te amo y no puedo imaginar este momento con otro que no seas tú.

Él gimió y volvió a besarla. Ella se quitó los guantes, tirándolos sin miramientos, le desabrochó un par de botones de la camisa negra y coló las manos, deseosa de tocar al fin su ardiente cuerpo. El nuevo gemido que soltó James fue distinto, largo y entrecortado, se estremeció bajo su contacto.

Se deshizo de la peluca de Sophie y, a ciegas, sin dejar de besarse, le soltó los cabellos de las horquillas. Enredó los dedos entre sus mechones, tiró, arqueando su cuello, y el beso se tornó más profundo. Ella le arañó en el pecho, jadeando porque su lengua había empezado un baile indecente con la suya. Todo su cuerpo se erizó. Le dolieron los pechos y se tocó inconscientemente, jadeando.

—Déjame aliviarte —le susurró James, muy ronco—, sé lo que necesitas.

Sophie alzó los párpados, pero sus ojos estaban turbios y creyó que aquello no era real, que estaba soñando.

—James…

Él se situó a su espalda y, mientras chupaba y besaba su cuello con labios húmedos y abrasadores, le quitó la chaqueta, el chaleco y la camisa. Entonces…

—Dios mío, pero ¿qué te has hecho? —Colocándose frente a ella, añadió—: No me extraña que te duelan. —Intentaba estar serio, pero una sonrisa luchaba por salir en su rostro.

Sophie, avergonzada por estar en su presencia con tan poca ropa puesta, le sacó la camisa por la cabeza.

—Así estamos igualados.

—Todavía no. —Le dio la vuelta y desanudó la tela que le cubría los senos—. Levanta los brazos, mi dulce Sophie —añadió con voz aterciopelada.

Sophie obedeció y, tras cerrar los ojos, giró sobre sí misma hasta que no quedaron más vendas cubriéndola. Se tapó los pechos, pero se le desbordaban de las manos.

—No te tapes, por favor —volvió a susurrarle James, respirando con dificultad—. Necesito mirarte. —Tragó saliva con fuerza.

Ella, temblando como nunca, inhalando aire de forma muy apresurada, bajó las manos.

—Eres tan hermosa… —Aterrizó de rodillas frente a ella.

Y el mundo de Sophie se vino abajo cuando James tomó sus pechos y se los llevó a la boca. Gritó. Se arqueó. Le fallaron las rodillas por las intensas sensaciones que experimentó, pero no se cayó porque James la sostuvo por la cintura. La desnudó por completo, a manotazos, sin poder controlarse más, y se incorporó, cogiéndola en brazos para tumbarla en la cama.

De pie, devorándola con los ojos oscurecidos por el deseo, se quitó el resto de su ropa. Sophie creyó desfallecer. Sus piernas torneadas, sus bien marcadas ingles, su espectacular torso, su atractivo rostro, su pelo revuelto por su culpa… No existía ningún ser en la tierra tan hermoso como James. Era magnífico.

—Por favor… —le suplicó ella, extendiendo los brazos hacia él.

James gimió y se tumbó sobre su cuerpo. Buscaron sus bocas con desesperación y se besaron abrazándose entre espasmos de la violenta pasión que habían despertado. Sophie se sintió diferente. Libre del decoro, de la educación social, del saber estar. Había sido siempre la hija perfecta, la amiga perfecta, la anfitriona perfecta, la dama perfecta… Con él, no quería esconderse con guantes de encaje, silencios, reverencias y sumisión.

Él descendió con la boca y con las manos por su cuerpo. Su lengua, sus labios y sus dedos quemaban… Gritó de auténtico placer cuando se detuvo en el interior de sus muslos. No se asustó, abrió las piernas, se curvó hacia su lengua y, por primera vez en su vida, no se reprimió.

—Eres tan dulce que no puedo soportarlo más —gruñó James, arrodillándose—. Necesito estar dentro de ti, Sophie. Lo necesito ya.

Sophie lo que no pudo soportar era estar tan lejos de él… Se sentó en su regazo y le besó, apretándose contra su cuerpo duro y ardiente.

James la sujetó de las caderas, la levantó y muy lentamente fue descendiéndola sobre su miembro hasta que la penetró por completo.

—Dime qué sientes… —le rogó él, quieto, casi sin respirar.

—Duele…

—Lo siento… —Dejó caer la frente en su hombro.

Sophie lo sabía, que dolía la primera vez, y era cierto, pero lo que desconocía era que no solo

sentiría dolor, sino también unas ganas irrefrenables de moverse.

Y, al moverse, James gimió y ella descubrió que el placer aumentó y el dolor disminuyó.

Y esos movimientos fueron cada vez más rápidos, más intensos.

Y…

El amanecer les pilló en la alfombra, con las piernas enredadas y cubiertos por una sábana. James besaba sus manos entrelazadas, sin dejar de mirarse a los ojos como si no existiera nada ni nadie más que ellos y el sol saliendo en el horizonte.

No supo cuándo se quedaron dormidos, pero sí cuándo se despertaron: alguien irrumpió en la habitación y les pilló.

Alguien que no se sorprendió de verlos así.

Su madre.

34



—¿Cómo se os ha ocurrido? —Gabrielle alzó las manos al techo. La pareja corrió a taparse con la sábana y la manta—. Sé que corría este riesgo al poneros en habitaciones compartidas, y, precisamente por eso, os coloqué en la misma *suite*, porque sé que os amáis y que mi hija estaba cometiendo un gran error al querer casarse con otro que no fueras tú, James —meneó la cabeza, chasqueando la lengua—, pero las cosas no se hacen así, habéis tirado todo por tierra el mismo día que ha llegado Adrien. Yo pretendía que os tentarais, pero que hicierais las cosas bien. —Frunció el ceño—. La culpa es mía, maldita sea. El riesgo era demasiado alto —miró a James enfadada—, los hombres sois demasiado débiles ante la belleza y mi hija está enamorada de ti desde que era una niña. —Resopló.

—¡*Maman*! —exclamó Sophie, ruborizada.

—Es la verdad. —Sonrió—. A una madre no se le puede ocultar nada, ni siquiera lo que no se dice con palabras.

Su hija le devolvió la sonrisa. Se dieron un abrazo tan cargado de amor que la ternura invadió a James.

—¿Adrien está aquí? —le preguntó Sophie, de pronto, nerviosa.

—Ya sabes que me escribió para pedirme que esta fiesta campestre fuera en honor a vuestro compromiso, por eso hay muchos más invitados que el año pasado. Pues también me dijo que había acelerado el trabajo en la India y que esperaba llegar al final de la fiesta, pero que no era seguro. —Se acercó al balcón y lo abrió para que entrara aire.

—Yo…

—¿Qué pasa, hija? —La miró con seriedad.

—No quiero casarme con él. —Ahogó un sollozo.

—Por eso he hecho lo que he hecho, necesitabas un empujoncito.

—No sé qué decirle a Adrien… —Miró a James.

Él se acercó a ella y le besó las manos.

—Tendréis que esperar —les dijo Gabrielle, grave—. Si rompes tu compromiso con Adrien hoy y os casáis enseguida, será un escándalo. Y a mi marido y a mí nos da igual, James, quien nos preocupa es Sophie.

Un golpe en la puerta de la *suite* les interrumpió. La condesa se dirigió a ver quién era y apareció con Claudia.

—Adrien ya está aquí y ha preguntado por ti —anunció Gabrielle, con las manos unidas en el regazo—. Mientras tu doncella te ayuda a vestirte, yo le mantendré ocupado.

—Quiero casarme con Jimmy, *maman*. No me importa el escándalo si a vosotros tampoco.

—La sociedad puede ser muy cruel, mi niña, me niego a que tu vida sea un infierno solo porque el amor nunca esté de moda. —Hizo una mueca—. Vamos a pensar las cosas con calma, ¿de acuerdo? Hablaremos cuando se acabe la fiesta campestre. Volveremos a Londres contigo. —Y se fue.

Claudia se llevó a Sophie, quedándose James solo.

No pudo ni rememorar la noche tan maravillosa que había pasado con ella, dada la situación, por lo que pidió que le subieran agua caliente y se arregló con esmero para bajar a desayunar.

En el jardín, Michael y Nicholas se aproximaron a James en cuanto le vieron. Tenían una taza de café cada uno en la mano.

—Tu cara te delata —le dijo Michael, riéndose—. ¿Qué se siente después de cuatro años sin haber probado una mujer?

—¿Cuatro años? —Stuart también se acercó—. Es una broma, ¿no? —Hizo una mueca.

—En realidad han sido cinco, por el tiempo que estuvimos en Bath —murmuró James. Carraspeó, sonrojado—. Adrien Boissieu está aquí —les anunció.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Nicholas, preocupado.

—Creo que ya ha hecho lo que tenía que hacer —respondió Michael—. ¿Cuándo es la boda?

—Hay que esperar —gruñó James, impaciente—. Sería un escándalo.

—Podéis casaros a escondidas, manteneros apartados de la sociedad una temporada y dar el aviso en el periódico un tiempo después —propuso Michael—. Es la única manera de que tu tío no se entere, por si intenta algo en contra de Sophie. Una vez casados, problema resuelto.

—Se va a enterar porque sabe cuándo es mi cumpleaños, faltan dos meses. Va a estar más atento que nunca en cuanto sepa que Sophie ha roto su compromiso con Boissieu.

—¿Lo ha roto? —quiso saber Stuart con el ceño fruncido—. Pues qué bien lo demuestra. —Movió la cabeza hacia la puerta del jardín.

—No lo ha roto todavía, pero… —comenzó James.

Se calló al verla con Adrien colgada de su brazo, saludando a algunos invitados.

Los celos se apoderaron de él y alcanzaron su punto máximo cuando lo vio inclinarse y darle un beso en la mano.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —le increpó Nicholas, agarrándole del brazo—. ¿Adónde se supone que ibas? Contrólate, maldición.

La flor y nata se acercaba a ellos para preguntarle por su viaje. Pasaron eternos minutos hasta que la pareja se acercó a James y sus amigos. James les dedicó una rígida inclinación de cabeza, frunciendo el ceño.

—Hace un momento me comentaba Sophie las buenas amistades que había hecho esta semana —dijo Boissieu—, les agradezco que hayan cuidado de ella en mi ausencia.

¡La muy tonta se estaba sonrojando y evitaba mirarlo!

—No se preocupe —Michael hizo un ademán restándole importancia—, ha sido un verdadero placer, Sophie es una dama encantadora.

—Me hubiese gustado haber podido asistir al baile de máscaras. Nunca he ido a ninguno fuera de Francia.

—No estuvo mal —comentó Sophie.

¡¿No estuvo mal?!

Ya no pudo soportarlo.

—Creo que estoy algo indispuesto —se excusó James con sequedad—, si me disculpan…

—Puedo ir a por un remedio si quiere, milord —le indicó ella con demasiada formalidad—. ¿Qué es lo que le aqueja?

—Nada, gracias. Iré yo mismo a preguntar a la cocinera.

La expresión de tristeza que cruzó su bello rostro le provocó unas inmensas ganas de consolarla, de estrecharla entre sus brazos y besarla hasta que en sus ojos solo se reflejara el amor que sentía por él, pero se controló, obviamente. Después de la noche tan maravillosa que habían pasado, no podía verla con ese tipo sin afectarle.

—Te acompañaré —anunció Michael en un tono que no admitía una negativa—, sigo hambriento, a ver si tengo suerte y las doncellas se apiadan de mí. —Le guiñó un ojo a Sophie y, cogiéndolo con aspereza del brazo a James, lo arrastró hasta el interior de la casa—. ¿Es que no te he enseñado nada? —Entraron en el salón y lo empujó contra la pared.

—¿Qué quieres que haga?

—¡Controlarte, maldita sea! ¡La pones a ella en evidencia, su situación es muchísimo peor que la tuya, no seas egoísta si tanto la amas!

—¿Crees que todo se soluciona con la dichosa meditación? ¡Es mía!

—¿Qué pasa? —Sophie irrumpió en la estancia cerrando la puerta tras de sí—. Se os oye gritar.

—Pues tápate los oídos —escupió James, rabioso.

—No la trates así —sentenció Michael.

—¿Te has convertido en su protector? —se burló.

Michael lo cogió de las solapas de la oscura chaqueta, pero James lo empujó. No dudaría en pelear con él, estaba furioso y necesitaba desahogarse.

—¡Ya es suficiente! —Ella se interpuso entre ambos.

—Hablad, pero conmigo presente.

—Jimmy… —Sophie fue a cogerle de la mano, pero él se apartó.

—James —la corrigió con rudeza— o lord Asten, como prefiera, *lady* Sophie. Y no tengo nada de qué hablar con usted.

No la miró, pero al escuchar un sollozo ahogado, se le partió el corazón.

—Disculpadme —susurró ella antes de marcharse.

De repente, Michael le agarró de nuevo y lo empotró con fuerza contra la pared.

—¡¿Te has vuelto loco?!

—Olvídate de tus malditos celos y fíjate en su expresión. —Apretó la mandíbula—. Desea tanto como tú aceptar los halagos y el contacto de Adrien. Y sigue sin tener ni idea de lo que dice exactamente la cláusula del testamento de tu padre, que le contaste media verdad, James. —Le soltó—. Antes de juzgarla otra vez, recuerda que dentro de dos meses se enterará de que el hombre al que ama con todo su corazón le ha mentido para no perder su título y sus propiedades.

Le esperaba un día muy largo. Dios mío, ¿qué había hecho? Michael tenía razón.

35



Michael estaba en lo cierto: Sophie no sonreía como hacía con James, y sus ojos, cuando creía que nadie se daba cuenta, gritaban salir corriendo en dirección contraria a Boissieu.

—Stuart ha cogido unas botellas de *brandy*, nos vamos a la playa, ¿vienes? —le sugirió Allan en el último baile de la fiesta campestre.

«Es mejor que quedarse aquí…», pensó apesadumbrado.

—¡Yo quiero ir! —exclamó Brianna, colgándose del cuello de su esposo.

—¿Adónde vais? —preguntó Sophie, detrás de él.

—A respirar un poco de tanto teatro aristocrático —bromeó Michael, sonriendo—, ¿os apuntáis?

—Es una gran idea —respondió Adrien—, pero yo no puedo, tengo asuntos que tratar con algunos caballeros presentes sobre las nuevas piezas que he traído de la India. Por favor, os confío mi mayor tesoro —les dijo a todos. Sus amigos asintieron, James le ignoró, bebiéndose de un trago lo que le quedaba de *brandy* en la copa que tenía en la mano—. Si no nos vemos luego, buenas noches, cariño.

Como no deseaban que nadie se les uniera, siguieron el consejo que les dio Sophie: salir al jardín por una puerta que empleaban solo los criados. Robaron unas mantas de las caballerizas y galoparon hacia la playa.

Eligieron una pequeña cala escondida entre frondosos árboles para asegurarse de que nadie los viera y pudieran disfrutar sin miradas curiosas o maleantes.

Colocaron las mantas, se sentaron formando un círculo y abrieron el *brandy*, bebiendo todos de las botellas, incluida Sophie, ¡qué escándalo! Brianna era la única que no probaba el alcohol al estar embarazada.

A su lado, Michael le daba constantes codazos, pero James permanecía en silencio, admirando la oscuridad del mar y la belleza de la luna llena reflejada en él.

—No sé vosotros —dijo Michael, poniéndose de pie—, pero empiezo a tener mucho calor. —

Comenzó a desnudarse y se quedó en calzones—. Lo lamento por vosotras, señoritas —hizo una graciosa reverencia—, pero ustedes dos son como uno más de nosotros. —Y se alejó corriendo para zambullirse rápidamente en el agua—. ¡Vamos! —los animó con el brazo—. ¡Está buenísima!

Nicholas, Stuart y Allan le imitaron.

—Yo también quiero —suplicó Brianna con un suspiro de fingido pesar.

James se echó a reír.

—¿A ti no te daba miedo el agua, enana?

—Ya no. —Sonrió—. Nicholas me enseñó a nadar.

—Pues vaya a reunirse con su marido, *milady*.

Finalmente, quedaron Sophie y él.

—¿Tú no te bañas? —le preguntó ella con timidez.

—¿Y tú? —respondió sin mirarla.

—Me encantaría, pero me da vergüenza. —Soltó una risita nerviosa.

Ahí estaba otra vez la perfecta dama, pero la noche anterior había conocido a la verdadera Sophie, y era también perfecta, pero libre de ataduras.

James dio un largo trago a la botella, se desvistió y le tendió una mano. Sophie sonrió llena de ilusión.

—Necesito que me ayudes —se mordió el labio inferior—, mi vestido se abre por detrás y Brianna ya está en el agua.

Soltó una maldición, le dio media vuelta de forma brusca y, con una soltura innata, le desabrochó la infinita fila de diminutos botones y le desanudó las cintas del corsé. Se quedó con la fina camisola interior puesta y la cinta azul en la muñeca izquierda. En ese momento, se arrepintió de animarla a bañarse… Su cuerpo a la luz de la noche estrellada y brillante era un juego de sombras que clareaban mágicamente sus deliciosas curvas. Era exquisita.

Sophie se soltó los cabellos del austero moño que le había hecho Claudia. Al sacudirse la melena, el olor a arcoíris mezclado con flores silvestres agitó a James de arriba abajo con una intensidad, excitándolo tanto que corrió hacia la orilla y se lanzó de cabeza al mar.

El agua estaba muy fría, pero cuando salió a la superficie, vio a Sophie emerger a su vez, a escasos metros de distancia, con los cabellos empapados a la espalda y la camisola adherida a su piel, que no dejaba nada a la imaginación, pura tentación.

Algo dijeron sus amigos, pero él no escuchó nada, solo el potente latir de su corazón. Por el rabillo del ojo, los vio regresar a la orilla. Estaban solos y era de noche… Se metió en el agua, buceó hasta Sophie y salió despacio. Se miraron con tanto deseo…

Se arrojaron a los brazos del otro, besándose con una pasión desatada. Él la alzó por el trasero y ella le rodeó las caderas con las piernas, apretándose, frotándose…

Sus amigos les ovacionaron, gastándoles bromas. James gruñó, deteniendo el beso. Sin apartarse de ella, caminó hacia unas rocas que les ocultaban de sus amigos; el agua le alcanzaba las caderas, perfecto para deslizarle la camisola por los hombros y poder contemplar y tocar sus pechos, cuyos pezones parecían dos guijarros de lo erguidos que estaban, pezones bañados por la sal del mar que, cuando James se los metió en la boca con la única intención de venerarlos, le supieron a gloria celestial.

No hablaron. Ni querían ni les hizo falta.

Tampoco volvieron a ver a sus amigos.

Y se amaron el resto de la noche, en el mar y en la arena sobre las mantas.

Cuando el tercer éxtasis les consumió, a ella se le escaparon las lágrimas y él por fin pudo

consolarla envuelta entre sus brazos, hasta que se quedó dormida.

36



Acababa de amanecer cuando Sophie entró en su habitación con el pelo alborotado, los escarpines en las manos y una inmensa sonrisa, pero encontró a Claudia haciendo su equipaje, y a su madre esperándola sentada en el borde de la cama. La felicidad que sentía dio paso a una expresión de preocupación.

—Adrien se fue a Londres en plena noche, después de ver que tus amigos llegaban de la playa, pero tú y James, no.

Cerró los ojos con fuerza.

—Lo sabe…

—Sí, cariño, me lo dijo cuando se fue. Y también me dio un mensaje para ti: te perdona, pero no quiere obligarte a casarte con él, en tu mano está la decisión. —Suspiró—. Llegó la noche del baile de máscaras, por cierto, no ayer por la mañana, me lo ha dicho él mismo.

Los pilló… El portazo que escuchó, después de estar con James en la *suite* y Brianna vigilando, fue Adrien…

Las lágrimas se le saltaron de los ojos a modo de surcos.

—¿Por qué te pones así? —le preguntó su madre en voz baja—. Sabías que esto iba a ocurrir.

—Pero no así —explotó ella—. ¡Soy una persona horrible! Le he engañado… He… estado con otro hombre, *maman*, ¿en qué me convierte eso?

Su madre suspiró.

—Pues te convierte en una persona humana, nadie es perfecto por mucho que nos empeñemos. Sé que te sientes mal, pero tu padre y yo nunca hemos querido que te casaras sin amor. El error no está en haber engañado a Adrien, el error hubiera sido haber llegado a casarte con él, os hubierais hecho infelices con el paso del tiempo.

Le indicó que se sentara y empezó a cepillarle los cabellos.

—Te irás ahora a Londres y hablarás con él mañana —continuó Gabrielle—, le debes una disculpa, pero —alzó la mano para enfatizar sus siguientes palabras— jamás te disculpes por

haber actuado por amor, nuestro corazón es lo único que nos hace libres, aunque muchas mujeres tengan que esconderlo toda su vida. —Respiró hondo—. Después, te casarás con James.

—Será un escándalo. —Hundió los hombros.

—Si esperamos un poco, no debería saltar el escándalo, con suerte, habrá unos pocos rumores que no durarán mucho. Y, de momento, nada de veros, con o sin gente presente. —Procedió a trenzarle el pelo—. Pero si te quedas en estado, entonces, tendréis que casaros enseguida y marcharos una temporada de Londres.

A Sophie no le importaba el lugar, sino estar con James, lo demás carecía de importancia. Se secó el rostro, más tranquila, pero no menos preocupada.

Partió de Brighton media hora después. Le dejó una nota a James para contarle el nuevo rumbo de la situación, colándosela por debajo de la puerta de su dormitorio.

Al día siguiente, sin haber dormido nada, Claudia la acompañó a la casa de Adrien, en Picadilly, nada más desayunar, aunque tampoco probó bocado, tenía el estómago y el pecho cerrados en un puño. Debía enfrentar las consecuencias de sus actos.

—Me quedaré aquí —le indicó la doncella, señalando el pasillo, junto al despacho de Adrien

Sophie asintió y, muy nerviosa, entró en cuanto el ama de llaves la anunció.

—Por tu cara, deduzco que has venido a decirme adiós —fue lo primero que le dijo él, calmado, demasiado para su sorpresa.

—Lo siento tanto, Adrien… —No agachó la cabeza ni desvió la mirada.

—Sophie, no soy ciego, nunca lo he sido. —Frunció el ceño—. Cuando te conocí, me quedé impactado, me enamoré de ti en ese mismo instante. Estabas en el Louvre observando la nada, tenías un cuadro enfrente, pero no le prestabas atención. —Sus ojos se perdieron en los recuerdos —. Tu expresión era triste, tu corazón estaba roto, era tan obvio, y deseé con todas mis fuerzas ser el hombre que sanara tus heridas. Pero nunca lo he conseguido, y créeme que he sabido siempre que tú no me amabas.

Su mirada se oscurece al seguir:

—Cuando vi cómo Brianna te colocaba la ropa y él salía de tu *suite* detrás de ti… —Apretó la mandíbula, conteniéndose—. Pero decidí hacer como si no hubiera pasado nada. El problema fue cuando todos volvieron de la playa, menos tú y él. —Chasqueó la lengua—. Él fue quien te rompió el corazón años atrás, y quien ha logrado recomponerlo. Le esquivabas cuando regresó a Londres, evitabas mirarlo, porque continuaba doliéndote, porque continuabas amándole. No —negó con la cabeza—, nunca he estado ciego, pero tampoco perdía la esperanza en que algún día le olvidaras y pudieras amarme a mí.

—Perdóname… —susurró sin saber qué palabras emplear para disculparse—. Lo he hecho fatal, Adrien, de verdad que lo siento tanto…

—La culpa fue mía por dejarte sola tanto tiempo. Mandaré hoy mismo un aviso al periódico. —La miró fijamente—. Tengo entendido que el duque de Asten debe casarse antes de octubre, y tú y yo hemos estado meses prometidos, será un gran escándalo. Lo único bueno de todo es que yo no estaré en Londres cuando estalle, nada me retiene aquí ya. —Le dio la espalda, estableciendo una distancia mayor a través de las palabras al añadir—: Le deseo suerte para capear el temporal, *lady* Sophie, la van a hundir, la alta sociedad es cruel. Una lástima, yo jamás la hubiera puesto en una situación así, él, en cambio, no ha dudado en hacerlo con tal de salirse con la suya. Buenos días.

Sophie tragó saliva y, temblorosa, salió de la estancia.

Regresó a casa con su doncella. Se le cayeron las lágrimas durante todo el trayecto. Le dolió, sobre todo lo último que le dijo, que James no había dudado en ponerla en esa situación.

No, Adrien se equivocaba. James la amaba tanto como ella a él, esa situación la había creado Sophie al no romper el compromiso con Adrien antes de besarse por primera vez con James.

Claudia, para que se relajara, le preparó un baño caliente cargado de espuma y aroma a flores silvestres, el de su jabón. Con las rodillas asomando en la superficie, se permitió cerrar los ojos y pensar en…

—Te he echado de menos.

¡El enmascarado!

37



—¡¿Cómo has entrado?! —exclamó tan colorada que no sabía cómo colocarse para cubrir su desnudez.

El enmascarado se apoyó en el marco de la puerta y, sin tapujos, la observó con su intensa mirada.

—He entrado por el balcón. Deberías tener más cuidado, la cerradura se abre con mucha facilidad. No pude despedirme de ti, las dos últimas noches no dormiste en tu habitación.

Ella contuvo el aliento.

—No te preocupes —continuó él, alzando una mano—, me escondo detrás de un pañuelo y un sombrero, tu secreto está a salvo conmigo.

Sophie soltó el aire.

—¿Cómo se lo ha tomado Boissieu? —Cogió el paño grande que descansaba sobre un bajo taburete.

—¿Me has estado espiando?

—¿Nunca te cansas de hacer preguntas? —Abrió el paño y se acercó a ella.

—¿Nunca te cansas de no responder? —Le brindó una amplia sonrisa.

Él soltó una carcajada que se perdió tras el pañuelo.

Unos pasos les alertaron.

—Tienes que irte —le apremió ella con temor—, no pueden verte aquí.

—Me iré si me das una prenda.

No se lo pensó, los pasos se acercaban con rapidez, se desanudó la fina cinta azul de la muñeca y se la tendió. El enmascarado le lanzó el paño un instante antes de desaparecer.

—Ha llegado un mensaje para usted, de lord Asten —le anunció Claudia, entregándole la misiva.

Mi dulce Sophie:

No puedo soportar estar lejos de ti. Necesito verte y sé que durante el día no puedo por las posibles habladurías que habrá cuando nos casemos. Si por mí fuera, mandaría a todo el mundo al diablo, iría a buscarte y te traería a mi casa, pero tus padres tienen razón, debemos mantenernos alejados.
También sé que no debería preguntarte porque no deseo agobiarte, pero ¿has hablado con Boissieu? Perdóname por ser un entrometido.

Tuyo,
Jimmy

Le encantó que la llamase así… Abrazó la carta, suspirando emocionada. Se puso una fina bata y corrió a su escritorio a responderle.

Mi queridísimo Jimmy:

Yo también te echo de menos. Y hoy te necesito más que nunca porque hablé con Adrien. Seguramente, ya haya avisado al periódico, me dijo que lo iba a hacer hoy mismo. Se va a Francia. Yo me siento muy mal por el daño que le he hecho, pero no he podido olvidarte, Jimmy, te he amado siempre.

Siempre tuya,
Sophie

Edward, el cochero, se encargó de que enviaran inmediatamente la correspondencia al duque de Asten.

Media hora más tarde, llegó la respuesta.

Casémonos el viernes por la noche.
Que estalle el escándalo, no permitiré que nada ni nadie te haga daño.

Sophie emitió una exclamación de asombro. Corrió a contestarle:

¿Te has vuelto loco? Eso es dentro de cuatro días… ¿Y el sacerdote? ¿Y mis padres? ¿Y el vestido? ¿Y los invitados?

El cochero hizo lo propio y regresó con otra nota en menos tiempo. La caligrafía de James no estaba cuidada y la hoja tenía manchas de tinta, como si hubiera escrito con prisas. Se echó a reír y se dispuso a leer.

Hablé con tus padres en Brighton. Los tres creemos que lo mejor es casarnos en secreto y mantenernos lejos de Londres hasta celebrar una boda pública antes de mi cumpleaños, dentro de dos meses. Para el resto del mundo sería nuestro enlace matrimonial, y para nosotros, una renovación de nuestros votos.
Además, podrías estar embarazada…
Si decidieras esperar, no nos veríamos hasta entonces, pero aceptaré lo que tú quieras, solo deseo hacerte feliz.

Te amo, mi dulce Sophie, nunca lo dudes.

¿Dos meses sin verle, o casarse en cuatro días y estar dos meses aislados pero juntos?

Comenzó a contar las horas hasta el viernes por la noche…

38



Durante los cuatro días siguientes, recibió tantas flores de James, de todos los colores y tipos, que su madre decidió decorar la mansión con ellas, en la habitación de Sophie no cabían más el segundo día.

Le habían prohibido salir de casa por el revuelo que se había creado debido a la noticia de su ruptura con Adrien. No se hablaba de otra cosa, en especial entre las damas, no entendían qué había ocurrido para ver a la pareja tan unida el último día de la fiesta campestre y, dos días después, terminar su compromiso.

Brianna y Nicholas la visitaban a diario para mostrarle públicamente su apoyo. Y Michael también, se había convertido en un grandísimo amigo, era un hombre maravilloso.

Allan y Stuart, en cambio, decidieron no acercarse ni a ella ni a él, para evitar posibles rumores, dado que eran los mejores amigos de James.

El jueves, mientras Claudia terminaba de ayudarla a prepararse para la cena, alguien llamó a la puerta de su habitación. Creyendo que era Brianna, pues había llegado con su esposo hacía unos minutos, abrió con entusiasmo.

Y se quedó sin aliento.

—Jimmy…

La doncella, sonriendo, les dejó a solas.

Él abrió los brazos y ella se arrojó a su cuerpo, apretándose con fuerza.

—Por fin, mi dulce Sophie… —Suspiró sobre su pelo—. Cuánto te he echado de menos… Esta semana está siendo un infierno. —La levantó del suelo y caminó hasta meterse en los aposentos y cerrar tras de sí.

Se besaron con la boca entreabierta, gimiendo de alivio, de deseo, de amor…

—Gracias por las flores —le dijo ella, muy ruborizada, con el corazón y el cuerpo a punto de estallar de felicidad.

—Ya he visto lo bien que has decorado el balcón. —Sonrió, entrelazando sus manos desnudas

para besárselas en el dorso, una a una, despacio, muy despacio…

—James…

—Sophie…

Se besaron otra vez, enredando los dedos en el pelo del otro. El moño de ella quedó deshecho, pero no le importó, solo quería perderse durante horas entre los brazos de James.

Se abandonó al beso, al hombre más maravilloso del mundo… Cada centímetro de su piel rugía su nombre. Cada rincón de su alma le pertenecía. Era suya. Y en veinticuatro horas lo sería hasta que la muerte los separase.

Y, durante la cena, a la que James asistió también, los ojos de Sophie no dejaron de reflejarse en los de él, sentado frente a ella. Su embrujadora expresión era pura lujuria. Y la de Sophie. Apenas podían contenerse ninguno de los dos de las ganas que les consumían por estar a solas y demostrarse cuánto se deseaban, la noche de bodas prometía ser inolvidable…

Sus padres les permitieron unos minutos a solas en la biblioteca después del postre, aunque con la puerta entornada.

—Necesito decirte algo antes de irme —le confesó James. Ella le apretó las manos, sonriendo —. Te amo, Sophie —susurró de forma ahogada—. He tardado mucho en decírtelo y me arrepiento de ello, tenía que haberlo hecho mucho antes. Me enamoré de ti la primera vez que te vi. —Le acarició la mejilla con dedos temblorosos—. Tenías doce años y te caíste de un árbol asustando a mi caballo, provocando que yo también me cayera.

Ella se emocionó.

—Me enamoré de ti en cada evento social que coincidíamos —continuó James—, siempre tan hermosa, siempre con una sonrisa amable, siempre tan dulce… —Se detuvo a escasos milímetros y la besó en la frente—. Me enamoré de ti en Bath. Me enamoré de ti cada vez que recibía una carta tuya de París. Sophie, yo… —Suspiró, entrecortado—. No puedo explicarlo, sencillamente, te amo, espero que sea suficiente. Espero… —Suspiró de nuevo—. Por favor, si alguna vez algo o alguien te hace dudar de nosotros, recuerda que siempre te he amado. Prométeme que creerás en mis sentimientos por encima de todo.

—James, ¿qué…?

—Es importante para mí —la cortó con gravedad.

—Está bien, te lo prometo.

James, entonces, la besó, estrechándola con fuerza entre sus brazos.

—Ejem, ejem… —Carraspeó Gabrielle, entrando—. Ya es suficiente —sonrió—, a partir de mañana por la noche tendréis el resto de vuestras vidas para hacer lo que os apetezca.

La pareja se rio, sonrojada.

A la mañana siguiente, su madre la despertó con un gran paquete entre las manos envuelto con un lazo de seda azul. Saltó de la cama y lo abrió con premura. En el interior se encontraba el vestido de novia más precioso que había visto jamás, acompañado de ropa interior y zapatillas de cintas.

—Esto no es lo que encargaste para mí.

—Esto es un regalo de James, procedente de una exquisita y famosa tienda de Viena. Tenía que entregártelo yo hoy. —Sonrió con travesura.

—¿Cómo ha conseguido que lo hicieran en tan poco tiempo? —Acarició con reverencia la suave seda azul oscura con encaje de color marfil encima, sin cerrarse en el centro del cuerpo, y sujeta por un cinturón de pedrería que intercalaba perlas y zafiros bajo el pecho. Era magnífico.

—Mandó confeccionarlo en cuanto hicisteis las paces, justo después de irse Adrien a la India.

—¿Tan seguro estaba de que nos casaríamos? —preguntó incrédula.

—No, querida —la tomó por los hombros—, estaba muerto de miedo, él mismo me lo confesó después de la fiesta campestre, el día que me dijo que del vestido de novia se encargaba él. Pero luchó por ti, y cuando hay amor, el final solo puede ser bueno, cariño, aunque haya piedras en el camino.

—Ay, *maman*, ¡soy tan feliz! —Se lanzó a abrazarla—. Me da la sensación de que vivo un sueño… No me lo llego a creer. —Se rio, entre lágrimas.

—Te mereces ser feliz, y él también. Las cosas suceden cuando tienen que suceder.

Besó la mejilla de su madre y corrió a la última planta de la vivienda, necesitaba pintar.

Se sentó en el alto taburete frente al caballete y respiró hondo. Cerró los ojos y comenzó a pintar el rostro de James con todas las emociones que afloraban en ella. Quería regalarle un cuadro para demostrarle cuánto le amaba, y sabía que para él sería un tesoro de incuestionable valor porque nadie había visto nada pintado por ella.

Sin embargo, cuando terminó el lienzo…

—Diantres… —masculló, molesta.

Había pintado la mirada del enmascarado en el rostro de James. Y ya no tenía tiempo para rectificarlo, por lo que, frustrada, se dirigió a sus aposentos para prepararse.

En cuanto escuchó a su madre gritar por la emoción, Sophie se olvidó del cuadro. ¡Se iba a casar con James!

39



—No volveré a peinarte más veces —le dijo Gabrielle, sollozando. Le había trenzado ella misma los cabellos entrelazando cintas azules y de color marfil a juego con el traje—. Eres hermosa, mi querida niña.

Brianna y Claudia también se emocionaron. Se dieron un sentido abrazo entre las cuatro, rompiendo a reír, entre lágrimas de alegría.

—¿Me permitís un momento a solas?

Quería salir al balcón y despedirse simbólicamente del enmascarado.

Entonces, al abrir la cristalera, se quedó paralizada al encontrar a sus pies un pequeño ramo de rosas azules. En el centro, había una de color blanco. Los tallos, sin espinas, eran cortos en esta ocasión, perfecto para una novia.

Se agachó y lo recogió, inhaló el característico olor a pintura. Desanudó un papel enroscado a la cinta oscura que sujetaba las flores: «Estaré siempre a tu lado, pase lo que pase».

Sonrió. No podía negar que se le aceleraba la respiración con ese hombre lleno de secretos, y de un modo que no sabía definir, pero su corazón gritaba el nombre de James.

Partieron rumbo a la mansión de James, ella en otro carruaje, sin emblema, y con una capa con una gran capucha para no ser descubierta. Siguiendo las instrucciones de sus padres, continuó en el carruaje hasta la puerta de entrada del servicio, en un lateral.

La casa estaba completamente a oscuras salvo por los reflejos de la luna y las estrellas, que eran lo suficientemente poderosos como para mostrarle el camino. En el vestíbulo, estaba Brianna. Se tomaron del brazo y subieron la gran escalera de mármol. Entraron en la habitación que había sido de su amiga, la primera a mano derecha.

Numerosos candelabros iluminaban la estancia, convertida en una preciosa salita de descanso. Allan, Michael, Stuart, Nicholas, Jamie, Emma, Gabrielle, Vincent, Claudia… Estaban allí, pero los ojos de Sophie se clavaron en James, al fondo, con las manos cruzadas a la espalda y vestido de gala, tan atractivo que el corazón de Sophie sufrió una violenta sacudida.

Y él se quedó pasmado al verla, repasándola de abajo arriba mientras ella caminaba despacio en su dirección. Cuando los ojos de Jimmy se detuvieron en los suyos, movió los labios articulando las palabras «te amo».

Sophie intentó prestar atención durante la breve ceremonia, de apenas media hora, pero todo se desvaneció menos James y ella.

Regresó a la realidad cuando todos aplaudieron.

—Bueno —les dijo él a los demás, entrelazando las manos con Sophie—, Dora os ha preparado una cena deliciosa, espero que la disfrutéis, nosotros, en cambio, tenemos una celebración privada. Si nos disculpáis…

Se rieron. Ella, en cambio, se ruborizó muchísimo, pero encantada le siguió a la última habitación de aquella planta, junto a la pequeña escalinata que conducía al último piso. La cogió en brazos y entraron. La depositó en el suelo, sobre una alfombra, en el centro.

—¿Estás bien? —le preguntó James.

—Sí, ¿y tú?

—Un poco nervioso. Un poco bastante.

—Yo también.

Se rieron, tímidos los dos.

—Voy a avisar para que nos suban la cena a nosotros aquí.

—Espera —le pidió Sophie.

—Claro. —Arrugó la frente—. ¿Qué pasa?

—Esto…

Y le besó en los labios. Despacio. Suave.

Se estremecieron. Les costó abrir los ojos. Los de él brillaban tanto…

James retrocedió hacia la puerta sin dejar de mirarla con un hambre voraz y se tropezó con la alfombra. Sophie soltó una carcajada, James gruñó, muy colorado, y desapareció.

Suspiró y decidió pasear por la habitación, estaba tan nerviosa que necesitaba mantenerse ocupada. Encontró el vestidor enfrente de la cama y, sin poder frenar su curiosidad, abrió uno a uno los armarios: infinitos vestidos, escarpines, sombreros de cintas, ropa interior y camisones estaban perfectamente doblados y planchados, dispuestos para que ella los estrenase. Se quedó todavía más impresionada cuando se fijó en que en uno de los armarios toda la ropa era de color azul…

Mordiéndose el labio inferior, rozó las telas con la emoción corriendo por sus venas. Entonces, algo se cayó a sus pies. Se agachó y cogió unos papeles doblados. Su nombre: *Lady* Sophie Dorset, estaba escrito en el reverso. ¿Otro regalo? ¿Sería una carta de amor? Ojalá…

Desdobló las tres hojas con rapidez, deseando leer, pero frunció el ceño, la caligrafía no era de Jimmy y parecían documentos importantes, tenían un sello que no identificó. Sin comprender de qué se trataba y con el corazón latiéndole cada vez más rápido, sus ojos se detuvieron en el título del escrito: *Testamento de Alexander Theodore Aldrich, duque de Asten*.

No era una carta de amor, era algo peor, mucho peor…

Sus piernas le fallaron y cayó sentada en el suelo. Un nudo se le subió a la garganta y le entraron ganas de vomitar. Se obligó a controlarse dándose masajes en el pecho, pero fue inútil. Notó cómo su cuerpo se contraía, cómo su respiración se transformaba, cómo la angustia le retorcía el cuello, cómo su mente rememoraba una y otra vez los recuerdos de las últimas semanas, cómo las palabras: «Prométeme que creerás en mis sentimientos por encima de todo» le partieron el alma…

De pronto, todo cobró sentido.

40



—Ya estoy aquí —anunció James cuando cerró la puerta.

Apoyó la botella de champán y dos copas en la mesa rectangular que había junto a la chimenea.

—¿Sophie? —la llamó al servir la bebida.

Se acercó al baño, pero estaba vacío. A continuación, se asomó al vestidor. Allí la encontró: sentada en el suelo con la mirada perdida. Corrió hacia ella y se arrodilló, preocupado.

—¿Sophie? —La zarandeó por los hombros, pero no reaccionó.

La cogió en brazos y la depositó en la cama. Entonces, se percató de que sostenía algo entre sus gélidas manos. Se le paró el corazón de golpe al descubrir que era el testamento de Alexander.

Estaba totalmente ida y su cuerpo era como un iceberg… Le hablaba, pero ella no le respondía, su boca era una línea fina, cerrada con fuerza, y sus ojos, vacíos. Revolviéndose el pelo con angustia, se sentó en el escritorio y redactó una breve nota con dedos temblorosos. Tocó la campanilla para llamar a un sirviente.

—Sí, milord. —Hizo una reverencia.

—Entregue esto inmediatamente a lord Asworth. —Le tendió el papel mal doblado.

Al minuto escaso, Nicholas entró y cerró tras de sí.

—¿Qué ha pasado? —Se acercó a la cama.

—Nick… —Le costaba respirar.

—Cuéntame qué ha pasado, James —repitió con voz calmada.

—Alguien ha entrado aquí, no sé cuándo… y… ha dejado una copia del testamento de mi padre a su nombre… —Se quitó la chaqueta de un tirón y se aflojó la corbata, se estaba asfixiando—. Yo salí para avisar de que nos subieran la cena y cuando regresé… Oh, Dios… —Se frotó la cara—. Cuando regresé, me la encontré así. No reacciona, Nick…

—Hay que avisar al médico. —Tocó su frente—. Está helada. ¿Sophie? ¿Me oyes? Soy

Nicholas —le susurró.

Pero siguió sin inmutarse.

—¿Qué tiene? —le preguntó James, aterrado, con un nudo en la garganta cada vez más insoportable.

—Creo que está en estado de *shock*. Avisaré yo al doctor Kinsgley.

—Como alguien la vea… Sus padres, Nick. —Le agarró de la chaqueta.

—Se han ido, prefirieron no quedarse a cenar, por si alguien los había visto llegar aquí, para que no salte el escándalo tan rápido. —Se soltó con delicadeza—. Esperaré al doctor en la puerta y entraremos por la del servicio. Ahora tranquilízate y espera.

—¡No puedo esperar! ¡Mírala! —gritó sin poder contenerse, señalándola con la mano.

—¡Te dije que fueras sincero con ella, maldición! —estalló, antes de marcharse en busca del médico.

¡¿Qué había hecho?, ¿qué demonios había hecho?!

Se sentó en el borde de la cama, mordiéndose el puño y moviendo las piernas con nerviosismo. Así se mantuvo hasta que Nicholas y el doctor Kinsgley aparecieron una eterna hora más tarde.

El médico se acercó a Sophie con premura y la auscultó.

—Está en trance —confirmó—. ¿Qué le ha pasado?

—Ha recibido una mala noticia —respondió Nicholas—. Muy mala noticia. —Miró a James conteniendo a duras penas las ganas de soltarle un puñetazo, apretando tanto las manos que tenía los nudillos blancos.

—La temperatura de su cuerpo es muy baja, tendrán que meterla en un baño caliente y arroparla bien hasta que recupere el calor. Yo calculo que mañana estará mejor, pero en los casos de choque, nunca se sabe cuándo van a reaccionar ni cómo. Debe tener paciencia y dejar que sea ella quien saque el tema a relucir. No la agobie ni la interrogue al respecto.

—¿Cómo que nunca se sabe cuándo va a reaccionar? —inquirió James en un hilo de voz—, ¿a qué se refiere?

—Puede estar horas, días, semanas o incluso meses en este estado. No hay medicina que lo cure. —Le miró con gravedad—. Debe salvarse ella misma. Ahora se encuentra en el cruce de muchos caminos y no sabe cuál elegir, o no quiere elegir ninguno por el momento. Tiempo es lo que necesita. Tiempo y cariño, milord, si me permite.

Cuando Sophie volviera en sí, estaba seguro de que cariño sería lo último que quisiera de él… Se derrumbó contra la pared, deslizándose hacia el suelo.

—Otra cosa, milord —le indicó el doctor—, es posible que más adelante tenga fiebre. En ese caso, no dude en llamarme. —Recogió su maletín—. Buenas noches. —Se marchó.

—Será mejor que te muevas —escupió su amigo—, avisa a su doncella, tú no estás en condiciones de cuidarla. —Dio un portazo que le produjo un escalofrío.

Lo peor fue contárselo a Claudia por lo mucho que quería a su señora. Primero, lloró, pero unos pocos segundos, enseguida se hizo cargo de la situación con entereza: desnudó a Sophie y, con la ayuda de James, la metieron en la bañera de agua caliente. Después, la doncella la vistió con un camisón de manga larga y la arropó con varias mantas.

Él estuvo toda la noche sentado al lado de la chimenea, observando cómo Claudia trataba a Sophie con un cariño muy especial, susurrándole hermosas palabras de ánimo.

Nada más amanecer, Michael, Allan y Stuart irrumpían en la habitación sin ser anunciados.

—¡¿Cómo has permitido que esto sucediera?! —le recriminó Michael, rabioso.

—Nos avisó Nicholas esta mañana —le dijo Allan, cruzado de brazos, también enfadado con

él—, y demasiado ha tardado en contárnoslo —bufó.

—Y no creo que tarde en aparecer con Brianna —añadió Stuart deseando asesinarle con la mirada.

Michael, de repente, le empujó.

—¡¿Cómo has podido llegar a esto?! ¡Tenías que habérselo contado antes de acostarte con ella!

—¡Me dijiste que esperara a casarme con ella! —Le empujó a su vez.

—¡Te acostaste con ella antes de la boda! —insistió, agarrándole de la camisa—. ¡Si tan hombre eras para seducirla, haberle contado la verdad antes! ¡Eres un cobarde!

—¡Ya basta! —Nicholas, que acababa de aparecer, se interpuso entre ellos—. No solucionáis nada así.

Brianna corrió junto a Sophie.

—¿Qué te han hecho…? —murmuró, acariciándole el rostro.

—Milord —Bernard entró con una misiva—, acaba de llegar esto.

Leyó la nota doblada y maldijo para sus adentros.

—Ha sido Maximilian.

—¿Qué dice? —quiso saber su hermana.

—«Te lo advertí. Y esto no ha hecho más que empezar» —leyó en voz alta—. Lo voy a matar. —Rechinó los dientes, lanzando la nota a la chimenea.

—Ah, ¿sí? —Michael enarcó una ceja—. ¿Y cómo piensas hacerlo? Porque si tus planes resultan tan buenos como con Sophie —bufó con desagrado—, morirás en cuanto pongas un pie fuera de esta casa.

—¡Michael, para! —le ordenó James—. ¡Ya me siento lo bastante mal! —Las piernas no le sostuvieron y cayó de rodillas al suelo.

—Te lo mereces. —Le apuntó con el dedo—. Sabías que no lo estabas haciendo bien, por mucho amor que sintieses por ella. Ahora, asume las consecuencias. —Se acercó a la cama, se agachó y depositó un suave beso en la frente de Sophie.

Brianna se incorporó y avanzó hacia James. Sus ojos no podían ser más marrones… Jamás se los había visto tan oscuros.

Lo abofeteó.

Con todas sus fuerzas.

Él no se quejó ni se tocó la mejilla. Agachó la cabeza y hundió los hombros.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó ella a su marido, con dureza. Nicholas asintió—. Quiero que salgáis todos de aquí. —Se dirigió a su esposo—: Necesito mis libros, mis cuentos y algo de ropa. Trae también a Jamie y a Emma junto con sus cosas.

—¿Qué quieres decir? —Nicholas entrecerró los ojos.

—Que los niños y yo nos venimos aquí, eso he querido decir.

—Sin mí, no.

—Tú haz lo que quieras —le respondió Brianna con indiferencia—. Sophie es mi hermana y no pienso dejarla sola. Ella no se separó de mí cuando me abandonaste en Bath. Lo menos que puedo hacer es cuidarla. —Miró a todos, uno a uno—. Debería daros vergüenza estar aquí cuando sabíais lo que James estaba haciendo.

—Entonces me vendré yo también —sentenció Nicholas.

Ella le dedicó una gélida mirada.

—Jamás pensé que fueras capaz de aprobar algo así. Todos sois culpables, no solo James.

Ese mismo día se instalaron todos en la mansión del duque de Asten. Por orden expresa de

Brianna, nadie entraba en la habitación de Sophie, salvo sus hijos y Claudia, ni siquiera James.

No se lo reprochó. Ninguno la contradijo, se sentía tan culpable que permaneció en el pasillo a la espera de alguna mejoría de Sophie.

Pero la mejoría no llegó.

Y los días se convirtieron en semanas.

41



Michael no le dirigía la palabra, Allan y Stuart le miraban con rencor, Nicholas directamente ni le miraba y Brianna y él se habían distanciado. Todo. Todo era culpa de James. Había tanta tensión a su alrededor que ni siquiera lograba dormir por las noches, el dolor le laceraba el pecho y la ansiedad apenas le dejaba respirar con normalidad gran parte de la jornada.

El señor Kinsgley le escribía una carta cada semana para saber la evolución de Sophie. Brianna se hacía cargo de responderle, al igual que de escribir a Gabrielle y a Vincent para comunicarles que su hija y James habían decidido no salir de la mansión para evitar un escándalo mayor: la aristocracia rumoreaba que se habían fugado, pues no volvieron a verlos desde la ruptura con Boissieu.

Una noche, Stuart y Allan despidieron a uno de los sirvientes. Lo descubrieron en los barrios bajos de Londres charlando con Maximilian. Resultó que trabajaba para su tío. Y fue el que colocó la copia del testamento en el armario para que Sophie la encontrara.

Además, se dieron cuenta de que ya no eran cuatro los hombres de Maximilian que le vigilaban sin descanso, sino más, apostados alrededor de su propiedad. James se había convertido en prisionero en su propio hogar.

Otra noche, no lo soportó más y se bebió casi una botella entera de *brandy*, en el desván.

—¡Nooo! —gritó cuando alguien llamó a la puerta.

—Tenemos que hablar. —Brianna irrumpió en la estancia y se detuvo frente a él, tirado en la cama deshecha.

—*Osss quieddo fuedda* de aquí… Uff… Veo doble… —La lengua le iba más rápido que el cerebro, le costó entenderse a sí mismo.

Brianna, entonces, desapareció, por lo que cerró los ojos y se dispuso a dormir la borrachera, pero, de pronto, alguien le echó agua fría encima. Dio un salto, trastabilló con el dosel y se cayó al suelo.

—He dicho —recalcó su hermana, dejando el recipiente a sus pies— que tenemos que hablar.

—¿Y tenías que hacer eso? —Se llevó tal susto que el alcohol que había ingerido disminuyó. Se incorporó y se secó con un paño—. Dime lo que sea y vete.

—¿Para qué? ¿Para que sigas así como estás, bebiendo como un cosaco y encerrado como un fantasma? —Su expresión era dura.

—¡¿Y qué quieres que haga?! —Le dio un puñetazo a la pared.

—¡Quiero que reacciones!

—No tienes ni idea…

—Ah, no, eso no te lo consiento. —Negó con la cabeza, apretando los puños a los costados—. Por supuesto que tengo idea. Eres tú quien no se entera de nada. Me he callado, nunca le dije nada a Sophie, ni a ti tampoco.

—¿De qué demonios estás hablando? —Entrecerró los ojos.

—Me refiero a lo que ocurrió en Bath. —Su voz se suavizó, pero no su rostro—. Fui yo quien te mandaba sus cartas cuando ella estaba en París. Lo hice durante meses, hasta que no me envió más.

—No es asunto tuyo —gruñó.

—No, pero ya estoy metida en esto. —Ladeó la cabeza—. Siempre lo estuve, porque toda esta situación empezó el día que me diste esa bofetada en Bath.

James contuvo el aliento al recordar aquello, y su mano hormigueó, la misma con la que le hizo daño a su propia hermana.

—Cambiaste de forma brusca —continuó Brianna, ahora con tristeza en su rostro—, y a ella la apartaste sin una sola explicación. Pero Sophie, meses después, decidió empezar a escribirte porque siempre ha estado ahí para ti, incluso cuando no la querías cerca. Se lo debes. —Le apuntó con el dedo—. Le debes una gran explicación. Ella necesita saber y comprender.

—¿Y qué quieres que le diga, Brianna? —se inclinó—, ¿que me alejé de ella porque me daba miedo hacerle daño como te lo hice a ti, como te lo hacía nuestro padre? —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡No! —le gritó, con la mirada vidriosa—. Tú no eres él.

—Era mi padre. Su sangre corre por mis venas —masculló.

Brianna cerró los ojos con fuerza un instante.

—No importa lo que te diga. No voy a lograr nada intentando convencerte de que te deshagas de ese martirio que arrastras desde hace cuatro años. Tienes que darte cuenta por ti mismo. —Se dirigió a la puerta. Le miró, secándose las lágrimas que le caían sin remedio por las mejillas—. Sí, debiste contarle lo del testamento, pero lo hecho, hecho está, ahora te toca enmendar el error. Ha bajado a cenar.

Y le dejó solo, aturdido por la noticia: Sophie había reaccionado al fin.

42



En cuanto James entró en el comedor, se hizo el silencio. Los presentes le observaron con los ojos muy abiertos y se quedaron paralizados, excepto su esposa, que continuó degustando la cena como si él fuera invisible. Michael y Brianna se encontraban a ambos lados de ella en actitud protectora, fruncían el ceño.

Se sentó presidiendo la mesa y un lacayo le sirvió una sopa como primer plato. Uno a uno, sus amigos y su familia se fueron levantando de la mesa hasta quedar ellos dos solos.

No sabía por dónde empezar a hablar, así que probó con lo más obvio.

—¿Qué tal estás? —¿Aquella voz tan aguda era suya?

Pero Sophie ni contestó ni se inmutó.

—Supongo que mejor, ya que estás aquí —titubeó.

Pero Sophie ni contestó ni se inmutó.

—Si quieres, puedo enseñarte ahora la galería que hay en la casa —probó de nuevo.

Pero Sophie ni contestó ni se inmutó.

—O puedo presentarte oficialmente al servicio, después de todo, eres la duquesa.

Pero Sophie ni contestó ni se inmutó.

—O… podríamos hablar —murmuró.

Entonces, Sophie se movió: se levantó de la silla, sonrió al sirviente que le recogió los platos y salió del salón como si James no existiera…

Él, sin apetito, hundido por completo, fue a la habitación de Brianna, que comunicaba con la de su esposa. Su hermana, en camisón, le permitió pasar. James se sentó en el borde de la cama y expulsó todo el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta.

—Me odia… Y tiene todo el derecho a hacerlo, pero duele tanto… —Se estrujó la ropa en el pecho.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es? Porque ha seguido cenando como si estuviera sola y estaba a unos pasos

de ella.

—Sophie no habla.

—Ya me he dado cuenta, le he dicho varias cosas y ni me ha mirado ni me ha contestado a nada.

—No lo entiendes —apoyó una mano en su hombro—, no puede hablar —enfatizó.

Parpadeó confuso.

—Querrás decir que no quiere, no que no puede.

—No, Jimmy. —Negó con la cabeza—. Como hoy has estado todo el día encerrado en el desván bebiendo, no te has enterado de que el médico ha estado aquí. —Se sentó en el suelo frente a la chimenea—. Esta tarde, se levantó de la cama y cogió un vestido. Yo me quedé paralizada por la impresión. —Suspiró—. Después de más de un mes con la mirada perdida, sin moverse para nada, verla hoy tan resuelta fue como un milagro.

»Me acerqué a ella, me sonrió y me dio un beso en la mejilla. Me escribió en un papel que avisara a Claudia para que le preparase un baño. Al principio, no me percaté de lo que había hecho, estaba tan contenta de verla así… —Las lágrimas descendían por su rostro—. Salí corriendo a avisar al médico y me crucé con Michael. Él fue a buscarlo y lo trajo enseguida. —Respiró hondo.

—¿Qué tiene? —le preguntó con temor.

—Sigue en trance, Jimmy. —Le tembló el labio inferior—. Está bloqueada, por eso no puede hablar. Dice el doctor que es normal y que la parte buena es que se ha levantado de la cama, pero… —ahogó un sollozo— ¿de qué sirve?

—¿Cuánto tiempo estará así? —pronunció en un hilo de voz.

—Ha dicho que puede quedarse así para siempre. No es seguro, pero cabe esa posibilidad.

«Dios mío…».

—¿Qué he hecho, Brianna…?

Sentía una presión horrible perforándole el pecho y la garganta.

—El doctor también ha dicho que solo la persona que le provocó esto es la única capaz de curarla —le susurró ella, caminando hacia la cama.

James tragó saliva.

—Brianna, Nicholas nunca estuvo de acuerdo conmigo, intentó varias veces que le contara la verdad a Sophie. Por favor, si te lo ocultó, fue porque soy tu hermano, y Sophie, tu mejor amiga. No quería ponerte en esa situación, no quería que sufrieras. Por favor, perdónale, el único responsable soy yo, nadie más.

La besó en la frente y se fue al desván.

Las ventanas, todas en el techo abuhardillado, estaban abiertas. Cuando fue a cerrarlas, pues hacía bastante fresco, propio de finales de septiembre, una estrella fugaz recorrió el firmamento.

De repente, una idea cruzó su mente y le hizo sonreír por primera vez en un mes: sabía exactamente cómo llegar hasta Sophie sin temor a un rechazo.

43



Sophie se despertó con un ánimo renovado, había logrado dormir durante toda la noche.

Claudia entró en la habitación en ese momento, se acercó a ella, que estaba sentada a los pies de la cama, y le acarició el rostro.

—Buenos días, *milady*. —Las dos sonrieron—. Voy a por agua para su baño matutino, ¿le parece bien?

Asintió.

Cuando Claudia se marchó a realizar la tarea, Sophie se dirigió a la salita que había a la izquierda del lecho, una preciosa, acogedora y pequeña biblioteca, con un sillón de orejas en una esquina y un escritorio de roble con una silla muy cómoda en el centro, sobre una alfombra en color dorado y beis. La luz del sol entraba a raudales por una puerta acristalada que daba a un balcón.

—¡Hola! —exclamó Brianna, surgiendo de detrás de una de las estanterías al moverla, una puerta secreta.

Sophie se llevó una mano al pecho por el susto que se dio. Le hizo un gesto para que se explicara.

—¿Eh? ¿Que cómo…? Ahm, mi habitación comunica con esta salita. —La tomó de las manos —. ¿Te apetece que desayunemos aquí? —Sophie, sonriendo, respondió apretándoselas—. Muy bien, pues voy a arreglarme, ya me ha dicho Claudia que ha ido a prepararte un baño. —Se dio la vuelta y desapareció por donde había entrado.

Después de comer unas deliciosas tostadas, se arreglaron con un vestido de muselina con las mangas hasta los antebrazos y un chal a juego, estaban a finales de septiembre, ya no hacía calor, aunque el sol era muy agradable, comprobaron al salir de la mansión.

Fueron al orfanato St. Joseph en el carruaje, pero saliendo por la puerta del servicio para no ser vistas.

Algunos niños, los más pequeños, se emocionaron al verla después de tanto tiempo. Clara, la

solitaria, en cambio, la miró extrañada.

Brianna, durante toda la mañana, les leyó cuentos inventados en el jardín. Sophie la miraba con un inmenso cariño. Aunque no compartieran sangre, era su hermana del alma. Y agradecía enormemente que se hubiera instalado en su nueva casa. No obstante, la trataba con una delicadeza extrema y estaba pendiente de cada cosa que hacía, tendría que hablar con ella, pero todavía no estaba preparada para abordar el tema.

—*Milady*. —Clara se arrodilló junto a ella, debajo de un grueso árbol que las protegía del sol —. No habla, ¿verdad?

Sophie comenzó a arrancar malas hierbas que había alrededor.

La niña exploraba su rostro en busca de algo, pero lo único que recibió por su parte fue un encogimiento de hombros.

—Ha estado aquí.

Sophie la miró con detenimiento.

—El hombre que le regaló el libro de las flores —le aclaró la niña—. Ha venido todos los días desde hace más de un mes. Se queda cada noche observando el edificio desde allí. —Señaló un punto enfrente de la puerta principal del edificio—. Hablé con él un día y me dijo que nos estaba cuidando hasta que *lady* Asten se recuperase.

¿Se recuperase? El enmascarado sabía lo que le había pasado… Pero no había intentado acercarse a ella, claro que no hubiese podido, Sophie no se había levantado de la cama hasta el día anterior. Y ni siquiera recordaba un mísero minuto de todo ese tiempo; Brianna y el médico la informaron de que llevaba varias semanas sin reaccionar y en la misma posición. A lo mejor él sí sabía algo. Oh, Dios… ¡Qué humillante y ridícula se sentía!

Le hizo un gesto a Clara para que la esperase donde estaban y Sophie entró corriendo en la casa. Escribió dos notas, una para el enmascarado y otra para Clara. Le entregó ambas y la niña, tras leer la suya, asintió con solemnidad. Le acarició el rostro y Brianna y ella regresaron a su nuevo hogar, entrando por la puerta del servicio también.

Se dirigía a su habitación cuando Michael le cerró el paso con el ceño fruncido.

—Tenemos que hablar —murmuró. Sophie, tras meditarlo, le hizo un gesto para que la acompañara—. Estás en peligro.

Tomaron asiento en el sofá alargado que había en su habitación, junto a la chimenea.

—¿Sabes quién es Maximilian? —le preguntó él, posando una mano sobre la suya—. El hermano de Alexander, el tío de James y Brianna.

Alexander…

Sintió un loco deseo de echarse a gritar, pero no podía. Cerró los ojos un segundo y asintió. Todo el mundo conocía a ese hombre.

—Maximilian amenazó a James con que, si se casaba contigo antes de cumplir los treinta, tomaría represalias. Estás en peligro, Sophie.

Sophie intentó poner sus pensamientos en orden, pero había algo en su cabeza que no se lo permitía. Se levantó y comenzó a pasearse por la habitación retorciéndose los dedos. Su respiración se volvió irregular y la garganta le picaba mucho. ¿Por qué? ¿Qué le sucedía? Había sido nombrar a Alexander y la ansiedad se había apoderado de ella.

En ese instante, entró Brianna y la detuvo por los hombros.

—¿Qué te pasa? —Miró a Michael enfadada—. ¿Qué le has hecho?

—Nada —gruñó—, solo he intentado hablar con ella.

—¿Es que no escuchaste lo que dijo el doctor? —exclamó—. No podemos presionarla, ella tiene que sacar el tema, no nosotros.

—¡Pero no podéis marcharos de la mansión sin avisar a nadie y como si no pasara nada! ¿Cómo se te ha ocurrido, Brianna? ¡Sabes lo que está en juego!

Sophie, nerviosa, les echó de la habitación. Llamó a la doncella y le entregó una nota en la que ordenaba que nadie, sin excepción, la molestara en todo el día.

Con pies inseguros, caminó hacia el vestidor y se plantó delante del armario que contenía la ropa de color azul. Se arrodilló y negó con la cabeza repetidas veces mientras apretaba los puños con fuerza. Sabía que necesitaba hablar con James, pero algo dentro de ella le impedía escucharlo, mirarlo y pronunciar palabra.

Lo conocía, habían sido amigos y ahora eran marido y mujer, pero, de pronto, sintió como si un agujero descomunal se interpusiera entre ellos. No alcanzaba a dar con una explicación, simplemente no podía… La noche anterior, cuando todos los habían dejado solos, se obligó a seguir cenando para mitigar las ganas que la incitaban a salir corriendo. Era como si no lograra verlo, aun sabiendo que estaba a su lado, conviviendo bajo el mismo techo.

Recordaba las cartas que se habían escrito antes de la boda, recordaba al sacerdote oficiando la breve ceremonia en los antiguos aposentos de Brianna. Recordaba que nadie podía descubrir que se había convertido en la duquesa de Asten. Recordaba a Adrien. Recordaba que James la había llevado en brazos a esa habitación. Recordaba haber descubierto la ropa azul.

Pero su mente se detuvo ahí.

Lo siguiente había sido despertarse y ver a Brianna con los ojos crispados de alegría. Después, apareció el señor Kinsgley y le hizo varias preguntas. Sin pensarlo, había escrito las respuestas en un papel, como había hecho con su amiga. Más tarde, tras refrescarse y vestirse, habían bajado a cenar con todos, pues Michael, Allan, Stuart, Nicholas, los niños y su amiga estaban viviendo con ellos. Y, en cuanto apareció James, su cuerpo, su mente y su corazón reaccionaron rechazándolo…

«¿Qué me has hecho, James?».

44



Un lacayo le llevó una bandeja con la cena a su habitación, y lo hizo acompañado por Claudia y el pequeño Jamie.

—Hola, tía Sophie. —Le abrazó las piernas. Ella, sonriendo, lo cogió en brazos y lo achuchó hasta escucharle reír—. ¿Puedo dormir contigo?

Sophie asintió, ampliando la sonrisa.

—Avisaré a *lady* Asworth —indicó la doncella—. Buenas noches. —Hizo una reverencia y los dejó solos.

Escucharon unos pasos en el piso de arriba.

—Es el tío James.

Sophie señaló hacia el techo, interrogante.

—Vive en el desván. —Arrugó su pequeña frente—. Me dijo mamá que ahora el tío y tú sois una familia y tendréis hijos. —Un pinchazo agudo se instaló en el estómago de ella—. ¿Por eso ya no nos lee cuentos ni juega con Emma y conmigo? —Se entristeció—. Creo que ya no nos quiere. No sale del desván, tampoco quiere que vayamos a verlo, solo deja que entre mamá.

Sophie le tomó el rostro entre las manos y negó con la cabeza repetidas veces. Claro que James adoraba a sus sobrinos, pero el niño no sabía leer… Lo intentó: apuntó hacia el techo, se tocó el corazón y le sonrió señalándolo a él.

—Nos quiere.

Ella abrió los brazos todo lo que pudo.

—Nos quiere mucho —adivinó Jamie—. Entonces, está triste, igual que cuando vino a casa de trabajar.

Sophie pensó que se refería a su regreso a Londres.

—Le pregunté a papá que por qué el tío James no sonreía como mamá, que si era porque son como Emma y yo, que ella sonríe mucho, y yo, poco. Papá me dijo que el tío James estaba muy triste y perdido. A lo mejor se ha vuelto a perder y a ponerse triste. Mañana iré al desván y le

daré un abrazo, yo me pongo contento cuando mamá y papá me dan uno.

Ella le estrechó con fuerza, haciéndole cosquillas.

—¿Sabes? —Sonreía con inocencia—. A mí no me importa que no hables. —Se tumbó en la alfombra y apoyó la cabeza sobre sus pequeñas manos—. Todos dicen que estás enferma, pero —frunció el ceño— yo te veo muy bien.

Sophie hizo una inclinación a modo de agradecimiento, adorando la pureza de su corazón, era un niño tan especial…

Después de cenar, se abrigaron con mantas y salieron al balcón a mirar las estrellas, hasta que Jamie se quedó dormido en sus piernas.

Al llevarlo a la cama y arroparlo, escuchó un ruido, como un chirrido. Recordó que no había cerrado la cristalera, pero cuando se acercó a la biblioteca, se encontró con el enmascarado apoyado en una estantería. Respiró hondo de manera entrecortada, su presencia la seguía poniendo muy nerviosa.

—Clara me dio tu mensaje: querías verme.

Cogió un papel del escritorio, mojó la pluma en el tintero y escribió:

—«Gracias por cuidar de los niños cuando yo no he podido».

—¿Estás… bien?

—«Dímelo tú».

—Tal vez… deberías hablar con tu… esposo.

¿Por qué parecía tan… inseguro?

Sophie volvió a utilizar la pluma, esa vez con brío, frustrada:

—«Hay cosas que no entiendo».

—¿Como, por ejemplo…, la razón por la que no hablas? —Su ronquera era profunda.

—«Simplemente no puedo».

Se tocó la garganta cuando le entregó la nota.

Él, cuya estatura por primera vez la intimidó, acortó la distancia y le acarició el rostro con un ligero temblor que ella no pasó por alto.

—Sé lo que te pasa. —Dejó el papel en el escritorio. Sophie no parpadeó—. Es sobre el testamento de tu suegro. —Se removió inquieta por la habitación—. Si quieres, me callo y me voy.

Negó con vehemencia, apretándole el brazo para que prosiguiera.

—Cuando quieras que me detenga, lo haré. —Ella asintió—. Parece ser que Alexander cambió sus deseos unos días antes de morir. —La ronquera con la que hablaba era dura, como si rechinara los dientes—. Ordenó que, si su heredero no se casaba contigo antes de cumplir los treinta, el ducado de Asten, la fortuna y todas sus propiedades pasarían a las manos de su hermano.

Ella escribió con rapidez: «Maximilian».

Él asintió.

—¿Has oído hablar de él? —Sophie asintió con gravedad—. Desde que… tu marido llegó a Londres, lo amenazó con que, si se casaba contigo, haría de su vida un infierno, y eso incluía contarte lo del testamento porque sospechaba que… James no te lo había contado.

Sophie cerró los ojos con fuerza. Su mente acababa de desbloquearse. Recordó los papeles que encontró a su nombre en el armario de la ropa azul la noche de su boda: el testamento de Alexander, con líneas subrayadas, la cláusula en la que se decía que James debía casarse con ella para no perderlo todo.

—«Me dijo que debía casarse antes de los treinta, pero no me dijo que debía ser conmigo. Por

eso se acercó a mí. Por eso me dijo que me amaba. Por eso se aprovechó de lo que sentía por él».

Se le rompió la pluma por el dolor que sintió al escribir aquello.

—Deberías hablar con él. Solo… escúchalo. No le creo capaz de hacerte daño, James no es… No es como su padre y su tío.

—«¡No hace falta que me explique nada!».

Suspiró, calmándose.

—«Gracias. Ahora, si no te importa, estoy cansada».

—No te preocupes por los niños. Yo me encargaré de ellos hasta que todo este tema se haya solucionado y tú estés recuperada.

—«¡No soy ninguna enferma!», le arrojó el papel con furia.

El enmascarado lo cogió al vuelo y arrugó la frente.

—Ya lo sé, pero no puedes salir de aquí.

Ella le miró incrédula, ¿le estaba dando órdenes?

—«Encerrada y confinada en la casa de un hombre que se ha aprovechado de mí para no perder su fortuna y su título».

Dio varios golpes con la pluma en el papel manchándola de borrosa tinta y volvió a escribir:

—«¿Por qué no me contó la verdad?».

—Sé de buena tinta que a tu marido le da igual perder el título y la herencia, lo que no quería era cedérselo a su tío. Ningún hombre en su sano juicio le daría nada a alguien como Maximilian. —Se inclinó, con una mirada dura—. Ese tipo tiene las manos manchadas de sangre, Sophie. Es peor que Alexander.

A Sophie le sobrevino un mareo.

—Demasiada información por hoy —zanjó él, tomándola en brazos y llevándola a la cama.

Se quedó dormida en cuanto posó la cabeza en la almohada, junto a Jamie.

45



A la mañana siguiente, una versión en miniatura de su mejor amiga, con el pelo alborotado y en camisón, saltaba en su enorme cama mientras Claudia le recogía los cabellos a Sophie frente al tocador, ya vestida de color verde, igual que el día anterior y el anterior a ese.

—¡Quiero montar a caballo con la tía Sophie!

Ella asintió con una sonrisa y la pequeña Emma salió disparada de la habitación gritando «mamá».

—Iré a por un traje de montar —le anunció la doncella, de camino al vestidor.

Sophie sospechó que elegiría uno azul, como siempre había sucedido cuando vivía en casa de sus padres, al ser su color favorito, y no se equivocó. Y para sorpresa de Claudia, le quitó el traje y lo guardó en el correspondiente armario, negando con la cabeza. No quería nada de ese armario. No quería nada azul que le hubiera regalado James.

Escogió uno verde. La doncella, con el ceño fruncido, la ayudó y se marchó, justo cuando llegaba Nicholas.

—¿Puedo pasar? —preguntó él.

Sophie asintió.

—¿Qué tal estás? —Fruncía el ceño, tenía las manos cruzadas a la espalda y evitaba sus ojos —. Perdona la pregunta, es estúpida.

Ella le apretó el brazo suavemente, sonriéndole con cariño.

—Lo siento, Sophie… —Agachó la cabeza—. Siento muchísimo todo esto. No te lo mereces.

Escribió su respuesta:

—«Recordé todo, pero no quiero que lo sepa nadie, no estoy preparada para afrontarlo. Hay mucho dolor dentro de mí, y me aterra enfrentarme a ello».

Él asintió con solemnidad.

—«¿Puedo pedirte algo?», escribió de nuevo.

—Por supuesto.

—«Emma y yo queremos pasear a caballo, me encantaría que nos acompañaras».

—Será un placer. —Sonrió.

Brianna y Jamie, a quienes encontraron en el salón, decidieron unirse al paseo. Si lo que le dijo el enmascarado era cierto, con Nicholas irían protegidos.

En los establos, mientras ensillaban a su yegua, Sophie escuchó la voz de James y Michael, proveniente de la pista de arena cubierta.

Aunque su mente comenzó a azorarse, su cuerpo quedó paralizado por la visión espectacular del torso desnudo y bronceado de su esposo. No podía quitarle los ojos de encima. Las gotas de sudor que recorrían su piel le provocaron una intensa oleada de calor en su interior. Deseó poder ser el paño que estaba utilizando para secarse…

Justo en ese momento, los ojos verdes de James se clavaron en ella. Entonces, él se irguió y, tras arrugar el ceño, la ignoró pasando a su lado sin dirigirle un mísero saludo.

Sophie, indignada, se giró y contempló atónita cómo James se dirigía a la mansión con Michael, charlando de forma animada. ¡Quién se había creído! ¡Era su esposa! ¡Qué menos que una inclinación de cabeza, y más después de lo que le había hecho!

—*Milady*. —El mozo de cuadras la sacó de su ensimismamiento y le tendió las riendas.

Con el pie en el estribo, se subió a horcajadas, no le apetecía seguir normas, no en ese momento estando tan furiosa.

Fueron al paso por los extensos terrenos del ducado de Asten, y se quedó maravillada, poco a poco, su enfado se transformó en tranquilidad. Los verdes campos, las rojas amapolas, las blancas y amarillas margaritas, las flores silvestres azules y violetas…, estaba todo perfectamente cuidado. Era hermoso. El resultado de tan vivos colores la llenó de júbilo.

Se detuvieron cerca de un claro y Sophie se aventuró con la niña a recoger flores mientras Brianna devoraba unos sándwiches que habían traído consigo, Nicholas no dejaba de mirarla embelesado y Jamie, sentado en una rama de un árbol, dibujaba en un cuaderno.

—¿Así, tía? —Emma resopló para quitarse de la frente un mechón ondulado que se había soltado de sus trenzas y le enseñó las cuatro margaritas aplastadas que traía en la mano.

Sophie negó con la cabeza para que recogiera más.

Se encargó de cuidar a los niños para que sus amigos pudieran tener un poco de intimidad. Lo necesitaban. Les había notado distanciados, aunque el amor que sentían el uno por el otro superaba cualquier cosa, ya lo habían demostrado, y confiaba en que se acercaran de nuevo muy pronto.

Cuando regresaron a los establos, volvió a ver a James, y este volvió a ignorarla.

Dolida por su injusta actitud, y frustrada por no poder gritarle lo equivocado que estaba al tratarla de ese modo, se encerró en sus aposentos el resto del día.

No salió hasta pasada la medianoche, sedienta de un vaso de leche.

Con la casa a oscuras, salvo por los reflejos de la luna, descalza y en camisón, bajó la escalera hacia las cocinas. En el vestíbulo, escuchó una risita femenina que hizo que se escondiera detrás de un tapiz de terciopelo, risita que venía de la bodega. Una joven doncella sonreía a… ¡James! ¡Estaban coqueteando! ¡Los dos! Él la cogió de la mano y la llevó a su despacho.

«Oh, Dios mío».

Sophie salió del tapiz y caminó sigilosa hacia allí, pegando la oreja a la puerta. No entendió lo que decían, la doncella no dejaba de reír y la voz de James parecía un susurro… Como tantos le había dedicado a ella en la intimidad.

Sintió cómo el pecho se le abría en dos y su corazón se partía en infinitos pedazos. Corrió hacia su habitación. Le costaba respirar y le falló la fuerza en las piernas. Bebió un poco de agua

que había en la mesilla junto a la cama, pero no se calmó. Se masajeó el pecho, en vano. Entonces, se hizo un ovillo en la alfombra y contempló con los ojos entrecerrados cómo se prendían los troncos en la chimenea mientras rememoraba los recuerdos más maravillosos de una vida que no parecía la suya, una vida en la que James la besaba, la acariciaba, le hacía el amor, la miraba enamorado, le decía cuánto la amaba…

Recordó también las palabras de Adrien: «Yo jamás la hubiera puesto en una situación así, él, en cambio, no ha dudado en hacerlo con tal de salirse con la suya».

Qué estúpida había sido…

46



En cuanto la joven doncella, Belinda, salió de su despacho, borró la falsa sonrisa del rostro y respiró hondo con frustración. No había conseguido nada. Estaba resultando más difícil de lo que creía.

Gracias a la ayuda de Allan y Stuart, había contratado a esa chica como sirvienta en su casa. Sus amigos la habían encontrado tirada en la calle, como si fuera un perro vagabundo, llena de golpes, a las puertas del club de su tío.

Por supuesto, James no lo permitió de ninguna manera al enterarse de que había sido amante de Maximilian, pero Allan le convenció de ofrecerle protección a cambio de conseguir información.

El problema vino cuando, pasadas dos semanas, Belinda no solo se había recuperado y cogido algo de peso, que falta le seguía haciendo, sino que además aprovechaba la mínima oportunidad para seducirle. Unas veces fingía que se torcía un tobillo, otras se tropezaba y, como había ocurrido esa noche, buscó cruzarse con él y le pidió un libro para leer. La biblioteca era la que comunicaba con los aposentos de Sophie, ni hablar la llevaba allí, por eso la condujo al despacho, donde solo había ejemplares de política.

Sophie…

Su esposa…

La echaba terriblemente de menos. Y la deseaba, a pesar de la situación que vivían. Si no fuera tan hermosa, si no le hubiera devorado con los ojos por la mañana en los establos… Se había dado cuenta a la perfección de que ella se había quedado embobada con él. Pero no hablaba, por su culpa, así que se tragó el deseo tan fiero que lo consumió y la ignoró las dos veces que habían coincidido.

—Ya es la hora. —Michael irrumpió en la sala sin llamar.

—Iré a vestirme.

—¿Se puede saber qué has estado haciendo para no estar preparado? —Arqueó las cejas.

—Ha sido la muchacha. —Hizo una mueca—. Belinda.

—La encandilaste desde el principio, pero te aconsejo que tengas cuidado —añadió con seriedad—, me he cruzado con tu esposa hace un momento. Iba corriendo por el pasillo.

¿Hacía un momento?

—Maravilloso… —Les había pillado, seguro, y se habría imaginado lo peor, lo que parecía, pero no era. Se frotó la cara, suspirando.

—Te espero en los establos.

—¿Quién vigilará a los hombres de Maximilian?

—Allan, Stuart y Nicholas ya están en el jardín. Con su ayuda y dando el rodeo que mencionaste, no podrán seguirnos.

Se cambió de ropa por algo informal, y de oscuro, igual que Michael.

Cuando pasó al lado de la habitación de Sophie, detuvo sus pasos porque vislumbró luz en la rendija de la puerta. Apoyó una mano y cerró los ojos. Movió la cabeza con pesar y se dirigió a donde le esperaba su amigo, detrás de los establos, junto al estanque.

Michael sujetaba las riendas de los dos sementales. Se subieron de un salto y galoparon por el prado hasta los bajos fondos londinenses.

Se escondieron en un pequeño parque frente al club de su tío, sin perder de vista la puerta del edificio, donde había un par de borrachos que se estaban pegando por una muchacha que tenía los senos al descubierto. James sintió náuseas y una furia incontrolable frente a la escena e, inconscientemente, sujetó el arma con fuerza.

—No has venido a esto —su amigo le apretó el brazo—, hoy, no.

Gruñó, pero tenía razón.

Y esperaron.

A punto de amanecer, por fin, Maximilian salía del local con tres chicas tras él riendo sin parar. Lo acompañaba, además, un hombre muy corpulento con el pelo largo. Con sigilo y ocultos entre los árboles, siguieron el carruaje donde se metieron.

Pero dieron vueltas al club. Dos veces. Después de una tercera vuelta, su tío paró en el club y entró con el otro tipo y las chicas. Michael y James se escondieron de nuevo, pero enseguida escucharon un sonido metálico que reconocieron bien. Al girar la cabeza, vieron a dos hombres apuntándoles con dos pistolas cada uno. Habían cazado a su presa.

—Bajaos del caballo, los dos —ordenó uno de ellos—, y quietecitos.

A regañadientes, obedecieron. Les obligaron a mantener las manos detrás de la cabeza. Cruzaron la calle y caminaron hasta la parte trasera del edificio: un callejón húmedo y con olor a rancio.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —exclamó una voz entre las sombras. Su tío—. ¿A qué debemos el honor de su visita, excelencia? —se burló—. ¿Qué tal está la duquesa? —Se acercó a ellos manteniéndose a una distancia prudencial—. Ayer paseó a caballo, qué pena que no lo hiciera sola, es un bocadito tan apetecible…

James dio un paso amenazador y recibió un golpe en la sien con la pistola que le apuntaba, haciendo que se tambaleara, mareado.

—Ya que has venido a… visitarme, te interesará saber que no tardaré en difundir la noticia de vuestra boda a los periódicos. Ya se rumorea entre la alta sociedad, solo basta que se confirme lo que todo el mundo sospecha. —Sonrió Maximilian con malicia.

—¿Por qué no lo has hecho ya?

—Le he dado tiempo a tu esposa para que se recuperase del susto. Te va a odiar mucho más cuando salte el escándalo. ¡Lo que me voy a divertir! —Le hizo una señal al que le apuntaba y

este le propinó un duro golpe en el final de la espalda. Le dolió tanto que aguantó la respiración —. Si me hubieras cedido todo, nada de esto estaría pasando y tu pelirroja seguiría enamorada de ti, aunque fuera en silencio. El escándalo la terminará de hundir por completo. Mira —le brillaron los ojos con satisfacción—, al final vas a ser digno de la sangre que corre por tus venas, tu padre estaría orgulloso de ti.

Aquellas palabras fueron como si una espada le atravesase el estómago y retorciese sus entrañas.

—Bueno —le dijo Michael cuando recogieron sus caballos y partieron a la mansión—, ahora toca esperar a que tu tío avise al periódico, y después afrontar las consecuencias, pero nada de ocultarse más.

—Sophie no habla, no voy a permitir que se enfrente a la aristocracia sin poder pronunciar palabra.

—Pues tendrá que aprender a defenderse de otra manera, pero contigo a su lado. Habla con ella, debe saber que lo que habéis estado intentando evitar va a ser un hecho en cualquier momento.

—¿Hablar con ella hoy después de haberme visto anoche con Belinda?

Ambos hicieron una mueca.

—Mejor espera un día.

—O dos.

47



Un mes después, el día de su cumpleaños, a James ya no le cupo duda de que su tío solo le había amenazado, no había salido ningún aviso en el periódico.

Además, la situación con Sophie había mejorado. Ella ya no le ignoraba, sino que le saludaba con la cabeza cada vez que se cruzaba con él, bastante a menudo porque James la espiaba. Aún continuaba sin pronunciar palabra, pero sonreía más y le escribía cartas a su madre, ya no era Brianna la que lo hacía.

Se sentía un traidor, le había exigido a su mayordomo que todo lo que enviara su esposa debía pasar antes por sus manos, a escondidas de ella, por supuesto. Y leía las cartas que escribía, acariciando su inclinada y delicada caligrafía como si fueran sus manos las que rozaba. Una estupidez, pero tocar esa tinta y leer esas palabras hacía que se sintiera más cerca de su esposa, aunque la realidad siguiese siendo la misma.

Lo que le preocupaba era que en esas cartas no había mencionado todavía nada sobre pintura, tampoco había ido a dar clases al orfanato. Solo fue a St. Joseph a la mañana siguiente después de haber despertado del trance, nunca más. Y eso era un problema, porque los niños y la pintura eran parte de ella. Quizás la situación no había mejorado, estaba igual que un mes atrás.

Le envió un aviso al doctor Kinsgley para comentarle sus preocupaciones.

Se presentó apenas una hora después.

—Lo lamento, milord —negó el médico con la cabeza—, pero no se puede hacer nada al respecto. Ya se lo dije: *lady* Asten necesita tiempo.

James, junto a la chimenea encendida, lo escuchaba con la mirada perdida en un punto infinito.

—Estoy harto de esperar.

—Lo entiendo, milord.

James suspiró y le miró:

—Pues si no habla, habrá que exprimir el resto de sus sentidos.

—Con eso puede correr el riesgo de que, entonces, no hable nunca.

—Pues tendré que correr el riesgo. U obligarla a hablar.

Un rato después, solo en el despacho, observaba por la ventana a Nicholas y Brianna jugar con sus hijos a perseguirlos por el jardín. Sonrió. Ese comportamiento no era nada adecuado según las normas de la sociedad, pero ellos marcaban la diferencia, les importaba bien poco lo que pudieran pensar de ellos, ya fuera la aristocracia o la servidumbre. Ojalá él y Sophie fueran como ellos algún día: felices.

Alguien llamó a la puerta, interrumpiendo sus pensamientos.

—Adelante —dijo, dándose la vuelta para recibir a…

Se le detuvo el corazón. Era su esposa y sonreía con un extraño brillo en los ojos.

Le entregó una nota:

«Felicidades por tu treinta cumpleaños. Te casaste conmigo antes de la fecha, has conseguido lo que querías, mantener tu herencia y tu título».

Tragó saliva. Fingiendo una serenidad que no hacía acto de presencia, cerró la puerta con suavidad y se apoyó en ella. El momento había llegado.

—¿Quieres sentarte?

Sophie negó con la cabeza, bien erguida.

—No sé por dónde empezar… —comenzó él.

Su esposa hizo una mueca ante sus palabras y le pidió con un gesto papel y pluma para escribir. James desalojó los libros de cuentas abiertos que había en el escritorio y le indicó que se sentara, su pluma descansaba sobre varios papeles en blanco. Ella se acomodó en la gran silla de piel como si fuera una gran reina, con una actitud de fría elegancia. Escribió algo y se lo mostró:

—«¿Por qué me mentiste?».

—No te mentí, te oculté parte de la verdad —susurró con voz temblorosa, incapaz de continuar simulando una serenidad que no sentía—. Mis sentimientos siempre han sido sinceros.

—«¿Quisiste engañarme?».

Volvió a tragar.

—Sí.

El dolor cruzó el semblante de Sophie, un dolor agudo que atravesó el pecho de James.

—Porque no quería que alguien como mi tío se quedara con todo —añadió él, suspirando—. Me creas o no, tengo mi propia fortuna y propiedades que he conseguido por mí mismo. —La miró profundamente—. Tengo una casa en París, Sophie, otra en Viena y otra en Florencia. Y todas las he comprado yo con mi dinero, no con el de mi padre. De hecho, cuando empecé a trabajar como diplomático para la Corona, mi padre dejó de darme una asignación económica. He vivido por mí mismo desde hace años, y podía haberme comprado mi propia casa en Londres, pero el poco tiempo que pasaba aquí prefería hacerlo con mi hermana. —Sonrió con tristeza.

Ella entreabrió los labios, asombrada.

—Esa cláusula en el testamento fue la excusa que necesitaba para acercarme a ti, Sophie. Nunca quise que Maximilian se quedara con todo porque no es un buen hombre, es incluso peor que mi padre. —Apretó la mandíbula.

—«¿Por qué no fuiste sincero del todo?».

—Tuve miedo. ¿Me hubieras creído?

Sophie desvió la mirada como respuesta.

—No quería perderte… —le confesó, acercándose a ella.

—«Pues lo has logrado: me has perdido».

—¿Qué quieres decir? —le preguntó arrugando las cejas.

—«Mañana hablaré con mis padres y les contaré todo. No quiero seguir viviendo contigo bajo el mismo techo. Y sé que cuando se enteren de lo que ha pasado, moverán cielo y tierra para alejarme de ti».

—¡No! —exclamó rotundo y rompió el papel.

Ella se incorporó de un salto y alzó los brazos. Se mordía el labio inferior con tanta desesperación que James tuvo miedo de que se hiciera sangre.

—No lo permitiré —sentenció, seguro de sí mismo—. Eres mía, Sophie, mi esposa.

Y, agarrándola con firmeza por la nuca, la besó en la boca.

Pero ella le empujó y le propinó una fuerte bofetada.

Ambos se quedaron petrificados.

Hasta que Sophie, tapándose la boca, horrorizada por lo que acababa de hacer, corrió hacia la puerta y desapareció.

Esa noche, James bebería hasta perder el sentido de la realidad.

48



—Creo que ha bebido más de la cuenta, milord —dijo Belinda, quitándole la botella casi vacía de *brandy* que tenía en la mano. Soltó una risita—. ¿Quiere que le acompañe a la cama?

James parpadeó varias veces y se incorporó. La cabeza le palpitaba como si tuviera vida propia. El cuerpo no le sostenía derecho, tuvo que sujetarse a la chimenea. La lengua se negaba a pronunciar palabra y la notaba estropajosa.

—Apóyese en mí. —Rodeó su cintura.

Él negó con la cabeza. Si daba un paso, se caería redondo al suelo y la arrastraría consigo.

Pero Belinda, con una expresión más que traviesa, tiró de James y ocurrió lo que había temido: se cayeron.

Entonces, la muchacha le tumbó bocarriba, se colocó a horcajadas sobre él y pegó la boca a la suya. Se quedó tan sorprendido que contuvo el aliento. Y estaba tan aturdido que fue incapaz de quitársela de encima. Y la doncella comenzó a frotarse contra su cuerpo.

Alguien, de pronto, golpeó la puerta con brío y repetidas veces. Era la mismísima duquesa de Asten. A continuación, miró a Belinda y señaló el vestíbulo, echándola de allí con una autoridad incuestionable. La doncella se levantó al fin y huyó asustada. James intentó incorporarse, y lo consiguió después de varios intentos.

Sophie tenía la mano en el picaporte y lo apretaba con tanta rabia que los nudillos se le habían vuelto blancos. Sus ojos brillaban con una mezcla de tristeza y cólera. Ella lo amaba, si no, mostraría indiferencia y no hubiera echado a la doncella… No la había perdido todavía.

Avanzó hacia su esposa, pero esta se marchó en cuanto se dio cuenta de sus intenciones. James fue tras ella dando algún traspié. Y chocándose con la barandilla de la escalera. Y tuvo que apoyarse varias veces en la pared porque su cuerpo se balanceaba al son que el alcohol ingerido había marcado. Sophie iba delante, pero, entre los pocos candelabros que había en el pasillo y que no conseguía enfocar bien la vista, apenas apreciaba su presencia.

Como todo buen caballero, llamó a su puerta, pero obviamente no recibió respuesta. Abrió y

asomó la cabeza. La chimenea encendida era la única luz; frente al fuego, estaba Sophie, en camisón y descalza.

—He veniiiido a disssculparrrrme —procuró pronunciar cada una de las letras con claridad.

Sophie le señaló la puerta, pero él negó con la cabeza. La vio moverse con rapidez. De repente, le lanzó agua fría al rostro. El alcohol de su cuerpo desapareció.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —exclamó, goteando sobre la alfombra.

Ella dejó caer un recipiente al suelo y le tiró un paño, además de señalarle de nuevo la puerta para echarlo.

—No pienso irme hasta que escuches lo que necesito decirte. —Cerró.

Sophie comenzó a deambular por la estancia negando con la cabeza.

—Nunca te sería infiel. —Su voz fue dura, pero necesitaba que ella dejara de albergar dudas al respecto—. No deseo nada con esa muchacha. Ni con ninguna otra.

Sophie se dirigió a la biblioteca y apareció con un papel escrito y la pluma en la otra mano:

—«¿Por qué debería creerte? Ya me has engañado una vez».

—Porque te amo —la respuesta provocó que ella arqueara sus finas cejas—. Jamás te he mentido en eso.

—«No importa lo que me digas ni las tretas que utilices, mañana me iré de aquí».

—No lo voy a permitir. —Frunció el ceño—. Te recuerdo que eres mi esposa y ni siquiera tu padre puede interferir entre nosotros. Además, el médico dice que yo soy tu cura.

Se miraron largo rato. Se retaron, más bien. Ninguno cedía.

—Tienes que saber algo más. Mi tío se enteró de nuestra boda porque uno de sus hombres se hizo pasar por sirviente en esta casa. Me ha amenazado con mandar un aviso al periódico anunciando nuestro enlace, ¿sabes lo que eso supondría?

Su esposa asintió.

—Parece que nos está dando una tregua. —Introdujo las manos en los bolsillos y encogió los hombros—. Aun así, es mejor que sigas sin salir de la mansión como has hecho el último mes.

Escribió deprisa durante unos segundos y le arrojó la hoja a la cara:

—«Lo único que he hecho en toda mi vida ha sido amarte y mira cómo lo estoy pagando. No puedo hablar, mi supuesto marido se ha aprovechado de mis sentimientos y, ADEMÁS, tengo que quedarme encerrada entre cuatro paredes porque alguien quiere acabar conmigo».

—¿Qué puedo hacer para que me perdones…? —susurró con la voz ahogada.

—«¿Te has parado a pensar en las mentiras que les cuento a mis padres para encubrirte? Dedícate a tu tío. Haré lo que digas hasta que el asunto quede zanjado, sea el tiempo que sea. Reza para que no se entere nadie y no haya escándalo. Mientras todo eso ocurra, te pido que no me molestes con tu presencia».

A James se le cayó una lágrima por la mejilla tras leer aquellas duras y sinceras palabras. Ambos tenían el corazón hecho pedazos. Ella actuaba con rencor, y él, con tristeza.

—Muy bien —aceptó con pesar—. En realidad, puedes salir de la casa, pero ve siempre acompañada por uno de los chicos. —Respiró hondo—. Reza tú para que el escándalo no tenga lugar. Yo rezaré para conseguir tu perdón. Buenas noches, *lady* Asten. —Hizo una reverencia y se marchó.

49



—Ya está. —Michael entró sin llamar a su despacho a la mañana siguiente, lanzándole el periódico.

La taza de café se le cayó a la alfombra, ensuciándose la chaqueta y la camisa.

—¡Ten cuidado! —Frunció el ceño.

—Antes de cambiarte de ropa, haz el favor de leer esto. —Le señaló un punto en la portada del diario.

—¡¿En portada?! —exclamó, atónito—. ¿Desde cuándo una boda es noticia de portada?

—Milord —el mayordomo le llevó una bandeja de plata hasta arriba de cartas—, acaban de llegar.

—¡Maldición! —Arrugó el periódico con saña.

—Démelas a mí, Bernard —le indicó Michael—, yo las abriré. James —se dirigió a él—, díselo ahora mismo.

—Ahora vuelvo —masculló—. Avisa a todos y esperadme en el salón.

Con el corazón en un puño, salió con paso decidido al vestíbulo y subió de tres en tres los escalones. Al alcanzar los aposentos de Sophie, llamó con delicadeza.

Claudia fue quien abrió. La doncella de su esposa le miraba fatal desde que Sophie se quedó en trance, nada nuevo. La ignoró, como siempre, y entró.

—No, señor, ella está…

La voz de Claudia se perdió en la lejanía al ver dónde estaba su esposa: dándose un baño…

Desnuda.

Ruborizada por el vapor del agua.

Muy desnuda.

Solamente le veía la espalda, pero fue más que suficiente para justificar el repentino y desbordante calor que le abrasó todo el cuerpo en un instante. Sus cabellos pelirrojos estaban recogidos en lo alto de su cabeza a modo de moño deshecho y flojo, con algunos mechones

pegados a la nuca.

Se estaba frotando los brazos con tal delicadeza que se le secó la garganta a James. Levantó una de sus esbeltas piernas y también se la enjabonó.

—¡Milord! —exclamó Claudia, colocándose entre ambos.

Sophie giró la cabeza y se asustó.

—¡Cómo se atreve a entrar aquí sin el permiso de mi señora!

—¡¿Qué?! —rugió, enfurecido. Estaba harto de ella ya—. ¿Cómo has dicho?

Claudia, muy colorada por la falta de respeto, agachó la cabeza.

—Váyase —le ordenó él.

—Pero…

—¡Fuera!

Se marchó.

Su esposa continuaba en la misma posición, pero con el ceño fruncido.

—No me mires así —le dijo James con seriedad—, llevo más de dos meses aguantando sus impertinencias, y la única persona que puede tratarme así eres tú, nadie más.

Desdobló el periódico y se lo mostró. Ella se cubrió la boca con una mano, alarmada.

—Tu madre vendrá en cuanto lo vea, estoy seguro. Lo mejor será que te vistas cuanto antes, tenemos que decidir qué haremos.

Sophie le señaló un paño que había encima de un taburete lejos de su alcance. Él se acercó, la abrió y esperó a que se incorporara.

Su esposa gruñó, sabiendo que no la dejaría a solas, y, tras un resoplido nada decoroso, se puso en pie. James creyó que se le iba a salir el corazón del pecho al contemplar cómo el agua se escurría por su piel de alabastro. La imagen lo dejó conmocionado.

La envolvió con el paño grande de tela, cerrando los ojos al inhalar el embrujador aroma a flores silvestres. Respiró hondo con resignación, la tomó en brazos y la sentó en la cama.

—No tardes, la situación es… —repasó de arriba abajo su semi desnudez— insoportable… —Carraspeó—. Delicada —se corrigió y casi corrió para salir cuanto antes de allí.

Cuando cerró la puerta, respiró hondo para serenarse, sentía el cuerpo dolorido por el deseo que lo consumía. Había sido un completo error ir a buscarla, la hubiera encontrado durmiendo o bañándose, dadas las horas.

Se dirigió al desván para cambiarse la ropa manchada de café. A continuación, bajó al gran salón, donde le esperaban todos, incluidos sus suegros, que acababan de llegar.

Sophie no tardó más de unos minutos en unirse a ellos y, para su completa sorpresa, fue directa a él, se sentó a su lado, en uno de los sofás alargados, y entrelazó un brazo con el suyo con una preciosa sonrisa en su rostro. James sabía que su comportamiento se debía a que los condes de Dorset ignoraban lo que había sucedido, no obstante, le costó reaccionar.

—Tenéis que organizar una fiesta —les dijo Gabrielle—, es lo mejor para acallar los rumores. Si ven lo enamorados que estáis, el escándalo no pasará a mayores, estoy segura. Además, la temporada de otoño está en su máximo apogeo.

—Me viene a la mente la novela de *El Personaje* con la que se descubrió que la escribías tú —intervino Stuart, mirando a Nicholas, uno enfrente del otro—. Muchos caballeros intentaron que la sociedad te repudiara al ser el autor de una historia de amor, pero la reina te defendió, admirando tu valentía por no esconderte, y la aristocracia, desde entonces, te respeta mucho más, y a Brianna también.

—Porque no nos escondimos —declaró Nicholas, besando la mano de su mujer.

—Y eso es lo que deberíais hacer vosotros —afirmó Michael, mirando a James y Sophie.

Aunque él estaba de acuerdo, suponía un enorme desafío: tendrían que actuar delante de los demás como una pareja realmente enamorada, sin rencores, ni reproches ni indiferencia, eso sin contar con que Sophie no pronunciaba nada.

—¿Os quedaréis a comer? —les sugirió a sus suegros.

—No, muchacho, otro día —contestó Vincent—. Me requieren en el Parlamento.

—Bueno —Gabrielle se incorporó y besó a su hija en la frente—, seguiremos escribiéndonos. Y pensad seriamente en lo del baile. De todas formas, no podéis seguir encerrados, ya no os hace falta y ahora más que nunca es cuando debéis dejaros ver.

Cuando se marcharon, Sophie se soltó de su brazo y James sintió que el frío polar lo calaba por entero. Ella se alejó escaleras arriba, pero, al alcanzar la siguiente planta, se dio la vuelta y vio a James en el vestíbulo, observándola.

Quería correr tras ella, pero no lo hizo. Necesitaba que creyese en sus sentimientos. Necesitaba que volviese a creer en él, y para eso tenía que conquistarla.

Sophie volvería a hablar, a reír, a pintar, a disfrutar… Él se encargaría de que así fuese, costase lo que costase.

50



Estaba en el balcón, sentada sobre sus talones y cubierta por una manta, contemplaba las estrellas cuando una sombra muy familiar se cernió sobre ella. Suspiró.

—Hace una noche perfecta —le dijo el enmascarado, traspasando la barandilla y ofreciéndole una mano.

Sophie la aceptó y se incorporó. Ambos entraron en la pequeña biblioteca.

—Una noche perfecta para cabalgar. —Ladeó la cabeza con ojos risueños—. ¿Te apetece?

Entristecida, le escribió una nota:

—«No puedo salir…».

—No te preocupes, sé cómo hacerlo sin que nos vean.

—«¿Alguien nos vigila?».

—Maximilian os tiene muy controlados, por eso debes tener cuidado, pero necesitas salir de estas cuatro paredes. —Le acarició la mejilla a través de los guantes.

Quiso controlar el regocijo de su interior ante la perspectiva de salir y montar a caballo, pero no pudo: dibujó una enorme sonrisa en la cara.

—Tendremos que bajar por la enredadera, yo te cargaré.

Él se enganchó a la planta que decoraba la pared y le tendió el brazo para que se colgara sobre su espalda. Su cuerpo temblaba, tanto por la altura como por la indecorosa situación en la que se hallaban: le abrazaba la cintura con las piernas y se aferraba a su cuello con nerviosismo, estaba completamente pegada a él.

El enmascarado resultó ser muy ágil, fuerte y rápido. En pocos segundos, llegaron al suelo. Al pisar la hierba, agradeció estar descalza por el frescor que sintió ante tanto calor…

—Te voy a enseñar un camino —la cogió en brazos como si no pesara nada—, estate atenta por si alguna vez necesitas salir sin ser vista, ¿de acuerdo?

Entre los árboles de enfrente del jardín, giraron alrededor de la casa hasta alcanzar los establos. Vieron a tres hombres armados y apoyados sobre unos troncos, pero el sigilo de su

guardián fue tal que no los pillaron.

El gran corcel negro los esperaba a la orilla de un riachuelo. Como estaba tan bien escondido y era oscuro como el manto de la noche, Sophie no se percató de él hasta que el hocico del animal le dio un golpecito en el hombro. Ella silenció una risita por el susto que se llevó y le acarició la cabeza.

—Vamos, *milady*.

La acomodó en la montura y se subió a su espalda. La sostuvo firmemente y salieron al galope hacia campo abierto.

La velocidad del caballo era vertiginosa, pero no le dio miedo, quiso gritar por la libertad que estaba disfrutando. El enmascarado se rio al notar su estado de euforia y, cuando transcurrieron unos minutos, frenó un poco al caballo para que fuera más despacio. Sophie se recostó contra su torso y, sonriendo como nunca, disfrutó del paseo.

Se detuvieron ante un edificio que le resultaba muy familiar. Su sonrisa se dulcificó.

—Supuse que te apetecería venir aquí.

Desmontaron frente al orfanato St. Joseph y se sentaron en la hierba. Ella le apretó el brazo a modo de agradecimiento.

Entonces, Clara surgió ante ellos.

—La hemos echado tanto de menos, *milady*… —Se arrodilló y la abrazó con cariño.

Sophie se emocionó, aunque de sus ojos no brotó una sola lágrima.

—¿Qué tal hoy, Clara? —le preguntó él.

—Parece que bien. No les cuesta tanto ya. —Se encogió de hombros.

Lady Asten no entendió nada, arqueó las cejas, por lo que los incitó a que se explicaran.

—Desde el mes de septiembre, el dueño de la casa ha contratado profesores para que les enseñen todo tipo de materias tales como Historia, Geografía, Biología…

—Saben muchísimo —comentó la niña con una amplia sonrisa.

Sophie no dejaba de preguntarse la razón por la cual el buen hombre, viudo con ocho hijos, había llevado a cabo tal hazaña, sabiendo además que no se lo podía permitir. Suponía un gasto desmedido. Le escribiría una carta para ocuparse ella misma de los gastos, y tendría que hablar con James.

—¿Cuándo vendrá a darnos clase de pintura, *milady*?

—Si quieres, puedo traerte cada noche —le dijo el enmascarado.

Ella negó con la cabeza abatida. La pintura… Llevaba meses sin coger un pincel.

El resto del tiempo que estuvieron allí, ambos mejoraron su ánimo contándole cosas divertidas que les habían pasado a los niños en su ausencia. Sophie escuchaba atenta y sin dejar de sonreír. Aquellos dos se llevaban muy bien y, lo más importante, Sophie no se sentía diferente con ellos al no poder hablar. Brianna y los demás la miraban con cierto respeto y estaban demasiado pendientes de sus necesidades.

Bueno, todos menos James. Su esposo solo la miraba, y no era una mirada de lástima, sino de… impotencia, rabia, culpabilidad… Y lo agradecía, él lograba que no se frustrara al no pronunciar una sola palabra, y estar continuamente atendida la agobiaba.

No obstante, con James sentía más cosas. Muchas más… Cuando se cruzaba con él, a pesar de seguir dolida, su corazón se aceleraba y le costaba respirar. Deseaba odiarlo con toda su alma, pero cada día que pasaba le amaba más, y más, y más…

—Clara, vete a dormir ya, *milady* y yo nos vamos, es muy tarde —anunció el enmascarado, cogiendo en brazos a Sophie para subirla a la montura.

La niña les dio un beso a ambos. Se aseguraron de que entraba y cerraba la puerta y

regresaron a la mansión.

—«Muchas gracias por esta noche». —Le escribió una nota en la biblioteca.

Él respondió tomando su muñeca izquierda para quitarle la cinta azul.

Al día siguiente, se despertó con una rosa azul en la almohada.

51



—Hola —la saludó Michael nada más entrar en el salón comedor para desayunar.

Sophie le dedicó una amplia sonrisa y, sin darse cuenta, se puso a tararear mientras se servía fruta fresca y un *croissant* que había en una pequeña mesa. Tomó asiento entre Jamie y Emma, le habían guardado un sitio.

Después, Brianna y ella pasearon por Londres bajo la protección de James, Nicholas y Michael. Había sido idea suya, ya no tenían que esconderse más, todo el mundo sabía que se habían casado en secreto.

No obstante, las miradas y los cuchicheos a su alrededor eran constantes, por lo que se colgó del brazo de su esposo y, de inmediato, se relajó. Su contacto, estar tan cerca de él, fue un bálsamo temporal que le hizo olvidar la realidad.

A las puertas de una tienda de sombreros en Regent Street, encontraron a las gemelas *lady* Alice y *lady* Beth, que les saludaron encantadas de verlos.

—Nuestra enhorabuena —les felicitaron por la boda—. Habéis creado un gran revuelo.

—Supongo que sí —contestó James.

Lady Sarah, con su sombrilla tapándola del sol, y acompañada por su doncella particular, se unió a ellos.

—Buenos días, lord Asten. —Le ofreció la mano enguantada para que se la besara, pero él, sin soltarse de Sophie, solo hizo una inclinación de cabeza.

—Buenos días, *lady* Sarah, ¿cómo se encuentra?

—Puede llamarme Sarah, a secas —respondió con un aleteo de pestañas nada sutil—, nos hicimos… amigos este verano. —La pausa fue adrede.

No solo estaba ignorando la presencia de Sophie, sino que además coqueteaba con su esposo sin ningún respeto hacia ella.

Se soltó del brazo de James y huyó, sintiéndose vulnerable. No se dio cuenta de que se dirigía a un callejón.

—Vaya, vaya…, ¿qué tenemos aquí? —dijo un hombre con la ropa sucia y al que le faltaban varios dientes, pero corpulento, demasiado.

Escupió a su lado colocándose el cinturón y Sophie reprimió unas náuseas.

—Una muchacha como tú no debería andar sola. No te preocupes, yo seré tu protector a partir de ahora. —Fue a cogerla, pero alguien lo detuvo.

—Ni te atrevas, si no quieres morir aquí mismo —sentenció James.

—Deberías vigilar más tus posesiones. —La recorrió de los pies a la cabeza con repugnante lujuria.

—Sophie, vamos. —Su esposo le tendió una mano y ella rápidamente aceptó, pero el desconocido la empujó y chocó con una pared de ladrillos, dándose un buen golpe.

De pronto, al levantar la vista, ambos se habían enzarzado en una lucha de puñetazos y patadas. Eran de la misma altura, rápidos en reacción y ágiles, dudaba si James saldría bien parado… Sin pensarlo dos veces, cogió un largo y grueso tablón de madera que había en el suelo y golpeó al desconocido con todas sus fuerzas.

El individuo aterrizó de bruces, inconsciente. Ella, vibrando de temor y nerviosismo, soltó el tablón. James respiraba de manera entrecortada, tenía un moratón en la mandíbula y un hilillo de sangre descendía por su boca.

—¿Estás bien? —le preguntó él con la voz rasgada.

Ella emitió un gemido ahogado, pero asintió.

—Volvamos a casa.

En la mansión, a solas en los aposentos de Sophie, James pidió que subieran *brandy* y dos copas.

—Esto te tranquilizará. —Le ofreció dos dedos de aquella amarillenta bebida.

Atizó las débiles llamas del hogar para aumentar el calor del dormitorio.

—Me gustaría saber por qué saliste corriendo hacia un callejón sin salida.

Sophie frunció el ceño, cogió papel y pluma de la biblioteca y escribió:

—«No me regañes como si fuera una niña».

—¿Y cómo quieres que te trate? —También frunció el ceño—. Desapareces sin dar explicaciones y, cuando te alcanzo, descubro que estás en peligro. No tienes conocimiento, ¿verdad?

—«El que no sabe nada eres tú».

—Pues explícamelo —se cruzó de brazos con insolencia—, porque créeme que no lo entiendo.

—«¿Cómo quieres que me sienta si finjo delante de los demás lo enamorada que estoy de ti cuando aceptas los coqueteos de otra mujer en mis narices? ¡En pleno Covent Garden!».

—¿Preferías que la despachara para alimentar más rumores en nuestra contra?

—«¿Y lo de la criada en tu despacho? ¡Ahí estabais solos, besuqueándoos! ¡Si no llego a entrar…!».

Le arrancó el papel de las manos.

—Estaba borracho y ella se aprovechó. —Rechinó los dientes.

Sophie quiso gritar de impotencia. Cogió otro papel:

—«¿Podrías ponerte en mi tesitura? ¿Acaso crees que me resulta fácil esta situación? No tienes ni idea de lo que es comunicarte con alguien a través de notas, y fingir ante mi familia, y hoy ante todo Londres, una felicidad que no siento para que no sufran por mi culpa, y, además, tengo que ser testigo de que las mujeres se te echan encima y también tengo que aceptar que no hagas nada al respecto para evitar un escándalo mayor. ¡Estoy harta!».

Golpeó el papel.

—Nadie te ha pedido que finjas amarme. ¡Tampoco te obligué a casarte conmigo, maldición! —explotó—. ¿Y tú crees que todo esto es sencillo para mí? ¡Estás así por mi culpa! ¡Y no me dejas ayudarte, ni quieres escucharme, ni creerme en que nunca te mentí con respecto a mis sentimientos! ¡Me quieres lejos, pero te mueres de celos si alguna mujer se me insinúa! ¡Ponte de acuerdo, maldita sea!

—«¡No depende de mí! ¡Ojalá pudiera odiarte! ¡Ojalá nada de esto hubiera ocurrido! ¡Ojalá no me hubieras engañado! ¡Y ojalá pudiera gritarte todo esto! ¡Ojalá pudiera llorar de una maldita vez y quitarme el nudo en la garganta que tengo todo el día, porque ni siquiera puedo llorar!».

—Si te hubiera contado toda la verdad —le dijo con voz ronca, pero más calmado—, ¿te hubieras casado conmigo o con Boissieu?

—«¡No lo sé! Me cuesta dar un paso tras otro. Levantarme cada mañana es una lucha en contra de mis sentimientos. Tengo pánico de mirarte más de un segundo y reconocer que te amo con toda mi alma, porque no quiero hacerlo, no quiero amarte porque me has hecho mucho daño. Y si me dejo llevar… Primero, te distanciaste de mí en Bath, y, luego, ocurre lo del testamento de tu padre, ¿qué sería lo siguiente? No dejo de repetirme esta pregunta, ¡no puedo evitarlo!

Sus miradas se encontraron y Sophie notó cómo su garganta y su pecho se contraían al ver el lacerante dolor en los ojos de James.

Cerró los suyos.

—«Quiero irme a Brighton». —Escribió con la mano temblando.

—¿Sola? —pronunció en un hilo de voz.

Ella asintió sin esconder la tristeza.

—No puedo permitir que Maximilian te haga daño. Déjame ir contigo.

—«Por favor, no lo compliques más. Necesito tiempo».

Él, vencido, dejó caer los hombros y salió de la habitación cerrando con cuidado. Ella se deslizó al suelo y se abrazó las piernas contra el pecho haciéndose un ovillo.

52



Una semana después, discutió con James otra vez, por el mismo motivo.

—¡No pienso permitir que te vayas sola! —gritó él, arrugando la nota que le había escrito—. ¿Todavía no sabes el peligro que se cierne sobre ti?

—«Gracias a ti no me olvido de ello». —Redactó en otro papel.

—Ya estoy cansado de esto… ¿Cuánto más vas a seguir así? —exclamó alzando los brazos.

—«No lo sé». —Le tiró la hoja con desagrado.

—Partiremos esta noche y no se hable más. —Apretó fuertemente la mandíbula.

—«Si me acompañas, me obligarás a irme por mi cuenta y, cuando vengas a buscarme, yo ya no estaré aquí».

—¡Se acabó! —Rompió la nota en infinitos trozos con toda la furia que le recorría cada músculo de su cuerpo—. Mírame bien —la cogió del brazo y la zarandeó sin delicadeza. La expresión que cruzó su rostro asustó a Sophie—, si tu deseo es irte sola, así será, pero no pienso seguir arrastrándome por una causa perdida. Ya te he pedido perdón. Han pasado casi tres meses y tú y yo no avanzamos, pero no es porque yo no quiera. Me cansé de esperar y de rogar tu perdón. —Se irguió, soltándola como si se hubiera quemado—. Que tenga buen viaje, *milady*.

Ella se abrazó a sí misma para frenar el desagradable escalofrío que la recorrió. ¿Y si se estaba comportando como una inmadura al exigir irse a Brighton sin escolta cuando las amenazas de Maximilian estaban presentes cada día de su vida? Tener a Michael, Allan, Stuart y Nicholas viviendo en la mansión era por eso.

Después de cenar en su habitación, se despidió de Brianna con un abrazo tembloroso y esperó paciente a que llegara la hora señalada. El reloj que existía encima de la chimenea marcó la medianoche demasiado pronto. Estaba asustada, lo reconoció para sus adentros, porque, a pesar de conocer el camino a Brighton de memoria, existían salteadores y ladrones.

—Hola.

Sophie dio un brinco ante aquella voz con fingida ronquera que la saludó a su espalda. El

enmascarado estaba apoyado en el marco de la puerta de la pequeña biblioteca y la miraba con gravedad.

—Te acompañaré y no admito una negativa.

Ni se molestó en preguntarle por qué siempre lo sabía todo. Era más que obvio que ese hombre era cercano a ella.

—«Me cuesta decir esto, pero… te agradecería que vinieras conmigo».

—¿Por qué eres tan orgullosa? —La miró con dureza—. Vayámonos ya.

La cogió en brazos, bajaron por la enredadera y anduvieron el camino a los establos entre la arboleda. Los hombres que trabajaban para Maximilian no los vieron. Pronto llegaron al riachuelo. Sophie se fijó en que su yegua y el imponente caballo de él estaban preparados y atados a unas gruesas ramas. Al día siguiente, partiría un carruaje con sus pertenencias, así lo había dispuesto, para no levantar sospechas.

El viaje resultó ser más largo de lo que recordaba y la causa de ello era lo cansada que se encontraba. Desde que no pintaba, no trasnochaba y, por tanto, su cuerpo se había acostumbrado a dormir con la luna y despertarse con el sol. Dio varios cabezazos hasta que unas fuertes manos la levantaron de la silla y la sentaron entre las musculosas piernas del enmascarado.

Soltando un siseo parecido a un gruñido, la cubrió con una manta y la obligó a que se recostara en él. Se quedó dormida enseguida, bajo el aroma a jabón que desprendía ese cuerpo masculino que la protegía.

Soñó con James, hasta que el enmascarado la bajó en brazos del caballo. Abrió los ojos y descubrió que habían llegado a la residencia de verano de los condes de Dorset. Estaba amaneciendo.

Él se quedó en los establos ocupándose de los caballos y ella se dirigió a la casa. El ama de llaves le dio la bienvenida.

—*Milady* —hizo una reverencia—, bienvenida. Enseguida le preparo un baño, le sentará bien después del viaje. Después, le subiré el desayuno.

Sophie asintió agradecida.

Subió a la última planta. Al atravesar el saloncito de su *suite*, su corazón dio un vuelco al recordar los besos que había compartido con James en la fiesta campestre.

Evitando mirar la puerta de la habitación que él había ocupado, esa misma habitación donde habían hecho el amor por primera vez…, se encerró en sus aposentos.

Se deshizo de la capa de terciopelo que aún no se había quitado y salió al balcón. El inconfundible aroma a sal marina le provocó un suspiro entrecortado. La atmósfera era fría y las nubes oscuras cargaban agua y no permitían la salida del sol, pero más recuerdos le provocaron un nudo en el pecho y la garganta. Entró y cerró la cristalera. Automáticamente, se llevó una mano al pecho para serenar su corazón, que acababa de desbocarse.

Era la primera ocasión que le veía a la luz del día, pero tampoco, por más que lo intentó, pudo descubrir de qué color eran sus ojos, él se encargaba de que el ala del sombrero se lo impidiera, maldita fuera…

Sacó del cajón de su mesilla de noche unas hojas, la pluma y el tintero.

—«¿Qué demonios haces aquí?». —Escribió en un papel, lo único que encontró.

—Protegerte.

—«¿Te ha visto alguien?».

Él negó con la cabeza.

—«No necesito protección».

—Deja que lo dude. —Se acercó a ella con deliberada lentitud—. ¿De verdad creíste que te

dejaría sola cuando Maximilian está esperando la mínima oportunidad para vengarse por la boda?

Sophie respiró hondo.

—«He venido para estar sola, para pensar pa…».

El enmascarado le quitó la hoja sin dejarle terminar y la tiró al suelo arrugada.

—Te diré lo que haremos —se sentó en el taburete que utilizaba para pintar—: me quedaré unos días contigo, a escondidas, claro, nadie debe saber que estoy aquí. Si te ves muy agobiada, dejarás de verme, pero no me iré hasta que vuelvas a Londres.

Lo tenía todo planeado y, viendo la determinación de sus palabras, creyó imposible llevarle la contraria, por lo que asintió.

—Me instalaré en esa habitación —añadió, señalando la que había sido de James.

Cerró los ojos y suspiró, sintiendo que sería más difícil avanzar en esa casa sin él, que en Londres viéndole a diario. Esa residencia albergaba los recuerdos más felices que tenía con James…

53



Pasó el día en la cama, sin ganas de nada, recordando…

Bien entrada la noche, sin poder conciliar el sueño, las tripas le rugieron. No había comido nada en todo el día, por lo que, descalza y con un camisón blanco de manga larga, se aventuró a ir las cocinas.

Encendió una vela que había en un mueble bajo de madera. Echó un vistazo y descubrió una bandeja de plata con comida y una nota del ama de llaves; el postre eran pequeños pastelitos de azúcar y crema. Se lamió los labios con un hambre voraz y se dispuso a degustar la comida, pero alguien la interrumpió:

—Huele de maravilla.

Nunca se acostumbraba a sus apariciones… Dio un brinco.

Le ofreció el plato, él se acomodó en un taburete enfrente de ella y engulleron la comida hasta quedar saciados; el enmascarado se levantaba el pañuelo a poca altura para que Sophie no descubriera su rostro.

—¿Crees que habrá mermelada de frambuesa por algún lado? —le preguntó, buscando en la despensa—. ¡Ah, aquí está! —Regresó con un tarro lleno—. ¿Has probado estos pastelitos con mermelada? Te encantará, ya verás.

Cuando terminaron, recogieron todo y salieron al vestíbulo. No había nadie, debía de ser muy tarde, en la casa reinaba un silencio muy agradable, como si cada mueble descansara feliz, tal como se sentía Sophie en ese momento.

Sus pies, por sí solos, la guiaron hacia el salón de baile, detrás de la escalera. Abrió las puertas de roble y se deslizó al interior admirando la preciosa escena que tenía ante ella. Los reflejos de la luna atravesaban las imponentes cristaleras creando huecos de luces parpadeantes debido al viento que ondeaba los árboles en el exterior.

En su cabeza aparecieron numerosas parejas bailando a su alrededor, moviéndose al son de un violín invisible. Cerró los ojos, colocó las manos en un hombre imaginario y emitió el sonido de

un vals mientras seguía los pasos de la danza.

Entonces, un hombre real la sostuvo entre sus brazos y la hizo girar repetidas veces por toda la estancia. Era maravillosa la sensación y, aún más, dejarse llevar sin restricciones, normas o decoro. Se sintió más libre que nunca, y solo con su esposo se había sentido así antes. Apoyó la cabeza en su firme torso y disfrutó de aquel momento.

Se detuvieron lentamente. Él la tomó de las manos y ella abrió los ojos. El contraste era espectacular, negro sobre blanco, con rayos fugaces plateados envolviéndolos en un poderoso halo de misterio. La mirada de él era tan brillante y profunda que Sophie se sintió vulnerable. Aquellos ojos provocaron que su estómago se cerrara en un puño. ¿Quién era ese hombre escondido tras un pañuelo que conocía todo sobre ella, que velaba por su seguridad, que siempre aparecía en los momentos precisos, que le había hecho olvidar por un segundo su desesperada situación, que le ofrecía una confianza y una protección ciegas?

Retrocedió de espaldas hacia la puerta. Su postura era soberbia, con la cabeza alzada, los músculos relajados y una mirada capaz de hacerle borrar su angustiosa situación. Salió del salón y subió corriendo a sus aposentos.

Se estaba volviendo loca. Durante un instante, tuvo la falsa esperanza de que James fuera su enmascarado.

El nudo de la garganta, que con tanta frecuencia le molestaba, había surgido de nuevo.

Pero, por más que lo intentó, en esa ocasión tampoco le salieron las lágrimas.

54



—Necesito una taza de café —le pidió a Bernard en el *hall*, tendiéndole los guantes y la capa mojados.

—Por supuesto, milord. —Hizo una reverencia.

James, con paso decidido aunque realmente cansado por falta de sueño, se encerró en su despacho. Cogió el periódico y leyó la página de sociedad. Aún continuaban hablando de su boda secreta. Habían pasado tres semanas, ¡cuánto más!

—Llevo esperándote una hora en el riachuelo muerto de frío, por cierto. —Michael entró sin llamar y se acomodó cerca de la chimenea encendida, donde se frotó las manos para entrar en calor.

—Ya sabes que no es segura mi puntualidad últimamente. —Sonrió de forma distraída.

—No sé en qué andas metido, pero, desde que Sophie se marchó, no se te ve el pelo. Parece que esta casa es más de los muchachos y mía que tuya.

Jimmy se encogió de hombros, solo le importaba su esposa, y confiaba en ellos, eran su familia, aunque no les unieran lazos de sangre.

Tomó el correo y vio una carta de su suegra. La leyó en silencio.

—Es de Gabrielle. Como Sophie sigue en Brighton y yo, supuestamente, liado con trabajo en Londres, mis suegros han decidido anticipar las Navidades. Partirán dentro de una semana, el primero de diciembre, a Brighton para estar con su hija hasta que yo pueda reunirme con ella. —Dobló la correspondencia.

El mayordomo apareció con su desayuno. Dejó la bandeja encima del escritorio y ambos amigos se sirvieron una taza de humeante café.

Unos minutos después, Allan y Stuart irrumpieron en la estancia con la preocupación reflejada en sus rostros.

—Hay un problema —dijo Allan.

—Ayer estuvimos en White's —explicó Stuart—. Están haciendo apuestas.

—Eso es normal, es White's. —Michael se sirvió más café.

—Ya, pero estas apuestas son en contra de Sophie —aclaró Allan, cruzándose de brazos.

—¿Qué quieres decir? —James se alertó y su respiración se agitó.

—Dicen —señaló Stuart— que si rompió su largo compromiso con Boissieu para casarse contigo con tan poco tiempo es que ella es…

—Ella es…, ¿qué? —exigió, cerrando las manos en dos puños.

—Que le abre las piernas a cualquier hombre —concluyó Allan del tirón.

—¡¿Qué?! —bramó con una furia descontrolada.

—Están apostando quién será el siguiente al que se lleve a la cama. Y también comentan que si no se la ha vuelto a ver ha sido porque la tienes encerrada, que te da miedo que te sea infiel.

—Los voy… a matar —sentenció con voz entrecortada.

—¿Qué ocurre? —Nicholas y Brianna lo miraban extrañados desde el umbral de la puerta abierta.

—Están atacando a Sophie —contestó Michael con gravedad.

Mientras explicaban a su familia lo sucedido, James observaba a través del ventanal la dura tormenta que asolaba la ciudad. La misma tormenta que dominaba su cuerpo en ese momento.

—Oh, Dios mío… —susurró su hermana, llevándose las manos a su abultado vientre.

—Sugiero dejar pasar el tiempo hasta que la alta sociedad se calme —propuso Michael, siempre tan tranquilo.

—¡Estoy harto! —estalló James alzando los brazos—. ¡Estoy cansado de no poder hacer nada, de no acabar con Maximilian, y ahora esto! ¡Todos esos hombres que se quedaban embobados con solo mirarla están ahora mancillando su nombre! —Golpeó con la mano la pared junto a la ventana.

Su hermana le sostuvo la cara entre las manos, sonriéndole con dulzura.

—Enana… —pronunció con la voz cargada de desesperación.

—¿Qué quieres hacer?

—Darle un escarmiento a Maximilian. Ya no puedo más… —Abrazó a Brianna, besándole en la frente.

—Pues no se hable más —zanjó Michael—, esta noche le haremos una visita. Necesitamos a Belinda.

Cuando la oscuridad se apoderó del cielo, Belinda, Allan, Michael y él partieron rumbo al burdel de su tío. Nicholas y Stuart se quedaron para proteger a Brianna y a los niños por si los cuatro hombres de su tío que vigilaban la casa se atrevían a intentar algo.

El plan era sencillo: esperarían, en una puerta lateral del club que daba a un callejón, a que algún esbirro de Maximilian saliera; según la doncella, durante la madrugada, cada dos horas salía alguno para descansar unos minutos o acostarse con alguna prostituta del local en pleno callejón.

Los cuatro se escondieron entre las sombras y esperaron pacientemente. Una hora más tarde, un individuo con pinta de gorila salió del edificio y se colocó dándoles la espalda.

—Ese es —les indicó Belinda en voz baja—, es su mano derecha.

Mientras el tipo se desabrochaba el pantalón para orinar junto a un cubo de basura, James aprovechó y, de un solo golpe en la nuca, lo dejó inconsciente en el suelo. Entre Allan y Michael se deshicieron de él.

—Recuerde hacerse el borracho, milord, y usted también, lord Killsmon —les dijo Belinda, ligeramente asustada por haber vuelto a ese callejón, aunque fuera por una buena causa.

Allan y ella regresaron a la mansión. El momento había llegado.

Al entrar en el club, atravesaron un estrecho y oscuro corredor hasta dar con tres puertas. Tal y como les había explicado la doncella, escogieron la que estaba a la izquierda. Una tenue luz iluminaba otro pasillo igual al primero, solo que ese desprendía un olor a sexo sucio y extravagantes perfumes que le produjo arcadas a James. Tragó con dificultad y pasaron por varias habitaciones a ambos lados. Entonces, sus pies se detuvieron ante una puerta más gruesa que el resto.

—Entraré yo primero —dijo Michael con una pistola en la mano.

Y eso hizo.

James sacó el arma que escondía en el pantalón y apuntó a su enemigo. Maximilian, totalmente azorado, intentaba tapar su asquerosa y grasienta desnudez. Una jovencita con el rostro cubierto de lágrimas y algún moratón en el pecho soltó un grito.

—Vístete y sal de aquí —le ordenó Michael.

Ella obedeció enseguida. James cerró la puerta.

—No te atrevas —le advirtió a su tío al ver que pretendía alcanzar un cordón situado junto a la cama.

Maximilian se incorporó, se anudó la sábana a la cintura y levantó las manos con el ceño fruncido. Michael, que llevaba una cuerda en las caderas, lo empujó hacia la silla y le ató las manos y los pies a la espalda.

—Parece que no lo tienes todo controlado, hemos entrado sin ser vistos. —James le apuntó a la cabeza.

—Si lo desearas de verdad, ya habrías apretado el gatillo —se mofó.

—Prefiero la tortura. —Acortó la distancia con él muy despacio, intimidante. Su tío comenzó a sudar, aunque estaba erguido, jamás demostraría miedo en su presencia—. Supongo que te interesará saber cuál es el motivo por el que te visito.

—¿Para traerme a esa ramera que has tomado por esposa?

Con la mano izquierda, James le propinó tal puñetazo que se tambaleó hacia atrás. Escupió sangre, gruñendo.

—Eres tú quien ha iniciado esas apuestas en White's, ¿cierto?

—Tengo contactos en todas partes.

—Voy a ser magnánimo. —Le sonrió con frialdad—. Si me das tu palabra de que nos dejarás en paz, nos iremos, pero, si no, también nos iremos, solo que recibirás un balazo justo aquí antes de salir por la puerta. —Apuntó con la pistola a su entrepierna y su tío palideció.

—Retiraré a mis hombres de tu casa —aceptó con una alarmante rapidez—, pero…

—¿Pero?

—Te advertí de que jugaras limpio, sobrino, y no has cumplido tu palabra, así que no creas ni por un segundo que yo lo haré. Y actuaré cuando más tranquilo estés. —Ladeó la cabeza, sonriendo con satisfacción—. O quizás, en cuanto te marches, le envío una carta a tu pelirroja preguntándole si sabe quién es el enmascarado que vela por su seguridad mientras su marido, supuestamente, está a muchas millas de distancia de ella. Déjame adivinar su respuesta… No tiene ni idea, igual que con el testamento de Alexander. —Se rio—. Una mentira detrás de otra. Digno hijo de tu padre. —Se rio de nuevo.

James no mostró sorpresa. Dos semanas atrás, en Brighton, tuvo un encontronazo con uno de sus hombres. El tipo había intentado asustar a Sophie una tarde que ella había salido a recolectar flores. James, que sospechó sus intenciones, se adelantó y, en el forcejeo, se le desató el pañuelo de la cara; menos mal que su esposa no se enteró de nada. Ya estaba preparado para contárselo, pero ahora no era el momento, Sophie debía sanar primero.

—¿Qué esperabas? —inquirió Maximilian—. Mis hombres me informan. Además, solo atacas a los que son como mi hermano, y no me refiero solo a su trato hacia las mujeres, sino también al físico. —Sus ojos desprendieron chispas de pura maldad—. Te pareces mucho a él, ¿te lo han dicho alguna vez?

Soltó la pistola y se lanzó contra él…

—¡No soy… ni seré… nunca… como él! —le gritó entre puñetazos llenos de rabia.

No. No se parecía a Alexander. Y jamás sería como él. Durante un tiempo, creyó que sí, pero su amor tan grande por Sophie, poco a poco, le fue haciendo entender que no había un solo centímetro de oscuridad en su interior, al contrario que su padre.

Michael lo separó con gran esfuerzo, exigiéndole que se detuviera.

Maximilian, ensangrentado, se retorcía de dolor.

—Esto… te cos… costará… caro… —le amenazó.

—Vámonos —le ordenó James con sequedad a su amigo. Miró a su tío por última vez—. Retira a tus hombres, déjanos en paz, o la próxima vez que nos encontremos no serán puñetazos lo que recibas de mí. ¿No soy digno hijo suyo?

Salieron de allí.

—Maldita sea —masculló Michael al escuchar jaleo—, la chica ha tenido que delatarnos, ¡vamos! —lo apremió.

Siguieron corriendo hasta alcanzar sus caballos, escondidos en el parque de enfrente del club. Escucharon disparos, pero partieron al galope perdiéndose en la noche como dos sombras.



A la mañana siguiente, y con paso resuelto, se dirigió en su carruaje rumbo a White's. Algunos de los allí reunidos se quedaron estupefactos ante su presencia, otros se rieron a escondidas y, los más cobardes, hicieron torpes reverencias a su paso. No saludó a nadie.

Pidió hablar con el gerente y, sin previo aviso, se adueñó del libro de apuestas. Buscó la que le interesaba y arrancó la hoja donde aparecía.

—¡A quien se atreva —pronunció en una voz tan autoritaria que la sala se quedó en silencio sepulcral— a mancillar el nombre de mi esposa, la duquesa de Asten, a insultarla, a reírse de ella o a cualquier otra cosa que la perjudique, lo retaré a duelo! —Arrugó el papel—. ¡Tengo suficiente pólvora para todos ustedes y, aun así, me sobraría!

Tomó la caja de cerillas que un anciano incrédulo sostenía en una mano y prendió la hoja. La arrojó al suelo y salió de White's con una sorprendente satisfacción: aquellos que le habían mirado con prepotencia habían temblado como gatitos asustados ante su amenaza, porque

supieron que, si volvía a enterarse de algo parecido, la llevaría a cabo sin dudarlo. Por Sophie, entregaría su alma al mismo diablo si así pudiera mantenerla a salvo y protegerla de todo mal, por muy pequeño que fuese.

Y como cabía esperar, esa tarde, justo antes de cenar, Allan, Stuart y Michael trajeron buenas noticias.

—¡Has creado un revuelo indecente! —exclamó Allan entre carcajadas mientras se servía una copa de vino en su estudio.

—¿Qué demonios hiciste hoy? —inquirió Nicholas, abrazando a su mujer desde atrás.

—Lo que tenía que hacer. —Se encogió de hombros.

—¿Arrancaste una hoja del libro de apuestas y la quemaste delante de todo el mundo? —le preguntó Michael con una amplia sonrisa—. ¡Eres mi héroe!

Estallaron en carcajadas.

Sus amigos les contaron que los caballeros más jóvenes, recién salidos de la universidad, habían creado un grupo a su favor, defendiendo su valentía y su coraje ante un elemento tan importante como era White's en la sociedad londinense. Y si antes las damas suspiraban por él, ahora se derretían debido a esa muestra de amor que había hecho hacia su esposa.

—Ha llegado esto, milord —le dijo Bernard, entregándole una carta urgente.

James volvió a reírse al leer su contenido: el gerente del White’s le prohibía entrar más allí. Arrugó el papel y lo lanzó a la chimenea encendida.

Una presión en el pecho hizo que adoptara una expresión seria contemplando las chispas de madera que quemaban la correspondencia. Faltaba Sophie en aquella reunión… En ese instante, se dio cuenta de cuánto echaba de menos verla sonreír, divertirse a su lado, ser testigo de la complicidad que tenía con sus amigos…

Pero Brighton era mágico y tarde o temprano ella volvería a ser la que era. Cada día, desde hacía tres semanas, estaba más convencido de ello, aunque le consumieran los celos porque un pañuelo y un sombrero de ala ancha habían conseguido que Sophie empezara a brillar de nuevo.

Celos de sí mismo… También tenía gracia, después de todo.

55



Al día siguiente, galopó en su semental hacia el orfanato St. Joseph. Se había escrito con el dueño del edificio para concertar una cita y tratar un tema importante. Clara, la niña de ojos grises, le sonrió con adoración cuando lo vio. Se acercó y la besó en la mejilla.

—¿Cómo han ido estas semanas?

—Muy bien, milord.

—No me llames así, ya sabes por qué —la reprendió con ternura.

—Claro, mi… —Se cubrió la boca con una mano reprimiendo una risita.

—He venido a ver al señor Daniel Birds, ¿ha llegado ya?

—Sí, le está esperando en la salita de música. Está hablando con el profesor de baile.

Se despidió de Clara y subió la escalera.

—Buenos días —saludó a ambos con cortesía. Los tres hicieron una reverencia.

—Mis felicitaciones, milord —le dedicó el señor Birds con sinceridad—, se ha casado con una gran dama.

Él asintió a modo de agradecimiento. El profesor se despidió de ellos dejándolos solos. El dueño del edificio sacó unos papeles de una carpeta que sostenía entre las manos y se los entregó.

—Espero que esté todo tal y como usted me pidió. A pesar de querer mucho a estos niños —se entristeció—, jamás podré darles lo que usted sí puede. Me duele, pero sé que he tomado la mejor decisión para ellos.

—Puede estar tranquilo, ha tomado la decisión correcta. —Le sonrió. Analizó las hojas, las dobló a conciencia y se las introdujo en un bolsillo dentro de la chaqueta—. Gracias, señor Birds.

—Gracias a usted, milord, no se imagina lo que ha hecho por mí… —Su voz denotaba tal emoción que se quitó las lentes para secarse las lágrimas con un pañuelo.

Se apretaron las manos y el viudo de ocho hijos se fue. Salió tras él y en el pasillo se chocó con la niña de los ojos grises.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Arrugó el cejo.

—No se debe blasfemar. —Le sonreía de oreja a oreja.

—Clara, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

—El suficiente. —Se soltó y se alejó de él dando saltitos hasta desaparecer.

Tras estar un rato con los niños, cogió las riendas de su caballo y, jinete y corcel, galoparon al centro de Londres, concretamente a un despacho de abogados que le había recomendado Nicholas, en Pall Mall.

—Milord —un joven lacayo le permitió la entrada con una solemne reverencia—, le están esperando.

Subieron una ancha escalinata de mármol impoluta y entraron en la primera puerta de la izquierda. El señor Pierce Jefferson estaba tras su elegante escritorio. Al verlo, se puso en pie e inclinó la cabeza. Le señaló un sillón que existía frente a la gran mesa tapizada. Esto era elegancia en estado puro, no como el despacho del ratón de Adam Lander…

—Le agradezco su visita, milord. —Su expresión era de seria concentración.

—Yo le agradezco haberme hecho un hueco en su apretada agenda. —Tomó asiento y cruzó una pierna sobre la otra—. En nuestra última correspondencia me aseguró que ya habían traspasado toda la documentación que Adam Lander poseía sobre mi familia.

—Así es. —Asintió—. ¿En qué puedo ayudarle?

Le tendió los papeles que traía en la chaqueta. El abogado los leyó detenidamente y sonrió.

—Quiero que lo ponga a su nombre —le pidió con seriedad.

—Realizaré los acuerdos pertinentes y, en unos días, estará todo hecho.

—También quería hablar sobre mis propiedades —se incorporó y comenzó a pasear por la habitación hasta dar con una baja ventana—, todo nos pertenecerá a los dos a partes iguales y no tendrá asignación económica, podrá gastar lo que guste y cuando guste sin que nadie me avise, ¿lo ha entendido?

—Por supuesto, milord.

James, entonces, se despidió de él hasta recibir noticias suyas en los próximos días.

Montó en su semental purasangre y, con un regocijo en el estómago, cabalgó por la campiña inglesa hacia Brighton, aunque, claro, antes de llegar a la residencia de sus suegros, tuvo que cambiarse de ropa y colocarse el pañuelo y el sombrero de ala ancha.

56



Como cada día desde hacía tres semanas, Sophie se despertó pasada la hora de comer. En camisón y con una sonrisa fresca, fue a las cocinas donde se sirvió una taza de leche caliente y se comió un sándwich.

La servidumbre ya no estaba escandalizada de verla allí. A medida que iban pasando los días, la recibían con cariño y le comentaban los chismes del pueblo. Nadie le había preguntado por qué no hablaba, ni siquiera le dirigían miradas extrañas cuando gesticulaba para decirles algo. Además, el enmascarado la había obligado a no utilizar papel y pluma con él, así que tampoco los usó con el resto.

Cuando terminó de desayunar, tomó una bandeja y colocó en ella tostadas con mermelada de frambuesa y una taza de café con la esperanza de poder verle, llevaba dos días sin saber de él.

Al llegar al saloncito de la *suite*, tocó la puerta de sus aposentos, pero no oyó ni un solo ruido. Posó la comida en el suelo y abrió despacio. Estaba vacía… otra vez. ¿Dónde se habría metido? ¿Se habría cansado de velar por su seguridad?

Apenada, le entregó el desayuno al lacayo que le subió agua caliente para su baño.

Ese día decidió peinarse con dos trenzas sobre sus hombros y ponerse un vestido de lana en verde oscuro, informal, cómodo y abrigado, hacía un frío de mil demonios a finales de noviembre. Se calzó con unas botas forradas por dentro, se puso los guantes, se colocó la capa de terciopelo con capucha a juego y se dirigió a los establos a por su yegua.

Galopó hacia la playa, se bajó de un salto y, sujetando las riendas, ambas compañeras de viaje pasearon por todo el largo de la orilla. Esa parte del mar, relativamente cerca de su casa, era una gran costa constituida por numerosos escondites a modo de calas pequeñas, invisibles para los desconocidos. Podían resultar como rincones románticos perfectos para amantes.

James…

Se acercó al agua oscura y permitió que las fuertes olas le humedecieran el rostro por la intensa bruma marina. El mar estaba revuelto, al igual que su interior. No había dejado de pensar

en su esposo un solo instante y, cuando el enmascarado estaba a su lado, más todavía. El misterioso individuo había resultado ser toda una sorpresa.

Desde aquella noche en la que bailaron juntos y Sophie, por primera vez en mucho tiempo, sonrió feliz, se había creado un vínculo especial entre ellos que se estaba haciendo más y más fuerte, hasta el punto de echarlo de menos esos dos días que no le había visto.

Ya no se asustaba cuando aparecía entre las sombras de su dormitorio. Daban paseos todas las noches, a pesar del frío, por Brighton, cuando las calles dormían, para no ser vistos por nadie.

Y cuando el enmascarado se acercaba a ella para quitarle las cintas de la muñeca, cuando apreciaba su aroma a jabón, era cuando su mente evocaba a su esposo y su corazón daba infinitos vuelcos cortándole la respiración. Se preguntaba una y otra vez qué estaría haciendo en Londres, si habría asistido a algún baile de la temporada de otoño, si ya le habían preguntado por su matrimonio, si la gente cuchichearía a sus espaldas, si le habrían cerrado algún círculo o prohibido la entrada a alguna casa…

Su alma lo llamaba a gritos, su garganta silenciosa intentaba rugir su nombre, sus labios se entreabrían cada vez que recordaba sus besos, el aire que inhalaba era profundo cuando cerraba los ojos e inmortalizaba en su mente el cuerpo de su marido sobre el suyo, las manos de él recorriéndole con suavidad y ternura su propio cuerpo.

Una parte de sí misma se negaba a creer que todo aquello había sido mentira, que no solamente ella había sentido girar todo su mundo con un leve contacto de ese hombre, con una mirada suya…

Todavía le atormentaban las imágenes de James con la doncella, con *lady* Sarah, el testamento de Alexander… Pero también se repetían otras en las que James la salvaba del hombre del callejón, en las que el pequeño Jamie le hablaba sobre la tristeza de su tío James…

Contemplando las grandes olas que no asustaban ni a Sophie ni a la yegua, soltó una risita al imaginarse el cuerpo de James bajo las ropas cubiertas del enmascarado. Ese podría ser su hombre perfecto, ambos poseían los dos aspectos esenciales para que ella fuera feliz: la confianza y el amor.

Lo que sí constituía una verdad que ya había aceptado era que con los dos se sentía protegida y segura. Eran los únicos que la conocían de verdad, solo con ellos era ella misma.

Suspiró.

El ruido del agua chocando contra las rocas o deslizándose sobre la fina arena blanca le provocaban un estado de tal tranquilidad que podría tirarse horas y horas saboreando aquella sensación con la vista del mar embravecido ante sus ojos.

Y eso fue lo que hizo, se sentó abrazándose las piernas flexionadas y se cubrió con la capa de terciopelo. La luz era perfecta, y los colores de las nubes grises y moradas, el marrón viejo de los árboles sin hojas, el verde y anaranjado desgastados de los campos eran impresionantes. Las manos le hormiguearon por primera vez en mucho tiempo…

—Ejem. —Alguien carraspeó en su oído.

Se incorporó de golpe, giró sobre sus talones y lo vio.

¡Por fin!

57



El viento arrojó su capucha a la espalda y las manos enguantadas del enmascarado sostuvieron en alto sus trenzas. Sophie sonrió con timidez.

Se fijó en él, parecía desaliñado, como si se hubiese vestido con prisas.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —le preguntó con su fingida ronquera.

En ese instante, se percató de que la noche estaba cayendo y ni se había dado cuenta. El largo rato que había disfrutado en la playa le había parecido un minuto escaso.

Entonces, colocó los brazos en jarras y lo observó frunciendo el ceño. Le hizo un gesto con la cabeza, exigiéndole una explicación por su ausencia. Él soltó un siseo a modo de risa.

—¿Qué pasa, me has echado de menos? ¿Nunca te has dado cuenta de que si solo me ves por las noches es porque durante el día no estoy aquí? —Arqueó las cejas.

Sophie se quedó perpleja ante aquella respuesta. Había pensado que su ausencia durante la jornada era para que ningún sirviente lo viera. ¿Y cuándo dormía?, le preguntó con gestos.

—Ya dormiré cuando me muera. —Suspiró—. Me muero de hambre. He hecho un camino bastante largo sin nada en el estómago. ¿Vamos?

Ella sonrió y asintió. Se montaron en sus respectivos caballos y fueron hasta los establos. Allí, él desapareció, y cuando Sophie subió a su habitación una bandeja con cena, el enmascarado estaba ya sentado en el taburete frente al caballete. Un candelabro iluminaba la estancia. Un sentimiento de nostalgia se apoderó de ella. En otra época, esa tarde se hubiese llevado un lienzo al mar y hubiese estado pintando sin descansar.

—Me estaba preguntando… —señaló—, ¿cuándo veré un cuadro hecho por tus propias manos?

Sophie posó la bandeja en la mesita que había entre los dos sofás, al otro lado del balcón, esquivando su mirada. Él suspiró con pesar, o eso le pareció, y degustó, de espaldas a ella, el pescado al horno y las verduras asadas.

—Bueno —dijo, una vez hubo terminado—, hoy probaremos algo nuevo. Me quitaré el

pañuelo.

Sophie abrió los ojos desmesuradamente. Oh, Dios mío… ¡Iba a ver su rostro!

Pero el fantasma, como si hubiera leído sus pensamientos, añadió con diversión:

—Pero te lo pondré a ti, no me verás.

Con reticencia, aceptó. Se situó en medio del dormitorio dándole la espalda. Pasados unos instantes de nerviosismo, le colocó el pañuelo de seda negra doblado de tal manera que por muchos esfuerzos que hiciera no conseguía distinguir nada.

—¿Ves algo? —susurró con ronquera.

Sophie negó con la cabeza.

—Bien —susurró de nuevo—, empecemos.

La tomó de las manos y le quitó los guantes tan despacio que le erizó la piel. Le dio varias vueltas sobre sí misma haciéndola avanzar unos pasos, no sabía en qué dirección, hasta que se detuvieron y la soltó.

—¿Has jugado alguna vez al escondite a oscuras? —Su tono de voz era apenas audible y le venía a ráfagas, como si estuviera girando a su alrededor para desconcentrarla—. Ahora tienes que atraparme. Utiliza el resto de tus sentidos.

Sin entender muy bien por qué hacían aquello, avanzó con los brazos extendidos. El fuerte sonido del viento sobre la cristalera, a su derecha, era tan cercano que supo dónde se encontraba: a su espalda estaba el caballete. Dio media vuelta y sus pies se chocaron con un sofá.

Oyó un sonido seco a su izquierda… Rodeó el sillón y continuó con mucho cuidado y los brazos en alto hacia la otra pared. Pero un siseo a su derecha hizo que girara la cabeza en esa dirección. Sus desnudos dedos intentaron agarrar algo, sin éxito. Caminó más segura, pero se chocó con la cama, cayéndose sobre el colchón. El enmascarado soltó una risita.

—Lo que pretendo es que explores el resto de tus sentidos. Juegas con dos desventajas, la carencia de vista y de voz, pero eso no impide que puedas dar conmigo. Si te reprimes, no avanzarás.

Sophie colocó los brazos en jarras y suspiró. En el fondo, no quería rendirse, tenía la esperanza de conseguir aquello que necesitaba para poder quitarse el pañuelo.

Un chasqueo de lengua cercano a ella hizo que rodeara la cama, sujetándose al dosel, y continuó hacia el vestidor, palpando el empapelado de la pared.

Entonces, un cálido aliento rozó su nuca y su cuerpo giró con tanta rapidez que se chocó contra algo duro y flexible, que se acopló a su cuerpo abrazándola por la cintura.

Le había atrapado… ¿o la había atrapado él?

Las manos desnudas de Sophie recorrieron el abdomen y el firme torso de aquel hombre. Ascendieron con lentitud sobre sus fuertes brazos. Escuchó su respiración entrecortada cuando alcanzó su cuello y rozó sus cabellos atados con una fina cinta, cuya suavidad erizó su piel. Las caderas de ambos estaban tan pegadas que notó a la perfección el deseo del enmascarado…

De pronto, sintió miedo. Aquel olor a jabón, aquel calor que la obligaba a contener el aliento, aquel cuerpo que le provocaba unas sensaciones que hacía tiempo que no sentía…

Tuvo que humedecerse los labios, se le había secado la boca. El corazón quería salírsele de su pecho. El nudo en su garganta surgió en un instante. Estaba acorralada. Parecía James, pero no era él…

Y el enmascarado se percató de su dolor. Tomó sus manos y, con delicadeza, la alejó de su cuerpo.

—Cuando escuches la puerta —le susurró al oído—, puedes quitarte la tela de los ojos.

Cuando se deshizo del pañuelo, lo atrajo hacia el rostro, inhalando el aroma tan característico

del… enmascarado, ¿quién si no?

Se sintió tan mal, como si acabara de traicionar a James, que se puso el camisón con rapidez, se tapó con las sábanas y el cubrecama hasta la cabeza. Quiso llorar, pero no le salió una sola lágrima.

58



A la mañana siguiente, no había ninguna rosa azul en la almohada, pero sí una nota escrita en un lienzo, cada letra con un color diferente:

«Te espero en la playa. Tráete comida».

¡Pero si hacía un día horrible! Llovía mucho.

Se vistió de terciopelo y, por primera vez desde que se casó, eligió otro color que no era el verde: granate. Se peinó con una coleta ladeada y se pellizcó las pálidas mejillas frente al espejo. Escogió la capa a juego, forrada por dentro con piel.

Una de las doncellas le preparó una cesta con fruta, sándwiches variados y una botella de vino. A continuación, la muchacha le guiñó un ojo… ¡La habían pillado con el enmascarado viviendo con ella!

—El corcel negro tan imponente de su esposo ha sido la comidilla de los encargados de las caballerizas desde el principio —le aclaró.

Soltó todo el aire que había retenido, aliviada, pensaban que era James.

—¡Es tan romántico lo que están haciendo!

—¡Lorna! —le reprendió la cocinera con los brazos en jarras—. Si *lady* Asten no nos ha informado sobre la presencia de su esposo, y él tampoco ha querido mostrarse, por algo será. No es de tu incumbencia, y mucho menos has de opinar al respecto, jovencita.

La doncella se puso muy colorada, pero Sophie le acarició el brazo para que no se preocuparan.

Con ánimo renovado, partió rumbo a la playa.

Cuando alcanzó la orilla, su capa estaba empapada, por lo que guio a la yegua hacia una arboleda para guarecerse de la lluvia.

Oyó un crujido en el suelo, pero no vio a nadie.

—Hola, preciosa —le susurró el enmascarado a su espalda—. Hoy jugaremos a otra cosa. —Le colocó la seda negra sobre los ojos.

Ella gruñó. La noche anterior se había quedado bastante aturdida, con el corazón y la mente enfrascados en una batalla de sentimientos contrarios. No quería sentirse así de nuevo… ¿o tal vez sí?

—Ahora —la cogió de las manos—, sentirás la naturaleza a tu alrededor. Si has pintado toda tu vida, apreciarás las cosas de un modo distinto a como las puedo ver yo. Sophie —susurró a su oído y su cercanía le erizó la piel—, tienes un don: observas desde el corazón. Y, ahora, no te reprimas. —La empujó suavemente, pero ella se aferró a su brazo, tenía miedo a caerse—. Estás rodeada de hierba mojada.

Aunque había cesado la lluvia, aspiró el inconfundible aroma del campo bañado por el agua de las nubes. Se imaginó un escenario cuyo suelo era un manto acolchado a sus pies, de color violeta oscuro. Anduvieron por aquel paraje cómodo y tranquilo. Un leve sonido de gorriones le avisó de que la tormenta le había dado un respiro al sol, cuyos rayos le acariciaron el rostro como si se trataran de dos manos increíblemente suaves al tacto.

Cada vez con más confianza, se soltó de su acompañante, abrió los brazos en cruz y, sonriendo, dio lentas vueltas sobre sí misma. Se le soltó poco a poco la coleta y sus lacios mechones acariciaron su espalda y sus hombros a modo de danza. Sus manos, como si tomaran vida propia, comenzaron a hacer círculos. Su cuerpo no tardó en unirse a aquel baile imaginario.

Entonces, los brazos de James la levantaron haciéndola volar. Unas carcajadas mudas se unieron a su corazón desbocado, unas inmensas ganas de gritar de pura felicidad la invadieron. Sus manos hormiguearon, ansiosas por pintar lo que estaba sintiendo. Si tuviera un lienzo en blanco frente a ella, utilizaría todos los colores del mundo para describir esa sensación tan… ¡perfecta!

Demasiado pronto para su gusto, su esposo la depositó en el suelo, le quitó la venda de los ojos y…

El hechizo se rompió. Se cubrió la boca, horrorizada. ¡Había sido una completa estúpida! No era James, sino el enmascarado…

La «diversión» terminó por ese día. Tomó las riendas de su yegua, se montó y salió a galope tendido hacia su casa. Subió corriendo a su *suite* y se encerró en su habitación, tocándose el pecho, el corazón le latía de manera apresurada. Estaba engañando a James… Se estaba comportando como una libertina…

59



A la mañana siguiente, una rosa azul descansaba en su almohada, pero Sophie, llena de remordimientos, la ignoró. Y decidió no salir de sus aposentos en todo el día.

Una doncella le entregó una carta de su madre. En ella, Gabrielle le comunicaba que habían adelantado las vacaciones de Navidad y partirían a Brighton el primero de diciembre.

Para eso quedaban unos pocos días.

¿Qué pensaba hacer Sophie durante un mes con su familia sin pronunciar una sola palabra? Lamentándolo mucho, ese año las Navidades tendría que vivirlas en Londres, lejos de todo el mundo, encerrada en la mansión, y perdiéndose la magnífica fiesta que los condes de Dorset daban para festejar el fin de año.

Escribió la respuesta a su madre alegando que, por el escándalo, no tenía ganas de enfrentarse a la alta sociedad, por lo que regresaba a Londres, a su nuevo hogar. No deseaba preocupar a sus padres, y tampoco estaba preparada, quizás no lo estuviera nunca, para contarles la verdad.

«James tampoco me contó la verdad por miedo…».

La respuesta de Gabrielle llegó la tarde siguiente:

> Querida señora mía:
>
> Siento comunicarte que estás equivocada. No puedes mantenerte encerrada, te hemos educado para que nunca te escondas al mundo, por mucho que siempre lo hayas hecho…
>
> Cuando tu padre y yo nos casamos, lo hicimos por amor, y no ocultamos lo mucho que nos amábamos. ¿Saltó un escándalo? Sí, porque la sociedad es tan fría que nuestras muestras de cariño estaban muy mal vistas. Pero no nos escondimos, como tampoco se escondieron Nicholas y Brianna en su momento, y siguen sin hacerlo, y les respetan tanto como a tu padre y a mí.
>
> Cariño, sé que algo ha pasado entre tu esposo y tú… Cuando se publicó vuestra boda en el periódico, y en portada, nada menos, y fuimos a visitaros, no hizo falta que te preguntara si te sucedía algo, tus ojos no brillaban con la misma intensidad que la noche en que os casasteis. Y pude comprobar la fugaz sorpresa en los ojos de tu marido al sentarte a su lado y cogerle del brazo.

Sea lo que sea que haya hecho que huyas a Brighton, ten por seguro que lejos del amor no está la solución. El tiempo que requieras para estar sola únicamente contribuirá a que le necesites más cerca de ti, ¿o me equivoco?

Y sabes que tengo razón porque, si no, no te hubieran entrado tantas prisas por volver a Londres al avisarte de que iríamos antes de lo previsto…

Con todo mi amor,
Tu *maman*

Se limpió las lágrimas que empapaban sus mejillas como dos ríos…

Dio un respingo. ¡Estaba llorando! ¡No podía creérselo! Ese nudo en la garganta que tenía desde que había despertado del trance, ¡por fin!, había explotado. Las risas se mezclaron con los sollozos, entre temblores de dicha. Pensó en James y quiso correr en su busca, gritando de felicidad, pero…

De su garganta no salió un solo sonido.

Y estaba en Brighton, lejos de él.

Se desinfló… La realidad seguía siendo la misma.

Pero su amor por él, en ese momento, era más poderoso que nunca, su corazón latía tan rápido y tan fuerte…

Y frenó en seco al recordar lo que James le dijo una vez:

«Porque te amo. Jamás te he mentido en eso».

¿Y si no le había engañado en sus sentimientos? ¿Podría confiar en él de nuevo?

Suspiró. Solo había una manera de responder a esas preguntas: regresar a Londres, pero no para esconderse y que sus padres no se enterasen de su «pequeño problema».

Regresaba a Londres por James.

60



—¡El diluvio universal! —exclamó él, tendiéndole el abrigo a su mayordomo.

—Pues parece que te encanta —dijo su hermana desde la escalera.

Le dedicó una amplia sonrisa y la besó en la mejilla de forma sonora.

—¡Quita! —Se apartó ella—. Estás calado hasta los huesos. Pero antes de cambiarte, he de decirte algo —añadió seria.

Fueron al despacho. Su hermana tomó asiento haciendo una mueca.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado.

—Me duele muchísimo la espalda. Es normal por el embarazo, pero este niño va a ser más fuerte que los otros. —Se acarició la abultada tripa con ternura.

—¿Cómo sabes que es un niño? —Arrugó el ceño, confuso.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, me ha escrito Sophie, vuelve a Londres, salía esta mañana a primera hora. —Entrecerró los ojos, perspicaz—: ¿Por qué no te sorprende?

—Bueno… —Carraspeó—. Tarde o temprano iba a regresar. De todas formas, iré a su encuentro, por si a Maximilian se le ocurre hacer algo.

Desde la tunda de puñetazos que le dio en su club, no había vuelto a ver a sus esbirros alrededor de la mansión ni en Brighton vigilando a Sophie, pero no se fiaba, en cualquier momento actuaría, estaba avisado.

—¡Hombre! —Michael apareció, seguido de Allan, Stuart y Nicholas—. ¡El hijo pródigo ha vuelto!

Esa panda de granujas hizo una graciosa reverencia a sus pies y no pudo más que estallar en carcajadas. Sentía unas ganas locas de salir a la calle y gritar.

—Ahora que lo pienso —dijo Brianna—, no es buena idea que vayas tú a por ella, dada vuestra… situación marital.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Nicholas, ayudando a su esposa a levantarse.

Ella les contó la buenísima noticia.

—Estoy de acuerdo con Brianna —apuntó Stuart, serio—. Deberíamos ir alguno de nosotros a su encuentro, no tú.

Como ya era tarde, cenaron y, a continuación, Nicholas y Michael fueron a buscar a Sophie. Stuart y Allan se tomaron la noche libre, acababa de comenzar el mes de diciembre, en Londres ya olía a Navidad y el ambiente era festivo.

James estaba tan nervioso que no había probado bocado. Hacía un mes que Sophie no le «veía»… ¿Le ignoraría? ¿Le habría perdonado?

Con el estómago en un puño y sin saber en qué malgastar los minutos de espera, decidió acostar a sus sobrinos para que su hermana descansara.

La habitación de Jamie y Emma estaba justo enfrente de la de Sophie. Se pusieron el pijama mientras James se acomodaba en la cama de la niña con un libro de cuentos infantiles entre las manos. Después, y hasta que se quedaron dormidos, les leyó *La Bella Durmiente*[1], a petición de su preciosa sobrina. Cuando los arropó, los miró embelesado deseando con todas sus fuerzas poder formar una familia con su esposa, ojalá…

Al salir al pasillo…, se quedó sin aliento. Una luz se filtraba por la rendija del dormitorio de su esposa. Pegó la oreja a la puerta y escuchó a Claudia y a Brianna dándole la bienvenida a Sophie…

«Oh, Dios… ¿Y ahora qué hago?», pensó, con el corazón acelerado.

Respiró hondo con fuerza y llamó. Automáticamente, se hizo el silencio. La doncella abrió y le permitió pasar. Ella y Brianna desaparecieron en un instante.

—Hola —la saludó James en un tono apenas audible por los nervios.

Sophie, con la boca entreabierta, correspondió con una rígida inclinación de cabeza. Se fijó en que el bajo escote de su vestido, de terciopelo verde oscuro con adornos dorados, subía y bajaba de manera frenética. También estaba nerviosa. Eso era buena señal.

—Supongo que querrás descansar. —Se acercó a la chimenea y avivó las llamas—. ¿Tienes hambre?

Ella no respondió, tampoco se movió… Alarmado, la tomó de las manos desnudas y comprobó que la temperatura de su piel era cálida. Sus rasgados ojos le miraban sin perder detalle.

—¿Estás bien? —le susurró él.

A la luz de las velas esparcidas en cuatro candelabros colgados en las paredes, se veía más hermosa que nunca, con las pupilas dilatadas y las mejillas sonrosadas. Su boca, húmeda, lo excitó tanto que tiró al traste todo su autocontrol y se inclinó lentamente con una única intención.

Pero ella se alejó con rapidez y torpeza, y alzó el mentón, orgullosa.

James ocultó una sonrisa. No le engañaba, se moría por él, tanto como él por ella.

Paciencia, se dijo, no estaba todo perdido. Ya no.

—Buenas noches, *milady*. —Hizo una solemne reverencia y se marchó.

61



—¡Cuidado! —exclamó malhumorado Michael, protegiéndose de sus feroces ataques—. Dejémoslo por hoy, ¿quieres?

Entraron en un apartado de las caballerizas para resguardarse del frío, estaba nevando.

—Me has machacado —se quejó su amigo, tocándose la mandíbula—, cómo se nota que ha llegado tu esposa.

—¿Tenéis algún plan para hoy?

—Stuart y Allan dormirán hasta pasado el mediodía, estoy convencido. ¿Por qué lo preguntas?

—Se me ha ocurrido que podíamos ir a Hyde Park a patinar sobre hielo en el lago.

Michael asintió.

Tras haberse aseado y vestido, se dirigió al salón comedor.

—¡*Oa, tí*! —lo saludó su sobrina, abrazándole la pierna.

—Hola, preciosa. —La cogió en brazos y le besó la mejilla repetidas veces hasta escuchar sus dulces carcajadas.

Cuando Sophie apareció, vestida de color marfil, lo hizo con una pose de fría elegancia, pero, al cruzar sus miradas, se sonrojó y casi corrió hacia un asiento alejado del suyo.

No pudo más que admirar a la impresionante mujer que había convertido en su esposa. Estaba deseando ir a una fiesta con su brazo colgando del suyo, mostrándola a todo el mundo.

—Cariño —le dijo James a la niña—, ¿sabes patinar sobre hielo?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué te parece si te enseño? —Y dirigiéndose a Jamie, añadió—: ¿Te apetece a ti también?

—¡Sí! —respondieron ambos al unísono, locos de emoción.

—Pues no se hable más. ¿Quién más se apunta?

Al final, fueron todos menos Stuart y Allan, que seguían durmiendo. Dora les preparó un gran picnic por si decidían disfrutar de la nieve y el patinaje hasta el crepúsculo.

Se detuvieron en un establecimiento que había en Picadilly, donde compraron patines para todos. Enfrente, existía una tienda de chocolate y gominolas en la que también entraron.

Ya en Hyde Park, caminaron sobre nieve hasta llegar al lago. Sophie lo ignoraba, evitaba estar a su lado y, cuando la pillaba mirándole, porque claramente lo espiaba a la mínima ocasión, enarcaba una ceja con tal orgullo que le daba un vuelco al corazón, porque, todo fuera dicho, había algo distinto en ella, en sus ojos, algo había cambiado.

—¡Hola! —*Lady* Alice y *lady* Bess acudieron a su encuentro.

—¿Cómo se encuentran? —saludó cortésmente Michael.

—¡Qué alegría verlos! —exclamó *lady* Bess, la gemela extrovertida—. ¿Van a patinar?

—Yo lo intentaré —comentó Michael, sonriendo.

—¿Vendrán este viernes al baile de los marqueses de Whiterspoon? —se interesó *lady* Alice.

—Te has adelantado, querida mía —la reprendió cariñosamente la marquesa, apareciendo al lado de James—. Íbamos a ir a visitaros a la hora del té para llevaros las invitaciones. —Les dedicó una sincera sonrisa.

—Será un gran honor, *milady* —aceptó Brianna.

—¿Y, usted, *lady* Asten —se acercó a Sophie—, le gustaría asistir? Después de todo, aún no ha sido presentada en ningún baile como la duquesa de su apuesto y romántico esposo. Y será un gran honor para nosotros que vinieran.

Para asombro de los presentes, Sophie asintió con dulzura.

—Aunque deberían dar una fiesta. —Le devolvió el gesto—. El amor debería celebrarse siempre.

—Bueno, nosotras nos vamos. Hemos quedado con su hija, *milady* —explicó *lady* Alice a la marquesa.

—Está en casa. Voy con vosotras, mis queridas niñas.

Y se marcharon.

Ellos alcanzaron un banco a los pies de la inmensa pista helada donde numerosos niños y algunas parejas disfrutaban patinando. James ayudó a Emma y a Jamie a calzarse. Brianna y Nicholas se perdieron por el lago como amantes deseosos de pasar un tiempo a solas sin esconder los sentimientos que se profesaban el uno al otro. Y Sophie, una experta en ese deporte, fue quien enseñó a Michael.

—Lección número uno —les dijo James a sus sobrinos—, nunca debéis soltaros la mano.

Obedecieron con una concentración pasmosa.

—Lección número dos: os vais a caer, eso seguro.

—¿*Dele*? —Emma había empalidecido.

—No te preocupes, tesoro —le pellizcó la nariz—, eres muy pequeña, por lo que tu punto de gravedad es muy bajo. Eso quiere decir que no te dolerá.

Ella funció el ceño, confusa.

—Que me dolerá más a mí que a ti —le dijo Jamie, sonriéndole con ánimo.

James se conmovió ante la escena, les recordaban a él y a su hermana cuando eran pequeños. Gracias a Dios que Nicholas no era como Alexander…

—Ahora —tomó de la mano a cada uno—, ¿empezamos?

Con mucha paciencia y transcurridas un par de horas, los niños consiguieron mantenerse en pie y patinar con cierta soltura.

—¿Por qué no te vas a patinar solo? —le sugirió Nicholas—. Yo me quedo.

Brianna se sentó sobre la nieve de alrededor de la pista con las piernas extendidas y una sonrisa de felicidad que les contagió.

James buscó por el lago helado a la otra pareja. Estaban en el centro y daban vueltas cogidos de la mano. Gruñó, celoso. Al alcanzarlos, recalculó mal el peso adrede y se chocó con Michael, tirándolo al suelo. Sophie le miró enfadada.

—Lo siento —masculló, ayudándole a incorporarse, pero no lo lamentaba en absoluto.

—Capto cuándo sobro, milord —se burló su amigo con picardía, y los dejó solos.

Su esposa patinó detrás de Michael, pero James no se lo permitió, se cruzó en su camino.

—¿No te gustaría… —movió los pies— conmigo? Vamos, no te decepcionaré. —Arqueó las cejas—. Además, recuerda que estamos profundamente enamorados.

Se observaron un instante. Sophie tenía las mejillas sonrosadas por el frío y sus almendrados ojos brillaban con intensidad. Entonces, le dedicó una tímida sonrisa tan bonita que a él le temblaron las manos cuando la sujetó por la cintura y comenzaron a deslizarse por la pista.

Hacían una pareja perfecta. Movían las piernas y los pies como si estuvieran flotando bajo diminutos copos de nieve que parecían envolverlos en una burbuja de ensueño.

Atrevido, la hizo girar varias veces como si estuvieran bailando, manteniendo el equilibrio con una soltura innata. Todo desapareció, excepto ellos dos.

La sonrisa de Sophie resplandecía más a cada instante. Su sombrero, debido a los movimientos, se perdió por el hielo y sus cabellos danzaron libres enmarcando su bello rostro. James gimió y fue deteniéndolos con suavidad. Acunó sus mejillas entre las manos y, sin poder contenerse más, la besó con ternura en los labios.

Se quedaron mirándose con las respiraciones entrecortadas acariciándose de lo cerca que estaban el uno del otro.

—Mi dulce Sophie…

Entonces, numerosos aplausos los devolvieron al presente. Al elevar la mirada, se encontró en el centro de un amplio círculo de damas y caballeros que les sonreían con admiración.

James alzó la mano de su esposa y ambos hicieron una graciosa reverencia.

«Me amas —le dijo a través de sus ojos—, ya no me importa el tiempo que he de esperar a que me perdones, sé que lo harás. Ahora lo sé».

Pero todo se estropeó en un segundo: *lady* Sarah surgió de repente y chocó con ellos obligándolos a separarse.

—Disculpe, milord —ignoró a Sophie—, soy tan torpe… ¿Le importaría ayudarme unos minutos a aprender a mantenerme en pie?

Su educación, y que era la hija de los marqueses de Whiterspoon, le impidió negarse.

—Será un placer —mintió con su sonrisa más cortés.

Su esposa gruñó y salió de la pista a paso airado, celosa y enfadada.

Muy enfadada.

62



El humor de James se fue oscureciendo a medida que se acercaba la fiesta de los marqueses de Whiterspoon. No había coincidido con Sophie, y eso que no habían podido salir de la mansión debido al temporal de nieve que asolaba Londres, pero ella le evitaba, los celos y el enojo todavía le duraban, ¡maldición!

Harto de que siempre hubiera algo que los alejase cuando se acercaban, llamó a su habitación la mañana de la fiesta. Le abrió la propia Sophie, con el pelo alborotado y el rostro con huellas de sueño, recién despierta.

Le miró bien erguida, cruzándose de brazos.

—Venía a preguntarte si tenías algo en mente para Navidad —le dijo James, apoyándose en el marco de la puerta, fingiendo una despreocupación que no sentía.

Ella movió los hombros, haciendo que el escote del camisón cediera, vislumbrándose así la parte de arriba de sus deliciosos pechos. Su miembro se endureció al instante, fue irremediable, por lo que entró en la estancia sin ser invitado y prendió troncos en la chimenea, a ver si así mantenía la mente en otra cosa y no le tiraban las costuras del pantalón…

—Tu madre me escribió ayer —le contó—. No se fueron a Brighton al final, están en Londres. ¿Quieres pasar la Nochebuena con ellos?

Sophie negó con la cabeza. Desapareció en su pequeña biblioteca y, unos segundos después, le entregó una nota:

—«No quiero que sepan que no puedo hablar».

—Creo que deberían saberlo —le dijo con delicadeza—. ¿Vas a evitarles hasta que recuperes la voz? Podemos ir hoy si quieres. Cuanto antes, mejor.

Ella suspiró, pero asintió.

Cuando estuvo preparada, fueron en el carruaje hasta la casa de sus suegros sin dirigirse una sola mirada. En la puerta, Sophie entrelazó su brazo con el suyo y dibujó una sonrisa que, para cualquiera que la conociese, era tan falsa que le hizo gracia a James.

—¡Hola! —exclamó la condesa, en el vestíbulo. Les dio un beso a ambos y abrazó a su hija —. Hoy es un día cargado de sorpresas.

—Buenos días, Gabrielle —correspondió James.

Tomaron un té en la salita donde Sophie y él se besaron por primera vez…

—¿Cuándo volviste de Brighton? —le preguntó la condesa a Sophie.

—Fui yo quien le pidió que regresara y… —comenzó él.

—Me gustaría que me respondiera ella, si no te importa —le interrumpió con sequedad.

Su esposa se rindió. Miró a James y asintió.

—No puede hablar —le confesó él.

—Ya lo veo.

—Ocurrió algo y…

Hubo una incómoda pausa cargada de tensión.

—¡Habla de una vez, James! —exclamó Gabrielle, poniéndose en pie.

Sophie, rápidamente, cogió papel y pluma y escribió una nota.

—«Maman, no te preocupes, estoy muy bien, pero hace unos meses caí enferma y perdí la voz».

—¿Por qué no me lo has dicho, cariño? —Se le enturbió la mirada—. Tienen que verte unos especialistas. Nadie deja de hablar de repente. —Le acarició el rostro con ternura—. Ahora entiendo la razón de esconderte… ¿Vais a asistir al baile de los marqueses de Whiterspoon?

—Hace unos días nos cruzamos con la marquesa y aceptamos la invitación. No podemos declinarla, sería peor.

—Estáis en un callejón sin salida, y después de… —Se calló.

Sophie, extrañada, le hizo un gesto a su madre para que continuara.

—Lo verás esta noche con tus propios ojos. —Dirigió una significativa mirada a James. Él supo enseguida a qué se refería: lo acontecido en White's—. Y tenéis razón. Eleanor —la marquesa de Whiterspoon— ha sido una de las pocas que ha visto bien vuestro enlace y lo defiende a capa y espada. Os profesa un gran respeto a ambos.

Regresaron a casa para comer. Su esposa decidió encerrarse en su dormitorio hasta la hora en la que debían ir a la fiesta.

Sin embargo, cuando la esperaban en el *hall*, fue Claudia quien bajó las escaleras, no Sophie.

—Lo lamento, pero tendrán que partir sin ella —les informó la doncella.

—¿Qué quieres decir? —Entrecerró los ojos.

—Que no desea ir.

—Marchaos —les pidió a sus amigos—, no tardaremos. —Y añadió hacia Claudia—: Que nadie nos moleste.

Furioso porque se imaginaba el motivo de su desplante, ¡y ella no era ninguna cobarde!, abrió su cuarto con ímpetu, golpeando la pared con la puerta. Sophie, tumbada en la cama, se sobresaltó, quedando sentada.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —exclamó él, cerrando de un portazo. Ella desvió la mirada con las mejillas encendidas—. No me pienso mover de aquí hasta que te arregles. Dime por qué no quieres ir a la fiesta.

Sophie se dirigió a la biblioteca y escribió con rapidez:

—«No quiero ser el bufón de la corte».

—No lo permitiré —sentenció recordando con satisfacción el episodio de White's.

—«Y tampoco me apetece actuar, estoy harta de fingir».

—No me pareció que fingieras en Hyde Park —murmuró más calmado—, parecías encantada

de estar allí y —añadió con cierta inseguridad— patinar conmigo.

—«Mi parte favorita fue cuando pasaste toda la tarde en compañía de *lady* Sarah».

—Ya estamos otra vez…

—«Ella sabía patinar».

—¿Y qué querías que hiciera? —Frunció más el ceño—. No puedo ser descortés. Ya has oído a tu madre: la marquesa ha sido muy buena con nosotros. *Lady* Sarah es su hija —le recordó, rechinando los dientes—. ¡No puedo evitar gustarle a las mujeres!

—«¡Pues empieza a poner distancia, soy tu esposa, es indignante! Si pretendes que no me afecte, estás muy equivocado».

—Así que reconoces que te afecta... —Sonrió sin darse cuenta.

De pronto, ella lo empujó. James se tambaleó por la sorpresa, pero solo la primera vez, a partir del segundo empujón, cada vez más suaves, como si se quedara sin fuerzas, dejó que se desahogara.

Cuando paró, la tomó de las mejillas y se quedó paralizado.

—Estás llorando... —susurró incrédulo. Su esposa sonrió con timidez—. ¡Estás llorando, diantres! —La cogió por la cintura y le dio vueltas en el aire por toda la habitación, riendo como un chiquillo.

Estaba llorando... Por fin estaba despertando del trance, pero despertando de verdad, sacando las emociones bloqueadas de su interior...

Pero de pronto, aquella hermosa mujer frunció el ceño y él la posó en el suelo.

—Ya se han ido todos —le dijo, con la voz ronca—. Gabrielle tiene razón, no podemos escondernos y creo que te vendrá bien relacionarte.

Finalmente, asintió.

63



Él se acomodó a los pies de la cama y esperó a que saliera del vestidor. Con lo que no contaba era que surgiera ante sus ojos con el traje abierto a la espalda, sujetándoselo por el pecho, con el pelo caído hacia un lado. Su rostro tenía un rubor tan sensualmente inocente que se le secó la garganta.

Ella se giró para que le abrochara el vestido. James tuvo que carraspear para disimular un gemido. Se incorporó, dispuesto a ser su doncella, pero, al hacerlo, se fijó en que el corsé también estaba abierto. Apretó las cintas con cuidado pero con firmeza para sujetarle el… pecho.

Silenció un jadeo. ¡Dios, qué difícil era!

Cuando terminó con el vestido, le rozó la piel de los hombros mientras Sophie se colocaba despacio frente a él. Respiraba de manera entrecortada, igual que James. Se miraron a los ojos. Las llamas de la chimenea lanzaban fugaces rayos que intensificaban el rojizo de sus cabellos.

—Eres tan hermosa…

Sus brazos tomaron vida propia y rodearon despacio su cintura, pegándola a su cuerpo. Sophie se humedeció los labios, clavando los ojos en la boca entreabierta de James.

—Sophie…

«Ojalá no me rechaces».

Él se inclinó, dándole tiempo a que se apartara, rezando para que no lo hiciera…

Y no lo hizo: James la besó con toda la ternura que ella se merecía.

Sophie gimió, rindiéndose. Él lo supo, que ya no podía negar lo que les unía. Le enroscó los brazos en el cuello y le devolvió el beso sin reprimirse. Temblaban tanto… Cómo amaba a esa mujer…

Su esposa se alzó de puntillas, apretándolo contra su cuerpo, y el beso se profundizó, sus lenguas se encontraron y gimieron más alto, más fuerte, más ronco. La empujó contra la primera pared que halló a ciegas, bajó las manos a su trasero y Sophie tiró de su pelo en la nuca. Se habían echado tanto de menos que ni siquiera se detuvieron para tomar aire.

James rompió el beso, pero para resbalar la boca por su mandíbula, su cuello, su escote… Chupó su piel cuanto quiso. Y le bajó de un soberbio tirón el vestido, casi rasgando el corpiño, para poder tocar, besar y saciarse de sus gloriosos pechos.

Sophie, entre gemidos irregulares, le clavó las uñas en los hombros, arqueándose contra su lengua, sus labios y sus dedos, que no dejaron de demostrarle lo mucho que la deseaban.

Pero James no quería eso…

Con gran esfuerzo, fue ralentizando las caricias. Apoyó la frente en la suya y suspiró. Estaba a punto de explotar de placer, necesitaba hacerla a ella llegar al clímax, pero no pudo continuar.

—No puedo… —le confesó en un susurro ahogado—. Necesito esto antes que cualquier otra cosa. —Puso la mano entre sus pechos—. Lo necesito como no he necesitado nada tanto en mi vida… —Le falló la voz.

A ella se le cayó una lágrima que se secó con rapidez. Asintió, apartándose de él. La ayudó a colocarse la ropa, ambos aguantando la respiración y evitando mirarse.

Y partieron hacia la casa de los marqueses de Whiterspoon.

—¡Bienvenidos! —les saludó la marquesa con entusiasmo antes de mezclarse con el resto de los invitados.

James buscó por la estancia hasta dar con sus amigos. Estaban en una esquina, apartados del resto y con expresiones… ensombrecidas.

—Os tendríais que haber quedado —masculló Michael.

—¿Por qué? —James le ofreció una copa de champán a su esposa.

—¿No te has dado cuenta de cómo te miran los hombres? —Nicholas hizo una mueca de desagrado.

—Desde tu incidente en White's, parece como si quisieran matarte —comentó Allan con gravedad.

Sophie le apretó el brazo, interrogante, pero él prefirió no contarle nada, hizo un gesto restando importancia.

—Bueno —se encogió de hombros—, prefiero que me ataquen a mí y…

Pero no pudo continuar porque *lady* Sarah le interrumpió:

—Ya era hora de verlo, milord. —Le tendió la mano para que se la besara en el dorso.

Él la cogió y se inclinó, pero no llegó a rozarla.

—¿Cómo está? —dijo, cortés.

—Ahora muy bien, gracias. —Lo miraba con descaro, y eso lo enervó.

—Como la ha ignorado, voy a suponer, por educación, que no ha visto a mi esposa. —La abrazó por la cintura.

Entonces, a *lady* Sarah le sobrevino un ataque de tos y vertió el contenido de su copa sobre el vestido de Sophie.

—¡Cómo se atreve! —exclamó Brianna, apretando los puños a los costados.

Lo había hecho aposta, a juzgar por la malvada sonrisa que cruzó fugazmente su cara.

—Discúlpeme —fingió pesar—, debería ir al baño a arreglar el desastre, *lady* Asten. Mientras tanto, me ocuparé de que su marido esté bien atendido. —Y tiró de él para alejarlo de allí.

Sin embargo, James no se lo permitió.

—Discúlpeme usted a mí, *lady* Sarah —se soltó—, pero mi esposa necesita ayuda con esa mancha.

Agarró del brazo a una nerviosa Sophie para salir del salón. La marquesa, que no se había perdido la escena, miró furiosa a su hija y los acompañó a otra sala por una puerta lateral.

Una gran mancha rojiza oscura atravesaba en vertical la seda transparente que cubría el

terciopelo dorado del vestido de Sophie, desde el pecho hasta los muslos.

—Te regalaré veinte iguales a este —gruñó, antes de arrancarle la seda.

Sin esa tela, el escote quedaba demasiado bajo y las mangas muy cortas, pero al menos el terciopelo no se había manchado y los largos guantes la cubrían hasta por encima de los codos.

A continuación, se quitó el pañuelo de color marfil que llevaba en el cuello y se lo puso bajo el pecho, haciéndole una pequeña lazada en la espalda. Y le soltó algunos mechones para que cayeran por los hombros.

La acercó a un espejo de pie que existía pegado a la puerta. Sophie sonrió con satisfacción y, contentos ambos, regresaron a la fiesta.

Primera victoria de la noche, esperaba que no hubiera más batallas que librar.

Qué equivocado estaba…

64



Un joven caballero, que James no había visto antes, pidió bailar con su esposa y ella aceptó. Contuvo los celos a duras penas, ese tipo la miraba con lujuria descarada, no se fiaba de él. Además, cuando terminó el minué, en lugar de llevarla con su marido, la sacó del salón hacia la estancia contigua, donde James le había arreglado el vestido.

Alarmado, fue tras ellos.

—No te resistas, querida —escuchó—, ambos sabemos que puedes meterme entre tus piernas. Pienso darme este lujo antes de entregarte a él.

James corrió hasta alcanzarlos y la escena lo dejó paralizado: Sophie pataleaba tirada en el suelo; el individuo estaba sentado a horcajadas sobre ella y le sujetaba las manos por encima de la cabeza. Su esposa le escupió con desprecio.

—Serás… —La abofeteó con fuerza.

A James le hirvió la sangre… Lo agarró del cuello, levantándolo de golpe.

—Bastardo —sentenció arrojándolo a un lado.

Era tal la furia que le dominó que no paró de propinarle puñetazos y patadas. El supuesto caballero tendría su edad, era corpulento y contaba con un gran gancho de derecha, pero James no se dejó acobardar.

Con su asqueroso rostro cubierto de sangre, tuvo la desfachatez de sonreírle con maldad. James no aguantó más y, de un solo golpe en la barbilla, lo dejó inconsciente.

Una delicada mano tomó una de las suyas y se giró rápidamente para descubrir a una Sophie asustada, sollozando en silencio. Se incorporó enseguida, la estrechó entre sus brazos, temblando de ira todavía, y se sentó en un sillón meciéndola suavemente.

Tenía el vestido destrozado, el corsé hecho jirones, los cabellos enredados, un moratón en la mandíbula y un corte en el labio inferior.

Si hubiera llegado un minuto más tarde…

—¡Virgen santa! —exclamó la marquesa, seguida de Nicholas, Allan, Stuart y Michael—.

¿Estáis bien?

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Stuart.

—Escuché ruidos —explicó *lady* Whiterspoon.

—Te vimos desaparecer por aquí —añadió Nicholas.

—¿Está… muerto? —La marquesa señaló el cuerpo inerte.

James negó con la cabeza.

—Necesitamos salir de aquí sin que nadie nos vea —le pidió a la anfitriona con severidad.

Sophie escondió el rostro en su cuello y la atrajo más hacia él. El corazón aún le latía acelerado y su respiración no se normalizaba. Lo que deseaba en ese instante era borrar de su mente lo que había vivido para evitarle un sufrimiento.

—Por supuesto, muchacho, por aquí.

Una vez en casa, sin haberse separado de ella, la condujo a su habitación. Ordenó que preparasen la bañera y la deshizo de sus ropas, pero justo en el instante en que fue a soltarla por primera vez desde el incidente, Sophie se puso a gemir, sujetándole con fuerza de la camisa. Lo miró con un miedo atroz en su magullado rostro, por lo que él se quitó las botas y se introdujo vestido en el agua. Su esposa se agazapó como un ovillo en su regazo. Y, así, abrazados, estuvieron hasta que se quedó dormida. La cubrió con un albornoz y la condujo hasta la cama mojando el suelo a su paso.

Se secó el cuerpo y le pidió a su hermana que le trajera unos calzones del desván.

Esa noche no durmió, no dejó de mirarla. Gracias a Dios, ella descansó sin pesadillas.

Al alba, se reunió con Michael en el pasillo.

—Era uno de los hombres de Maximilian. Lo interrogamos cuando despertó. ¿Está bien? —Señaló la habitación.

—Duerme.

—El tipo nos ha asegurado quién fue el que inició la apuesta en White’s, y el de los rumores en el baile de anoche, el mismo que lo metió entre la flor y nata para vigilaros.

—¿Quién? —Entrecerró los ojos.

—No te gustará saberlo.

—¿Quién? —Lo agarró bruscamente por el cuello de la camisa.

—Adrien Boissieu.

65



El lado derecho de la mandíbula le pinchaba como si le clavaran un cuchillo. Abrió y cerró la boca con lentitud varias veces para desentumecer los músculos. Se incorporó de la cama y le vio, medio tumbado sobre el sofá que había acercado a la cama. Sophie se recostó sobre los almohadones y lo observó con adoración ahora que él no se daba cuenta. Le encantaba en todas sus facetas. Lo amaba sobre todas las cosas. Lo deseaba por encima de todo.

Y cómo la había defendido… Había sido horrible lo que había vivido, pero James había acudido de inmediato. No se había separado de ella desde entonces, había velado sus sueños y ahora estaba dormido a su lado, con un pie descalzo colgando en el aire y el otro apoyado en el suelo, los brazos cruzados al pecho desnudo y el pelo alborotado con un mechón rebelde sobre la frente.

Deseaba poder despertarse un día entre sus brazos los dos solos en la habitación, sin que nadie los interrumpiera, sin que nada los alejara a nivel emocional. ¿Cómo sería descansar acurrucada en su calor corporal y, al abrir los ojos, recibir un beso profundo como saludo, como marido y mujer, sin esconderse?

Entonces, James abrió los ojos y le sonrió. Sophie suspiró derretida.

Pero frunció el ceño al recordar la realidad. Él se percató y se puso serio.

—¿Te encuentras bien? ¿Te duele la cara? —le preguntó con voz ronca.

Sophie hizo un gesto para que no se preocupara y señaló la puerta y luego el baño.

James la entendió y, con la cabeza agachada y una mirada cargada de tristeza, se marchó. Mirada que estrujó el corazón de ella y le robó más de una lágrima cuando se quedó sola.

—Me alegro de que estés bien —le dijo Brianna al entrar Sophie en el salón un rato más tarde. Se abrazaron con cariño.

Emma se colgó de su pierna. Cogió a la niña en brazos y juntas vieron cómo los copos de nieve decoraban la ciudad y vestían las faldas de las montañas en un blanco impoluto.

—Podríamos tirarnos en trineo. Nosotros lo hacemos todas las Navidades con la tía Caitlin —

le contó Jamie.

A ella se le ocurrió algo. Les escribió en una nota lo que quería y Nicholas y su esposa aceptaron con una sonrisa que competía con la suya.

La pareja se encargó de comprar trineos en una tienda cerca de Regent Street como regalo para los niños.

Tendría que hablar con James, o acudir al abogado de la familia para saber cuál era su situación económica, si tendría una asignación mensual o anual. Entonces, pensó en el orfanato. Quería que estuviera totalmente acondicionado, era la duquesa de Asten, haría cualquier cosa en beneficio de los niños. Y también debía hablar con el dueño del edificio sobre los profesores que había contratado. Le ayudaría, por supuesto, sabía que el señor Birds no se podía permitir un gasto así.

—¿Nos vamos ya? —le sugirió su esposo.

Partieron en el carruaje, con sus sobrinos, hacia St. Joseph; sus amigos irían más tarde.

—¡Ha vuelto! —exclamaron los niños al verla entrar en el orfanato.

—Bienvenida de nuevo, *milady*. —Clara la abrazó.

Sophie le besó la frente y le sonrió con ternura, apretándola con fuerza un instante, haciéndola reír. James y ella compartieron una mirada tan dulce que su cuerpo se estremeció.

Cuando Nicholas y Brianna aparecieron con trineos de madera perfectamente tallados y listos para la aventura, los niños hicieron varias filas y bajaron por parejas o por tríos una colina larga y poco empinada.

—¿Vamos? —les dijo la pequeña Emma a sus dos tíos.

Se colocaron con la niña delante, después Sophie y, por último, James. Como su marido era tan largo y ancho de hombros, abarcó a las dos en un abrazo cálido y firme. Nicholas los empujó un trozo hasta que se deslizaron solos por la nieve.

—¡Sí! —gritaba Emma sin dejar de moverse.

La alegría la invadió, por lo que tomó las manitas de la niña y las levantó con las suyas. Sin embargo, tropezaron con algo duro en el camino, perdieron el equilibrio y se cayeron. Sophie, disfrutando de aquel momento tan mágico, se estiró y comenzó a mover las piernas y los brazos dibujando un ángel, que pronto el resto de los niños imitaron.

Al incorporarse, una bola de nieve aterrizó en su cabeza. Arrugó la frente y echó un vistazo para descubrir quién había sido el atrevido. Su esposo intentaba reprimir la risa y la miraba con clara travesura.

—¡A por él! —gritó su sobrino.

James corría a la vez que preparaba nuevas bolas para tirárselas a sus contrincantes. Ella se agachó furtiva y preparó una. Se escondió tras un árbol y, con el nerviosismo propio de una chiquilla a punto de hacer una trastada, esperó a que se cruzase en su camino.

Le lanzó la bola a la cara. Él, pasmado, sacudió la cabeza para quitarse los restos de nieve, le sonrió con picardía y fue tras ella para pillarla. Sophie salió disparada. El problema era que sus pies no podían adaptarse al blanco y acolchado suelo. Y, entre la risa y la dificultad de dar un paso, no tardó mucho en agarrarla por la cintura y lanzarla a la nieve como si no pesara nada.

Fue un día maravilloso…

A la mañana siguiente, le preguntó a Nicholas la dirección del abogado de James. Como no podía presentarse en el despacho debido a su carencia de voz, le escribió una carta.

Apenas un par de horas después, recibió la respuesta:

> Su excelencia:
>
> Permítame darle mi más sincera enhorabuena por sus esponsales. Y agradecerle que recurra a mí.

> He de confesarle que únicamente puedo contestar a algunas de las cuestiones que me plantea, del resto no tengo conocimiento, tendrá que hablar con su esposo.
>
> En primer lugar, he de decirle que su dote está intacta en el banco y solo usted puede acceder a ella cuando lo desee, así lo ha dispuesto lord James Aldrich, duque de Asten.
>
> En cuanto a su petición de conocer su asignación mensual o anual, no la tiene. Todas las propiedades y el dinero, que crece cada día por inversiones de su esposo, les pertenecen a ambos a partes iguales, así lo ha dispuesto lord James Aldrich, duque de Asten.

Ahogó una exclamación. Posó una mano en el pecho por la repentina opresión que sintió y continuó leyendo:

> Y, por último, cuenta con total libertad para disponer de toda la cantidad que guste para cualquier cosa que desee comprar, invertir, etc., sin dar explicaciones a nadie, *milady*, así lo ha dispuesto lord James Aldrich, duque de Asten.
>
> Cuando vuelva a requerir de mis servicios, no dude en contactar conmigo de nuevo o en hacernos una visita, siempre será bienvenida.
>
> A su disposición,
> Pierce Jefferson

Por primera vez desde que había perdido el habla, agradecía estar muda porque en el caso de poder articular palabra no daría con las adecuadas para expresar los sentimientos que le recorrían todo su ser como si de un rayo se tratase.

«¿Y eso lo hace un hombre que te eligió por una maldita cláusula en un testamento, o porque de verdad te ama?», su corazón se rio de ella.

Suspiró y escribió otra carta, a una nueva modista francesa que había llegado de París hacía poco, *madame* Véronique, a quien le encargó ropa y complementos para los niños del orfanato.

Claudia, cuando le llevó té con pastas, le entregó la respuesta: aceptaba dichosa el encargo.

De lo único que se lamentaba es de no haber hecho eso antes, pero todo tenía su momento y su vida, aunque no pudiera hablar ni reconciliarse todavía con James, se estaba llenando de luz, y los colores pugnaban por salir a la superficie. ¿Cuándo volvería a pintar?

Pronto, así lo sintió.

66



Dos semanas más tarde, a una de Nochebuena, *madame* Véronique envió a la mansión el pedido que le había hecho Sophie.

Después de acordar con su esposo en ir al día siguiente al orfanato, se encontró con Michael en una salita que había a continuación de la galería de arte, galería que todavía no había disfrutado porque le dolía no poder pintar.

—Hola, preciosa. —Cerró un libro que tenía en las manos.

Ella se inclinó, mirando la cubierta.

—*La Odisea*, de Homero. ¿Has oído hablar de él?

Sophie negó con la cabeza.

—Es un poema épico que narra el viaje de un hombre a su tierra natal. Son una serie de cantares, mira. —Lo abrió y le mostró unas líneas.

Ella le pidió que esperara y fue a buscar papel y pluma.

—«¿Tantas páginas para un viaje?». —Le tendió la hoja.

—Ulises tardó diez años en regresar a su hogar. Es una historia que te recomiendo leer. Es realmente interesante y creo que te viene muy bien dado… —Apuntó con un dedo su garganta.

Sophie lo miró extrañada y él soltó una carcajada.

—El protagonista se perdió y chocó con un montón de obstáculos hasta conseguir lo que quería. El camino fue difícil. —Le ofreció el libro—. Haz hincapié en el canto diecinueve. —Sus ojos azules eran enigmáticos.

Esa misma noche empezó a leer el libro.

Al día siguiente, fueron a St. Joseph; James, Sophie y sus sobrinos en un carruaje, y los paquetes, en otro.

Los niños se quedaron extasiados al descubrir el contenido de las cajas. Abrigos, gorros, pellizas, guantes…, todo de terciopelo y lana, ocuparon el espacio a lo largo y ancho mientras las ropas volaban de unas manos a otras.

Una capa en concreto era para Clara, de terciopelo gris muy pálido con incrustaciones de plata, a juego con sus preciosos luceros, que se llenaron de lágrimas.

—No sé qué decir… —La voz de la niña era apenas audible. Miró a Sophie—: Gracias…, mamá. —Y desapareció.

A ella se le doblaron las rodillas, cayendo al suelo.

—Eres maravillosa, ¿lo sabías? —le dijo su esposo, sentándose a su lado—, es increíble lo que haces por ellos. ¿Te gustaría ser la dueña del orfanato?

«Más que nada…».

Sophie le miró mucho el tiempo que estuvieron allí. A James le encantaban los niños, no podía negarlo, y ellos disfrutaban mucho con él. Sería tan buen padre…

Y aquel pensamiento la entristeció. Desde el baile de los marqueses de Whiterspoon, desde lo que le había ocurrido con ese desconocido que había intentado forzarla, se había creado una relación serena entre ellos que ayudaba a Sophie a no recordar lo del testamento de Alexander. Se llevaban bien, no había tensión, ella ya no se sentía incómoda en su presencia, todo lo contrario, necesitaba verle cada día…

Sin embargo, no eran amigos ni meros conocidos, compartían un pasado y estaban unidos hasta que la muerte los separase. Esa relación serena le arrancaba lágrimas cuando se metía en la cama cada noche porque el dolor que le partía el alma lo veía en los ojos de James cada vez que se cruzaban con los suyos, disfrazándolo ambos en sonrisas que escondían amargura y remordimientos.

No quería una relación serena, quería ser su esposa en todos los sentidos. Quería darle hijos. Quería que el dolor desapareciera. Quería confiar en él. ¿Por qué le resultaba tan complicado avanzar?

Había otras ocasiones, sus favoritas, en las que le pillaba mirándola con ojos brillantes, con anhelo, con necesidad, con lo que parecía un amor puro e incondicional, con deseo… ¿Y si James se había resignado a no luchar por ella, y por eso no había vuelto a intentar besarla?

Antes creía que volvería a ser la Sophie que siempre había sido, pero ese día en el orfanato se dio cuenta de que era imposible regresar al pasado.

Y tampoco quería hacerlo.

Esa misma noche, tomaría la iniciativa, aunque le diera pánico que la rechazase, pero no soportaba más esa situación. Necesitaba saber, no con palabras, que era real…

Pero no pudo. En la cena, él y los chicos estuvieron bastante callados y serios.

—¡Suficiente! —exclamó su amiga tras apoyar con estruendo el tenedor en el plato de porcelana—. ¿Qué es lo que sucede?

No respondieron directamente…

—Sophie —le dijo Stuart—, ¿conoces el trabajo de Boissieu?

Ella arrugó la frente, primero, porque no entendía la razón por la que nombraban a Adrien, y, segundo, por la pregunta tan tonta que le había hecho. Pues claro que lo sabía, como toda la aristocracia.

—El tipo que te atacó —pronunció James con sequedad al recordarlo— trabaja para Maximilian. Llevaba un tiempo metido en la alta sociedad. Fue quien comenzó a correr esos rumores sobre ti, y más cosas que no hace falta que sepas. —Frunció el ceño—. Lo hizo con la ayuda de alguien que conoces muy bien.

Sophie se quedó paralizada. ¿Adrien estaba detrás de todo eso?

—Acompáñame —le pidió su esposo, tomándola del brazo para salir del salón y poder hablar a solas.

Se dirigieron a los aposentos de ella.

Sophie se acercó a la biblioteca y le escribió en un papel:

—«Pero Adrien me dijo que se volvía a Francia porque ya nada lo retenía aquí. Y que yo sepa, nadie lo ha visto».

—Hasta el otro día que visitó a tus padres antes de que llegáramos nosotros. ¿No te acuerdas de que tu madre, al saludarnos, dijo que era un día cargado de sorpresas? —Sophie afirmó con la cabeza—. Yo le escribí una carta el mismo día para tranquilizarla por tu falta de voz, y aproveché para preguntarle a qué se refería. Me dijo que Adrien estaba en Londres por motivos de trabajo. —Se cruzó de brazos, serio—. Michael ha escuchado que va al club de mi tío cada noche. Dentro de un rato lo confirmaremos.

—«¿Vas a ir allí?» —Escribió temblorosa y muerta de miedo—. «Te puede pasar cualquier cosa». —Hizo una pausa y añadió—: «A todos vosotros».

—Tranquila, gracias a Belinda… —Ella lo miró extrañada—. Es la doncella que… —Se detuvo al ver cómo se enfadaba al recordarlo—. No dejaste que me explicara… —Se revolvió el pelo—. Esa noche estaba muy borracho y se aprovechó. Te prometo que lo único que hacía era intentar quitármela de encima.

—«Pues no lo parecía».

—Bueno… —Carraspeó y continuó—: Stuart y Allan la encontraron tirada en un callejón donde está la puerta trasera del club de Maximilian. Estaba llena de golpes. —Su mandíbula se le tensó—. Fue su favorita los dos últimos años. Por eso la contraté, para darle un trabajo digno y recabar información. Al principio, procuraba acercarse a mí con cualquier mínima excusa, pero puedes estar segura de que ya no lo hace, desde que le dije lo que siento por ti. —Sus pómulos se tiñeron de rubor, desviando la mirada.

«Lo que siento por ti…».

A Sophie le dio un vuelco el corazón. Se quitó los guantes como si de repente se hubiera quemado. Acortó la distancia con él, se puso de puntillas y, rodeando su cuello, le atrajo hacia ella y le besó con la boca entreabierta.

James jadeó, atónito, pero la sorpresa le duró dos segundos, al tercero…, soltó un largo gemido y la estrechó entre sus brazos con fuerza, temblando.

—Sophie… —Acunó su rostro entre las manos—. Dime que no estoy soñando…

Ella tomó una de sus manos y la colocó en su pecho, incapaz de no hacerlo. Necesitaba que lo supiera. Necesitaba decirle cuánto le amaba.

Y la entendió, su mirada resplandeció.

Se apartó para escribirle:

—«Ten cuidado, por favor».

67



Vestidos de lacayos y con sombreros de ala ancha, Nicholas, Michael y James partieron rumbo al club. En el parque de enfrente esperaron la llegada de Boissieu, que, según Stuart, aparecía en un carruaje de alquiler cada noche a las dos de la madrugada, estaba una hora, más o menos, y se marchaba.

—Me pica toda la piel por culpa de esta ropa andrajosa —masculló Michael—, podías haber buscado la de alguien más limpio.

Jimmy soltó una carcajada.

—¿Cuál es el plan? —quiso saber Nicholas.

—Nos deshacemos del cochero y esperamos a que Boissieu salga —contestó James—. Yo estaré dentro del coche, uno conducirá y el otro se encargará de seguirnos con los caballos.

En ese instante, le pareció oír algo a su izquierda, pero miró en esa dirección y no vio nada. No obstante, sentía unos ojos sobre ellos.

—Y ahí le tenemos —anunció Michael.

Efectivamente, un elegante Adrien Boissieu descendía de un carruaje negro y se perdía en el callejón para entrar en el club por la puerta trasera.

Apretó los puños con tanta fuerza que no sintió las manos. Ya no había ninguna duda: Maximilian y Boissieu estaban compinchados.

Él y Nicholas, cubriéndose el rostro con el sombrero, se acercaron al cochero simulando estar borrachos.

—Vaya noche, ¿eh, amigo? —comentó James, apoyándose con fingida torpeza en el carruaje.

—¡Eh, tú! —le gritó—. No lo ensucies con tus asquerosas manos. Lárgate.

—Vamos, no pasa nada, hombre —le dijo Nicholas, apareciendo detrás de él.

El cochero se giró de inmediato y James aprovechó para sacar su pistola y apuntarle.

—No me… matéis, por… favor… —Cayó de rodillas al suelo, muerto de miedo, con las manos en alto.

Con la culata de la pistola, le golpeó en la sien dejándolo inconsciente.

Entre los dos amigos, cargaron con el cuerpo inerte hasta donde estaba Michael, apoyándolo en un árbol. Le ataron las muñecas y los tobillos y con dos pañuelos le cubrieron los ojos y la boca.

Nicholas tomó prestado su atuendo y, a continuación, se montaron en el carruaje a esperar.

A las tres de la madrugada, Adrien Boissieu salió del club.

—Al 8 de Regent Street —pronunció con voz autoritaria antes de meterse en el carruaje.

Un par de minutos después, James, escondido debajo del asiento de Boissieu, cerró las manos con fuerza en torno a sus pies y lo empujó con violencia.

Aterrizó de bruces contra el frente, provocando un balanceo peligroso. Lo inmovilizó con agilidad y rapidez, sujetándole del cuello.

—Pero ¿qué…? —Boissieu frunció el ceño.

—Nos volvemos a encontrar.

Nicholas detuvo los caballos y abrió la puerta apuntando con su propia pistola. James sacó a Boissieu al exterior a empujones mientras tosía recuperando el aliento. Estaban en una explanada de tierra a las afueras de Londres.

—Ahora vas a contestar a lo que te pregunte —le ordenó James con rudeza.

—No sé… en qué te puedo… ayudar. —Se frotaba la garganta con ímpetu—. Me robas a mi prometida y, encima, me atacas…

—¿Por qué has vuelto? —Quizás nunca se había ido de Inglaterra.

—Tengo trabajo que…

James lo interrumpió con un gancho de izquierda. El descubridor escupió sangre manteniendo el equilibrio.

—No me mientas —sentenció.

—Te estás equivocando conmigo.

—Ah, ¿sí? ¿Por eso estabas en el club de mala muerte de Maximilian?

—A ti no te importa mi vida privada y ahora exijo que me llevéis de vuelta a la ciudad. —Se irguió insolente, sin ceder.

—He dicho… —le propinó un nuevo golpe en la cara— que no me mientas.

—¡Por favor! —exclamó, cubriéndose con torpeza.

Le pareció extraño que no se defendiera, era de espalda ancha y tan alto como él.

—Siguiente pregunta: ¿de qué conoces a mi tío?

—Compró un cuadro del Louvre hace unos años. Ha sido desde entonces uno de mis clientes y no tenía ni idea de que fueseis familia.

—Falso. —Otro puñetazo, esa vez en el estómago.

—¡Maldición! ¡Te he dicho… la verdad…! —Se abrazó la tripa con una mueca de dolor.

—¿Sueles hacer negocios con dueños de clubes de mala muerte? Maximilian es un cerdo que huele a fornicación y a perfumes baratos y que tiene las manos manchadas de sangre —comentó con indiferencia.

—No me fijo… —se incorporó— en el aspecto de mis clientes, solo en el dinero que puedo sacarles.

—Última pregunta y te aconsejo que no vuelvas a mentir: ¿Por qué ayudas a mi tío?

—No sé a qué te refieres. —Levantó el mentón, desafiante.

—Vas vestido demasiado refinado como para dejarte caer en ese club antes de ir a…, ¿dónde? ¡Ah, sí! El número 8 de Regent Street.

—¿Y qué hay en Regent Street?

—¡Deja de hacerte el estúpido! —Le golpeó la cabeza provocándole un tambaleo que le hizo gruñir.

—Estás cometiendo un grandísimo error conmigo… —murmuró en voz tan baja que James creyó imaginárselo.

—Te estás escondiendo con Adam Lander, el abogado de mi padre. Vive en el número 8 de Regent Street.

—No sé de qué me hablas.

—James, es inútil —intervino Nicholas—, ya sabemos todo lo que necesita…

—¡Corred! —gritó Michael, cabalgando hacia ellos tirando de sus caballos—. ¡Tenemos que irnos!

—¿Qué pasa?

—Aquí, el amigo —señaló a Boissieu—, que tiene escolta privada. —Estaba magullado.

—¿Estás bien? —se preocupó Jimmy.

—Me pillaron desprevenido justo antes de que salierais de allí, pero pude despistarlos unos segundos para llegar a vosotros. —Giró la cabeza—. ¡Vámonos!

Se montaron de un salto. Comenzaron a escuchar disparos. Boissieu, entonces, soltó una carcajada.

—¿Qué dirá Sophie cuando vea lo que me has hecho? —Se señaló a sí mismo.

James le contestó golpeándole con la pistola antes de salir al galope, y, en esa ocasión, lo hizo en el punto exacto para dejarlo inconsciente, ganas no le faltaron para matarlo.

68



Al día siguiente, Sophie recibió una carta mientras desayunaban y desapareció el resto de la mañana sin decírselo a nadie. Cuando regresó, James la interceptó en el vestíbulo.

—¿Se puede saber de dónde vienes? ¡No eres consciente del peligro que se cierne sobre ti! —exclamó.

Ella entró en el despacho y le escribió:

—«¿Cómo pudiste hacerle eso a Adrien? Lo he visto con mis propios ojos, ¡eres un salvaje! Él no tiene nada que ver con tu tío, salvo que le compra cuadros de vez en cuando y desde antes de conocerte a ti. Ni siquiera yo lo sabía porque es parte de su trabajo».

Notando cómo un instinto primitivo se adueñaba de su ser, James arrugó el papel.

—No vuelvas —sentenció—, jamás —puso énfasis en la palabra—, a salir de esta casa sin avisarme, y te prohíbo ver, saludar incluso, a Adrien Boissieu.

Sospechó que la reacción de Sophie sería alejarse por completo de él.

Pero se equivocó: ella, seria, que no enfadada ni indignada, asintió.

—Perdona por hablarte así —se disculpó James, muy serio—, y entiendo que te pueda costar aceptar esto, pero Boissieu no es de fiar.

No hablaron más del tema, pero el ambiente entre ellos se enfrió. Sophie empezó a esquivarle.

Y llegó Nochebuena.

Él no quiso celebrar nada, pero por sus sobrinos cenó con todos y esperó a que los niños abrieran los regalos que había debajo del árbol de Navidad, que su hermana se había encargado de comprar y decorar.

Se encerró en el desván. Estaba agotado… ¿Cuándo terminaría esa situación? Ya le daba igual perder a Sophie, lo único que deseaba era que su esposa fuera feliz, y si tenía que ser sin James, lo aceptaría. Pero ya no podía más… ¿Y si estaba luchando en vano?

«Han pasado cuatro meses desde la boda, creo que es tiempo suficiente como para asumir que lo que hice no tiene arreglo. Le rompí el corazón, dos veces, y lo estoy pagando bien caro. Sé

que me lo merezco, pero me cuesta tanto resignarme a una vida sin ella amándome…».

Entonces, alguien entró en la estancia.

—¿Quién…?

Su pregunta se perdió en la lejanía al descubrir a Sophie en el umbral de la puerta, llevaba un papel en la mano. Se lo ofreció y él lo aceptó, arrugando la frente.

Leyó:

«Me escribió mi madre para invitarnos a la fiesta de Fin de Año que van a dar en Brighton.

No puedo enfrentarme a algo así. Irá casi toda la flor y nata. Recuerda lo que ocurrió la última vez que fuimos a un baile. Tengo miedo…»

James suspiró y dejó caer la nota al suelo. Olvidándose de todo, la tomó de las manos y se las besó con devoción. Sabía lo difícil que había sido para ella haberle reconocido aquello.

—No vuelvas a disculparte por tener miedo —la miró a los ojos—, yo estaré a tu lado, si me lo permites, claro. —Le acarició la sonrojada mejilla—. Estoy cansado. —Dejó caer la mano y la cabeza—. Estoy cansado de esta situación, estamos alejados otra vez. No sé qué hacer para que confíes en mí. Y ya no soporto más esto, mi corazón no lo resiste más. —La miró fijamente, ella tenía los ojos vidriosos y respiraba de manera entrecortada—. Dime, por favor, ¿qué hago para que creas que mis sentimientos siempre han sido sinceros? —le rogó con voz ronca—. Quizás nunca tenía que haber sido. —Hundió los hombros—. No fue en el pasado y mira lo que he conseguido en el presente… —Se rendía, aunque le doliera en el alma.

Era cierto. No lo resistía más. No podía más… La amaba tanto que prefería rendirse si eso suponía la felicidad de Sophie, porque era lo único que deseaba… En el pasado, provocó que se marchara de Inglaterra y en el presente, la había dejado sin voz. ¿Cuánto daño más iba a causarles a ambos? A él le dolía tanto…

Entonces, su esposa se acercó despacio a él, le señaló, se señaló a sí misma y bajó las manos varias veces seguidas. Sus ojos se enturbiaron y le temblaron los labios.

—¿Ir… despacio? —probó James.

Ella, ruborizada, se arrugó el vestido en el pecho y, a continuación, puso las manos abiertas en el suyo. Las lágrimas cayeron por su rostro…

—Sophie… —¿Había esperanza?—. ¿Me… amas?

Ella, entonces, retrocedió muy despacio y…

Cerró la puerta del desván.

Y se quitó los guantes, ofreciéndole sus manos desnudas.

—Oh, Dios… —James gimió, tiró de sus manos y la besó en la boca, solo así logró creerse que de verdad había esperanza…

Sophie gimió también, apretándose contra él.

—No voy a reprimirme más —le susurró—. Y tú tampoco. Y no te dejaré alejarte de mí en ningún sentido, y tú tampoco lo intentarás más. Por favor… Te amo más que a nada…

Ella se golpeó el pecho repetidas veces, volvió a arrugarse el vestido y estiró hasta extender sus brazos, un gesto tan poderoso que Jimmy entendió a la perfección: su corazón era de él…

La estrechó entre sus brazos, sintiendo que la tierra giraba, y giraba, y giraba… Se besaron con tanto fervor… Se tocaron por todas partes, se apretaron con fuerza, se besaron… con locura.

Sophie, ansiosa, le desabrochó la chaqueta, la camisa y el chaleco, sin parar a tomar aire. Le arañó la espalda, los hombros y el abdomen. Él, jadeando, le arrancó la hilera de botones que tenía el vestido por detrás. Y le rasgó el corpiño y la camisola.

Se desnudaron con torpeza por las prisas de sentirse piel con piel cuanto antes. Tomándola por el trasero, la levantó del suelo, ella enroscó las piernas alrededor de su cintura y la llevó a la

cama sin dejar de besarse, hambrientos.

Su duro y palpitante miembro se deslizó por sí solo entre los pliegues de Sophie, estaba tan húmeda y tan caliente que James se mareó.

Estremecidos los dos por sentir tanto placer, se miraron, deteniendo el beso, con los labios hinchados y enrojecidos, pero sus cuerpos no pudieron quedarse quietos… Él se retiró lentamente y ella acudió a su encuentro también lentamente.

Cada embestida fue más larga, más intensa. Fue una tortura tan sensual… Sophie se arqueaba como una diosa cada vez que James la penetraba.

No era suficiente. Él se arrodilló entre sus piernas y, sujetándola de las caderas, enterró su miembro, más profundo, hasta arrancarle un grito mudo a ella, que se agarró al cabecero y le clavó los talones en las nalgas, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás.

Sus pezones erguidos, su piel erizada, su boca entreabierta, su respiración errática, su entrega incondicional… La imagen fue demasiado para su autocontrol. Arrastró una mano por su cuerpo, entre sus pechos, hacia su intimidad, acelerando las embestidas. Sophie estalló en cuanto sus dedos la rozaron. James estalló en cuanto ella lo apretó en su interior.

Sophie, aún afectada por las últimas vibraciones del clímax, le agarró para que la alzara y sentarse en su regazo, todavía unidos, sin ninguna intención de separarse. James escondió la cara entre sus largos mechones, inhalando el aroma de flores silvestres, y algo más… Él.

—Por fin en casa…

Igual que Ulises en *La Odisea*.

69



Cuando despertó, al amanecer, estaba solo y se sintió vacío, incompleto. ¿Por qué se había ido?, se lamentó James. ¿O acaso había sido un sueño?

Abatido, se dirigió al baño, donde abrió las tuberías de la bañera de mármol y permitió que el agua caliente llenara la estructura con escalones y asientos para albergar a más de una persona. Ese era uno de los motivos por los que había elegido el desván como sus aposentos; su padre había sido un bastardo desgraciado, pero la mansión tenía los lujos más novedosos de todo Londres, aunque Michael también tenía una parecida.

Se relajó con la espuma y, como un idiota embelesado, recreó en su mente lo que habían vivido aquella noche, se negaba a creer que lo había soñado.

Gruñendo porque se excitó al pensar en ella desnuda en su cama, se introdujo por completo en el agua y salió de golpe, sacudiéndose la cabeza con ímpetu.

Entonces, escuchó una exclamación ahogada. Se giró y dejó caer los brazos en el agua. La manta que Sophie llevaba, como si de un enorme chal se tratase, se había mojado por su culpa. El camisón que ocultaba sus pies estaba abierto dejando al aire un hombro. Y su mirada… Su mirada le acarició como si sus manos recorrieran su cuerpo empapado.

James procuró controlar su corazón, que amenazaba con salírsele del pecho. Con ella nunca sabía cuál iba a ser el siguiente paso, si abofetearlo o besarlo, ni siquiera después de haberse dicho que no se reprimirían más.

Respiró hondo y se arriesgó. Le ofreció una mano. Ella pareció pensárselo, pero finalmente aceptó, cayéndose la manta al suelo. Él se incorporó en todo su esplendor sin sentir un ápice de vergüenza. La acercó y le quitó el camisón. Después, la ayudó a meterse en la bañera. Sophie se sentó en el asiento que había frente a él, con sus pezones asomando por el borde del agua y la espuma. El espacio era tan alargado que sus pies apenas se rozaban.

No podía apartar la hambrienta mirada de ella. Deseaba saborearla en cada parte de la casa, en cualquier alfombra, en el escritorio del despacho, en la biblioteca, en el balcón, allí en la

bañera… Dios… Era preciosa…

De pronto, Sophie se sumergió en el agua y sonrió al salir. Quiso ser las gotas de agua que acariciaban aquella piel tan perfecta.

Se acercó a ella, cogiéndola de las piernas para colocarlas en torno a su cintura, sentándola en su regazo. Las manos de Sophie recorrieron sus hombros, las de él, guiaron sus caderas hasta enterrarse lentamente en su interior.

Sentados, meciéndose con languidez, crearon olas a su alrededor. El vapor en la estancia creció y los jadeos que se les escapaban los incitó a ir más rápido. James golpeó sus caderas cada vez con más ímpetu. La agarró de la nuca y la besó, sintiendo de repente un miedo atroz a que Maximilian o Boissieu le hicieran algo a Sophie. Y, debido a ese miedo, la penetró muy rápido, fiero, salvaje, desbordándose el agua de la bañera, hasta que un violento clímax se apoderó de los dos al mismo tiempo.

Ella le tomó de las mejillas, buscando en sus ojos lo que él no le ocultó y su garganta pronunció en voz alta:

—Si algo te sucediese…

Sophie le besó en la frente de manera prolongada y temblorosa, erizándole la piel.

Jimmy la llevó a la cama, donde ella no tardó en quedarse dormida de nuevo, a pesar de ser de día.

Ninguno de sus amigos, familiares o sirvientes acudió al desván, y lo agradeció con creces.

Horas después, su esposa se desperezó.

—Buenas tardes. —La besó en los labios.

Sophie arrugó su delicada frente.

—Son las cuatro.

Abrió los ojos sobremanera.

—Partiremos a Brighton cuando quieras. —Depositó un beso en su cuello, notando cómo se le entrecortaba la respiración—. A no ser que repentinamente te hayas puesto enferma, con lo que partiríamos mañana —otro beso, más húmedo y ardiente—, porque requieras de mis cuidados… —Despacio, se tumbó encima de ella, deslizando los labios y la lengua hacia sus pechos.

Su esposa soltó una risita mezclada con un gemido. Asintió, fingiendo que tenía frío.

—Necesitas calor.

Ella volvió a asentir.

—Mucho calor.

Sophie se mordió el labio inferior, arqueándose en busca de su boca sobre sus erguidos pezones.

—Sus deseos son órdenes para mí, *milady*…

Se acariciaron y besaron durante el resto del día y parte de la noche.

Solo pararon cuando sus tripas rugieron hambrientas.

James, vestido solo con los calzones, atravesó la mansión hasta alcanzar las cocinas. Llenó una bandeja con fruta fresca, tostadas, mermelada de frambuesa, un *croissant* y chocolate caliente.

Sophie, con la sábana alrededor del cuerpo y su pelo suelto y alborotado, le esperaba sentada en el centro del lecho. Él se sentó a su lado, posando la bandeja en el colchón. Ella se lamió los labios al ver la comida.

Cuando terminaron, Sophie le empujó para que se tumbara bocabajo y empezó a escribir en su espalda palabras que debía adivinar. James lo intentó, pero tenía tantas cosquillas que, entre

carcajadas, saltó de la cama huyendo de su esposa.

Ella corrió tras él y comenzaron una persecución por el dormitorio que pronto se convirtió en algo mucho más excitante…

—A esto… se le llama… —le susurró James, entre besos atrevidos y manoseos indecentes— recuperar… el tiempo perdido…

70



El 31 de diciembre de 1827 Brighton amaneció con un sol radiante, creando reflejos cegadores en la nieve que poblaba los campos ingleses. Y como cada mañana, Emma y Jamie aparecieron en los aposentos de Sophie cuando Claudia le llevaba el desayuno; de su esposo no había ni rastro, como los últimos tres días. Desde que habían llegado, y habían descubierto, para sorpresa de todos, que Adrien era un invitado más, James había estado ausente, taciturno y callado.

—Hoy *quiedo* dos *tenzas* —le pidió Emma, tocándose con inocente coquetería sus cabellos castaños.

Sophie ahogó una risa. Todos los días elegía el mismo peinado.

Mientras el niño tomaba asiento para comer, frente a la cristalera con vistas al mar, ella se encargó de Emma. Una vez lista, se unieron a Jamie para degustar los bollos recién horneados, el chocolate y la leche calientes. Estaba hambrienta y, aunque hubiese preferido dormir el resto del día, no quería desperdiciar un solo minuto sin sus adorables sobrinos.

Luego, abrigados de arriba abajo, salieron al jardín y trabajaron en un nuevo muñeco de nieve en la parte lateral de la casa, justo debajo de sus aposentos. Con gran esmero esa vez, le colocaron una bufanda a rayas, unos botones grandes y negros a modo de ojos, un puro seco como nariz y un sombrero de su padre en la cabeza.

—Hoy *pedfecto* —apuntó Emma con convicción.

—Siempre está perfecto —la corrigió su hermano con cariño.

Sophie le revolvió el pelo al niño con travesura.

—Buenos días.

Ella se incorporó de golpe al reconocer aquella voz masculina. Lo había evitado todo lo posible, cada vez que veía a Adrien, cambiaba la dirección de sus pasos, pero en aquel momento estaba acorralada, no había nadie más salvo ellos.

Le costaba creer que estuviera aliado con Maximilian, que hubiera iniciado esos horribles rumores en su contra, sin embargo, lo último que deseaba era un nuevo enfrentamiento con

James, y él ya le había dejado claro lo que pensaba al respecto de Boissieu.

Los niños lo miraron muy serios, sobre todo Jamie, cuyos profundos ojos se volvían marrones por completo si Adrien aparecía.

Sophie inclinó la cabeza correspondiendo al saludo, también seria.

—¿Qué hacéis? —Adrien se arrodilló junto a los pequeños.

—Un muñeco de nieve, señor —respondió el niño.

—¡Qué bonito!

—No bonito —repuso Emma—, *pedfecto*. —Y, levantando la barbilla, ofendidísima, tiró de su hermano para meterse en la casa.

—Bueno, los niños son así. —Se incorporó y se encogió de hombros—. No puedo competir con su tío James. —La miró, sonriendo—. ¿Vas a esquivarme de nuevo o podemos dar un paseo? Tu esposo no está, salió al alba.

Era una mujer casada en compañía de un hombre que no era su marido, y sin carabina. Un hombre con el que no quería estar.

Negó con la cabeza y se inclinó de nuevo como despedida. Se giró para seguir a los niños, pero Adrien fue tras ella.

—¿Podemos hablar unos minutos?

Sophie, resignada, se dirigió a la biblioteca y le indicó que pasara; ella, en cambio, permaneció en el umbral de la puerta, solo le faltaba otro rumor más, en la residencia de sus padres y con su antiguo prometido de por medio…

—No me sorprende —comenzó él, sonriendo—. Tu esposo te ha prohibido acercarte a mí, ¿verdad?

Sophie solo le miró, rezando para no ruborizarse y que se diera cuenta.

—Solo quiero recuperar nuestra amistad.

Ella negó repetidas veces. Se acercó al escritorio y le escribió una nota:

—«Lo lamento, pero no puede haber nada entre usted y yo».

—Usted… —se burló—. No pensabas lo mismo después de ver con tus propios ojos lo salvaje que fue tu esposo conmigo, y sin ningún motivo. —Arqueó las cejas—. Te tomaba por una dama de principios que tenía muy claro no ser propiedad de ningún hombre, diferente a las demás. Eras independiente, nunca te obligué a nada, conmigo eras libre.

Jamás fue libre porque nunca lo amó, con James sí se sentía libre, con él era ella misma, con sus defectos y sus virtudes, con sus enfados, sus discusiones, sus errores, su falta de voz, sus caricias… Con James siempre había sido libre.

Señaló con la pluma lo que había escrito, insistiendo en que no podían ser amigos.

—No te entiendo, Sophie. Ese hombre, al que tanto amas, te engañó. Pero es a mí a quien esquivas, y con él haces un teatro fingiendo que todo es perfecto entre vosotros. —Se inclinó, con un brillo extraño en sus ojos oscuros—. Si la gente supiera que rompiste conmigo para convertirte en una cualquiera…

Ella se quedó paralizada.

—¿Te duelen mis palabras? —Se irguió—. Demasiado bien te traté después de que me fueras infiel. —Rechinó los dientes—. Te perdoné. Luego, tu esposo me da una paliza, me ofreces tu apoyo y, de repente, no quieres nada de mí. Lo cierto es que la única culpable de todo esto eres tú, ni tu esposo ni yo, hasta el escándalo en el que has metido a tus amigos y a tus padres, todo el mundo cuchichea a vuestras espaldas. —Meneó la cabeza—. Qué equivocado estaba contigo… Y qué error cometió él al engañarte para no perderlo todo a manos de su tío… —Chasqueó la lengua—. Todos los actos traen consecuencias, supongo que ser una muda infeliz es lo que te

mereces. —Hizo una reverencia—. Iré a dar un paseo a caballo, hace un día espléndido hoy. *Milady*. —Y desapareció.

Cruel… Había sido muy cruel.

Se aguantó las lágrimas. Entonces, arrugó la frente. ¿Dar un paseo a caballo? Nunca lo había visto montar, ni siquiera había aceptado subirse a uno cuando habían estado prometidos.

Eso sumado a la actitud de James…

Le siguió.

71



Con mucho sigilo, Sophie salió por las cocinas para ir a los establos y se escondió en la caseta de su yegua. Adrien ensilló a un semental marrón pálido y partió al galope en dirección opuesta a la playa.

Rápidamente, se subió a su yegua, sin montura, y fue tras él. Era una gran amazona, mejor que Adrien, y le alcanzó enseguida, pero dejó una distancia prudencial para que no la descubriera. Continuaron hasta una casa que le resultaba muy familiar. Demasiado.

La residencia vacacional del duque de Asten.

Se escondió entre unos árboles y observó cómo Adrien entraba en la casa sin llamar.

Con la respiración agitada, dejó a la yegua atada a una rama, se recogió las faldas y corrió hacia un lateral, pero, a mitad de camino, alguien le tapó la boca y la levantó por los aires, llevándosela hacia la esquina más alejada de la residencia. Ella pataleó sin cesar y golpeó el brazo que le aprisionaba la cintura, le arañó con todas sus fuerzas.

—¡Ay! —se quejó su atacante—. Tranquilízate, soy yo.

Suspiró aliviada al reconocer la voz de Michael.

La depositó en el suelo.

—¿Me podrías explicar qué demonios haces tú aquí? —Estaba enfadado.

Sophie tragó saliva y agachó la cabeza avergonzada.

—¿Te puedes hacer una idea de lo que te hubiera ocurrido si llega a ser otro quien te hubiese pillado?

Ella señaló la casa como respuesta.

—Exacto —afirmó él secamente—. ¿Por qué estás aquí? —Suavizó la voz, pero no su expresión.

Sophie frunció el ceño, tocándose la garganta. Era inútil explicar algo si no podía hablar.

—Perdona —se disculpó Michael—. Te haré preguntas más sencillas y me respondes con un sí o un no de cabeza, ¿vale? —Ella asintió con una vaga sonrisa—. ¿Sabes de quién es esta casa?

Se apuntó a sí misma con un dedo.

—Bien —se tocó la barbilla, pensativo—, si estás aquí, es por alguien.

Afirmó con solemnidad.

—¿Sabes quién ha entrado hace un momento?

Con temor, asintió despacio.

—Por tu cara, deduzco que le has seguido.

Respiró hondo con fuerza.

—Sospechas de él. —También asintió—. Por fin. Eso significa que crees a Jimmy. —Suspiró —. Me va a matar cuando sepa lo que voy a hacer… —añadió en un murmullo—. Vamos. —Le tendió la mano, que ella aceptó con un ligero temblor.

Rodearon la casa y se acuclillaron debajo de una ventana abierta. Las voces del interior revelaban que Adrien hablaba con alguien. Sin poder mitigar la curiosidad, alzó la mirada, asomándose apenas un ápice. Vio a un hombre de pelo canoso, mirada carente de calidez, bigote grueso, corpulento, de unos cincuenta años. Sonreía a Adrien, ofreciéndole una pistola, que él se guardó en el pantalón, a la espalda.

Michael la agarró del brazo y corrieron hacia donde había dejado a su yegua.

—Ese tipo era Maximilian —le confirmó Michael—. Espero que esto haya sido suficiente para confirmarte que Boissieu no es trigo limpio. —La subió a la yegua y le tendió las riendas—. Ha sido muy arriesgado, nos podrían haber visto, pero no me arrepiento. James le dio esa paliza a Boissieu por un motivo. Y tus padres deberían saber que fue él quien inició los rumores sobre ti. —Dio una palmada en los cuartos traseros del animal y Sophie salió al galope rumbo a su casa.

Encontró a James en los establos, dando un paseo a Emma sobre un poni. A Sophie, de repente, se le revolvió el estómago. Debía hablar con sus padres sobre Adrien y sobre Maximilian, estaban todos en peligro al tener al enemigo bajo su techo como un invitado más.

—¿Sophie? —la llamó su esposo, preocupado—. Estás muy pálida, ¿te encuentras bien?

Ella negó repetidas veces con la cabeza, sujetándose a sus brazos.

Él bajó a la niña al suelo y le pidió a una doncella que la llevara con su madre. A continuación, el joven matrimonio se dirigió a la *suite*, donde Sophie pudo escribirle su conversación con Adrien y lo que había visto con Michael.

—«Tengo que hablar con mis padres».

—Les pondrás en peligro.

—«¡Ya están en peligro!».

—Tu madre me dijo que invitó a Boissieu para ver si de ese modo los rumores se acallaban de una vez, que la gente viera que entre tú y él no había rencillas.

—«Pero le he evitado todo lo posible».

—Te juro que quiero matarle lentamente por lo que te ha dicho —gruñó, cerrando las manos en dos puños.

Ella, temblorosa todavía, se las cogió y se las besó, cerrando los ojos. James suspiró.

—«¿Por qué has estado tan distante estos días?». —Le escribió de nuevo.

—Porque creía que ibas a correr hacia él. —Se frotó la cara, nervioso—. Estaba esperando ese momento.

—«Estabas esperando a que yo volviera a alejarme de ti». —Se le partió el corazón al escribir aquello.

Él asintió. Sus ojos verdes eran tan transparentes en ese instante… Le transmitieron miedo… a perderla.

Sophie se arrojó a su cuello, abrazándole con fuerza. James la apretó, vibrando también.

—Te amo demasiado… Por favor, dime que me crees…

Ella le tomó de la nuca y le besó los labios, colocando una mano de él en su pecho. Asintió… Claro que asintió.

Adrien había resultado ser un completo desconocido. ¿Y si había estado compinchado con Maximilian desde el principio? Ningún hombre aguantaba tantos meses prometido a una mujer, ningún hombre perdonaba una infidelidad.

—Debes actuar como si no supieras nada —le susurró su esposo, acariciándole la mejilla—. Y como si no te afectara lo que ese… —apretó la mandíbula— ese bastardo te ha dicho. Va a pagar por ello, te lo juro.

Sophie supo que cumpliría su palabra, y eso era lo que más temor le causaba. Si le ocurriera algo a Jimmy…

72



Claudia la ayudó a ponerse el vestido de gala que estrenaría esa noche para la gran fiesta de Fin de Año. Acarició la exquisita seda blanca del pecho y deslizó los dedos por la maravillosa sobrefalda de encaje rojo; los guantes y los escarpines iban a juego. Se colocó la pulsera de diminutos diamantes en la muñeca, una gargantilla en el cuello y se recogió los cabellos en un moño ondulado.

—Está preciosa, *milady*. —La doncella la miraba con admiración.

Ella le apretó la mano y se asomó al espejo del vestidor con cierta timidez. ¿Le gustaría a su esposo?

Respiró hondo y se encaminó hacia el salón principal.

Los invitados estaban exaltados debido a la celebración por la que se habían reunido en la casa de los condes de Dorset. Las damas vestían de manera refinada, con telas carísimas y joyas impresionantes. Los caballeros iban impecables con el frac y el pantalón negros, y la corbata, la camisa y el chaleco blancos.

Las damas de mediana edad la saludaban con reticencia y las jóvenes la miraban con altanería.

Estaba hablando con la marquesa de Whiterspoon, su madre y la abuela de Michael, la condesa de Killsmon, cuando escuchó a su espalda cuchichear sobre ella. Reconoció las tres voces: *lady* Sarah y sus amigas.

—De perfecta no tiene nada, qué engañados estábamos todos… —comentó una de ellas—. ¿Crees que también se acostará con los amigos del duque? Tengo entendido que viven con ellos.

—No me sorprendería en absoluto —dijo *lady* Sarah—. Es un desperdicio.

—Desde luego —convino la tercera—, te lo robó en tus propias narices, ¡y prometida a otro hombre!

—Es una fresca. Por eso ha estado encerrada, no se atrevía a dar la cara. Menudo escándalo ha organizado, ha salpicado a sus padres y ha dejado el nombre de Asten por el suelo.

No pudo seguir escuchando más, se giró con rapidez para salir huyendo de allí, pero se tropezó con sus propios pies y a punto estuvo de caerse de no ser por James, que la sostuvo de inmediato por los brazos.

Soberbio… Imponente, elegante, poderoso. Tan atractivo…

No soportó mirarle a los ojos después de lo que había oído sobre ella. Al volver la cabeza, encontró a *lady* Sarah asesinándola con la mirada. «Qué pena que Alexander no incluyera en esa cláusula el nombre de *lady* Sarah Whiterspoon», pensó, abatida, «todo hubiera sido más fácil si él se hubiera casado con la hija de la marquesa…».

—Sophie. —Le alzó la barbilla, pero ella se soltó con delicadeza, negando con la cabeza y a punto de desahogarse.

Salió precipitadamente del salón. Se encerró en la biblioteca, donde se permitió llorar, la garganta y el pecho le quemaban como fuego incandescente. Quiso gritar. Lo intentó.

No pudo.

Lo intentó de nuevo.

Nada.

Después de todo el esfuerzo que había hecho James para limpiar su nombre por todo el mal que había causado su padre, no se merecía verse envuelto en el escándalo que vivían. No se merecía estar encerrado por su culpa. No se merecía correr peligro por su culpa. Lo que se merecía era lo que tenían Nicholas y Brianna: respeto y felicidad.

Se apoyó en la puerta y se deslizó hacia el suelo, escondiendo la cara en las piernas flexionadas. Él le dijo una vez: «Esto nunca debió comenzar». Qué razón llevaba…

Un rato más tarde, alguien se coló en la biblioteca por una ventana. La estancia, a oscuras, dejaba poco a la imaginación, sin embargo, reconoció la silueta del enmascarado, el sombrero era inconfundible.

Contuvo el aliento, levantándose. Hacía más de un mes que no se veían, desde la última vez que Sophie estuvo allí, en Brighton. Ni siquiera se había despedido de él, y en Londres no había vuelto a aparecer en su balcón o en el orfanato, Clara tampoco le había mencionado.

Su corazón se aceleró al inhalar el aroma a jabón que desprendía. Se acercó al escritorio y prendió las velas del candelabro que había en una esquina de la mesa. Se puso tan nerviosa que necesitó confirmar que era el enmascarado.

En cuanto la luz lo iluminó, él bajó la cabeza para ocultar sus ojos con el ala del sombrero.

Se parecían tanto James y él… O Sophie quiso creerlo así, para dejar de sentirse tan mal por el revuelo que el enmascarado creaba en su interior, si hasta se le erizaba la piel cuando le escuchaba hablar con esa ronquera fingida… *Lady* Sarah tenía razón.

—¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor y que regreses a la fiesta con tu esposo? —le preguntó con delicadeza.

Ella suspiró. Fue a negar con la cabeza, pero sus manos, de repente, hormiguearon…

Se sentó frente al escritorio, mojó la pluma de su padre en el tintero y le escribió en una hoja:

—«Sí puedes, pero no en Brighton, sino en Londres».

—¿Quieres que vaya a Londres ahora? —El tono de su voz reflejó incredulidad.

—«Ahora, no, cuando puedas, por favor. Quiero que te cueles en la casa de mis padres y me lleves a la mía mis utensilios de pintura, el caballete y el cuaderno de lienzos».

—Alguien puede acompañarte como cuando has ido al orfanato.

—«Pero no deseo que nadie lo sepa. Me harían preguntas, se harían ilusiones, saben que no pinto desde que perdí el habla».

—Y… —Carraspeó—. ¿Quieres pintar?

Sophie asintió repetidas veces. Lo necesitaba… Necesitaba pintarle un cuadro a James y regalárselo. Nadie había visto nada de ella, era el único secreto que guardaba para sí misma, y su esposo lo sabía. Sería su disculpa por no haber entendido el motivo por el que no le contó toda la verdad sobre el testamento de Alexander, por no haber creído en sus sentimientos…

Tal vez no se merecía a James, tal vez *lady* Sarah tenía razón, tal vez Sophie estaba manchada, pero había algo que no era una posibilidad, sino una certeza: se amaban.

Y los rumores y el escándalo dejaron de afectarle en ese preciso momento, al comprender que no había nada más importante que el amor, porque el amor hacía libres a quienes tenían la suerte de vivirlo. Que la sociedad hablara de ella, que la criticase, que la juzgase, el único que le importaba era James, y él le había dejado claro que la única que le importaba era Sophie.

—Muy bien, dime dónde están.

—«Debes entrar en mi habitación».

—Por el balcón del vestidor.

—«Levanta la alfombra que hay en el centro del vestidor. Mueve las tablas sueltas, es un escondite donde guardo una llave pequeña que abre la única puerta a la derecha de la última planta de la casa. Allí encontrarás todo: los pinceles y el caballete con lienzos en blanco».

El enmascarado asintió, cruzado de brazos.

Ella escribió más:

—«Gracias… por todo».

—Eso suena a despedida. —Se le apagó un poco la voz.

—«Porque lo es». —Sonrió—. «Voy a hacer lo imposible para que James y yo seamos felices, y eso incluye no tener secretos entre nosotros».

Él pareció contener el aliento, antes de contestarle:

—Es un hombre muy afortunado.

—«Afortunada soy yo por haberle entregado mi corazón en el mismo instante en que le conocí, no hay nadie mejor para guardarlo, protegerlo y alimentarlo».

El enmascarado suspiró de manera entrecortada.

—Hasta pronto, mi dulce Sophie.

73



En el salón, Brianna acudió a su encuentro en cuanto la vio aparecer.

—¿Estás bien? —quiso saber, muy preocupada, tomándola de las manos.

Sophie, con el ánimo renovado, le dedicó su mejor sonrisa. Su amiga, entonces, se emocionó y la abrazó con fuerza.

—Te he echado tanto de menos…

Ella posó una mano en su pecho, mirándola con adoración.

—Yo también te quiero, Sophie, mucho. —Se le quebró la voz.

Cuando giró la mirada, se topó con los ojos de Nicholas y Michael, que le sonreían orgullosos.

—Nos han dicho que podemos pasar a cenar, ¿vamos? —le dijo Brianna, colgándose de su brazo.

James, de los últimos en llegar, se acomodó entre Sophie y su hermana, saltándose el protocolo, al estar casados, debían sentarse uno frente al otro, pero quien ocupó ese lugar fue Adrien. Un escalofrío se adueñó de su espalda y no probó bocado en toda la cena. Debía actuar con naturalidad hacia él, pero no podía, pensar que estaba aliado con Maximilian le hacía temblar, y no en el buen sentido.

Los cuchicheos continuaron en el baile, pero no se sintió incómoda ni molesta. Allan, Stuart, Michael y Nicholas bailaron con ella varias piezas, ningún caballero más se acercó, tampoco le importó. James, además, no se apartó de su lado y su mirada brillaba tanto cuando se cruzaba con la suya que tuvo que controlarse para no arrojarse a sus brazos, las normas de la sociedad eran…

«Un asco».

—Hola, queridas. —La marquesa de Whiterspoon les sonrió con dulzura. Sophie y Brianna le correspondieron el gesto—. Lamento tanto lo que le hicieron, *lady* Asten…

—¿A qué se refiere? —le preguntó su mejor amiga, como intérprete.

—Sé todo lo que cuentan de usted, cielo —se dirigió a Sophie—, pero yo la conozco desde

que era un bebé, su madre es íntima mía, y sé que usted no es de esas, simplemente les gusta hacer daño, así se olvidan de sus miserables vidas, atacando a los demás.

—¿Puede explicarse, *milady*?

—Hablo de la apuesta en White's.

Ambas jóvenes la miraron con extrañeza.

—¿No lo saben? —Arqueó sus finas cejas—. Hace unas semanas comenzó el rumor de que…, ejem, le abría las puertas a todos los hombres —Sophie se horrorizó—, que la boda había sido en secreto porque eso mismo había hecho usted con lord Asten, y que su marido la mantenía escondida para evitar que le fuera infiel.

«¡¿En White's?! ¡Dios mío!», pensó, atónita.

—Oh, queridas, no os preocupéis por eso, ya no hay apuesta. Lo malo es que siguen con el tema, pero su esposo —volvió a mirar a Sophie— se encargó de que la anularan y… —Soltó una risita—. Lord Asten tiene prohibida la entrada en White's por haber defendido su reputación. —Se inclinó y bajó la voz, sonriendo—. Arrancó la hoja del libro de apuestas y la quemó delante de todos. Después amenazó con retar a duelo a cualquiera que no la respetase. Por eso los caballeros no se acercan a usted, cariño, solo esos tres muchachos tan adorables —señaló con discreción a Michael, Allan y Stuart—, y porque son amigos de su esposo.

—¡Oh, Dios mío! —Brianna se echó a reír, tapándose la boca.

—En verdad la ama —le aseguró la marquesa—, nunca he oído que un hombre defendiera de esa manera a una mujer, salvo el duque de Asworth.

Las dos amigas se ruborizaron.

—Son unas jovencitas maravillosas y muy afortunadas. —Frunció el ceño, chasqueando la lengua—. Qué pena que mi hija no se parezca en nada a ustedes. —Soltó un gruñido muy leve que hizo reír a Brianna—. De todas formas, no haga caso, querida —le dijo a Sophie—, le tienen envidia por haberse llevado al mejor partido y, más aún, a un hombre que solo tiene ojos para usted y no se molesta en ocultarlo. —Dirigió la mirada hacia un punto detrás de ella.

Sophie se dio la vuelta y descubrió a Jimmy con los ojos clavados en ella. Se oscurecieron cuando Sophie se quedó prendada de él. La había defendido en White's…

—¿Mi vida? —la llamó su madre, acercándose a ella.

Sophie la miró y, a continuación, a James, con el corazón acelerándose. Le apretó el brazo a Gabrielle.

—Hazlo. —Asintió su madre con la emoción en sus ojos—. Sé libre al fin, mi niña.

A ella también se le empañó la mirada.

Con el corazón desbocado, acortó la distancia con su esposo, se puso de puntillas, tiró de las solapas de su frac y le besó en la boca delante de todo el mundo. Hasta la orquesta detuvo la música.

Fue un beso suave, casto y largo. Se miraron a los ojos antes de apartarse.

—Vámonos —le susurró James, rodeando sus hombros para sacarla de allí.

Mientras los fuegos artificiales estallaban en el jardín a las doce de la noche en punto, Sophie y su esposo se perdían en intensas caricias, besos ardientes y una pasión arrolladora.

Aquella noche fue tan especial que la guardaron en secreto en su corazón.

74



Los días siguientes resultaron ser muy intranquilos: su tío había desaparecido.

—En Brighton tampoco está.

Allan se desplomó en el sillón de su despacho con unas ojeras enormes, sucio y agotado por el largo viaje a caballo.

Estaban los cinco amigos allí.

—Nadie ha oído nada sobre él, pero se escuchan ciertos rumores —continuó Allan, con gravedad—. Han aparecido varias mujeres muertas en los muelles. Las han matado a golpes. Son prostitutas del club de Maximilian, por lo que he podido averiguar.

El mayordomo entró en el despacho y le entregó una carta que acababa de llegar.

Desdobló el papel.

—Pues nos tomaremos la justicia por nuestra mano —concluyó tras romper la correspondencia en infinitos trozos.

—¿Es tu tío? —le preguntó Nicholas.

Él asintió.

—Seguirá torturando y matando a mujeres, una por semana, hasta que le entregue a Sophie.

—¿Por qué no vamos a las autoridades? —sugirió Stuart, deshaciéndose la coleta y volviéndosela a hacer, nervioso.

Todos estaban inquietos.

—Porque no serviría de nada —comentó Nicholas, apoyado en la pared con los brazos cruzados.

—¿Y por qué no contratamos al enmascarado? —propuso Stuart.

—¿Y por dónde propones que empecemos? —masculló Allan—. No sabemos quién es ni cómo encontrarlo.

—Yo sí sé cómo dar con él —señaló Michael, sonriendo con discreción a James.

—¿Y de qué serviría? —se burló él—. Además, este asunto es mío, ya bastante habéis hecho.

Yo me encargaré de Maximilian.

—No te abandonaremos —negó Allan.

—Solo necesito que protejáis a Sophie, del resto me ocupo yo. —Se ajustó la camisa en el cuello.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntaron Mike y Nick al unísono.

—Voy a buscarle. —Se encaminó al vestíbulo y giró sus talones para mirar a sus amigos por última vez—. Por favor… —Se le quebró la voz.

—Ve tranquilo —le palmeó la espalda Michael—, la cuidaremos con nuestra vida.

—No sé cuánto tiempo estaré fuera, pero ella no debe enterarse del motivo. Por primera vez es feliz desde que perdió el habla.

—Es feliz por ti, James —le dijo Nicholas con delicadeza—, si te vas sin darle explicaciones…

—Lo último que deseo es atemorizarla, y no voy a mentirle nunca más.

—Pero le estás ocultando la verdad.

—Igual que con el testamento —le recordó Michael, serio.

—Esto es distinto, la estoy protegiendo de la maldad.

—¿Porque no pudiste proteger a Brianna? —inquirió Nicholas—. ¿Por eso vas a cometer una locura?

James suspiró con fuerza.

—Voy a entregarme a Maximilian.

—¡¿Qué?! —exclamaron todos a la vez.

—Es la solución.

—Tu tío quiere tu título, herencia y propiedades —apuntó Nicholas, acercándose—, y en eso le estorbáis Sophie y tú, no solo tú. Ella puede estar embarazada, puede llevar en su vientre al heredero del ducado de Asten. Jimmy, es un suicidio entregarte a él, y no servirá de nada, luego irá a por Sophie.

—Y, después, a por tus sobrinos —aseguró Allan—, porque contigo y Sophie muertos, el título y todo lo demás recaería en ellos. ¿Quieres eso?

—¡Claro que no! —estalló—. ¡Pero no voy a permitir que siga torturando y matando a mujeres inocentes por simple diversión o por dinero! ¡Me da igual el motivo, maldición!

—Mujeres inocentes como tu hermana —afirmó Stuart, entrecerrando los ojos—. Tu padre le pegaba por simple diversión. —Chasqueó la lengua—. Diantres… —añadió al descubrirlo.

—¿Eres… el enmascarado? —le preguntó Allan, pasmado.

Michael se echó a reír. Nicholas, en cambio, resopló.

—Por supuesto que es el enmascarado, ¿de verdad no lo sospechabais? —Les dio una colleja a Allan y a Stuart—. Estáis perdiendo facultades.

—Tú te enteraste porque le viste llevarse a Sophie al orfanato —se burló Michael, sonriendo divertido—, y viniste corriendo a mi habitación para pedirme que cuidara de Brianna y los niños porque ibas a rescatarla. Aquí yo —se señaló a sí mismo— soy el único que no está perdiendo facultades.

—El embarazo de Brianna me tiene…

—Embelesado, lo sé. —Le dio una palmada en la espalda—. No te preocupes, es algo normal en ti.

Todos se rieron. Nicholas gruñó, ruborizado, robándoles más carcajadas.

—Bueno —zanjó James, caminando hacia la puerta—, tengo que hacerlo. —Levantó las manos—. Voy a ir a por él directamente. Esto tiene que acabar.

—Es un suicidio.

—No voy a no intentar algo por si sale mal. —Negó con vehemencia—. No sería yo si me quedara de brazos cruzados.

—No fue tu culpa —insistió Nicholas, con la emoción reflejada en sus ojos.

—Lo sé. —Sonrió con tristeza—. He tardado en darme cuenta, pero ahora lo sé.

Hubo un tenso silencio.

—No podemos frenarte, yo haría lo mismo —le apoyó Michael.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

Los miró por última vez.

—Suerte —susurró Nicholas.

La necesitaba…

75



Sophie vació su estómago por tercera vez aquella mañana.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Michael, ofreciéndole un pañuelo.

Ella suspiró con resignación. El día anterior también estuvo con el estómago revuelto después de desayunar, lo curioso era que tenía hambre.

—Hoy vamos a ir al orfanato.

Sophie sonrió. Estar con los niños quizás le llenaba el vacío que había dejado su esposo, hacía casi tres semanas que se había marchado sin explicaciones, sin haber hablado con ella, sin una nota… Nada. Ni siquiera Brianna sabía el motivo, las dos estaba muy inquietas. ¿Y si Maximilian le había secuestrado? O algo peor…

A pesar del frío de casi finales de enero, fueron a caballo, cosa que agradeció porque estaba harta de estar encerrada en la mansión, no la habían dejado salir, por si acaso Maximilian la atacaba.

«¿Por qué hoy sí puedo?».

—¡*Milady*! ¡*Milady*!

Los niños la recibieron como siempre. Y no estaban solos. Sonrió al ver a Daniel Birds, el propietario del edificio.

—Buenos días, *milady*, milord —les saludó con una reverencia—, me alegro de verla.

Después de dar un corto paseo por los jardines nevados, el señor Birds y ella tomaron un té en las cocinas. Clara, sonriendo, le entregó un par de papeles, una pluma y un tintero sin que se los pidiera, quedándose con ellos. Sophie le besó la mejilla con gratitud.

—Los muchachos son felices, ¿verdad? —Les observaban a través de la pequeña ventana que daba a un lateral del orfanato. Jugaban con Michael.

Ella suspiró.

—«Llevo un tiempo queriendo hablar con usted». —Le escribió—. «Me gustaría hacerme cargo de los gastos de la educación de los niños. Yo pagaré a los profesores y así usted podrá

vivir mejor».

—No la entiendo. —La miró extrañado—. Pero si he venido a despedirme. —Sonrió—. Nos trasladamos mañana a Hampshire, he encontrado una casa más grande, por fin mis ocho hijos podrán dormir en una cama cada uno.

Sophie se levantó de un salto, indignada.

—«¡¿Los abandona?!». —Subrayó la frase varias veces.

El viudo entrecerró los ojos. Entonces, su frente se relajó.

—*Milady*, lord Asten me ofreció una suma muy elevada a cambio de venderle el orfanato. No lo sabía —adivinó.

A ella se le cayó la pluma al suelo, que recogió Clara enseguida.

—Supongo que tampoco sabrá que ya están todos los documentos en regla —continuó el señor Birds—. El abogado, Pierce Jefferson, ya me ha enviado una copia de la venta. Su esposo lo compró, pero lo ha puesto a su nombre, *milady*. Usted es la nueva dueña del orfanato. —Sonrió con ternura—. Lo que sé que siempre ha deseado, aunque nunca me lo dijera.

De pronto, su corazón se detuvo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se fijó en que Clara no parecía sorprendida. La apuntó con el dedo. La niña asintió, riéndose, contagiándola. La abrazó con fuerza, temblando de la emoción. ¡No podía creérselo!

Unos minutos más tarde, se despidió de Daniel Birds con un cariñoso apretón de manos, le deseaba todo lo mejor en su nuevo camino. Se merecía cada centavo de la venta, había vivido precariamente para poder darles un hogar a todos los niños que encontraba huérfanos por la ciudad, además de mantener a sus hijos.

—No se lo esperaba, ¿verdad? —Clara le sonreía.

Sophie volvió a emocionarse.

—Los profesores los contrató lord Asten, *milady* —añadió la niña—, y me hizo prometer que guardaría el secreto, pero como ya sabe lo del nuevo dueño…, quiero decir, nueva dueña —soltó una risita infantil—, creo que ya no importa si se entera o no.

Había sido James…

Michael la abrazó, sonriendo, y comentó:

—Eso sí que es una prueba de amor.

Le miró interrogante.

—Empezó a buscar a los profesores adecuados antes de la fiesta campestre de tus padres —le explicó al comprender su muda pregunta.

Se acercó a la cocina para poder escribirle una nota:

—«¿Por qué no me lo dijo cuando me desperté?».

—No lo sé. —Él se encogió de hombros—. Supongo que quiso que le creyeras sin nada que te ayudase a hacerlo. Que creyeras en sus sentimientos hacia ti. El testamento de Alexander fue una excusa para acercarse a ti.

—«Nunca me contó por qué se alejó de mí hace cuatro años».

—A eso solo te puede responder James.

—«¿Por qué se fue? Por favor, Michael, necesito saberlo…».

—Por Maximilian. —La gravedad en su rostro la inquietó sobremanera. Le sujetó de la chaqueta, pero él negó con la cabeza—. No puedo decirte más. Es mejor que no sepas más.

Resignada, asintió.

Besó a todos los niños y se marcharon a casa.

Bernard le entregó una carta. Otra carta de él…

—¿Es Adrien? —adivinó Michael.

Sophie permitió que la leyera: volvía a disculparse por lo que le dijo en Brighton. No le había contestado a ninguna, y curiosamente la primera le llegó al día siguiente de haberse ido James de la mansión.

—«No es la primera». —Le escribió en el despacho—. «Y todas, iguales».

—¿Le has contestado a alguna?

Ella negó con la cabeza.

—Pues hazlo —le aconsejó Michael—. Dile que aceptas sus disculpas, y que no le has respondido antes porque te encontrabas indispuesta, cosa que es verdad desde ayer. —Ladeó la cabeza—. Estás un poco pálida ahora mismo.

—«Necesito descansar un rato».

Él asintió.

—Primero, escríbele, después te acompaño a tu habitación. ¿Qué tal llevas *La Odisea*?

—«No he vuelto a leer».

—Hazlo. Y no olvides estar atenta al cantar diecinueve.

76



Obedeció a Michael y transcurrió el resto del día en su habitación, con *La Odisea*. Por fin llegó al cantar diecinueve y lo leyó con atención: la esclava Euriclea reconocía la verdadera identidad del protagonista por una cicatriz que Ulises poseía desde su juventud.

Esa misma noche, de madrugada, terminó el libro y se lo devolvió a Michael, que se encontraba en el despacho de James saboreando una copa de *brandy*. Las cortinas estaban corridas y la única luz eran las débiles llamas que mantenían encendida la chimenea.

—¿No duermes? Es muy tarde.

No podía, por eso había acabado *La Odisea*.

—¿Te ha gustado? —Su sonrisa era enigmática.

—«Es una historia inquietante». —Escribió.

—Son curiosos los obstáculos que le dificultan su camino a casa.

Sophie asintió.

—Las cosas nunca son como uno las espera —comentó Michael—. Y si de verdad deseas algo, debes hacer lo imposible para conseguirlo, aunque tardes diez años, como Ulises.

—«No quiero que James tarde diez años en volver…».

Quiso hacer una broma, pero a ninguno le resultó gracioso.

—«¿Dónde está, Michael?».

Él suspiró, inclinándose sobre las rodillas.

—Sabe valerse por sí mismo, puedes estar tranquila de que… —Pero se calló al escuchar un fuerte golpe proveniente del vestíbulo. Se puso en pie de inmediato—. Quédate aquí y no se te ocurra salir. —Desapareció dejándola con el corazón galopando a gran velocidad—. ¡Maldición! ¡Bernard! ¡BERNARD!

Ante aquellos gritos, Sophie salió a toda prisa del despacho. En cuanto pisó el *hall*, se quedó paralizada: su esposo estaba tumbado en el suelo y cubierto de sangre. Michael intentaba cargarlo, pero pesaba demasiado.

—¡Avisa a los demás, rápido! —le ordenó a ella, que obedeció a toda prisa.

Subió la escalera corriendo y aporreó las puertas de las habitaciones de Nicholas, Allan y Stuart.

Entre los cuatro, llevaron a James a la habitación de Sophie, la escalinata que conducía al desván era demasiado estrecha, no hubieran cabido.

Brianna sollozaba, pero ella se obligó a mantenerse calmada, debía ser fuerte, por él…

—Iré a buscar al médico —les avisó Nicholas antes de marcharse.

Sophie se remangó el camisón hasta los codos y ayudó a los muchachos a despojarle de las ropas sucias. Entre Brianna y ella le limpiaron la sangre seca, le colocaron unos almohadones debajo de la cabeza y lo taparon con una sábana hasta la llegada del doctor. Tenía el costado hinchado, moratones por varias partes de su cuerpo, el labio partido y varios cortes severos, uno en el pecho y los otros en las piernas.

«Dios mío… Pero ¿qué le han hecho…?».

Una hora más tarde, el médico había terminado con James.

—Necesita absoluto reposo para que las costillas sanen, las tiene destrozadas. —Señaló el abultamiento tapado por vendas—. Los moratones en un par de días empezarán a desaparecer y he suturado los cortes, son escandalosos de aspecto pero limpios, hay que lavarlos hasta que le quite los puntos. La fiebre aumentará en las próximas horas. Aquí tiene, *milady* —le entregó un frasco redondo de cristal con una sustancia gelatinosa en su interior—, póngale esto cada mañana y cada noche en el costado, luego vuelva a cubrírselo con la venda.

—¿Algo más? —le preguntó Nicholas.

—Cuando despierte, que beba mucha agua y caldos para recuperar fuerzas. Vendré en dos días. Cualquier empeoramiento, avísenme. —Hizo una reverencia.

Alguien la abrazó por detrás. Sophie no se inmutó, no quitaba la mirada de su esposo, inconsciente y lleno de golpes. La imagen le había partido el alma en dos mitades, alejándose la una de la otra cada vez más. Hasta que no la mirase a los ojos, no podría respirar…

Pero James no los abrió la siguiente semana.

Sophie no se apartó de su lado. Escuchaba a sus sobrinos quejarse en el pasillo, pero les prohibieron entrar para no asustarles, solo les dijeron que su tío estaba enfermo y que era muy contagioso.

Y la siguiente, tampoco, aunque le había bajado la fiebre y el bulto en su costado era menor.

—Ve ahora mismo a dormir. —Brianna la empujó hacia la puerta—. Tienes una palidez extrema, no pruebas bocado y sigues vomitando por las mañanas —le dijo una noche, ya habían comenzado febrero.

Su amiga no estaba en condiciones para pasar la noche en vela, le dolía mucho la espalda por el embarazo. Sin embargo, era la hermana de James.

Sophie le dio un abrazo muy sentido y, con una manta encima del camisón para guarecerse del frío que hacía fuera de la habitación, fue al despacho de su esposo, no a dormir, aunque estaba agotada, no podía conciliar el sueño, quizás más tarde.

Encendió el candelabro y aspiró el inconfundible aroma a jabón limpio que aún reinaba en la estancia. Se sentó en la silla de piel oscura y acarició su vientre plano.

Lo sabía, lo confirmó dos días atrás: un bebé estaba creciendo en su interior, el bebé del hombre al que amaba con todo su corazón. Y creía que los demás lo sospechaban, en especial Michael, que no le quitaba los ojos de encima cada vez que corría al baño a vaciar su estómago.

«Perdóname por descuidarte, soy una mamá horrible…», pensó, hundida, formándosele un nudo en la garganta que no llegó a explotar, como cuando reaccionó después del trance, estuvo

semanas sin poder llorar. «Solo… Solo necesito que tu papá despierte…».

Sus ojos, entonces, se posaron en las cartas que había. Una captó su atención, era distinta a las demás, la única sin sello. Con decisión, desdobló el papel y leyó con el ceño fruncido.

Otra…

¿Otra? ¿Qué significaba eso? Rebuscó por los cajones, pero no encontró más.

Suspiró. Dejó la carta como la había encontrado y se calentó una taza de leche caliente antes de intentar dormir.

Al día siguiente, por la tarde, James al fin despertó, para alivio de todos, en especial de ella.

—¿Dónde... estoy? —Se encontraba confuso, un poco mareado y dolorido.

—En casa, amigo mío —le respondió Michael.

Ella se mantuvo rezagada, le daba pánico cruzar la mirada con su esposo y derrumbarse, soltar lo que había estado aguantando los últimos días.

Y clavó la mirada en la suya.

Todos se dieron cuenta. Les dejaron solos.

—Hola —le dijo con los pómulos rosados por la fiebre sufrida.

Sophie inclinó la cabeza, tan nerviosa que no se reconoció.

Para mantenerse ocupada, decidió hacerle las curas. Se acercó a la cama y le hizo un gesto para que se incorporara un poco y así quitarle el vendaje.

James emitía pequeños gruñidos cuando tenía que moverse. Ella fue lo más cuidadosa posible, pero debía dolerle mucho.

Cuando hubo terminado, fue a incorporarse, a huir, más bien, pero él la agarró de la muñeca.

—Por favor… —le costaba respirar y hablar—, quédate conmigo… aquí…

Sophie permaneció quieta, pero James tiró para que se tumbara a su lado. Se negó, podía provocarle más dolor.

—Si no lo haces…, lo… haré por ti, y créeme… que, si… ese es… el caso, agotarás mis escasas… fuerzas…

Ella frunció el ceño, pero asintió nada convencida.

Unos segundos después, James respiraba de manera pausada. Alzó la cabeza y comprobó que se había dormido. Entonces, regresó el nudo en la garganta, más poderoso que nunca, y, primero, suspiró entrecortada, luego, sus hombros empezaron a convulsionar y, finalmente, lloró sin control.

Un brazo se cerró en torno a su cintura. Una nariz revolvió sus cabellos. Unos labios besaron su cabeza.

—Estoy aquí… —le susurró James—. Estoy contigo…

Sophie cerró los ojos y pudo dormir después de días sin conseguirlo.

77



Dos semanas después…

—No necesitará más las vendas —el médico le palpó el costado con cuidado—, la hinchazón ha desaparecido y parece que está sanando muy bien. Haga su vida normal con precaución, seguramente estará un tiempo que algún movimiento le provoque malestar en las costillas, tardan en curarse por completo.

—¿Desea un té? —Le ofreció James, colocándose una camisa.

—Se lo agradezco, pero tengo otras casas que atender y ya está anocheciendo. Milord, *milady*. —Hizo una reverencia.

Nicholas y sus hijos entraron cuando el doctor Kinsgley salía. Sophie fue en busca de Brianna.

La encontró en la pequeña biblioteca, escribiendo. Sonreía, distraída, mientras su mano se movía con rapidez sobre el papel. Creyó que era un cuento para los niños del orfanato, por lo que se acercó a ella y se inclinó para echar una ojeada.

Arrugó la frente. No era un cuento, sino una carta, a Nicholas.

—¿Recuerdas las cartas que le escribí, y nunca le envié, cuando estuvo en Francia después de que nos casáramos?

Sophie se quedó pensativa unos segundos, hasta que sonrió, asintiendo. Claro que se acordaba, las primeras las escribió con ella a su lado.

—Pues nunca he dejado de hacerlo —le confesó, riéndose con suavidad—. Quizás se las entregue a mis hijos en un futuro, para que sepan cuánto he amado a su padre —se le enturbió la mirada por la emoción—, y para que nunca se conformen con menos en el amor. —La tomó de las manos—. Quiero que sean felices por encima de todo. Tú también, ¿a que sí?

Sophie frunció el ceño, interrogante.

—Tú también quieres lo mismo para tu hijo —le aclaró, antes de soltarla para posar una mano en su tripa.

Ella entreabrió los labios. Sospecha confirmada.

Brianna se levantó y la abrazó.

—No te imaginas cuánto me alegro… —De pronto, gritó—: ¡Van a nacer el mismo año! ¡Estamos embarazadas a la vez!

Sophie le tapó la boca para que bajara la voz.

—«James todavía no lo sabe». —Le escribió en una hoja en blanco.

—No va a tardar en averiguarlo. Ayer me preguntó por qué vomitas tanto por las mañanas. —Se rio de nuevo.

—«Esto de vomitar todos los días…». —Chasqueó la lengua.

—Me pasó con Emma. —Hizo una mueca—. Hasta el cuarto mes, no paré de vomitar todo lo que comía, luego mi estómago se calmó. —Se encogió de hombros.

¿Tres meses vomitando? Sophie hizo una mueca que le robó una carcajada a Brianna.

—¿Te apetece que juguemos a las cartas con Nicholas y James? Hay una baraja aquí. —Sacó una de un cajón del escritorio.

Sophie, sonriendo, asintió.

Fueron a la habitación de James. Los niños corrían persiguiéndose, los dos adultos estaban sentados en la cama, charlando.

—¿Recordáis Bath? —Les sonrió Brianna.

—¿Qué pasó en Bath, mamá? —quiso saber Jamie.

—Los cuatro nos divertíamos mucho jugando.

—Sí, porque tu madre siempre perdía. —Nicholas le guiñó un ojo a su esposa.

Sophie sonrió con nostalgia al pensar en Bath. Ya no le dolía recordar aquella época que, en los últimos años, había sentido que pertenecía a otra vida. Aunque quería hablar con James sobre ello, no tenía ninguna prisa.

Sí, se distanció de ella, de repente, sin explicaciones, pero hoy estaban más unidos que nunca. Bath mereció la pena, hasta la parte más dura. No serían los que eran si no hubieran vivido esa separación. Quizás, pensó, en el pasado, su amor no hubiera sido tan fuerte como lo era en el presente.

—Venga —dijo James, acomodándose con las piernas flexionadas debajo del trasero—, reparte, enana.

Pronto, las risas inundaron el lugar.

Y las miradas brillantes. Había tanta felicidad en los ojos verdes de su esposo…

—De repente, tengo hambre —comentó Brianna.

—Tú siempre tienes hambre, mi amor. —Nicholas la besó en la mejilla con naturalidad.

A Sophie le ocurría lo mismo. Se apuntó a sí misma con un dedo para que la comprendieran y se encaminó hacia la puerta para ir ella misma a por comida, pero, antes de abrir, le sobrevinieron náuseas. Gimoteó, haciéndose un ovillo en el suelo, rezando para que se le pasara y no tener que correr hacia el baño.

—¡Tía! —gritaron sus sobrinos.

—¡Sophie! —exclamó James, quien intentó cogerla en brazos, pero era demasiado esfuerzo, la sostuvo por las axilas y la levantó con cuidado—. ¿Estás bien?

Respiró hondo, pero no se calmó. Más náuseas atacaron su interior. Le empujó y se dirigió precipitadamente al servicio, donde vació su estómago en una palangana.

Se incorporó con las piernas flácidas y se refrescó la cara. James, en el marco de la puerta,

estaba apoyado con los brazos cruzados al pecho, la observaba con los ojos entrecerrados. A Brianna, además, se le escapó una carcajada.

Sophie quería contárselo, pero prefería que se recuperase primero. Y debían hablar. Debían decidir qué hacer, no podían vivir el resto de sus vidas encerrados en la mansión, con todos sus amigos protegiéndolos, para evitar que Maximilian les hiciera daño.

Le hizo un gesto queriendo decirle que hablarían en otro momento. Él lo entendió y asintió, pero estaba tan serio que se terminaron las cartas.

Sophie se dejó llevar por Jamie y Emma, que la sacaron de la habitación para jugar.

—¡En el desván! —exclamó el niño, dirigiéndose a la escalera de caracol.

Ella no estaba muy convencida de invadir la intimidad de James, pero sintió mucha curiosidad.

La primera y única vez que estuvo en el desván, estaba más concentrada en la pasión que habían desatado su esposo y ella que en fijarse en lo que la rodeaba. La estancia era inmensa, ocupaba gran parte de la tercera planta de la mansión y era preciosa, parecía una cabaña antigua decorada en tonos dorados, marrones desgastados y verdes. Y era abuhardillada con ventanas inclinadas en el techo, a través de las cuales se podía vislumbrar el horizonte.

Emma, correteando y tarareando, atravesó una especie de saloncito y se detuvo frente a un biombo de tela en color azul pálido que contenía tantos paneles como ancha era la habitación, separando así lo que parecía la parte más luminosa del resto, tenía una vidriera preciosa y enorme en el techo.

Jamie descorrió un panel y Sophie se asomó.

Su corazón se detuvo. Su cuerpo se paralizó. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Un gran caballete de madera con un cuaderno de lienzos se situaba en el centro del espacio, con un taburete giratorio. A la izquierda, una mesa alta y rectangular con un mantel de flores azules estaba dispuesta con una paleta vacía y preparada para su estreno, era nuevo. Todo era nuevo.

A la derecha, había un alargado sofá azul oscuro, sobre una alfombra con ribetes rojizos, y lo acompañaba una mesa baja y circular con una botella de *brandy* y una copa.

—¿Qué pone aquí, tía? —Le señaló Jamie un paquete alargado junto a la paleta, envuelto en papel de regalo y con un lazo inmenso.

Sus pies se acercaron despacio a la caja y tomó la nota que había encima: «Para *lady* Sophie Aldrich, duquesa de Asten». Se apuntó a sí misma, extrañada. ¿James le había hecho un regalo? Pero ¿cuándo?

Deshizo con delicadeza el lazo y, seguidamente, quitó el papel.

—No sé qué es —comentó el niño, tocando un gran estuche cerrado de madera vieja.

Sophie se emocionó, llevándose las manos al pecho. ¡Ella sí sabía lo que era!

El cierre cedió con suavidad entre sus dedos.

—¿Por qué lloras, tía? —preguntó, extrañado.

Sophie se arrodilló y les apretó con fuerza contra el pecho ante la ilusión tan inmensa que sintió.

Pinceles de todos los tamaños y grosores con empuñaduras de marfil estaban perfectamente dispuestos en sus respectivos espacios. Acuarelas de todos los colores esperaban para ser utilizadas en un lienzo en blanco. ¡Era una caja de pinturas!

El enmascarado, a la vuelta de Brighton, le había dejado sus utensilios de pintura en la biblioteca, tal cual le pidió que cogiera de casa de sus padres. Recordó, entonces, el retrato que quería hacerle a James para demostrarle su amor, que todavía no había hecho.

Lo dejó todo tal cual estaba, más o menos, y les pidió a los niños que guardaran el secreto, poniendo un dedo sobre sus labios. Ellos, entre risitas, asintieron.

78



Después de cenar con todos en el salón, James y Sophie se dirigieron a sus aposentos. Él quiso interrogarla por lo de su malestar estomacal, pero ella le pidió que esperara. Escribió una nota y se la tendió.

—¿A mí? —susurró al leerla—. ¿Quieres retratarme? —Se ruborizó—. Está bien.

Sophie le dedicó una gran sonrisa y fue a la biblioteca a por sus utensilios de pintura.

Con su ayuda, colocó el sofá en el lateral de la cama, donde él se recostó. Se sentó cruzando las piernas bajo el trasero con el cuaderno de lienzos en el regazo. Los experimentados pinceles y la vieja paleta de colores los apoyó sobre el trapo desgastado que utilizaba siempre para pintar. Llenó un vaso de agua de la jarra que había en la mesilla de noche.

Cerró los ojos un instante mientras respiraba hondo. Estaba muy nerviosa. Llevaba meses sin pintar, ¿y si había olvidado cómo hacerlo? Pronto lo sabría…

Examinó a su modelo con atención. Lo más potente era su mirada: penetrante, profunda, viva, apasionada… Inclinó el cuaderno sirviéndose del colchón como soporte, escogió su pincel más fino, lo mojó en agua y, con la paleta en su mano derecha, optó por el negro.

En cuanto sus dedos deslizaron el pincel sobre el lienzo, un intenso regocijo le atravesó el pecho. No dejó de mirarlo a la vez que retrataba su busto con sus cabellos castaños hasta los hombros, cortados en líneas irregulares, perfectas a ambos lados, y su mechón seductor sobre la frente, la marcada mandíbula, la corta barba que le ensombrecía la barbilla desde hacía dos semanas, los labios sugerentes que incitaban a besarlos hasta la eternidad, la nariz aristocrática…

El cuadro resultó facilísimo de hacer. Y, tras contemplarlo con ojo crítico, lo arrancó del cuaderno, suspiró y, cerrando los ojos, se lo ofreció. El estómago se le contrajo esperando su opinión durante un interminable momento donde solo se escuchó el sonido del reloj que había encima de la chimenea.

—Dios mío… —El tono de su voz fue apenas audible.

Lo miró y se le cortó el aliento. Una lágrima descendía por la cara de su esposo hasta perderse

en su boca.

Sophie también se emocionó. Sin embargo, sus manos hormiguearon, rogando más…

Empezó un nuevo lienzo. Se sentía tan dichosa por volver a pintar que no podía parar.

Cuando se despertó al día siguiente, sin recordar a qué hora se había quedado dormida, se encontró en ropa interior dentro de la cama, sola. Su mirada se topó con el retrato, que descansaba en el sofá.

Con una sonrisa de embeleso, observó el rostro del hombre de su vida. No obstante, algo hizo que arrugara la frente. Cerró los ojos con fuerza al darse cuenta del error que tenía el retrato.

«No puede ser. Otra vez, no, ¡diantres!».

Corrió al vestidor, eligió un vestido que se abrochara por delante sin importar cómo fuera, se cepilló los cabellos, escribió una nota y se dirigió al *hall* con el boceto. Le entregó el papel a Bernard y partió sin demora a casa de sus padres en su yegua, así iría más rápido.

—¡Cariño! —exclamó su madre tras abrirle el mayordomo—. ¿Qué tal? —Se fijó en lo que cargaban sus manos y arqueó sus finas cejas—. ¿Qué llevas?

Buscó hoja y pluma.

—«Maman, he venido a por unas cosas, espero que no te importe, pero me urge muchísimo, es sobre pintura, no te preocupes. En otro momento, charlamos».

No esperó a que contestara, subió la escalera y entró en su antigua habitación para coger la llave que abría su sala de pintura, en la última planta.

Una vez allí, buscó el lienzo que le interesaba, el que pintó para regalárselo a James por la boda y nunca le entregó porque creyó haber pintado al enmascarado. Había sido una equivocación… ¿o no?

Lo encontró. Se sentó en el suelo y lo puso junto al retrato que le había hecho la noche anterior. Los dos coincidían en algo: la mirada.

De repente, su mente se llenó de detalles, recuerdos, escenas…

El libro de Benjamin Lorry que Clara le entregó de parte del enmascarado… La familia de Benjamin Lorry vivía en Viena, la ciudad donde James tenía una propiedad, y donde había encargado su vestido de novia…

¿Y las cintas que escondía en su muñeca debajo de los guantes? ¿Y que supiera también que no le gustaba enseñar las manos, siempre manchadas, porque nadie conocía su pasión por la pintura?

En Bath, hacía ya cinco años atrás, Sophie le contó sus secretos a Jimmy, le confesó muchas cosas, entre ellas, su amor a las flores, que su autor favorito era Benjamin Lorry, que le encantaba pintar, lo de las cintas y lo de sus manos enguantadas…

¿Por qué el enmascarado conocía cada detalle que ella había compartido solo con su familia, Brianna y James?

Porque eran la misma persona. Tenían el mismo caballo… Y ambos eran zurdos… Y olían igual, al jabón de su esposo… ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora?

Recordó algo más, en el baile de Fin de Año… Después de que ella le hubiera dicho al enmascarado que la afortunada era la propia Sophie por haberle entregado el corazón a su esposo, en el mismo instante en que le conoció, la mirada de Jimmy era tan brillante… Y el enmascarado se había despedido llamándola «mi dulce Sophie». Solo James la llamaba así…

¿Y las cintas? ¿Dónde guardaba las cintas que le había «robado»?

Regresó a la mansión.

Fue directa al desván. Desordenó los cajones, los armarios, pero no las encontró. Desesperada por creerse una loca, se revolvió el pelo buscando con la mirada algo que le llamara la atención,

pero tampoco.

Frustrada, se cruzó de brazos y golpeó el pie en el suelo con ímpetu, tanto que su pie se encajó en unas tablillas. Fue cuando se percató de que estaban sueltas, como las de su antiguo vestidor, en la casa de sus padres. Se agachó, curiosa al ver el pico de unas hojas. Era un fajo de papeles arrugados y amarillentos sujetos por una cinta de piel oscura.

Eran sus cartas… Las que ella le había enviado después de Bath.

Y solo el enmascarado había tenido acceso a ella, nadie conocía su escondite. Le había pedido sus utensilios de pintura, la llave la guardaba en el escondite del vestidor…

Si había alguna duda, acababa de desterrarla. Pero… ¿y las cintas?

Un sinfín de imágenes a modo de evocaciones desfilaron por su cabeza. Una de ellas detuvo la procesión: el semental de James. Dejó las cartas en el suelo, se incorporó del suelo y corrió a los establos.

Un lacayo estaba dando vueltas al impresionante corcel negro sujetándolo por las riendas en una especie de pista de arena. Y como si el animal la hubiera sentido, se paró en el centro, dándole la espalda.

—Vamos, amigo —le instó el chico, pero no obtuvo respuesta.

Sophie se acercó al mozo de cuadras y le puso una mano en el hombro.

—*Milady* —hizo una reverencia—, ¿las quiere? —Le ofreció las riendas.

Ella asintió y él retrocedió.

Se acercó lentamente hasta quedar frente al caballo y le quitó las bridas. Le palmeó el cuello y recorrió con las manos el resto de su imponente cuerpo. Era robusto y hermoso. Con los dedos, peinó su sedosa y preciosa crin.

Frunció el ceño. Le pareció inadmisible que un caballo tan bien cuidado tuviera el pelo con enredos, por lo que, detenidamente, buscó hasta dar con ellos y se quedó petrificada. No eran nudos… ¡Eran sus cintas azules entrelazadas entre los mechones del semental! Estaban muy escondidas y era casi imposible verlas.

El canto número diecinueve de *La Odisea* retumbó en su cerebro. Ahí tenía la prueba final: había descubierto a Ulises.

—Eres tú…

—Sophie… —susurró una voz a su espalda.

79



—Todo este tiempo, has sido tú… —pronunció su esposa con voz ronca.

—Estás hablando…

—¿Qué has dicho? —preguntó con inocencia.

—Nada. Continúa. —Le temblaba todo el cuerpo al escuchar su voz, cuánto la había echado de menos…

Y era obvio que ella no se había dado cuenta.

Dios mío… Quería ponerse a saltar, a gritar. ¡Estaba hablando! ¡Su dulce Sophie estaba hablando!

Se fijó en sus manos, que soltaron una cinta azul de la crin del animal. ¡Oh, no, la crin! Otro secreto que podía romper su matrimonio definitivamente…

Se aclaró la voz con un ligero carraspeo. Introdujo una mano en el bolsillo del pantalón y agarró con fuerza lo que siempre le acompañaba, a ver si le daba suerte.

—Sé lo que estás pensando, pero… —comenzó.

—Todo este tiempo has sido tú —le interrumpió, con los ojos inundados en lágrimas que no tardaron en brotar.

Sin pensarlo un momento, caminó hacia ella y le limpió las rosadas mejillas.

—Prefiero que me grites a verte sufriendo, y más cuando sé que es por mi culpa —apenas fue un movimiento de labios.

—No. —Le sonrió—. Siempre protegida…

Su esposa lo abrazó por la cintura apoyándose en su pecho y suspiró.

—Antes de hacer las paces en Hyde Park, me salvaste del accidente cerca del orfanato. La primera rosa azul que me diste fue cuando defendí al enmascarado en la fiesta de aniversario de Nicholas y Brianna, la descubrí al día siguiente cuando me desperté. Siempre supiste mi color favorito, por eso las pintabas azules. Siempre conociste mi debilidad por las flores, sobre todo por Benjamin Lorry. —Soltó una risita mezclada con hipo—. En Bath, te conté que nunca le

había enseñado un cuadro a nadie y que escondía mis manos, y ambos lo teníais muy presente.

James le acariciaba los cabellos sueltos con ternura. Quería escucharla. Quería que no callara jamás. Su voz era tan pura…

—No podía ni siquiera mirarte por lo del testamento —prosiguió—, pero el enmascarado logró hacerme sentir libre, como solo me he sentido contigo, con nadie más. Logró enseñarme el verdadero significado de la confianza. —Respiró hondo, apartándose para poder mirarle, con ternura, aún llorando—. Me tapaste los ojos y me obligaste a deshacerme de mis miedos, porque eso era lo que tenía, estaba aterrada… Cuando discutíamos, se me formaba un nudo en la garganta que no me dejaba respirar, pero que tampoco explotaba, no podía llorar. Entonces, un día, en Brighton, rompí a llorar, y todo gracias al enmascarado. —Le acarició el rostro con ambas manos sin enguantar—. A ti, Jimmy.

Él no podía moverse, estaba tan absorto en la sinceridad de sus palabras, en el amor que desprendía… que no se atrevía ni a respirar.

—Siempre cuidaste de los niños del orfanato cuando yo no podía salir. Clara… Ella conoció tu rostro desde el principio. Y empezó a sonreír gracias al cariño que le has profesado cada día. —Suspiró, el labio inferior le temblaba. James posó un dedo en él rozando la delicada carne como si fuera la joya más valiosa del mundo—. Y las cintas…

El duque de Asten metió la mano en el bolsillo y sacó lo que parecía una cinta azul, pues el paso de los años y la cantidad de veces que la había tocado la había desgastado y envejecido. Se la ofreció.

—Dios mío… —susurró ella—, es… es…

—Es la cinta que me diste en Bath, ¿te acuerdas? Fue tu regalo de Nochebuena. Fuimos al baile de los tíos de Nicholas. Te regalé la pulsera y, después, cuando te acompañé a tu habitación, te desanudaste la cinta de tu muñeca izquierda, la acariciaste y me la entregaste. Me dijiste que era tu mayor secreto, que aquellas cintas representaban tu verdadero ser, uno que no podías sacar a la luz porque la sociedad no te miraría con buenos ojos. No dormí en toda la noche pensando dónde poder guardar algo tan valioso y entonces di con el escondite perfecto.

—¿Siempre la has llevado encima?

—Siempre. Ni un solo día me he desprendido de ella en los últimos cinco años. Sophie —acunó su rostro entre las manos—, jamás quise hacerte daño. Perdóname por todo el sufrimiento que te he causado, te dejé sin habla… —Tragó con fuerza, nervioso.

Ella negó con la cabeza, sujetándose a sus brazos.

—No recordemos más eso. Yo te he hecho sufrir mucho al no creer en tus sentimientos hasta hace poco. Y tú… —suspiró entrecortada—, mientras yo te trataba mal, tú nunca has dejado de estar a mi lado, de protegerme, aunque lo hicieras con un sombrero de ala ancha y un pañuelo cubriéndote el rostro.

—No soportaba verte así… Pensé que, si el enmascarado se hacía un hueco en tu vida, aunque yo no pudiera, tal vez eso te ayudaría a salir del trance —Agachó la cabeza, dejando caer las manos—. Con lo que no contaba era con que te fueras a Brighton sin quererme cerca.

—Pero estuviste conmigo, no me abandonaste.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por el retrato. —Se puso a peinar la crin del animal con los dedos—. El día de nuestra boda, tras enviarme mi vestido de novia, quise dibujarte y entregarte el retrato como regalo, pero cuando lo terminé, me di cuenta de que había pintado tu rostro con la mirada del enmascarado, por eso nunca te lo di. Cuando esta mañana me desperté, tenía tu cuadro a mi lado, en la cama. Y fue tu mirada la que me hizo percatarme de que algo no cuadraba. Corrí a casa de mis padres y

comparé los dos retratos: la mirada era la misma. Además —se sonrojó—, debo confesarte que con el enmascarado sentía… cosas. Hubo un momento en Brighton que me asusté, creí que te estaba siendo infiel… —Meneó la cabeza—. Debes de pensar que soy boba…

Él se rio.

—Bueno, reconozco que yo he ayudado un poco a eso. —La besó en los labios con deliberada lentitud, rodeando su cintura—. No podía evitar tocarte y que la distancia entre nosotros no fuera la correcta.

Sophie sonrió. Entonces, abrió la boca, atónita.

—Jimmy… —pronunció en un hilo de voz—, estoy… hablando…

—Sí, amor mío. —Le sonrió emocionado—. Estás hablando. Por fin…

La abrazó, prometiéndose a sí mismo hacer lo imposible para que su esposa fuera feliz cada día de su vida.

—Vamos al desván —le pidió ella, tirando de sus manos—, tenemos más cosas que hablar.

Él la siguió, había más cosas que necesitaba contarle. Ya no habría más secretos entre ellos.

80



—También lo supe por esto —le dijo Sophie al entrar en el desván, señalando las tablillas sueltas del suelo, donde estaban sus cartas.

—Son mías —se agachó, las recogió y las apretó contra su pecho—, nunca debí devolvértelas, pero…

—Siempre fueron tuyas. —Le acarició el rostro y él se conmovió.

—Lo que te dije el día que nos besamos por primera vez es cierto —le confesó James en voz baja.

—¿A qué te refieres?

—Pedí trabajar en París para poder verte, aunque lo hiciera a escondidas. Y por ti me compré una casa en Viena, por tu autor favorito, y otra, en Florencia, la cuna del arte. Durante mucho tiempo sentí que lo hacía porque no encontraba mi hogar y me aferraba a cualquier cosa que me recordara a ti, y lo hacía sintiendo que ninguna de esas casas podría convertirlas en mi hogar, pero tampoco encontraba mi hogar, ni siquiera cuando regresé a Londres. —Se sentó en el borde de la cama. Ella le imitó, a su lado—. Porque mi hogar eras tú, Sophie.

—Oh, James… —Se arrojó a su cuello, temblando—. Siempre… Siempre has estado a mi lado, protegiéndome, amándome…

—Siempre, mi dulce Sophie.

Le miró, sonriendo de nuevo entre lágrimas.

—¿Sabes por qué quise pintarte?

—Lo cierto es que me sorprendió muchísimo.

—Sí, a mí también porque me daba miedo pintar. —Respiró hondo—. La noche del 31 de diciembre me enteré de la apuesta en White's.

James se puso tenso.

—Hubiera retado a duelo a todos esos bastardos —gruñó.

—Por eso te pedí que cogieras mis herramientas. Bueno, al enmascarado. —Soltó una

adorable risita—. Quise enfrentarme a mis miedos, pero, sobre todo, quería darte un cuadro mío para darte las gracias por haberme defendido.

James notaba cómo el aliento de ambos se iba mezclando de lo cerca que estaban. No podía dejar de observar sus labios entreabiertos mientras le hablaba, labios que gritaban su nombre sin parar.

—Bueno —le dijo ella, ruborizándose—, creo que tengo que agradecerte muchas cosas.

—Ah, ¿sí? —Se le desbocó el corazón al fijarse en cómo, de repente, sus pechos amenazaron con salírsele del vestido de lo rápido que respiraba, estaba nerviosa.

—Parece que has puesto todo a nombre de los dos. —Subió la mano hacia la solapa de su chaqueta y, despacio, se coló por dentro.

—Ss-sí.

—Y, también —con un dedo trazó líneas en sus pectorales—, Daniel Birds me contó que el orfanato tiene nuevo dueño. —Le miró, mordiéndose el labio, y pegándose más a su cuerpo—. Tú lo compraste y lo has puesto a mi nombre.

—Todo lo que he hecho, hago y haré —le susurró, incapaz de alzar la voz— no es nada en comparación a lo que siento por ti.

—Jimmy… —Se estremeció.

—Dime, mi dulce Sophie.

—Bésame, por favor, y déjame agradecerte todo…

—No tienes que agradecerme nada, pero…

La besó.

81



Al día siguiente…

—Lamento llegar tarde —dijo Sophie a modo de saludo al entrar en el gran comedor.

El ruido de los cubiertos en la porcelana se silenció de golpe. Algunos se atragantaron y, seguidamente, tosieron. Cinco pares de ojos abiertos como platos la observaron hasta que se acomodó presidiendo la mesa, al fondo.

—¡Qué gran día hoy! —exclamó su esposo, ocupando el asiento enfrente de ella.

Michael, Allan, Stuart, Nicholas y Brianna se habían quedado mudos. Los niños, en cambio, se levantaron y la abrazaron como si no hubiera estado meses sin hablar, haciéndola reír.

Brianna, entonces, también se incorporó y caminó muy despacio hacia Sophie. Ella se puso en pie. Y se abrazaron.

—Ya estoy aquí. —Le acarició la mejilla.

Nicholas, que surgió a su lado como si de un fantasma se tratase, también la abrazó, y Michael le dio un sonoro beso en la frente, suspirando aliviado.

—Bienvenida —dijo Stuart con una mirada que transmitía un profundo respeto, igual que la de Allan.

Se emocionó. Eran su familia, aunque no les unieran lazos de sangre, y, al igual que James, tampoco la habían abandonado desde que se había quedado en trance.

Nada podía entorpecer aquel momento, salvo…

—Milord. —Bernard le entregó una carta y desapareció.

James gruñó tras leerla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Michael.

—Nada —se incorporó—, ahora vuelvo.

No obstante, los chicos salieron tras él y se encerraron en el despacho. Brianna esperó a que sus hijos terminasen de comer mientras Sophie, con la oreja pegada a la puerta del estudio, intentaba escuchar algo en vano, todo eran murmullos incoherentes.

—¿Cuándo se lo vas a decir? —La voz de su mejor amiga la asustó.

—¿Decirle el qué? —Frunció el ceño, confusa.

—Que estás embarazada.

—¿Voy a tener un primo? —Jamie lo había oído.

—Ssh —exclamó Sophie tapándose la nariz—, cariño —se dirigió a su sobrino—, debes prometerme que guardarás el secreto.

El niño asintió.

En ese instante, el despacho se abrió y salieron en comitiva.

Sophie se inquietó. Estaban muy serios. ¿Sería por Maximilian?

—Jimmy —se acercó a él y se colgó de su brazo—, ¿pasa algo?

Pero su esposo no respondió, sino que la guio hacia el comedor para desayunar.

Sophie, en cuanto probó bocado, le sobrevinieron las náuseas de cada mañana. Se disculpó y salió de la estancia. En cuanto nadie la vio, se agarró el estómago y corrió a la primera puerta que encontró, las cocinas.

Dora se dio cuenta de lo que sucedía y le ofreció un recipiente donde poder vomitar.

Al quedarse a gusto, se bebió unas hierbas que la cocinera le preparó.

—Si toma esto una vez al día, el bebé no le dará problemas.

—¿Qué bebé? —exclamó aterrada con la voz más aguda de lo normal.

—*Milady*, si desea que lo mantenga bajo llave, aceptaré sus órdenes como señora mía que es, pero no se trata de ningún secreto. Ha engordado. —Con un dedo señaló la apertura del vestido en el pecho, donde los primeros botones estaban sueltos.

Era cierto, los senos le habían crecido en el último mes.

—Además —añadió Dora, sonriendo—, está más hermosa. Permítame que le diga que brilla desde hace un mes, ¿me equivoco?

—No se equivoca. Pero lord Asten no lo sabe todavía.

—No se preocupe por nosotros, no diremos nada. —Con un trapo se sacudió las manos—. Ya era hora de que esta casa brillase. —Suspiró.

—¿Por qué lo dice?

—Llevo casi cinco años trabajando como cocinera de esta mansión. A la mayoría de los sirvientes nos contrató lord Asworth después de que los anteriores duques murieran. —Se apoyó en un bajo mueble—. Cuando regresó el señor de su largo viaje por Europa, nos pidió que quemáramos todos los retratos de los anteriores duques y nos deshiciéramos de las serpientes, que, como bien sabrá, *milady*, constituían el emblema del ducado de Asten.

Sophie asintió con gravedad.

—Tiramos muebles, pintamos los coches de negro eliminando así los emblemas y quemamos los retratos de Alexander y Elisabeth Asten. Estuvimos varios días con candelabros porque todas las lámparas tenían la forma de esos asquerosos reptiles, si me permite mis palabras.

Sabía que había reformado la mansión por completo. Recordaba esos reptiles cuando venía de visita a ver a Brianna, o con sus padres a alguna recepción que habían llevado a cabo los anteriores duques.

—Pero eso no fue lo peor. —Hundió los hombros, entristecida.

—¿Qué más, Dora? —Se puso nerviosa.

—Durante muchas noches, escuchamos al señor cómo se emborrachaba y tiraba al suelo o contra las paredes los libros de la biblioteca. Maldecía una y otra vez a su difunto padre. —Carraspeó—. Discúlpeme, estoy hablando de más.

—No se preocupe —la tranquilizó, apretándole el brazo—, continúe, por favor.

—Estaba como ausente, serio, triste, con rencor… Nos amenazó con el despido si alguien le faltaba el respeto a su hermana, a *lady* Asworth. Como comprenderá, nos asustamos. Al fin y al cabo, esa joven dama es muy buena y gentil con la servidumbre, ¿cómo podríamos hacerle algo malo? —preguntó incrédula.

Sonrió. Brianna era maravillosa. Y, sabiendo lo que le había hecho su padre, entendió que Jimmy actuara de ese modo. Por eso se había convertido en el enmascarado, así se lo confesó él la noche anterior, para vengarse de cualquier hombre como Alexander.

—Y luego apareció ese hombre tan malvado. El tío de lord Asten, Maximilian. —Se le contrajo el rostro—. Las cosas que nos ha contado Belinda son para asustarse. Lord Asten fue muy bondadoso al contratarla. —Asintió con admiración—. La pobre muchacha estaba llena de golpes cuando la trajeron el marqués de Hollsmere y el duque de Allsmory. Pobrecilla —añadió, retorciéndose los dedos en el regazo—, no quiero ni imaginar lo que es ser maltratada…

En ese instante, se arrepintió de haber odiado a la doncella por celos…

—Bueno —siguió Dora, ahora sonriendo—, lo importante es que lord Asten por fin es feliz, ya no hay amargura y dolor en su mirada. No tarde en contárselo, esta mansión necesita niños correteando sin parar.

Sophie sonrió. Se acarició el vientre y notó una pequeña curva, apenas perceptible. Se lo iba a contar, claro que sí, solo esperaba el momento oportuno.

82



—*Milady* —la llamó su esposo, sonriendo desde la puerta de las cocinas.

Ella dejó caer las manos.

—¿Milord? —También sonrió, acercándose a él—. ¿Desea algo?

—¿Se encuentra mejor? Ha salido casi corriendo del comedor. —Rodeó su cintura lentamente —. Estoy convencido de que necesita descansar. Tantas emociones… —La condujo hacia el vestíbulo—. La acompañaré a la cama, fíjese, no puede andar sin mi ayuda.

Sophie rompió a reír.

—La verdad es que necesito mucho de sus cuidados, milord —le susurró al oído, subiendo la escalera—, he oído que sus manos llevan al cielo.

Él suspiró con fuerza.

—En este preciso instante, adonde quiero llevarte es al infierno y quemarnos durante horas.

Ella gimió sin poder evitarlo.

Ya se estaban besando con pasión antes de encerrarse en el desván… el resto del día.

De madrugada, acariciándose después de haber hecho otra vez el amor, James la ayudó a incorporarse de la cama.

—Ven conmigo —le dijo—, quiero mostrarte algo.

De la mano, recorrieron la preciosa cabaña. Se detuvieron ante el biombo de tela azul que ella había descubierto gracias a sus sobrinos. El nerviosismo volvió a hacer mella en su cuerpo. El momento había llegado.

Descorrió los paneles uno a uno y Sophie se quedó maravillada. Si con el sol esa parte de la estancia era increíblemente bella, con la luz de la luna a través de la vidriera el resultado era… indescriptible.

—Lo siento si la decoración es sencilla, pero…

Ella le silenció con un prolongado beso.

—Es perfecta —pronunció con voz temblorosa debido a la emoción.

—Lo hice yo mismo. El desván nunca se lo confié a nadie. Quise desde el principio que fuera nuestro refugio, solo para nosotros. —Se separó de ella para ofrecerle la caja de pinturas envuelta en papel de regalo—. Es tuyo. Es tu regalo de Navidad, pero no pude dártelo.

Ansiosa, deshizo el lazo y rompió el embalaje.

—Gracias, Jimmy. —Fue a besarlo, pero él se echó hacia atrás.

—Espera… —frunció el ceño—, no estás sorprendida.

Sophie agachó la cabeza, avergonzada. Él le alzó la barbilla.

—Verás, yo… —notó las mejillas encendidas—, Jamie, Emma y yo…

James soltó una carcajada.

—Lo siento… ¿Estás enfadado?

—Lo estaré si no estrenas ahora mismo esa caja de pinturas.

Con regocijo, preparó todas las herramientas y se sentó en el alto taburete para estrenar su nuevo cuaderno de lienzos. James se acomodó en el alargado sofá, sirviéndose una copa de *brandy*.

—¿Por qué? —quiso saber ella, después de un rato deslizando los diversos pinceles sobre el cuadro.

Él estuvo unos segundos en silencio, mirándola, hasta que le confesó:

—Nunca he soportado cuando los hombres se acercaban a ti y te rodeaban, porque ninguno de ellos supo prestarte la atención que merecías. Fingían hacerlo, pero solo te veían como la mujer más hermosa del baile.

—¿Celos? —Escondió el rostro tras el cuaderno.

—Sí, pero también rabia, porque nunca nadie ha sabido apreciarte como es debido. No solo eres preciosa por fuera, Sophie, eres la persona más bella que existe, con tu preocupación hacia los demás, con tus niños del orfanato, con el amor que sientes por tu familia, con la devoción que profesas a la pintura, con el respeto que muestras a la gente, sea quien sea. Ellos solo te veían como un adorno.

Ellos, pero él, no. Siempre vio más allá. Siempre la vio a ella.

Sophie se incorporó del taburete y se sentó en su regazo.

—Jamás pensé que existiera alguien que se molestara en conocerme de verdad —le dijo ella en voz baja—, alguien con quien pudiera sentirme libre, ser yo misma sin la presión de las normas, sin esconderme. Y solo ese alguien podría regalarme este estuche de pinturas. Te amo…

—Yo también te amo, mi dulce Sophie.

Se recostaron en el sillón. James se quedó dormido enseguida, pero ella, no. Le cubrió con una manta y se puso una de sus camisas, que la tapaba hasta las rodillas.

Nostálgica, levantó las tablillas sueltas y sacó las cartas. Entonces, frunció el ceño al percatarse de que la primera no era suya, la caligrafía era de su esposo.

Con manos temblorosas, procedió a leer:

> He empezado muchísimas veces esta carta, nunca me convence y termino por quemarla. Hoy me he propuesto no quemarla, no sé si algún día llegaré a enviártela.
>
> Hace meses que me mandas correspondencia a través de Brianna. Esta misma mañana te he mandado una nota cobarde en la que te pido que me olvides, devolviéndote, además, esas líneas que durante todo este tiempo me has dedicado sin esperar nada de mí.
>
> Te conocí cuando tenías doce años. Te habías caído de un árbol. En ese instante, a pesar del susto que me diste, me enamoré por primera y única vez en mi vida. Y, en Bath, me dejaste completamente hechizado. Deseaba pedirte matrimonio cuando acabara el asunto de Alexander, pero algo ocurrió…

> Perdóname, Sophie, pero en un momento perdí el control y abofeteé a mi hermana. Por eso me distancié de ti, no podía permitir que algún día, en una discusión, perdiera la cordura y te pegase… Por mis venas corre la sangre de mi padre. Soy como él, lo he asumido y aceptado. Y por eso no quiero hacerte daño. Solo espero que algún día me perdones por haber salido de tu vida sin ninguna explicación, por haberte hecho tanto daño.
>
> Rezo cada día para que alimañas como Alexander paguen por el daño cometido a mujeres inocentes como Brianna.
>
> Mientras tanto, seguiré amándote en mi eterno silencio.

Por eso se convirtió en el enmascarado…

Se secó el húmedo rostro, cerró los ojos y abrazó la triste y sincera carta de James. Besó el papel con labios trémulos y lo metió con las cartas en el escondite. Él no era como su padre. Nunca lo había sido, y la prueba de ello era el distanciamiento con ella cinco años atrás.

—Mi Jimmy… Cuánto has debido de sufrir…

83



Sin poder conciliar el sueño por la carta de James, salió del desván, quizás un paseo por la mansión la ayudaba a tranquilizarse, siempre había sido más nocturna que diurna, por la paz que se respiraba entre sombras y silencios.

Entró en el despacho de su esposo. Encendió el candelabro del escritorio. Aspiró el aroma a jabón, sonriendo.

Un papel doblado captó su atención. Lo sostuvo entre las manos y leyó su contenido:

> Está claro que no lo entiendes, mi querido enmascarado. Te dejé moribundo en tu casa para que entendieras el alcance de esto. Ya ha pasado un mes, tiempo más que suficiente para estar recuperado, no digas que no soy generoso. O me entregas a tu querida esposa al amanecer, o mataré a la siguiente chica dentro de dos días, y vuelta a empezar.

El corazón se le aceleró. Recordó otra carta que encontró ahí mismo, donde ponía «Otra».

—Otra chica… Dios mío…

¿Cuánto tiempo llevaría Maximilian matando a mujeres inocentes?

Solo había una manera de detener aquello, y sabía a quién recurrir para saber la dirección del club de Maximilian.

Subió corriendo a su habitación, que no al desván, pero antes de alcanzar la puerta, alguien la asustó.

—¿Tía? —Jamie, en pijama, se restregaba los ojos, somnoliento.

—¿Qué haces despierto a estas horas?

—Tengo sed.

—Jamie, tienes que hacerme un favor. —Se arrodilló a sus pies y lo sostuvo por los hombros.

El niño asintió.

—¿Te acuerdas de que hoy te he pedido que mantuvieras en secreto que vas a tener un primo? Bien, pues ahora quiero que se lo digas al tío Jimmy. —Su sobrino la miraba extrañado—.

Prométeme… —tragó saliva con esfuerzo debido al nudo en la garganta que se le había formado — que mañana se lo dirás.

—Lo haré.

—Gracias, cariño. —Le besó la mejilla y lo abrazó con excesiva fuerza.

No era una despedida…, se repitió nerviosa intentando serenarse.

En su dormitorio, se vistió de su color favorito, por primera vez en meses, se anudó la fina cinta azul en la muñeca izquierda y se trenzó el largo cabello. Se contempló en el espejo y respiró hondo. Con decisión, fue a los establos, ensilló a su yegua y se montó a horcajadas.

Antes de salir a galope tendido, observó la mansión con las lágrimas agolpándose en sus ojos. No podía permitir que pesaran más muertes en la conciencia de Jimmy, no después de haber leído su carta…

Era la única solución.

Con un dolor punzante en el alma, espoleó los flancos del animal y partió rumbo al número 8 de Regent Street.

84



A la mañana siguiente, después de haberse despertado solo en el desván y con una jaqueca horrible, descendió hacia el comedor en busca de Sophie. Desde el umbral de la puerta, supo que algo andaba mal. Sus amigos estaban serios. Y faltaba su esposa.

—Buenos días.

Nadie le respondió.

—¿Y Sophie? —preguntó.

—Se ha ido —le contestó Brianna. Tenía los ojos abnegados en lágrimas.

—¿Al orfanato? ¿Quién la ha acompañado? —La jaqueca se acentuó al ponerse nervioso.

—Será mejor que vayamos al despacho. —Michael se acercó a él.

—Jamie, ven con nosotros —le pidió Nicholas a su hijo.

James los siguió con inquietud.

—Anoche, Jamie vio a tu esposa en el pasillo.

—Me dijo que hoy te contara una cosa —continuó su sobrino.

—Muy bien, cariño. —Se arrodilló a su lado—. ¿Qué es lo que me tienes que contar?

—Que vamos a tener un primito.

Por un momento, se quedó inmóvil, después perdió el equilibrio. Cayó sentado en el suelo, despatarrado. ¿Estaba esperando un bebé? Eso era maravilloso…, ¿no?

— ¿Y por qué me lo has contado tú? ¿Dónde está Sophie? —Se puso en pie.

—No está. Y su yegua tampoco —señaló Stuart.

—Vale —se impacientó—, repetiré la pregunta. ¿Dónde está?

—Jimmy —era Nicholas—, está con Maximilian, eso creemos. Jamie la vio ir a los establos desde la ventana.

—¡¿Qué?! —Respiró muy acelerado—. No sabe dónde vive mi tío ni dónde está su club. Además, ¿por qué iría a buscarlo? —Anduvo por la estancia sin rumbo fijo.

—Esta mañana me encontré el despacho abierto y las velas consumidas —le informó Michael

—. Pensé que habías sido tú y que habías leído otra vez la correspondencia que Maximilian te envió ayer. La encontré en el suelo.

James entrecerró los ojos.

—Ahora vuelvo.

Salió disparado hacia el desván.

Levantó las tablillas sueltas del suelo y descubrió lo que acababa de sospechar. Él había anudado la única carta que había escrito junto con las de Sophie con una cinta. La cinta no estaba. La había leído.

El miedo le marcó en la piel como si alguien le clavara una daga de fuego en el pecho.

—Se ha entregado a Maximilian —confirmó a sus amigos al volver al despacho—. Y lo ha hecho para que no pesen más muertes en mi conciencia.

Respiró hondo para serenarse, pero fue inútil. Golpeó con los puños la mesa soltando un grito.

—Si de verdad se ha ido con él, los dos posibles lugares son el club o los muelles —comentó Michael.

—Dios mío… —se revolvió el pelo desesperado—, ¿por qué demonios ha hecho una locura así?

—Porque te ama —le respondió Brianna, llorando.

No le convenía en su estado.

Su estado. El mismo que el de Sophie. Estaba embarazada y se había embarcado a una muerte segura…

—Ha dado su vida por la tuya —añadió su hermana—. Yo lo haría por Nicholas.

—Voy a los muelles —anunció su esposo—. No hay tiempo que perder.

—Iré contigo —convino Allan.

—Yo me daré una vuelta a ver si escucho algo —señaló Stuart.

—Tú y yo iremos al club —le dijo Michael a James.

—Pues vamos.

Galoparon como el mismísimo diablo hacia el norte de la ciudad. James tenía tanto miedo que entró por la puerta principal del edificio abriéndola de una patada. Cuatro hombres corpulentos y sucios les cerraron el paso, pero entre él y su amigo se deshicieron de ellos rápidamente.

Alcanzaron la habitación de su tío.

No había nadie.

Recorrieron cada una de las salas o habitaciones en busca de Sophie. Lo único que encontraron fueron parejas durmiendo o cuartos vacíos, ni una nota, ni una pista, nada.

Dios… Estaba perdido.

—Vamos a casa a ver si alguno ha dado con ella.

Pero Nicholas y Allan tuvieron la misma suerte.

Stuart, en cambio, no apareció hasta bien entrada la noche.

—He oído cosas. Un tipo que conozco de los bajos fondos vio esta madrugada a un individuo moreno de ojos azules con una pelirroja vestida de azul, montando en un carruaje.

¿Moreno, de ojos azules…?

—Boissieu —masculló—. ¡La muy estúpida ha recurrido a él para ir a por mi tío!

—Solo nos queda esperar noticias de Maximilian.

La espera fue horrible.

James no dejó de imaginarse a Sophie magullada, golpeada…

Continuaron con la búsqueda los días siguientes.

Nadie paraba en casa, salvo su hermana y los niños. Emma y Jamie estaban muy callados

desde la desaparición de su tía, al igual que el resto de la casa, incluso los criados, a los que había informado sobre lo ocurrido.

Y Sophie seguía sin aparecer, como tampoco Maximilian había acudido al club, y de Boissieu, la alta sociedad rumoreaba que estaba en uno de sus viajes como descubridor.

Los muchachos querían dar parte a las autoridades, pero él se negaba. No creía en la justicia, estaba corrompida por hombres poderosos, su tío, entre ellos, tenía influencias para haberse salido siempre con la suya, jamás había estado en la cárcel.

James estaba desesperado. Cada lugar al que iba en busca de Sophie le recordaba los momentos más felices de su vida. Cuando atravesaba Hyde Park, ya fuese a caballo o a pie, se acordaba del día en que patinaron sobre hielo. Acudía al orfanato por las noches y creía verla, silenciosa o habladora, jugando con los niños, entregándoles sombreros, juguetes, abrigos…, y tirándose en trineo por la colina.

No dormía, casi ni comía. Michael le obligaba a ingerir alimentos asquerosos que, según su amigo, le fortalecerían y lo mantendrían en forma para lo que pudiera pasar.

Y, en la mansión, se encerraba en el desván y se tumbaba en el sofá donde había estado con ella por última vez mientras observaba el taburete vacío y el lienzo sin terminar que había dejado su esposa unas noches atrás. Bebía grandes cantidades de *brandy* y el rostro de un Alexander riéndose surgía en su cabeza. Posiblemente, se estaba divirtiendo desde la tumba…

James se metió en un bucle de autodestrucción imposible de salir.

85



—Tienes que salir de aquí —le exigió Nicholas, irrumpiendo en el desván—. Vamos, báñate, que hueles fatal —arqueó una ceja insolente—, y vístete en condiciones. Dora necesita hacer la compra, me he ofrecido yo, y tú vendrás conmigo.

—Déjammme… en… pazzz… —Le costaba pronunciar cada letra debido a la borrachera.

—Muy bien, tú lo has querido. Brianna, ya puedes pasar, cariño.

La visión borrosa de su hermana sonriendo con un recipiente en las manos hizo que abriera los ojos sobremanera.

—No…

Y sucedió lo que se temía: vació la palangana de agua fría sobre él.

James se incorporó de golpe y blasfemó todo lo que pudo. Ya no le quedó más remedio que asearse.

Se vistió como si fuera un autómata y ni siquiera se peinó, se revolvió el pelo con un paño. Todo le daba igual.

Fueron hasta Covent Garden en carruaje, acompañados por un lacayo y Belinda, la doncella.

En cuanto pisaron el mercado, recordó un paseo hacía unos meses con su esposa y sus amigos. Ella actuaba delante de la gente para que nadie sospechara del fracaso de su matrimonio. Sin embargo, *lady* Sarah Whiterspoon hizo acto de presencia y Sophie, celosa, se marchó corriendo sin darse cuenta de que iba a un callejón sin salida.

—Ahora vuelvo —le dijo a su cuñado.

Fue directo a aquel callejón. En él, existía una puerta que daba a la parte trasera de una taberna.

—¿Se puede saber qué hace aquí? —inquirió una mujer con los brazos en jarras—. ¿Quién es usted y qué es lo que quiere?

—Disculpe. —Hizo una inclinación de cabeza—. Soy… Adam Lander —fue el nombre que le vino a la mente en ese momento, el de ese abogado que había alojado a Boissieu en su casa, en

el número 8 de Regent Street—, he venido a…

—Haberlo dicho antes. —La expresión de la señora se suavizó y adoptó una actitud de respeto absoluto, como si se tratara del mismísimo rey de Inglaterra—. Por aquí, por favor.

Siguió a la mujer a través de un pasillo. En el salón principal había hombres de aspecto sucio que bebían cerveza, otros intentaban acostarse con chicas muy jóvenes dispuestas a cualquier cosa. Se metieron en una habitación que olía a perro muerto y hacía un frío de mil demonios. Un escalofrío desagradable le invadió el cuerpo.

—Espere aquí. —Desapareció por la única puerta.

Al cabo de unos minutos, la mujer regresó con un paquete rectangular en las manos. No parecía pesado.

—Espero que el señor Aldrich me recompense bien —le dijo ella—, me ha costado mucho conseguirlo.

Maximilian Aldrich. Su tío.

—Por supuesto. —Aceptó la caja con el ceño fruncido.

—Disculpe, pero la descripción que me hicieron de usted no se corresponde. —Se cruzó de brazos, mirándole con descaro de arriba abajo sin tapujos.

—¿Y qué le contaron? —Sonrió con picardía, hasta se mordió el labio inferior.

—Pues… —titubeó, ruborizada—, que era muy bajito y… con lentes y… algo… gordito.

Adam Lander.

—¿Y qué es lo que ve? —Le acarició la mejilla como un auténtico libertino.

—Pues…

—Tome —le dio una moneda de oro—, por las molestias. Ahora si me disculpa, que pase un buen día.

¿Casualidad o el destino haber ido a ese lugar ese día?

Se marchó por donde había venido, pero cuando llegó al callejón, comenzó a escuchar voces y alborotos que le hicieron ir más rápido hasta dar con Nicholas.

—Vámonos.

—¿Qué has hecho?

De repente, un revuelo en el mercado provocó que miraran ambos en dirección a la taberna. Varios hombres, cuyo cabecilla era el ratón de Adam Lander, caminaban deprisa hacia ellos.

—Vete —le ordenó Nicholas—, yo los despistaré, nos veremos en casa.

Obedeció sin demora. Corrió entre el gentío intentando salir de Covent Garden. Alguien le golpeó el hombro haciendo que trastabillase. Durante un segundo, cerró los ojos al inhalar el aroma de flores silvestres y… arcoíris…

¡Sophie!

—¡Vamos, hombre! —le instó su cuñado al verle parado.

James meneó la cabeza, se lo había imaginado. Prosiguió. Atajó por callejuelas para alcanzar la mansión.

—¿Qué traes? —le preguntó Michael en el vestíbulo.

Se dirigieron al despacho, cerrando tras de sí. Abrió la caja.

—¿Qué demonios es eso? —inquirió su amigo, extrañado—. ¿Cartas?

Eran cartas. Las firmas correspondían a Adam Lander, Maximilian Aldrich, Alexander Aldrich y Adrien Boissieu.

—¿Qué pasa? —Allan y Stuart entraron en la estancia.

—Será… bastardo… —pronunció James con dificultad.

Michael le arrebató las cartas.

—Maldito bastardo… Boissieu ha estado siempre detrás.

—Bueno, ya estoy aquí —anunció Nicholas—. ¿Qué es eso?

Michael repartió las cartas entre todos, quedándose estupefactos.

James se sirvió un trago de *brandy* y, a continuación, lanzó la copa contra la chimenea, rompiéndose en mil pedazos.

En una de las cartas que había escrito su padre, cinco años atrás, le pedía ayuda a su hermano para acabar con su propio hijo; le contaba los maltratos a Brianna con la diversión propia de un desequilibrado mental. Además, incluía que, al haber defendido James a su hermana, su padre deseaba devolverle el favor: Maximilian debía contratar a un entendido en arte y pagarle una inmensa cantidad de dinero para que se casara con Sophie y así su hijo quedaría en la calle y su hermano obtendría toda su herencia y título. También le contaba lo ocurrido en Bath. Sí, los había espiado y se había enterado de que la pelirroja se había marchado a París por culpa de James.

Las cartas eran entre Boissieu y Maximilian, relataban los progresos del descubridor con Sophie y las cosas que hacía con ella. Su tío le preguntaba cuándo la «desvirgaría» de una vez, que, al menos, se divirtiera antes de repudiarla.

—Lo que está claro —dijo Allan— es que tu tío está esperando recibir este paquete, son suficientes pruebas para meterlos entre rejas.

Por la noche, después de cenar, en lugar de encerrarse en el desván, se escabulló a los establos y se dirigió al número 8 de Regent Street.

Entró como si fuera un ladrón, colándose por una ventana. La casa estaba en penumbra. No había nadie, ni el ama de llaves.

Encontró una nota arrugada encima del escritorio del despacho.

> No era tan difícil ir a la taberna. Te pago demasiado dinero para que cumplas con tu cometido. Llévate los hombres que necesites, pero recupera las cartas esta noche. Si no las tengo mañana por la mañana en mis manos, despídete de tu miserable vida.

¡No!

86



Salió precipitadamente de la casa del abogado y galopó a una velocidad vertiginosa hacia su mansión. Redujo el paso antes de alcanzar los establos al ver seis caballos desconocidos con las riendas atadas a unas ramas, frente a la casa.

Decidió utilizar la entrada secreta que empleaba cuando se vestía del enmascarado. Rodeó la mansión, vigilando las ventanas, pero no vio nada raro ni escuchó un solo ruido, salvo el del viento que azotaba los campos. El cielo comenzó a tronar débilmente y una lluvia apenas visible le humedeció el rostro y el pelo.

Alcanzó la colina que buscaba, se bajó del semental y retiró la manta que tapaba la entrada de una cueva. Encendió una antorcha, cogió una pistola cargada con la mano izquierda y caminó hasta la puerta que daba a una pared de la bodega.

Con sigilo, subió al vestíbulo, atento a cualquier movimiento que pudiera percibir u oír. No había nadie, pero una rendija de la puerta del salón principal hizo que sus pies se dirigieran allí. Abrió con lentitud, apuntando con el arma.

Lo primero que vio lo dejó impactado: Brianna y los niños se encontraban en un rincón bajo la custodia de un maleante; su hermana estaba muy seria, al igual que Jamie, Emma, en cambio, estaba muerta de miedo, temblaba, pero no lloraba.

Sus amigos se encontraban arrodillados en el suelo. El ratón seboso de Adam Lander los apuntaba con una pistola y cuatro hombres les sujetaban con fuerza los brazos a la espalda.

—¡Por fin, milord! —exclamó el abogado—. Lo estábamos esperando. —Le instó a que pasara con la mano libre—. El arma, por favor. Aquí. —Señaló sus pies.

James, con una sonrisa, se acercó despacio y se agachó para obedecer, pero, en el último instante, pisó mal con el pie, perdió el equilibrio y cayó al suelo abrazando al ratón. Lo desarmó sin ningún esfuerzo y, tomándolo por la pechera, se incorporaron. Le apuntó a la cabeza.

—Soltadlos —ordenó con una increíble furia controlada— o lo mato ahora mismo. Vosotros caeréis después porque Maximilian no tendrá las cartas que tanto quiere. Irá a por vosotros, ¿no

es así, señor Lander? —Le empujó con violencia sin soltarlo.

—S-s-sí… —Estaba muerto de miedo. Bien.

—Chicos, coged las armas —les dijo James a sus amigos cuando se deshicieron de los hombres de Maximilian.

Nicholas corrió donde estaban su esposa y sus hijos. La niña rompió a llorar en los brazos de su padre, que apretó a los tres con fuerza. Entre Stuart, Allan y Michael ataron a los asquerosos y sucios tipos con las cuerdas de las cortinas.

—Avisaré a las autoridades —anunció Allan antes de desaparecer del salón.

—Tú te vienes conmigo. —La voz de James era tan dura que el abogado empezó a orinarse en los pantalones.

Se lo llevó al despacho. Michael fue con ellos.

—¿Dónde está mi esposa? —le exigió, con la pistola en su sien.

—Yo no sé nada…

Le golpeó en la cara con el arma. El ratón escupió sangre, aterrizando en el suelo con un golpe seco. Le había partido el labio y se intentaba limpiar el hilillo de sangre que le descendía por el redondo mentón.

—¿Dónde está? —repitió, rechinando los dientes.

—Yo… no puedo… decírselo. —Se cubrió la cara, aterrado.

No le sirvió de nada. El puñetazo lo recibió en el estómago.

Michael le tiró del pelo para incorporarlo.

—Será mejor que respondas con la verdad —le aconsejó con rudeza—, mi amigo es hijo de Alexander y sobrino de Maximilian, ya sabes lo que te espera si no contestas con la verdad.

James se quedó petrificado.

—La tienen en… —Adam Lander tosió descontroladamente— en la casa de su tío…, milord.

—¿En el club? —inquirió Michael.

—No… En… su otra casa…

—¿Dónde está esa casa?

—En… Brighton…

Pero su tío no tenía ninguna residencia en…

¡Brighton! ¡Cómo no había caído antes! ¡Claro!

—Ya están aquí. —Allan irrumpió en el despacho.

Michael sujetó a Lander y lo llevó a empujones hasta el salón, donde dos inspectores hablaban con la familia Asworth; otros dos, vestidos de uniforme, apresaban a los hombres de su tío.

—Oye —le susurró Michael—, lo que le he dicho antes, solo era para asustarle, nada más.

James suspiró con fuerza, aliviado al escucharle. Compartieron una sonrisa.

Entonces, recordó el paradero de Sophie y corrió hacia la bodega. En la cueva se desvistió y se puso la ropa del enmascarado, la guardaba allí en un viejo baúl. Le pareció extraño que estuviera más vacío de lo normal, pero no tenía tiempo para pensar en si alguien había descubierto el escondite.

Ató el paquete con las cartas a la silla de montar y salió al exterior. Al pasar por las cuadras, detuvo en seco al animal.

—No creerás que vas a ir solo, ¿no? —dijo uno de los cuatro hombres que había frente a él.

Los cuatro vestían de negro, con pañuelos y sombreros de ala ancha, montados en sus regios sementales.

—Te lo confiscamos. —Reconoció la voz de Michael—. Tanto tiempo en esta casa, y

sabiendo que eres el enmascarado, en algún lugar debías guardar tu secreto.

—¿Y Brianna y los niños? —quiso saber.

—Ahora están a salvo —respondió Nicholas.

—¡Pues vamos!

Rescataría a Sophie, aunque fuera lo último que hiciera en su vida. Solo rezaba para que todavía estuviera viva…

87



Le dolía tanto el estómago de no comer que no podía mantenerse erguida. Las piernas le fallaban cuando intentaba dar un paso y la cabeza le martilleaba debido al golpe sufrido unas horas antes. Su cuerpo temblaba de frío, pues sus ropas, rajadas, no le servían de abrigo, y el cuarto donde estaba viviendo era insoportablemente húmedo. En cuanto a su piel, empezaba a creer que los moratones no iban a desaparecer. Lo bueno de todo era que había encontrado la manera de no sufrir tanto cuando Maximilian jugaba con ella.

Sí, jugaba, esa era la palabra con la que él lo describía. Le aseguraba que así se ganaría la comida y lo único que conseguía eran mendrugos enmohecidos. Le exigía, por ejemplo, que corriera de una esquina a otra, a punta de pistola, y, en el camino, la empujaba o le ponía la zancadilla para que se cayera. Luego, la golpeaba por haber fallado y vertía parte del agua en el suelo para que no pudiera beber.

Estaba tan asustada por el bebé… Su tripa había crecido un poco, por suerte nadie lo había descubierto.

Por las noches era cuando peor lo pasaba: Adrien iba a visitarla de madrugada. No podía estar en la misma estancia con él, y menos cuando le tiraba del pelo a la mínima ocasión para sujetarla y besarla. Al principio, le escupía, después le dio por morderle y, finalmente, había decidido no hacer nada.

Pensar que había creído tener un verdadero amigo a su lado, un hombre al que aceptó como posible marido, y ahora contemplar con sus propios ojos que había sido todo una mentira, la hacía sentir la peor de las estúpidas. Hasta se había sentido mal por romper el compromiso y por la paliza que le había dado James…

James…

No se arrepentía ni un instante de haber dado su vida por él y no transcurría un solo segundo en el que no pensara en él. Cuando la dejaban sola, captaba el olor del mar a través de las rendijas de la única ventana de la habitación. No veía nada a través de ella porque la habían

tapado con tablas, pero podía escuchar el viento, la lluvia y los truenos del exterior, recordándole que seguía viva.

La estancia era muy pequeña y tenía un camastro cuyo colchón parecía una manta roída, sin sábanas ni almohada, una mesa vieja y un armario. Ni siquiera lo había abierto, ¿para qué?

Y, como cada noche, el señor Boissieu entró cerrando tras de sí con un portazo. Llevaba una palangana y una jarra de agua. Ella no se movió, estaba sentada en la cama.

—Buenas noches, querida. —Posó el recipiente en el suelo, se acercó a Sophie, tiró de su brazo obligándola a incorporarse y la besó sin tapujos. Así comenzaba siempre—. Te he traído algo para que te acicales un poco, hueles fatal. —Se rio desdeñoso.

Ella, cojeando, alcanzó con esfuerzo la palangana. Cayó sentada y, en vez de utilizarla para refrescarse, con manos temblorosas, procedió a beberla.

—Ah, no, de eso nada. —Adrien le dio una fuerte patada al recipiente volcando la jarra y rodando por el mármol.

Sophie quiso llorar de impotencia, pero se controló y fingió indiferencia.

—Ahora te quedas sedienta y mugrienta.

—El único cerdo asqueroso que hay aquí eres tú —masculló.

—¡¿Qué has dicho?! —exclamó, tirándole con dureza del pelo.

Ella ahogó una exclamación y se mordió los labios magullados.

—¿Sabes? Hoy he visto a tu querido esposo. Estaba muy bien acompañado de *lady* Sarah Whiterspoon. Le sonreía como el seductor que es. ¡Qué rápido te ha reemplazado! Su tío está asombrado.

No permitió que aquellas palabras la hirieran.

—Mientes.

—¿Acaso ha venido a buscarte? Ha asistido a bailes y a recepciones con sus amiguitos.

—Mientes —repitió, apretando la mandíbula.

Como respuesta, el descubridor le tiró más de los mechones haciendo que elevara la cabeza. La besó con fiereza. Sophie sintió repugnancia y le subieron unas náuseas por la garganta. Consiguió soltarse de un empujón y vació su estómago en la palangana. Se encontraba fatal y estaba empezando a marearse.

—Vomitas mucho.

Adrien, de pronto, le levantó el vestido hasta la cintura. Ella pataleó angustiada creyendo que la iba a violar.

—Estás embarazada… —Se retiró hacia atrás como si Sophie tuviera una enfermedad contagiosa, y salió huyendo del cuarto.

Ella respiró hondo repetidas veces y se acarició la tripa con desesperación.

Entonces, un ruido del exterior seguido de un trueno hizo que se acercara a la ventana. Pegó la oreja a las tablas.

—¡Señor, señor! —gritaron unos hombres—. ¡El enmascarado, señor!

«¡Oh, Dios mío!», pensó con la respiración agitada, «¡Jimmy!».

En ese instante, Maximilian entró. Sophie intentó zafarse de sus manos, pero no existía lugar en el mundo para esconderse de él… Intentó abrir el armario, pero Maximilian la empujó haciendo que perdiera el equilibrio. Su vestido se enrolló entre las piernas y no pudo incorporarse.

—Ven aquí, zorra. —La sujetó por la falda y le dio la vuelta. A continuación, le propinó un fuerte puñetazo en el estómago.

—¡No! —gritó todo lo fuerte que pudo—. ¡James! ¡JAMES!

—Este niño nunca nacerá.

Le agarró las manos por encima de la cabeza y la aplastó con su pesado cuerpo. Durante un rato no pudo respirar, pero halló el valor suficiente para hincarle la rodilla en su entrepierna. Él chilló de dolor. Sophie se soltó y, serpenteando, pretendió alcanzar la puerta, pero, antes de salir de la habitación, una mano le apresó el tobillo y la impulsó hacia atrás.

Pataleó sin descanso, arañó cuanto pudo y gritó el nombre de su esposo, pero solo consiguió recibir más golpes en la tripa. Con las manos se aferraba a la nada, pero pudo agarrar la jarra de agua que descansaba tirada en el suelo. Se la arrojó a la cabeza dejándolo aturdido.

—¡Sophie! —alguien pronunció su nombre—. ¡Pequeña!

Pequeña… ¡Era James!

—¡Jimmy! ¡Estoy aquí! —gritó.

Se incorporó, abrazándose la tripa, y cojeó hasta el alumbrado y elegante pasillo, nada que ver con la sala donde había estado recluida.

A lo lejos, creyó vislumbrar a James, intentó correr, pero la pierna derecha le falló y se cayó.

—¡Sophie! —La voz se acercaba más, pero la imagen se volvía más turbia.

Parpadeó, apoyándose en la pared.

—Ni hablar. —Maximilian la agarró del brazo y la arrastró hasta el vestíbulo, apuntándola con un arma en la cabeza.

—¡Suéltala! —le exigió la poderosa y autoritaria voz de… ¿quién?

¡Había cinco enmascarados luchando!

—¡Detened la lucha o la mato aquí mismo!

Se produjo el silencio.

88



Su verdadero enmascarado, entonces, se quitó el sombrero y el pañuelo. A continuación, le sonrió con dulzura y ella le devolvió el gesto. Se le aceleró el corazón. Era extraño ver a James debajo de esas ropas, pero le sentaban de maravilla. No existía un hombre igual que él…

—¿Estás bien, pequeña?

Ella asintió.

Mentira… Su cuerpo parecía haberse roto en miles de pedazos, pero no iba a preocuparlo más.

—Basta de cháchara —ordenó Maximilian—. Apresadles, menos a mi sobrino. Jack —se dirigió a uno de sus hombres—, llévala al cuarto. —Hizo un gesto con la cabeza señalando el sótano.

Cuando alcanzaron de nuevo la horrible habitación, los arrojaron al interior y los encerraron.

—Mi dulce Sophie… —La abrazó con cariño, con delicadeza, y le acarició el vientre.

Ella rompió a llorar de felicidad. Se sentía tan dichosa de estar entre sus brazos otra vez… No era un sueño. Era real.

—¿Seguro que estás bien? —Comenzó a palparla por todo el cuerpo y, al quejarse Sophie, su esposo gruñó y la cara se le desencajó—. ¿Qué te han hecho?

—No te… preocupes…, cuando consigamos salir… de aquí…, estaré mejor. —Volvió a notar las náuseas, pero consiguió controlarlas.

Él echó un vistazo a la estancia y, de repente, soltó una carcajada.

—Hay una manera. —Señaló el armario—. Parece que a mi tío se le ha olvidado el pasadizo. ¿Puedes caminar?

Sophie afirmó con la cabeza y la guio hasta el mueble. Abrió una de las puertas.

—Está vacío —comprobó ella.

—Mira esto.

Con la mano libre, descorrió el panel del fondo. Una escalinata estrecha y oscura apareció

ante sus ojos. ¿Todo ese tiempo había estado ahí? Se sintió frustrada y gruñó.

—No puedo creerlo…

—No lo sabías, no te culpes. —La besó en la frente.

Entonces, escucharon unos pasos y James cerró el armario.

—Voy a distraerle, cuando te haga una señal, huye y pide ayuda —susurró—, encontrarás mi caballo enseguida, se ve desde un lateral de la casa.

—Pero…

—Pero nada. Prométeme que lo harás.

—¿Qué pasará contigo? —le preguntó aterrada.

—Sophie…

—Está bien, te lo prometo —murmuró, esquivando su mirada.

—Sophie —le dio un apretón en las manos—, no tenemos posibilidad de escapar, estamos a merced de Maximilian, pero tú puedes intentarlo.

—Jimmy… —Comenzó a sollozar.

—Nuestro bebé necesita un poco más de tu valentía, cielo.

Ella asintió.

La puerta cedió y el enemigo la cruzó con insolencia. Portaba una pistola y apuntaba a Sophie. James la colocó a su espalda para protegerla.

—Bueno, querido sobrino, por fin en mi casa.

—Mi casa, querrás decir, querido tío —enfatizó el apelativo. Maximilian lo golpeó en la cara con el arma. Ella soltó un grito y se aferró a él, no obstante, su esposo no se inmutó—. No te preocupes, cariño, estoy perfectamente.

—Bueno, ya veremos qué tal te sienta esto… ¡Jack, Thomas! —rugió.

—Sí, señor —contestaron al unísono.

—Sujetadlo.

—¡No! —gritó James caminando hacia atrás.

Sophie se fijó en que estaban muy cerca del mueble. Se separó un poco de Jimmy.

—¿Eres tan cobarde que dos de tus hombres tienen que retenerme para pegar a una mujer? —se burló, algo que a ella le pareció innecesario, ¿qué pretendía?

—¿Cómo me has llamado?

—Te propongo algo —le dijo a su tío—, tú y yo, sin armas, aquí y ahora. Podrás desahogarte todo lo que gustes, si es que consigues rozarme.

¿Pero a qué venían esas palabras? Sophie se estaba enfadando, ¡era un suicida!

Maximilian les hizo un gesto a Jack y a Thomas para que se fueran.

—Pero, señor… —se quejó uno.

—¡Obedeced!

James le apretó el brazo a Sophie y ella lo comprendió todo…

—¿Apostamos, tío? A ver quién gana.

—Claro —rio entre dientes—, si ganas tú, te dejaré marchar y me quedaré con ella. Si gano yo, tomaré y mataré a tu tierna pelirroja delante de ti. Después te mataré a ti.

—La habitación es pequeña, salgamos al vestíbulo. Ella se queda.

—Muy bien —concedió su tío, remangándose la camisa hasta los codos—. Jack, Thomas, vigilad la puerta. Tú primero, sobrino.

James le volvió a apretar el brazo. Se miraron. Sophie sintió un intenso nudo en la garganta. No era una despedida, claro que no, solo se prometían con los ojos volver a verse… Se convenció a sí misma de aquello y ahogó un sollozo cuando el cuarto se cerró y se quedó sola.

—Jimmy…
Escuchó el sonido del cerrojo, asintió con gravedad y se dispuso a cumplir la promesa.

89



Cuando salió al exterior, sonrió sin poder evitarlo al notar la lluvia, débil pero incesante, en su rostro.

Giró sobre sus talones y observó que el lugar donde había estado recluida era un edificio muy familiar: la residencia de su esposo de Brighton.

Cojeó hasta vislumbrar el imponente corcel negro.

—Creí que nunca volvería a verte… —Le abrazó el cuello.

Como respuesta, el animal movió las orejas y se agachó. Se sentó como pudo sobre él, ahogando exclamaciones de dolor. Lo espoleó y galoparon por el pueblo costero hasta la casa de sus padres. Aporreó la puerta hasta que un sirviente somnoliento le abrió.

—¡*Milady*! —exclamó sorprendido permitiéndola pasar.

—Necesito… Ayúdeme…, por favor… —pidió sin aliento—. Mi es… Mi esposo está en peligro… —Se apoyó en el mayordomo para sostenerse. La tripa le dolía horrores y sufría pinchazos en el cuerpo entero.

—¡Claro, *milady*! Avisaré a los demás.

—Está en su residencia de aquí, en Brighton, ¿sabe cuál es?

—Por supuesto.

—¿Dónde hay… pistolas, espadas…, lo que sea? —le apremió antes de que se fuera.

—Lo siento, *milady*, pero su padre no caza, ya lo sabe, no hay armas en la casa.

—Pero…

¡El campeonato de tiro con arco!

—Reúna a más gente —le ordenó—, no tardaré. Espérenme aquí.

Con una mano en el estómago, recorrió el pasillo de la servidumbre hasta dar con una habitación donde sus padres guardaban disfraces, juegos y demás.

La sala estaba abarrotada de cajas cubiertas de polvo. Una a una, con rapidez, las fue desembalando. El tiempo se le echaba encima.

Jimmy…

De las últimas, dio con los arcos. Cogió uno de ellos. No se esperó el peso y le costó mucho sacarlo, pero lo consiguió. El problema era que solo había una flecha.

—¿Una? —dijo desesperada.

¡¿Qué demonios esperaba hacer con una sola flecha?!

De igual modo, deshizo el camino hecho.

Cuando llegó al *hall*, se detuvo en seco. Todos los hombres que componían el servicio, la mayoría jóvenes y fuertes, formaban una hilera como si de un regimiento se tratase, esperando erguidos a recibir las órdenes del capitán al mando.

—*Milady* —habló el mayordomo aproximándose a ella—, me he permitido mandar a dos muchachos a buscar a las autoridades y a otro a Londres para avisar a sus padres.

—Gracias… —susurró, con lágrimas rodando por sus mejillas.

—No la abandonaremos, *milady*. Las mujeres se quedan aquí, preparadas por lo que nos podamos encontrar. Vamos. No hay tiempo que perder.

Galopó con fiereza de vuelta a donde había estado recluida. Los lacayos rodearon el edificio. Desde las ventanas de la fachada principal, pudo ver a James y a Maximilian peleando.

—Gracias a Dios… —Respiró hondo.

Cargó con el arco y la flecha y se escabulló por el pasadizo. Al llegar a la habitación, descubrió que la puerta estaba abierta y el cuarto destrozado. Escuchó a hombres corriendo.

En un momento se hizo el silencio y, de pronto, lo que parecía un grito de guerra inundó la casa.

A hurtadillas, se asomó: el vestíbulo estaba lleno de hombres luchando con espadas y puños. Anduvo unos pasos y se apoyó en la pared. Le costaba respirar, se estaba mareando y las náuseas no le abandonaban ni por un instante.

Buscó con la mirada a James, pero no lo encontró.

Se guardó la flecha en el escote del vestido y, con las dos manos, alzó el arco. Soltando un grito, se unió a la lucha golpeando a cualquiera que se interpusiera en su camino. Tenía que dar con él…

Pero alguien la empujó, resbaló en el mármol y cayó al suelo golpeándose la cabeza con un escalón que conducía al piso de arriba.

—¡Por fin! —exclamó alguien, que la cogió del pelo y la obligó a incorporarse.

Sophie agarró con desesperación las manos del atacante y pataleó sin cesar. Soltó otro grito ante tanto dolor. Adrien la miraba con regocijo malsano.

—¿Sabes qué es lo bueno de trabajar para alguien como Maximilian? —La dejó libre de un empujón.

Ella, expectante, dio un paso atrás y otro, y otro…

—Que aprendes cosas interesantes.

Sophie echó a correr escaleras arriba. Él salió tras ella con el arco en las manos.

Cuando la tuvo demasiado cerca, Adrien levantó el arco y arremetió contra ella, pero lo esquivó a tiempo.

—¿Tanto me odias? —le preguntó, intentando escapar.

—Prefiero el dinero, no te ofendas. —Lanzó de nuevo el arco, y volvió a salvarse, por muy poco esa vez.

No había nadie en esa planta y estaba en penumbra y fría. Como, encima, la lluvia le había empapado el vestido, le pesaba como si estuviera nadando con él en el agua. El pelo, además, se le pegaba a la cara y a veces le impedía ver bien.

Llegaron a un saloncito, al fondo. Sophie estaba sin fuerzas, tenía el cuerpo agarrotado y tiritaba.

—¿Cómo pudiste mentir durante tantos años?

—Estoy acostumbrado —se encogió de hombros—, no solo me dedico a descubrir arte —soltó una risita que le produjo un incómodo escalofrío—, con el contrabando de esculturas falsas uno se hace rico, ¿lo sabías? Tú serías buena en ello porque fuiste tú… ¡quien me mintió! —Lanzó de nuevo el arco, enganchándose en una estantería.

Algunos libros cayeron sobre ella y le arrancaron un gemido de dolor en la espalda.

«Dios mío, ¿cuándo acabará esto?», pensó desesperada, rodeando unos sillones para salir al pasillo.

—Cuando te hablaba de nuestra boda, siempre tenías una excusa para aplazarla porque siempre estuviste esperando a ese bastardo. —La persiguió con más apremio mientras le dedicaba muecas despreciables.

—¡Porque siempre me amó! —Bajó las escaleras con ligeros tropiezos. Vio una pistola cerca de la puerta principal. No comprobó si estaba cargada, simplemente, apuntó a Adrien al pecho, quien aún estaba en lo alto de la escalinata—. ¡Él es un hombre, no un cobarde como tú que está luchando contra su mujer! —Y añadió en un susurro—. *Au revoir*. —Disparó.

El cuerpo sin vida de Adrien Boissieu se deslizó con lentitud por los escalones hasta acabar en el *hall*.

Por fin…

90



En el campo de batalla, vio a Nicholas con un corte en la garganta, Stuart peleaba cansado, se le notaba en sus movimientos, Allan tenía la camisa rasgada, y Michael, un moratón en el mentón. ¡¿Dónde estaba su esposo?!

—¡James! —gritó, buscándolo.

Las autoridades entraron en ese momento, deteniéndose la lucha.

Sophie subió a la segunda planta, cogió el pesado arco con decisión. Entró en cada habitación, pero estaban vacías. En una de ellas, que daba a un lateral, había una pequeña terraza. Abrió la cristalera y, apoyándose en la barandilla, se cubrió la frente convirtiendo la mano en sombrilla para evitar que la lluvia bloquease su visión.

Echó un lento vistazo al exterior y, de pronto, sus ojos se detuvieron.

Allí estaban, no muy lejos de la casa, perfecto para estudiar el combate con detenimiento.

James y Maximilian, entre altos árboles, continuaban su propia guerra. Su esposo se tropezó y cayó de espaldas. Su tío se tumbó sobre él. Sophie podía oír los insultos que se dedicaban con rabia.

—Ese es tu papá… —Las lágrimas se mezclaron con las gotas de lluvia que se escapaban por su rostro—. Valiente como ninguno.

Entonces se pusieron en pie, forcejearon y escuchó un disparo.

—¡James! —gritó.

Maximilian lo apuntó con una pistola a la cabeza.

Rápidamente, Sophie se sacó la flecha del vestido, recordó la posición que le había enseñado Michael con el arco y apuntó, rozando con los labios su mano izquierda. El agua de las nubes obstaculizaba la distancia y, en ese instante, soltó un juramento, no estaban tan cerca como pensó al principio.

Rezó una plegaria, tensó al máximo la cuerda y soltó la flecha. Sin pararse a ver el resultado, salió cojeando de allí. Algunos intentaron detenerla en el vestíbulo, pero ella solo deseaba llegar

hasta su esposo.

James, en la hierba, se quitó de encima a Maximilian, muerto. Había logrado acabar con él gracias a Sophie: la flecha le había atravesado el costado, y esos segundos de distracción le habían ayudado a arrebatarle la pistola y dispararle en el corazón.

—¡Jimmy! —Le lanzó los brazos al cuello.

—Mi dulce Sophie…

Se besaron con fuerza. ¡Estaban juntos! ¡Estaban vivos!

—Te amo, te amo, te amo, te amo… —le repetía ella entre besos.

Él soltó una carcajada y la apretó contra sí.

—¿Estáis bien? —La voz de Michael los devolvió al presente.

Los muchachos les ayudaron a levantarse, pero en el momento en que Sophie se puso en pie, el mareo le martilleó la cabeza y le nubló la vista. Se agarró a James sin fuerzas.

—¡Sophie! —exclamó aterrado—. ¿Qué te pasa?

—Jimmy…

Se desmayó.

91



—La fiebre está aumentado —anunció el doctor Kinsgley con gravedad.

Brianna y los niños llegaron a Brighton al amanecer. Estaban en la casa de los condes de Dorset, en la habitación de Sophie. Su hermana había traído al médico, pensando en la posibilidad de necesitarlo, y no se había equivocado.

Él tenía una bala en el costado, pero, hasta que no se ocuparan de su esposa, había exigido que no le tocasen. Brianna y Gabrielle sollozaban, viendo cómo el doctor hacía su trabajo, hasta la pequeña Emma estaba allí, arrodillada a los pies de la cama; Jamie, a su lado, la abrazaba con tristeza.

Nicholas, Michael, Allan y Stuart estaban dando parte del incidente a las autoridades, en el vestíbulo.

—Tiene el cuerpo lleno de hematomas.

Su suegra ahogó un gemido.

—Necesita mucho reposo y alimentos. Está completamente desnutrida, miren su piel escamada. En cuanto despierte, que tome una sopa de hierbas para asentar el estómago. El bebé me preocupa. Me quedaré hasta que mejore.

—Por favor… —le rogó James.

—Solo queda colocarle paños de agua fría por el cuerpo para bajar su temperatura y aplicar esta sustancia para los golpes —mostró uno de los frascos que guardaba en la mano libre—, y esto como relajante para el vientre, esperemos que ayude a su futuro hijo, milord. —Le enseñó el otro y se los dio—. Y, ahora, veamos qué tiene usted.

Se levantó la camisa.

—La bala está dentro. Hay que sacársela y suturarlo. No entiendo cómo puede seguir en pie… —murmuró para sí—. Luego, veré a los demás.

Fueron al dormitorio de enfrente, se deshizo de todo excepto de los calzones. Brianna le abrió la cama y él se tumbó, sintiendo de pronto un pinchazo en las costillas casi insoportable.

—Necesitaré agua muy caliente y que alguien lo sujete.

—Sí, doctor.

Su hermana salió corriendo a realizar la tarea.

El médico comenzó a palparle la herida. James se mordía los labios e intentaba no moverse, pero el dolor era horrible.

—Ya estamos aquí —anunció Michael, irrumpiendo en la estancia, seguido de Nicholas, Allan y Stuart.

Brianna y una doncella trajeron lo que el doctor había pedido. James sudaba del esfuerzo por no gritar y maldecir a los presentes.

—Comencemos.

Fue rápido y fácil, pero tremendamente doloroso.

Quiso levantarse cuando el doctor terminó, el cansancio hizo mella en él y se quedó dormido al instante.

Cuando abrió los ojos, los candelabros iluminaban la habitación. Por un segundo, no sabía dónde se encontraba, pero al echar un lento vistazo a su alrededor, recordó lo ocurrido.

Sophie…

Se incorporó gruñendo, el costado le bramaba y respiraba con dificultad, además de encontrarse un poco mareado.

Su hermana dormía en un sillón en la estancia de su esposa. Sus sobrinos estaban tumbados en la cama, junto a su tía.

James se arrodilló y la cogió de la mano. Le besó cada uno de los dedos.

—Mi dulce Sophie… —susurró.

Tenía el rostro demacrado, había adelgazado y los moratones manchaban su piel, áspera en algunos puntos.

—Jimmy —Brianna le acarició el hombro—, ¿qué tal estás?

—Bien —mintió—. ¿Y ella?

—Aún no se ha despertado. Deberías volver a acostarte. Estás débil y tanto tiempo durmiendo…

—¿Cuánto? —La miró y ella le tocó la frente.

—Has estado cuatro días delirando y aún tienes fiebre. —Suspiró—. Iré a por algo de comer. Avisaré a los demás.

Los niños se movieron al cerrarse la puerta.

—¡Tío! —exclamaron al unísono.

Se acercaron a él y lo abrazaron.

—Ay… —se quejó entre risas—. Yo también me alegro de veros.

Se quedaron en silencio, los tres mirando a Sophie.

—Es la… Bella Durmiente…, ¿verdad? —le dijo Jamie, hipando.

James se sentó en el colchón y sentó a su sobrino en el regazo, sin soltar a la niña.

—¿La Bella Durmiente?

—Sí, como en el cuento que nos leíste cuando llegó la tía de vacaciones.

—Claro. —Sonrió con tristeza.

—Entonces, bésala para que despierte.

—No puedo, tesoro. Esto no es un cuento.

Jamie empezó a llorar. Su hermana le abrazó con torpeza, llorando también. James los abrazó a los dos, temblando.

A la mañana siguiente, habló con el médico.

—Buenos días, milord —le saludó el señor Kinsgley. Estaba comprobando la temperatura de Sophie—. Le voy a ser sincero.

La gravedad del tono de su voz le inquietó de manera alarmante.

—La fiebre no remite. Y continúa desnutrida porque no se despierta para comer y apenas bebe agua.

—¿Qué me está queriendo decir? —inquirió, apretándose el costado para mitigar los pinchazos.

—No podemos hacer más. Está en manos de Dios. Lo lamento, milord.

James golpeó con violencia la pared, soltando un grito desgarrador. El doctor se marchó.

Volvió la cara hacia su Bella Durmiente y así permaneció hasta que, minutos más tarde, los condes de Dorset se arrodillaban ante el lecho y, llorando, le suplicaban a su hija que se moviese.

Pero ella no se inmutó.

92



Las siguientes veinticuatro horas, Sophie deliraba, sudaba, ardía, le nombraba sin cesar, también al bebé… James no se separó de ella. Y sus sobrinos tampoco, cada uno tumbado o sentado en la cama junto a su tía.

Acomodó las almohadas varias veces y ventiló la habitación. Además, les contó a los niños cómo se conocieron Sophie y él, a ver si de ese modo, al escucharle, se despertaba de una vez.

Pero, por más caricias que le brindó y palabras que les dedicó, para lo único que entreabría los párpados era para pedir agua y casi todo se lo volcaba en el pecho porque estaba sin fuerzas hasta para mover la boca. Lo bueno era que los hematomas estaban desapareciendo.

Al segundo día de haber despertado James, decidió dar un paseo a caballo. Se abrigó bien, ensilló al semental y galopó hasta la playa. La brisa marina le humedecía la piel.

Paseó por la arena blanca. La primavera estaba a la vuelta de la esquina, los árboles estaban empezando a florecer, aunque el mar estaba como su interior: oscuro, revuelto, grandes olas chocaban con las rocas.

Recordó una tarde en que le había tapado los ojos para disfrutar de aquello. Se había quedado embobado al verla abstraída de la realidad, la había alzado por las axilas y habían dado vueltas.

¡Debía despertar!, se repetía con rabia contenida.

Se sentó cerca del mágico lugar donde hicieron el amor la última noche de la fiesta campestre.

No supo el tiempo que estuvo allí, recordando la sonrisa de Sophie, los besos, las caricias, las risas, los secretos… Lloró en silencio, rezó una plegaria tras otra. Después de todo lo que habían pasado, la vida tenía que recompensarle con un futuro juntos, a salvo y felices. Necesitaba que despertase ya…

Cuando regresó a la habitación de su esposa, se frotó las manos para entrar en calor. Inclinó su cuerpo y besó su frente. No tenía fiebre, eso era buena señal.

—No, *ti* —le dijo Emma con el ceño fruncido.

—No, ¿qué? —le preguntó extrañado.

—El beso es en la boca —le respondió Jamie—. Si no la besas en la boca, la Bella Durmiente no se despertará.

—Lo cierto es que… —puso dos dedos en la barbilla, pensativo—, desde que se durmió, no la he besado en la boca todavía.

—Tienes que hacerlo, tío. Mamá dice que la vida puede ser un cuento de hadas si queremos que lo sea.

James sonrió.

—Vamos allá… —murmuró, acercándose a los labios de su esposa.

El príncipe examinó el bello y relajado rostro de su amada durante un instante. Entonces, la besó con suavidad en la boca.

Al retirarse, se echó a reír al ver a sus sobrinos escudriñando a su tía.

Les revolvió el pelo y se encaminó hacia la puerta para que le subieran agua caliente, se había quedado helado en la playa.

—¡Lo sabía! —exclamó Jamie, de repente.

James giró la cabeza y…

—Jimmy… —pronunció débil su mujer.

—Sophie… —Corrió hacia ella. Se arrodilló en el suelo y le besó el rostro infinitas veces hasta que ella se quejó entre risas—. Mi dulce Sophie…

—Tengo hambre.

Él soltó una pequeña risa que se convirtió en una gran carcajada.

—Claro que sí, amor mío. Claro que sí… —La abrazó con cuidado.

Los niños salieron corriendo en busca de sus padres para contarles la maravillosa noticia.

—¿Y el bebé? —Ella se tocó el vientre—. James…

—El bebé está bien.

Entonces, Sophie rompió a llorar, temblando.

—Ya… —le susurró James—. Ya está. Estáis a salvo.

—Y tú…

—Todo ha acabado. —La besó en la frente, temblando también.

Juntos lloraron de felicidad.

93



Se encontraba entre los poderosos brazos de su esposo, feliz, calentita y, sobre todo, segura.

—¿Qué crees que será? —le preguntó Sophie, acariciándose el vientre—. Yo creo que un niño.

—Me da igual con tal de que nazca sano y fuerte.

Habían transcurrido dos semanas desde que había despertado.

Ya no cojeaba, el médico se había marchado esa tarde, después de comer. James estaba totalmente recuperado y se encargaba de demostrárselo cogiéndola en brazos y dándole vueltas por la habitación, a veces con Emma en sus hombros.

Sophie estaba empezando a ganar peso y se pasaba todo el día engullendo. Los chicos se tiraban las tardes en su habitación, jugando todos a las cartas. Risas y risas inundaban la estancia continuamente. Sus padres no se quedaban apartados, sino que formaban parte de los juegos, ayudando a los niños.

Maximilian y Adrien habían caído en sus propias redes. Decía James que habían cavado su destino el mismo día en que decidieron hacer caso a Alexander. Los hombres de su tío habían terminado en prisión, declarándose culpables.

Por fin toda la maldad había desaparecido de sus vidas.

—Mañana partimos a casa, ¿no?

—Sí, a casa… —contestó él, somnoliento.

James y Sophie descansaban plácidamente en la cama. Sus sobrinos llevaban un rato durmiendo en unos colchones a los pies de la cama. Se había conmovido tanto al contarle su esposo que no se habían separado de ella un solo minuto, que había permitido que se quedaran en su habitación hasta que se fueran a la ciudad. Y desde que había despertado, la habían apodado Bella Durmiente, un nombre que había aceptado con alegre solemnidad.

James le besó el cuello con adoración y, entrelazando sus piernas, se dejaron llevar por Morfeo.

Al día siguiente, partieron rumbo a Londres.

Alcanzaron la ciudad bien entrada la noche y, nada más entrar en la mansión, Claudia se lanzó a su cuello, llorando de felicidad.

—Señora mía, ¡no se imagina lo contenta que estoy de verla!

Dora también la abrazó, entre lágrimas.

—Milord, tiene el despacho repleto de cartas.

—¿Cartas?

—Sí, señor, es que desde que salió en el periódico el incidente…

—Un momento —le interrumpió. El *hall* quedó en silencio—. ¿El periódico?

—Sí, milord, lo guardamos por si acaso deseaban verlo.

Todos marcharon en procesión al despacho.

—¡Dios mío! —exclamó Sophie.

El mayordomo no había exagerado: el escritorio estaba colmado de cartas, algunas descansaban en el suelo en irregulares montones.

Cada uno, arrodillado o sentado sobre la alfombra, fue abriendo una a una.

—La gente os pide perdón —señaló Brianna.

—En estas —Nicholas alzó un puñado de papeles doblados— se alegran de que el incidente no haya tenido peores consecuencias.

—Os invitan a bailes —dijo Allan.

—Los marqueses de Whiterspoon os mandan todo su apoyo —era Michael.

—Te readmiten en White's —comentó Stuart.

—*Milady*. —Su doncella le tocó el hombro.

—¿Qué pasa?

—En estos días le han mandado regalos. —Le sonrió. Sophie la miró extrañada—. Los pusimos en su habitación.

Brianna, Emma y ella siguieron a Claudia hasta la puerta de su dormitorio. Cuando la abrió, las tres se maravillaron.

—¡Qué bonito! —exclamó su sobrina dando saltitos.

Flores de todo tipo y color llenaban el espacio. Era imposible caminar sin pisar alguna. Eran preciosas, estaban muy bien cuidadas.

—¿Qué voy a hacer con tantas? No voy a poder dormir. —Se rio.

—Eso no va a ser ningún problema. —Jimmy la abrazó por la cintura y la besó en la nuca, provocándole un intenso escalofrío—. Ven conmigo.

De la mano, la condujo hasta el desván. Antes de entrar, le pidió que se descalzara y, sacándose un pañuelo negro de la chaqueta, le cubrió los ojos. Ella sonrió con picardía. A continuación, escuchó el sonido del picaporte.

Se colocó a su espalda y la guio empujándola por las caderas. Los pies se deslizaban por algo pequeño, suave y frágil que había sobre la madera del suelo. Mientras intentaba averiguar de qué se trataba, su esposo la roció de besos por el cuello, los brazos y el escote. Le quitó los guantes y sus labios se demoraron en los dedos, en el interior de las muñecas…

—Jimmy… —Suspiró, muy acalorada. Sentía sus piernas flaquear.

De repente, la detuvo y le quitó el pañuelo.

—Dios mío…

La cabaña tenía pétalos de rosa azul esparcidos por todas partes. Y en la cama, un ramo de rosas del mismo color y una blanca en el centro, todas sin espinas y cuyos tallos se habían cortado lo justo para cargar con él sin que molestase. Se acercó al lecho y, con lágrimas que

amenazaban con surcar sus mejillas, lo cogió con ambas manos. Cerró los ojos y aspiró el inconfundible olor a pintura.

—Mi enmascarado… —susurró con infinita alegría.

—Es un ramo de novia, como el otro que te hice.

Se dio la vuelta situándose frente a él. Tenía la mirada vidriosa y tragaba repetidamente, estaba… ¿nervioso?

—¿Qué pasa? —se preocupó.

Entonces, arrodilló una pierna.

—Sophie Aldrich, duquesa de Asten, ¿me haría el inmenso honor de ser mi esposa otra vez? Te prometí una boda con todos los invitados que quisieras, sin escondernos. Y aquí te la ofrezco. —Le tendió una hoja—. El sacerdote ha aceptado que renovemos nuestros votos matrimoniales, solo espera a que digas «sí».

Se había quedado… muda.

—Además, no posees un anillo de boda. —Del pantalón, sacó una cajita de terciopelo azul oscura con un lazo en un tono más claro.

Ella lo tomó con manos temblorosas.

Era un discreto zafiro engarzado en diminutos diamantes que brillaban a la luz de los candelabros.

—Yo… —se limpió una lágrima—, ¡no sé qué decir!

—¿Cómo que no sabes qué decir? —Estalló en carcajadas—. Dime sí o… ¡sí!

—¡Sí! —gritó loca de emoción arrojando sus brazos al cuello de su esposo.

Él se levantó, la alzó por la cintura y dieron vueltas por la habitación sin dejar de reír.

Pero segundos después, la alegría se transformó en pasión. Ella tomó la iniciativa abrazándole con las piernas. James no tardó en corresponderle. La empujó contra la pared, tiró del vestido y la camisola hasta desnudarla por completo. Sophie lo despojó de sus ropas. Y ambos, de pie, se besaron enfebrecidos, locos de un deseo imposible de extinguir.

—Siempre has sido mía… —murmuró, llevándola al paraíso a un ritmo vertiginoso que no aceptaba una negativa—. En secreto, pero mía…

—Siempre…

Epílogo



Florencia.
Dos meses después.

Sophie estaba en la cama de su impresionante casa de Florencia, sentada con la espalda apoyada en los almohadones y las piernas flexionadas a modo de sujeción para el cuaderno, aunque su abundante barriga ya hacía las veces de ayuda; su mano izquierda deslizaba el pincel sobre el lienzo. Estaba pintando la maravillosa vista del Palazzo Corsini al atardecer.

Era feliz. Los dos lo eran. Hacía tres semanas habían renovado sus votos matrimoniales con la aristocracia al completo como testigo. Florencia era la primera parada en su luna de miel, luego irían a Viena y, por último a París, donde pensaban quedarse sin fecha de vuelta, no les importaba que el bebé naciera en Francia; tenían un asunto pendiente con esa ciudad, necesitaban vivirla juntos, disfrutarla, sentirla, sin dolor, sin cartas sin respuesta, sin peligro a su alrededor.

El pasado había quedado atrás. Nada ni nadie se interpondría entre ellos nunca más. Y esos últimos dos meses tan preciosos que habían pasado solo eran el principio del resto de sus vidas, y tenían toda la intención de que cada día fuera inolvidable.

—Acaba de llegar una carta.

James se tumbó a su lado y, acariciándole el tobillo, se dispuso a leer en voz alta:

> Queridos marido y mujer por segunda vez:
>
> Me complace informaros de que sois invitados de honor en mi boda. Se celebrará el día 3 de junio en la pequeña pero agradable capilla perteneciente a mi familia. Espero que estéis disfrutando de vuestra luna de miel tan merecida. Un beso a los dos.
>
> Michael

—¿Michael? —exclamó su esposa, incorporándose de golpe—. ¿Se casa? ¿Con quién?

—No lo dice. —Ojeó de nuevo la caligrafía sin descubrir nada más—. Vamos a tener que acortar el viaje. —Hizo un puchero fingido que le robó una carcajada a Sophie.

—Siempre podremos regresar todas las veces que nos apetezca.

—Cuenta con ello, amor mío.

Y aprovechando que había aparcado la pintura, le agarró las piernas y tiró de ellas hasta colocarla debajo de su cuerpo. Sophie le sonrió con travesura y jugueteó con su camisa abierta en el cuello. Se había convertido en una seductora de los pies a la cabeza que le hacía vibrar todo el cuerpo y el alma, sin descanso, noche y día.

—Todavía no he terminado el cuadro, milord —ronroneó.

—Lo siento mucho, *milady*, pero ahora pintaré yo.

—¿Y qué vas a pintar, si puede saberse?

—Es un secreto.

—Un secreto. —Sonrió—. Una pista.

Ella se inclinó y le susurró al oído:

—Secretos del corazón…

---

[1] La primera versión del cuento fue publicada en 1697 en el libro *Cuentos de Mamá Ganso* por Charles Perrault: *La Bella Durmiente del bosque*.

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin mis chicas favoritas, siempre sinceras, cariñosas y divertidas, mis lectoras cero y mi correctora: Mili, Llum, Ey, María, Irene, Montaña, Dany, Anita y Lore. Gracias, chicas. Sabéis la época tan dura que estoy viviendo últimamente, gracias por vuestra paciencia, por escuchar mis podcasts y por acompañarme en este camino, profesional y personal.

Gracias a Dani, Sofía y Valentina. Por vosotros, hago lo que hago, cada día. Os amo con toda mi alma.

Y un gracias muy especial a todos los que me siguen desde el principio (amigos, familia y seguidores), a los que os habéis unido en algún momento, a los que me pedís más, a los que me emocionáis con vuestras impresiones por mis historias, a los que no os marcháis, sobre todo en los peores momentos. Gracias por darme siempre una oportunidad.

Nos vemos pronto, que las aventuras amorosas de estos adorables granujas continúan. ¿Con quién se casará Michael? Es todo un misterio...

Sofia Ortega

About The Author

Sofía Ortega



Nací en España, donde vivo con mi familia, rodeada de libros, de música y de muchos sueños por cumplir. Soy mamá de dos niñas preciosas con TEA, mujer de un hombre perfectamente imperfecto, soñadora de vocación y romántica incurable, que lee y escribe desde sus primeros recuerdos. Los que me quieren dicen que también soy un desastre adorable que no se rinde ante nada, pero yo siempre les digo que un poquito de locura, con una chispa de magia, hace que la vida merezca la pena hasta en los peores momentos.

Books By This Author

Escrito En Tu Corazón

El nuevo duque de Asworth sabe que su cargo conlleva elegir a la esposa adecuada. Lo tiene muy claro: la hermana de su mejor amigo. Una mera transacción sin sentimientos, o eso es lo que él cree.

Lady Brianna, en cambio, desea un matrimonio por amor, bastante amargura y dolor vive en su propia casa, pero Nicholas está decidido, y el padre de ella también, así que la lucha no hace más que empezar.

Ambos tienen fantasmas que les persiguen sin darles la oportunidad de redimirse. El camino no es fácil y los monstruos no pueden ser más crueles.

¿Podrá Brianna librarse del demonio que la subyugó toda la vida?

¿Abrirá Nicholas su corazón para acabar con el tormento que lo domina?

Amo Te Mucho Mucho

Jana lo ha tenido siempre claro: su vida es cuidar de su hermana. ¿Y el amor? Mejor se lo deja a Julia, se lo merece más que nadie.

Pero ¿enamorarse pasa de verdad?, porque James cree que eso solo sucede en los libros; Joel, en cambio, prefiere no pronunciar palabra.

¿Sabéis lo que piensa Julia? Que los cuatro son jarrones rotos, y que por mucho que se arreglen nunca serán los mismos, pero... ¿qué pasaría si cada día tuvieran veinticuatro horas de nuevas oportunidades?

Palabras De Hojalata

Perdí la ilusión cuando le perdí a él, y me he dado cuenta cuando lo he dejado todo y me he venido al pueblo, con el yayo.
Un diario muy especial, un maldito cascabel, tres viejas cotorras que me ponen los pelos de punta y una deuda de besos son solo el principio de todo lo que me espera, porque hay más, mucho más...
ANA.

Ha vuelto. Y está completamente rota. No la merezco, no soy normal, pero, cuando era una niña, le prometí que la cuidaría, y eso voy a hacer.
Un jardín muy especial, fotos llenas de recuerdos, palabras de hojalata y tres años de besos por recuperar son solo el principio de todo lo que me espera, porque hay más, mucho más...
NICOLÁS.

Solo Cinco Segundos

Un niño muy especial...
Un incendio sin resolver...
Un amor encerrado demasiado tiempo...
1... 2... 3... 4... 5...

Parece que nunca es el momento, ni antes ni ahora, pero las decisiones que se toman dependen del corazón; el de él ha dicho basta y el de ella tiene una capa de hielo alrededor.

Connor está atado a una mujer a la que odia, y Alice está centrada en montar su escuela de equinoterapia, decidida a olvidarle, pero él se empeña en seguir colándose en su habitación a escondidas...

¿Qué pasará cuando ella descubra que el motivo por el que huyó hace cinco años tiene un nombre diferente al que creía: Jamie?

A Un Clic De Ti

Ella cree que, si nadie la ve, nadie le hará daño.

Pero él sí la ve, a través de su cámara... hasta que se convierte en su jefe.

Nunca ha habido casualidades entre ellos, pero desafiar al destino trae consecuencias. ¿Podrán afrontarlas o quedará todo en un sueño?

Un encuentro nada convencional.
Una corbata.
Un lápiz.
Una opción.

Madrid, Florencia y Nueva York les están esperando...

¿No sabes si quieres, o te da miedo reconocer que algo dentro de ti sí quiere?

Llenando El Mundo De Estrellas

El mundo sabe cuándo tiene que girar, nosotros solo tenemos que dejarnos llevar...

Hace doce años, Martina renunció a todo por alguien que no merecía la pena. Hoy ha vuelto al pueblo, divorciada, con su hija y siendo el bicho raro que todos han creído siempre. Está muerta de miedo... pero ¿y si el destino le tiene guardada la aventura de su vida?

Hace siete años, Samu pidió el traslado a Nololvides con la única intención de huir del dolor. Cree que nada es eterno y que las segundas oportunidades no existen, pero su corazón, hoy, ha despertado, por fin... ¿Qué pasará, entonces, cuando su mundo comience a llenarse de estrellas?

Dos familias enfrentadas...
Un secreto escondido en una torre...
El amor más puro con aroma a galletas...

Trastorno Del Espectro Del Amor

Lucha por él, incluso cuando él no tenga fuerzas, y si tú pierdes las tuyas, recuerda vuestra historia...

Santiago y Lucía están convencidos de que el amor no siempre es suficiente, pero... ¿y si están equivocados?

Una sentencia de divorcio.
Un regalo incalculable.
Un diagnóstico que lo cambia todo.
Una historia escrita en un blog, sin final...